La muerte del rey Arturo

Anónimo

La mort le roi Artu

Indice

Introducción

La muerte del rey Arturo

Última entrevista de Lanzarote y Ginebra

Introducción

Han sido muy numerosas las obras que nos han conservado las historias artúricas: desde el siglo XII la tradición no se ha roto y ha durado, por lo menos, cuatrocientos años. A comienzos del siglo XIII, las leyendas artúricas estaban totalmente constituidas y habían sido recogidas en diversas ocasiones formando ciclos homogéneos. En ellos se narraban —primero en verso y después en prosa— las extraordinarias aventuras de los caballeros de la Mesa Redonda. De todos los ciclos conservados, el mejor es —sin duda— el conocido como Vulgata; está dividido en cinco partes: Historia del Graal*,* Merlín*,* Lanzarote del Lago*,* Demanda del Santo Graal *y* La muerte del rey Arturo *(estas tres últimas partes constituyen el* Lanzarote en prosa*); desde antiguo esta recopilación consiguió desplazar a todas las anteriores, siendo considerada como la única versión auténtica de lo que ocurrió a los caballeros artúricos. Por otra parte, los cinco núcleos que componen el ciclo son unos continuación de otros, respondiendo a una arquitectura determinada de antemano; esta trabazón interna se muestra mucho más intensa en el Lanzarote en prosa, donde la presencia del «arquitecto» es innegable.*

Así, no debe extrañarnos que desde el comienzo La muerte del rey Arturo *se presente, ella sola, como la continuación válida y fidedigna de la* Demanda del Santo Graal*. Del mismo modo,* La muerte*… pretende ser el final de todas las aventuras artúricas: esto supone una continuación no sólo de las partes anteriores del ciclo, sino también de numerosos episodios procedentes de otros textos (sobre todo del* Brut *de Wace y del supuesto* Perceval *de Robert de Boron, de finales del siglo XII); de todas las partes del ciclo, hay que destacar el* Lanzarote del Lago*: muchas de las situaciones que hallamos en La muerte… son resultado de los planteamientos del* Lancelot du Lac*; y, así, parece que el texto que ahora publicamos ata los cabos que habían quedado sueltos a lo largo de toda la recopilación.*

Estas coincidencias han hecho pensar a los críticos que el ciclo del Lanzarote en prosa es obra de un autor único o —según hipótesis generalmente aceptada— que es obra de un arquitecto que dirigió la labor de varios autores, tras marcarles unas pautas concretas. Mayor acuerdo existe entre los críticos con respecto a la fecha de la composición de La muerte…, pues casi todos vienen a coincidir en que el ciclo del Lanzarote en prosa estaba acabado hacia 1230, mientras que la Historia del Graal *y el* Merlín *deben ser algo posteriores.*

Uno de los aspectos que más llama la atención al lector de La muerte… es —sin duda la fuerza de la pasión que alcanza a todos y que es en realidad el auténtico motor de los sucesos; la pasión arrastra de forma fatal hacia el desenlace: son el Destino y la Fortuna quienes empujan a los héroes hacia un fin contra el cual son incapaces de luchar, a pesar de saber que caminan hacia su propia destrucción; el fatum *es más poderoso que la voluntad de los héroes.*

En cierto modo, parece clara la intención del autor: acabar con toda esperanza; La muerte*… es el final del mundo idílico y maravilloso, es el final de la caballería y de las hazañas terrenas; los héroes se salvarán por la penitencia que hacen, por el arrepentimiento que inunda sus últimos días de vida. Sin embargo, el autor no consiguió lo que pretendía, pues el fin de la Mesa Redonda hace aparecer, diseminados por el Occidente medieval, una legión de caballeros andantes que recorren toda la tierra conocida: son los Guirones, Palamedes, Amadises, Palmerines y otros tantos que acaban enloqueciendo a los lectores de sus aventuras. Casi cuatrocientos años serán necesarios para terminar con semejantes caballeros errantes, que buscan lugares donde llevar a cabo sus hazañas. Del reino de Inglaterra, han pasado a Gaula y de Gaula, a La Mancha… Y será un humilde hidalgo en solitario quien acabe con la caballería que no había podido desaparecer, ni siquiera con las tremendas batallas de* La muerte*…*

* * *

Como ya he señalado en otro lugar, el éxito de todo el Lanzarote en prosa *fue extraordinario, a juzgar por el enorme número de copias conservadas. Pero, posiblemente, fue Thomas Malory quien (a mediados del siglo XV) le dio un impulso definitivo al escribir una refundición de la materia en Bretaña, as la que W. Caxton tituló con el equívoco nombre de* Morte D'Arthur *(1485): la difusión de la obra de Malory fue inmensa y sirvió de sustento a las novelas de Walter Scott y, de forma muy especial, a las extraordinarias reelaboraciones de A. Tennyson (Los idilios del rey) o de J. Steinbeck (Los hechos del rey Arturo); no es necesario señalar que dibujantes y pintores de la categoría de A. Hughes, J. E. Millais, D. G. Rossetti, W. Morris, E. Burne Jones o H. Pyle —por no citar a A. Beardsley y sus ilustraciones a la* Morte D'Arthur*— crearon un mundo caballeresco nuevo partiendo de los temas antiguos: la concepción moderna de la Edad Media debe mucho al ambiente forjado por las doncellas lánguidas y los héroes tristes de los prerrafaelistas.*

* * *

*Mi traducción ha sido realizada sobre el texto en francés medieval publicado por J. Frappier (*La Mort le Roi Artu*, Genève, 1954). Por lo general, he castellanizado los nombres propios cuando aparecen con cierta frecuencia; en caso contrario, los he mantenido con la forma francesa original.*

Debo agradecer las observaciones y sugerencias que, para esta 2ª. edición, me han hecho Mª. Luisa del Alamo, Mª. Victoria Cirlot, Luis Alberto de Cuenca, Carlos G.ª Gual, Luis Mateo Díez y tantos otros. Vaya mi gratitud a todos ellos.

C. A.

La muerte del rey Arturo

1. Después de que Maestro Gautier Map escribió tanto como le pareció sobre las *Aventuras del Santo Graal*, el rey Enrique, su señor, creyó que lo que había hecho no era suficiente, si no contaba el fin de aquellos de quienes había tratado antes y cómo murieron aquellos cuyas proezas había narrado en su libro; por eso, comenzó esta última parte. Cuando estuvo acabada la llamó *La muerte del rey Arturo*, pues al final está escrito cómo fue herido el rey Arturo en la batalla de Salisbury y cómo se alejó de Girflete, que durante tanto tiempo le había acompañado, de forma que después de él nadie lo ha visto vivo. Maestro Gautier comienza así esta última parte.

2. Cuando Boores llegó a la corte, en la misma ciudad de Camaloc, de tierras tan lejanas como son las que quedan hacia Jerusalén, halló a muchos que le mostraron una gran alegría, pues todos tenían enormes ganas de volver a verle. Después de contar el final de Galaz y la muerte de Perceval, todos en la corte lo sintieron mucho, pero se reconfortaron

cuanto mejor pudieron. Entonces el rey hizo poner en escrito todas las aventuras que en su corte habían narrado los compañeros en la Demanda del Santo Graal, y cuando hubo hecho esto, dijo: «Señores, mirad a ver cuántos de vuestros compañeros hemos perdido en la búsqueda.» Miraron y se dieron cuenta de que faltaban treinta y dos, de los cuales no había uno solo que no hubiera muerto por las armas.

3. El rey había oído contar que Galván había matado a varios; le hizo venir ante él y le dijo: «Galván, por el juramento que me hicisteis cuando os nombré caballero, os requiero para que me contestéis a lo que os voy a preguntar. —Señor, le contestó Galván, me habéis conjurado de tal forma que de ninguna manera dejaré de contestaron, aunque en ello fuera para mí la mayor vergüenza que nunca haya tenido un caballero de vuestra corte. —Ahora os pregunto, le dijo el rey, ¿cuántos caballeros creéis haber matado con vuestra propia mano en esta Demanda?» Galván piensa un momento, y el rey insiste: «Por mi cabeza, lo quiero saber, pues algunos van diciendo que habéis matado a tantos que es digno de admiración. —Señor, le responde Galván, vos queréis estar seguro de mi gran maldad; os contestaré, pues me doy cuenta que conviene hacerlo. Os confieso que he matado con mi propia mano a dieciocho, y no porque no fuera mejor caballero que los demás, sino porque la maldad se volvía más hacia mi lado que hacia el de cualquiera de mis compañeros. Y sabed que no ha sido por mi valentía, sino por mis pecados; ya me habéis hecho confesar mi propia vergüenza. —Ciertamente, buen sobrino, le dice el rey, en verdad ha sido una auténtica maldad y bien sé que os ha sucedido por vuestros pecados; pero decidme también si creéis haber matado al rey Bandemagus. —Señor, le contesta, lo maté sin lugar a dudas. No hice ninguna cosa que me pesara tanto como aquello. ——Ciertamente, buen sobrino, le dice el rey, no resulta extraño que os pese, pues —así me ayude Dios mi hueste ha empeorado más con su pérdida que con la muerte de los cuatro mejores que hayan muerto en esta Demanda.» El rey Arturo dijo tales palabras del rey Bandemagus y por ellas Galván se halló más a disgusto de lo que antes estaba.

Como el rey vio que las aventuras del reino de Logres habían llegado a su final, y que ya no quedaban más que algunas de poca importancia, hizo convocar un torneo en la pradera de Wincester, pues no quería que los compañeros dejaran de practicar el ejercicio de las armas.

4. Lanzarote, del mismo modo que se había mantenido casto por consejo del anciano al que se confesó cuando estaba en la búsqueda del Santo Graal, y renegó de la reina Ginebra, tal como ha contado la historia más arriba; del mismo modo, tan pronto como llegó a la corte, no tardó más de un mes en enamorarse de nuevo y arder tanto como nunca hasta entonces, con lo que vino a caer en pecado con la reina, tal y como ocurrió en otro tiempo. Y si antes había mantenido este pecado tan astuta y ocultamente que nadie se había dado cuenta, después lo llevó de forma tan descuidada que se apercibió Agraváin, hermano de Galván, que nunca le había profesado un claro afecto y que le acechaba en sus errores; de tal forma lo seguía, que supo de manera cierta cómo Lanzarote amaba a la reina con loco amor y la reina le correspondía. La reina era tan bella que todo el mundo se admiraba, pues incluso en aquel tiempo, en que fácilmente tenía ya la edad de cincuenta años, era mujer tan bella que de ninguna forma se le podía encontrar semejante en el resto del mundo y, porque nunca le faltó la belleza, dijeron algunos caballeros que era la fuente de todas las bellezas.

5. Cuando Agraváin se dio cuenta de las relaciones de la reina y Lanzarote, se alegró cruelmente, más por la desdicha que, pensaba, habría de ocurrir a Lanzarote por ello, que por vengar al rey de la afrenta. Resultó que aquella semana tuvo que estar en Wincester el día del torneo; el rey Arturo fue allí con gran número de caballeros. Pero Lanzarote, que quería estar presente sin que nadie le conociera, dijo a los que había a su alrededor que estaba tan afligido que no podría ir de ninguna manera, pero que deseaba que fueran Boores, Héctor, Lionel y los caballeros de su compañía. Estos respondieron que no irían, pues él se hallaba tan indispuesto. A lo que les dijo: «Quiero y ordeno que vayáis; os pondréis en marcha al amanecer y yo me quedaré; antes de que volváis, si Dios quiere, yo

estaré completamente repuesto. —Señor, le contestan, ya que lo deseáis, iremos; pero hubiéramos querido permanecer con vos, dándoos compañía.» El les respondió que no quería tal cosa. Y con esto dejaron estar las palabras.

6. Al llegar la mañana, Boores con su mesnada salió de la ciudad de Camaloc. Al saber Agraváin que Boores se iba con los demás caballeros y que Lanzarote se quedaba, pensó al momento que era porque quería ir a ver a la reina en cuanto el rey se marchara. Se dirigió entonces a su tío el rey y le dijo: «Señor, si no creyera que os iba a pesar os diría una cosa como consejo. Lo digo para vengar vuestra afrenta. —¿Mi afrenta?, le preguntó el rey, ¿va la cosa tan alto que mi honra está mezclada? —Señor, le respondió Agraváin, sí, y os diré cómo.» Entonces lo llevó a un lado y le dijo: «Señor, Lanzarote ama a la reina con loco amor y la reina le corresponde a él. Y como no pueden reunirse a su voluntad cuando vos estáis, Lanzarote sé ha quedado y no irá al torneo de Wincester; por eso ha enviado a los de su hueste de forma que, cuando os vayáis esta noche o mañana, podrá hablar bien a su gusto con la reina.» El rey Arturo que oye estas palabras no puede imaginarse que sea cierto, sino que piensa que es mentira y contesta: «Agraváin, buen sobrino, no digáis jamás tales palabras, pues yo no os creería. Bien sé, en verdad, que Lanzarote de ningún modo pensaría tal cosa; y, ciertamente, si alguna vez lo pensó, fue porque se lo hizo hacer la fuerza de amor, contra quien no pueden resistir ni el buen sentido ni la razón. —¿Cómo, señor, pregunta Agraváin, no haréis nada? —¿Qué queréis, le responde, que haga? —Señor, dice Agraváin, yo desearía que hicieseis que lo espiaran hasta que los sorprendan juntos; entonces sabréis la verdad y otra vez me creeréis mejor. —Haced, le dice el rey, lo que queráis, que no seréis obstaculizado por mí.» Agraváin dijo que no pedía nada más.

7. El rey Arturo pensó mucho aquella noche en lo que Agraváin le había dicho, pero en su corazón no le dio gran importancia, pues en modo alguno creyó que aquello fuese verdad. Por la mañana se preparó para ir al torneo, invitando a una gran cantidad dé sus caballeros para que le acompañaran. La reina le dijo: «Señor, yo iría gustosamente a ver esta reunión, si así lo quisierais; mucho me agradaría ir, pues he oído decir que habrá hechos de armas muy dignos. —Señora, le dice el rey, no iréis esta vez.» Ella se calló al punto. El quería que se quedara para demostrar la mentira de Agraváin. 8. Cuando el rey con sus compañeros se puso en marcha para ir al torneo, hablaron mucho entre ellos de Lanzarote y dijeron que no iría a aquel encuentro. Lanzarote, tan pronto como supo que el rey había iniciado el camino con todos los que habían de ir a Wincester, se levantó de la cama, se preparó y fue a la reina, a la que le dijo: «Señora, si lo aceptáis, iré al torneo.» Ella preguntó: «¿Por qué os habéis quedado tanto tiempo más que los otros? —Señora, le respondió, porque deseaba ir completamente solo y llegar al torneo de tal forma que no fuera reconocido por propios ni extraños. —Id pues, le dijo, si queréis; yo lo acepto complacida.» Lanzarote se aleja de allí, vuelve a su morada y en ella permanece hasta la noche.

9. Por la tarde, cuando ya hubo oscurecido, tan pronto como todos ya se habían acostado en la ciudad de Camaloc, Lanzarote se dirigió a su escudero y le dijo: «Te conviene montar y cabalgar conmigo, pues quiero ir a ver el torneo de Wincester, pero tú y yo no cabalgaremos más que de noche, pues de ninguna manera desearía ser reconocido por el camino.» El escudero cumplió sus órdenes; se prepara tan presto como es posible y trae el mejor caballo que tenía Lanzarote, pues se da cuenta que su señor querrá llevar armas al torneo. Cuando estuvieron fuera de Camaloc, tras tomar el camino adecuado para ir a Wincester, cabalgaron toda la noche de manera que no descansaron en ningún momento.

10. Por la mañana, al ser ya de día, llegaron a un castillo en el que el rey había pasado la noche; Lanzarote fue allí nada más que porque no quería cabalgar durante el día, no fuera a ser reconocido por cualquier, motivo. Cuando llegó al castillo, cabalgaba tan cabizbajo que a duras penas se le podía reconocer; lo hacía por los caballeros del rey que estaban saliendo de allí y a él le pesaba haber llegado tan pronto.

11. El rey Arturo, que aún estaba asomado a una ventana, vio el caballo de Lanzarote y reconoció que era el mismo que él le había regalado, pero no identificó a Lanzarote, que estaba muy cabizbajo; no obstante, al atravesar una calle, Lanzarote levantó la cabeza, y el rey lo miró, lo conoció y se lo mostró a Girflete: «¿Habéis visto a Lanzarote, que ayer nos dio a entender que se encontraba indispuesto? Ha llegado al castillo. —Señor, le respondió Girflete, os diré por qué lo hizo; quiere estar en el torneo de tal forma que no lo conozca nadie, por eso no quería venir con nosotros; sabedlo con toda seguridad.» Lanzarote, que no se daba cuenta de todo esto, ya dentro del castillo con su escudero, entró en una dependencia y prohibió ser presentado a nadie de allí, aunque lo pidiera. El rey, que continuaba a la ventana esperando que volviera a pasar otra vez, permaneció allí tanto rato que se dio cuenta de que Lanzarote se había quedado en la ciudad. Entonces dijo a Girflete: «Hemos perdido a Lanzarote, pues ya se ha albergado. —Señor, contestó Girflete, bien puede ser. Sabed que no cabalga más que de noche, para no ser reconocido. —Ya que quiere ocultarse, dijo el rey, ocultémosle bien; procurad que no se cuente a ningún hombre mortal que lo habéis visto en el camino; por lo que a mí respecta, yo tampoco hablaré de ello. Así podrá permanecer oculto, pues nadie más que nosotros dos lo ha visto.» Girflete le jura que no dirá nada.

12. Con todo esto, el rey con su acompañante se retira de la ventana. Lanzarote permaneció en casa de un rico vasallo que tenía dos hijos muy hermosos y fuertes, que acababan de ser armados caballeros por la mano del propio rey Arturo. Lanzarote comenzó a mirar los escudos de los dos caballeros y vio que eran rojos, como el fuego, sin ningún tipo de señal: era costumbre en aquel tiempo que el caballero novel, el primer año en que había recibido la orden de caballería, no llevara escudo que no fuese de un solo color; si lo hacía de otra forma, era en contra de la orden. Entonces dijo Lanzarote al señor huésped que le albergaba: «Señor, os ruego que me prestéis como favor uno de estos escudos para llevármelo a la reunión de Wincester junto con las ropas y todos los demás arreos. —Señor, le dice el vasallo, ¿no tenéis escudo? —No, le responde, que no lo quiero llevar, pues si lo llevara, sería reconocido mucho antes de que quisiera; el mío os lo dejaré aquí, con todas mis armas, hasta el regresa.» El buen hombre le responde: «Señor, tomad el que queráis, pues uno de mis hijos se encuentra tan indispuesto que no podrá llevar armas a ese torneo; el otro se marchará inmediatamente.» Al terminar estas palabras, llegó el caballero que debía ir al encuentro; puso muy buena cara al ver a Lanzarote, porque le parecía persona noble, y le preguntó quién era. Lanzarote le responde que es un caballero extranjero en el reino de Logres, aunque de ningún modo quiso decirle su nombre, ni le descubrió su condición, pero le contó que iría a la reunión de Wincester y que por eso había ido allí. «Señor, le dijo el caballero, habéis tenido suerte, pues yo también deseo ir; ahora podremos marchar juntos y así nos haríamos mutuamente compañía. —Señor, le responde Lanzarote, no cabalgaré de día, pues el calor me hace daño, pero si queréis esperar hasta la noche, os acompañaré; de ninguna forma cabalgaré antes de la noche. —Señor, le responde el caballero, me parecéis tan noble que haré lo que deseéis; por amor a vos, estaré aquí todo este día y marcharemos juntos a la hora que os plazca.» Lanzarote le agradece mucho la compañía.

13. Lanzarote permaneció todo aquel día allí y fue servido y atendido en todo aquello que se puede ser servido y atendido. Los del hostal le preguntaron mucho por su condición, pero no pudieron saber absolutamente nada más que lo que el escudero dijo a la hija del señor, que era muy hermosa, y poco faltó para que le descubriera quién era su señor; sin embargo, como la vio de una gran belleza, no quiso ocultarle todo, pues le parecía villanía, por eso le dijo: «Doncella, no os puedo descubrir todo, pues sería perjuro y podría enojar a mi señor; pero aquello que os pueda descubrir, sin que yo caiga en falta, os lo diré. Sabed que es el mejor caballero del mundo, os lo aseguro lealmente. —Así me ayude Dios, dijo la doncella, ya me habéis dicho bastante; bien me habéis pagado con esas palabras.»

14. Inmediatamente se dirigió la doncella hacia Lanzarote, se arrodilla ante él y le dice: «Gentil caballero, por la fe que debes a la cosa del mundo que más quieras, concédeme un

don.» Cuando Lanzarote ve de rodillas ante sí a una doncella tan hermosa y tan agradable como era aquélla, siente un gran pesar y le dice: «¡Ay!, doncella, levantaos. Tras este requerimiento sabed que no hay nada en la tierra que yo pueda hacer que no lo haga, pues me habéis conjurado gravemente.» Ella se levanta y le dice: «Señor, cien mil gracias por este don. ¿Sabéis lo que me habéis concedido? Me habéis otorgado llevar al torneo mi manga derecha por encima de vuestro yelmo en lugar de pendón y haréis armas por mi amor.» Cuando Lanzarote oye esta petición, le pesa mucho; sin embargo, no osa oponerse, pues ya se lo había prometido. De todas formas, siente mucho haberlo concedido, porque sabe que si la reina se entera, le parecerá una falta tan grave, que no encontrará otra peor. A pesar de todo, por mantener su promesa, tal como dijo, se lanzará a la ventura; de otra forma sería desleal, si no hiciera lo que había prometido a la doncella. La muchacha le trae la manga atada a un pendón y le ruega que por su amor haga muchas armas en este torneo, de manera que ella pueda tener por bien empleada su manga. «Y, sabed, en verdad, continúa, señor, que sois el primer caballero al que hago cualquier petición y no la hubiera hecho si no fuera por la gran bondad que hay en vos.» El le contesta que por su amor hará tanto que no será humillada.

15. Así permaneció Lanzarote allí todo el día; por la noche, cuando ya hubo oscurecido, se marchó de casa del vasallo y encomendó a Dios al vasallo y a la doncella; hizo que su criado llevara el escudo que había tomado allí y dejó el suyo. Cabalgó durante toda la noche con su compañía, hasta que al amanecer, poco antes de que saliera el sol, llegaron a una legua de Wincester. «Señor, dijo el caballero a Lanzarote, ¿dónde queréis que vayamos a alojarnos? —¡Quién supiera, dijo Lanzarote, de algún refugio, cerca del torneo, en el que pudiéramos estar en secreto! Yo me tendría por muy bien pagado, pues no entraré en Wincester. —Por mi fe, le responde el caballero, habéis tenido suerte en eso; cerca de aquí, fuera del gran camino, a la izquierda, está el hostal de una familiar mía, gentil mujer que nos albergará e alegrará mucho con nosotros cuando nos vea en su hostal. —Por mi fe, contesta Lanzarote, gustosamente quiero ir allí.»

16. Con esto dejan el gran camino y van derechos, ocultándose, hacia donde estaba el hostal de la señora. Cuando descabalgaron y la mujer reconoció a su sobrino, no visteis nunca alegría tan grande como la que ella le mostró, pues no lo había vuelto a ver desde que era caballero novel. Le dijo: «Buen sobrino, ¿dónde habéis estado desde que os vi? ¿Dónde habéis dejado a vuestro hermano? ¿No vendrá al torneo? —Señora, le responde, no, no puede; lo dejamos en casa algo descompuesto. —¿Quién es, pregunta, este caballero que ha venido con vos? —Señora, le contesta, así me ayude Dios, yo no sé quién es; tan sólo sé que me parece muy noble; por la bondad que supongo en él, le acompañaré en el torneo y llevaremos los dos las mismas armas y gualdrapas.» La dama se acerca a Lanzarote entonces y le habla muy bien y adecuadamente; le lleva a una habitación y hace que se acueste en un lecho muy rico, pues le dijo que había cabalgado y deambulado durante toda la noche. Lanzarote permaneció allí todo el día y tuvieron gran abundancia de cuanto quisieron. Por la noche cuidaron los escudemos las armas de sus señores para que no les faltara nada. El día siguiente, tan pronto como apareció el día, se levantó Lanzarote y fue a oír misa a la capilla de un ermitaño que cerca de allí se alojaba en un bosque. Cuando hubo oído misa, y tras hacer sus oraciones (tal como debe hacer el caballero cristiano), se marchó y volvió al hostal; después desayunó con su compañero. Mientras tanto, Lanzarote había enviado a su escudero a Wincester a enterarse de quiénes ayudarían a los de dentro y quiénes estarían de parte de los de fuera. El escudero se apresuró tanto para saber las noticias y para volver pronto, que llegó al hostal antes de que Lanzarote se comenzara a armar. Al presentarse a su señor le dijo: «Señor, hay mucha gente por dentro y por fuera, pues han venido caballeros de todas partes, tanto propios como extraños. Sin embargo, es dentro donde está la mayor fuerza, pues allí están los compañeros de la Tabla Redonda. —¿Sabes, le pregunta Lanzarote, de qué lado se han puesto Boores, Lionel y Héctor —Señor, le responde, con los de dentro, y con razón, pues no mostrarían de otra manera ser compañeros de la Tabla Redonda si no estuvieran de ese lado. —¿Quién está por fuera?, pregunta Lanzarote. —Señor, le responde, el rey de

Escocia, el rey de Irlanda, el rey de Gales, el rey de Norgales y otros muchos nobles; pero de todas formas, no tienen tan buena gente como los de dentro, pues todos ellos son caballeros asalariados y de tierras extrañas; no están acostumbrados a llevar armas como los del reino de Logres, ni son tan buenos caballeros como éstos.» Entonces monta Lanzarote sobre su caballo y dice al escudero: «Tú no vendrás conmigo, pues si vinieras, te reconocerían y por ti me reconocerían también a mí, y no quiero que eso pase de ninguna manera.» Aquél le dice que se quedará conforme, puesto que así le gusta, pero que preferiría ir con él. Lanzarote se va de allí con su compañero y dos escuderos que el caballero había llevado consigo. Cabalgaron hasta llegar a la pradera de Wincester; que ya se encontraba completamente llena de justadores y el torneo tan a punto que se había partido el campo a los dos lados. Ni Galván ni su hermano Gariete llevaban armas aquel día, puesto que el rey se lo había prohibido, ya que estaba seguro de que Lanzarote vendría y si venía a justar no quería que se hirieran, ni que surgiera querella ni mala querencia entre ellos.

17. El rey, con gran compañía de caballeros, subió a la torre principal de la ciudad para ver el torneo; con él estaban Galván y su hermano Gariete. El caballero que había venido con Lanzarote le dijo a éste: «¿Señor, a quiénes ayudaremos? —¿Quiénes os parece que tienen la peor parte?» Le contesta: «Señor, creo que los de fuera, pues los de dentro son muy valientes y muy buenos caballeros y muy hábiles en el uso de las armas. —A partir de ahora seremos de los de fuera, porque no nos honraría ayudar a los que llevan la mejor parte.» Aquél le responde que está dispuesto a hacer cualquier cosa que le encargue.

18. Entonces se asegura Lanzarote sobre los estribos, se lanza en medio del combate golpeando al primer caballero que encuentra en su camino con tanta fuerza que lo derriba a tierra junto con su caballo. Acomete a otro para llevar a cabo brillantemente su hazaña, pues la lanza aún no se había quebrado; alcanza a otro caballero, a quien golpea con tal fuerza que ni el escudo ni la loriga logran impedir que le haga una herida grande y profunda en el costado izquierdo; pero no lo ha herido de muerte. Lo empuja con fuerza, haciéndole caer del caballo a tierra con tanta violencia que al caer queda aturdido; entonces vuela la lanza en pedazos. Al ver este golpe, se paran muchos caballeros en el torneo y algunos dijeron que habían visto cómo el caballero novel daba un hermoso golpe. «En verdad, dicen otros, ha sido el mejor que se ha dado hasta hoy por la mano de un solo caballero, y no conseguirá repetirlo.» El compañero de Lanzarote deja correr a Héctor de Mares a quien espera en su camino; le golpea con tal vigor que le rompe la lanza en medio del pecho, pero Héctor le da con tal arte, con una lanza corta y gruesa, que lo derriba junto con su caballo. «Ahora podéis ver en tierra a uno de los hermanos del castillo de Escalot», se dicen, pues por el nombre del castillo eran conocidos los hermanos en cualquier lugar al que fueran; y ya que llevaban las mismas armas, todos pensaban que Lanzarote era uno de los dos hermanos de Escalot, por las armas que traía.

19. Cuando Lanzarote vio que su huésped era lanzado a tierra delante de él con tanta fuerza, se entristeció mucho; deja correr a Héctor y sujeta una lanza buena y resistente; no se reconocen ninguno de los dos, pues ambos llevaban las armas cambiadas para participar en el torneo de forma más secreta; lo golpea con tanto vigor que lo abate delante de Galegantín el galés. Galván, que sabía quién era Héctor porque le había prestado las armas, cuando vio este golpe dijo al rey: «Señor, por mi cabeza, el caballero de las armas bermejas, que lleva una manga sobre su yelmo, no es el caballero que yo creía, sino otro; os lo digo con toda certeza, pues por la mano de uno de los hermanos de Escalot nunca salió un golpe semejante. —¿Y quién creéis que puede ser?, pregunta el rey. —No lo sé, señor, responde Galván, pero es muy valeroso.» Lanzarote se esforzó tanto que consiguió hacer montar a su compañero sobre el caballo, sacándolo de allí, donde había el mayor peligro. Boores, que iba abatiendo caballeros en el torneo y arrancando yelmos de las cabezas y escudos de los cuellos, logró encontrar a Lanzarote en medio de todos; no lo saludó, como si no lo conociera, sino que con toda su fuerza lo golpeó tan violentamente que, con una lanza fuerte y recta, le atraviesa el escudo y la loriga, metiéndole por el

costado derecho el hierro de su lanza y haciéndole una herida grande y profunda. Venía con tanta fuerza y tan bien fijado al arzón que embiste a Lanzarote con tal violencia que lo derriba a tierra a él y a su caballo; al caer rompe la lanza. Pero Lanzarote no se quedó mucho rato así, pues su caballo era fuerte, rápido y ligero; Lanzarote no se detuvo por la herida, sino que atravesado por la angustia y el dolor saltó encima del caballo, montándolo de nuevo; a sí mismo se dice que no es muchacho el que le ha derribado, pues nunca encontró a nadie que le hiciera tanto; y, nadie que le hubiera hecho una buena obra en su vida, a poder ser, que no fuera recompensado de inmediato. Toma una lanza corta y gruesa que tenía uno de sus escuderos; entonces se dirigió hacia Boores; inmediatamente les dejan libre el campo al ver los del torneo que querían justar los dos, que ya habían llevado a cabo tantas hazañas y que eran tenidos por los dos mejores caballeros del campo. Lanzarote, que venía tan deprisa como podía su caballo, golpea a Boores tan violentamente que del caballo lo arroja al suelo, arrancándolo con la silla entre los muslos, pues se rompieron las cinchas y el petral. Galván, que había reconocido a Boores, al verlo en el suelo dijo al rey: «Ciertamente, señor, si Boores está en el suelo, no debe tomarlo por afrenta, pues no sabía quién era el caballero que ha realizado estas dos justas, con él y con Héctor; por mi cabeza, que es un buen caballero y si no hubiéramos dejado a Lanzarote enfermo en Camaloc, yo diría que es él.» Cuando el rey oye estas palabras, pensó que era Lanzarote; comienza a sonreír y dice a Galván: «Por mi cabeza, buen sobrino, quienquiera que sea el caballero, ha comenzado muy bien, pero a mi parecer creo que aún lo hará mejor al final.»

20. Lanzarote, tan pronto como quebró la lanza, empuña la espada y comienza a dar grandes golpes a diestra y siniestra, abatiendo caballeros y matando caballos, arrancando escudos de los cuellos y yelmos de las cabezas, y haciendo tan grandes proezas por todas partes que no hay nadie que lo vea que no lo tenga por gran maravilla. A su vez, Boores y Héctor, que se habían puesto en pie y de nuevo habían montado sobre sus caballos, comienzan a hacerlo todo tan bien, que nadie tiene motivos para criticarlos; y hacían delante de todos los del palenque hechos de armas tan ostensibles que la mayoría de los de su bando tomaban ejemplo de atrevimiento por lo bien que lo hacían, adquiriendo ventaja en el torneo; obligaban a Lanzarote a retirarse y retroceder, pues ambos se le mantenían todo el tiempo delante y a tan corta distancia que le era necesario pasar junto a sus manos; este día no le permitieron dar buenos golpes y no debe extrañar, porque estaba herido de gravedad y había perdido mucha sangre, de manera que no disponía completamente de todo su dominio; y ellos dos eran caballeros de gran valor. No obstante, quisieran o no, fue tan valeroso que los de la ciudad, por fuerza, se tuvieron que replegar dentro y se llevó el premio del torneo por ambas partes; mucho perdieron los de dentro y bastante ganaron los de fuera. Cuando llegó el momento de separarse, dijo Galván al rey: «Ciertamente, señor, no sé quién es el caballero que lleva una manga sobre el yelmo; pero yo diría que, con toda justicia, ha vencido en este torneo y por eso merece el premio y la recompensa. Sabed que no me pondré nunca contra él hasta que sepa quién es, pues a mi parecer ha realizado muchos hechos de armas. —Ciertamente, dice Gariete, creo que no lo conozco; pero bien puedo afirmar que —para mí— es el mejor caballero que he visto en el mundo, si exceptuamos a Lanzarote del Lago.»

21. Los hermanos dijeron tales palabras de Lanzarote que Galván pidió que le trajeran su caballo, pues quería enterarse quién era el caballero, para presentársele; Otro tanto dice Gariete. Descienden entonces de la torre y van al patio. Lanzarote, tan pronto como ve que los de dentro han perdido todo, dice al caballero que había ido con él: «Buen señor, marchémonos de aquí, pues quedándonos más tiempo no podremos ganar nada.» Se van muy deprisa dejando en el lugar a uno de sus escuderos muerto, al que uno de los caballeros había matado accidentalmente con una lanza. El caballero le pregunta a Lanzarote hacia dónde querrá ir. «Yo desearía, le responde, estar en un lugar donde pudiera permanecer ocho días o más, pues estoy gravemente herido y el cabalgar podría perjudicarme mucho. —Entonces, dice el caballero, vayamos a casa de mi pariente, allí donde estuvimos anoche, pues nos encontraremos muy tranquilos, y no está demasiado

lejos.» El lo acepta. Se van ocultando por entre unos jarales, ya que pensaba que, con certeza, alguno de la hueste del rey le seguiría para conocerle, pues aquel día le habían visto muchos caballeros en la reunión, no sólo los de la Mesa Redonda, sino también otros. Así se marchan muy deprisa, él y el caballero con uno de sus escuderos, y llegan al hostal donde habían dormido la noche anterior; descabalga Lanzarote ensangrentado; iba gravemente herido. Cuando el caballero ve la herida, se queda muy impresionado; hace venir lo antes que puede a un caballero anciano que vivía allí cerca y que se dedicaba a curar heridas; que, sin lugar a dudas, sabía más que nadie de los que entonces había en el país. Al verle la herida, dijo que pensaba poder curarlo con la ayuda de Dios, pero que no sería pronto, pues era grande y profunda.

22. Así encontró Lanzarote alivio para su herida. Tuvo mucha suerte, pues si hubiera tardado un poco más, hubiera podido morir. Por aquella herida que recibió de mano de su primo Boores, tuvo que guardar allí cama durante semanas de tal forma que no podía llevar armas ni salir del hostal. Ahora deja la historia de hablar de él y vuelve a hablar de Galván y de Gariete.

23. Cuenta la historia que cuando Galván y Gariete estuvieron montados para seguir al caballero que había vencido en la reunión, cabalgaron hacia donde creían que se había ido. Tras vagar cerca de dos leguas inglesas, m, deprisa que lo hubieran alcanzado sin duda si hubieran ido por el otro lado, se encontraron a dos escuderos que venían haciendo un gran duelo; iban a pie y llevaban e n brazos a un caballero recién muerto. Galván y Gariete se acercan directamente hacia ellos; les preguntan si; habían encontrado a dos caballeros armados con armas bermejas, uno de los cuales lleva sobre el yelmo una manga de dama o de doncella. Les responden que no han visto a ningún caballero armado así como dicen, pero que se han encontrado con muchos caballeros que vuelven del torneo. «Señor, dice Gariete a Galván, su hermano, ahora podéis convenceros en verdad que no han venido por esta parte, pues si hubieran pasado por aquí, tiempo ha que los habríamos alcanzado, pues hemos venido muy deprisa. —El que no los hayamos encontrado, responde Galván, me pesa mucho, os lo digo en verdad, pues ciertamente es tan buen caballero y tan valiente que bien deseaba haberlo conocido; si ahora lo tuviera aquí, conmigo, no me detendría hasta haberlo llevado ante Lanzarote del Lago, de manera que se hubieran conocido ambos.» Entonces preguntaron a los escuderos a quién llevaban. «Señores, les contestan, era un caballero. —¿Y quién le ha herido, les preguntan, de tal manera? —Señores, les responden, un jabalí al que perseguía a la entrada de este bosque.» Se lo mostraron a una legua de ellos. «Por mi fe, dice Gariete, es una gran desgracia, pues tiene figura de hombre que podría ser buen caballero.»

24. Con esto se separan de los escuderos y se vuelven a Wincester; ya era noche cerrada cuando llegaron. El rey, al ver venir a Galván, le pregunta inmediatamente si ha encontrado al caballero. «Señor, le responde Galván, no, porque se ha ido por camino distinto del que nosotros tomamos.» El rey comenzó a sonreír; Galván lo mira y dice: «Buen tío, no es ahora la primera vez que os sonreís por ello.» El rey responde: «No es la primera vez que lo buscáis, ni, a mi parecer, será la última.» Entonces se da cuenta Galván de que el rey lo conoce; le dice: «¡Ay! Señor, ya que lo conocéis, bien podríais decirme por favor quién es. —No. De ninguna forma os lo diré por ahora, le contesta el rey, pues ya que él se quiere ocultar, yo haría una gran villanía si lo descubriera a vos o a otro; por eso me callo ahora. Con esto vos no perderéis nada, porque ya lo conoceréis en su momento. —Por mi fe, dice Galegantín el galés, no sé quién es, pero en verdad, os puedo decir que se ha marchado del torneo herido de gravedad y sangrando tanto que bien se le podría seguir por el rastro, pues la sangre le salía a borbotones por un herida que Boores le ha hecho justando. —¿Es eso verdad?, pregunta el rey. —Señor, responde Galegantín, sí; sabedlo con toda certeza. —Sabed, dice entonces el rey a Boores, que en toda vuestra vida, nunca hicisteis herida a

ningún caballero de la que os arrepintierais más de lo que os arrepentiréis de ésta; si muere, en mala hora lo habréis visto con vuestros ojos.» Héctor, que piensa que el rey ha dicho estas palabras por el mal de Boores, avanza de un salto, enfurecido y encolerizado y dice al rey: «Señor, si el caballero muere por la herida, que muera, pues ciertamente con su muerte no nos podrá venir ningún mal ni ningún temor.» El rey se mantiene callado, pero comienza a sonreír con amargura y tristeza porque Lanzarote se había marchado del torneo herido y teme que esté en peligro de muerte.

25. Mucho hablaron aquella noche del caballero de la manga que había vencido el torneo; y tuvieron muchos deseos de saber quién era, pero esto no pudo ser y por ahora no lo sabrían, pues el rey lo ocultó tan bien que por su boca no se supo nada antes de que volvieran a Camaloc. La mañana siguiente se fueron de Wincester y antes de partir hicieron pregonar un torneo, del lunes en un mes, ante Taneburg. Aquel Taneburg era un castillo muy fuerte y bien situado, a la entrada de Norgales. Cuando el rey se marchó de Wincester cabalgó hasta llegar al castillo que se llamaba Escalot, el mismo castillo en el que había visto a Lanzarote. El rey se albergó en la fortaleza, con una gran compañía de caballeros; pero ocurrió que Galván tuvo que bajar a la casa en la que Lanzarote había pasado la noche y le prepararon la cama en la misma habitación donde estaba colgado el escudo de Lanzarote. Aquella noche no fue Galván a la corte —se encontraba algo indispuesto—, sino que comió en su hostal con su hermano Gariete, con Mordrez y con otros caballeros, suficientes para hacerle compañía. Cuando se sentaron a cenar, la doncella, que había dado la manga a Lanzarote, le preguntó a Galván sobre la verdad del torneo y si había sido bueno y bien defendido. Galván le dijo: «Doncella, bien os puedo decir del torneo que ha sido el mejor que he visto en mucho tiempo. Lo ha vencido un caballero al que querría parecerme, pues es el más valiente que he visto desde que me fui de Camaloc; pero no sé quién es, ni cómo se llama. —Señor, le pregunta la doncella, ¿qué armas llevaba el caballero que venció el torneo? —Doncella, le respondió Galván, unas completamente bermejas, y sobre su yelmo tenía una manga, no sé si de dama o de doncella; en verdad os digo que, si yo fuera doncella, bien desearía que la manga fuera mía, porque con amor me amaría aquel que llevaba la prenda, que no he visto en ningún día de mi vida manga mejor empleada.» Cuando la doncella oye estas palabras, le entra una gran alegría, pero no osa manifestarla por los que hay delante. Tanto tiempo como estuvieron sentados los caballeros comiendo, los sirvió la doncella, pues en el reino de Logres era costumbre en aquel tiempo que si llegaban caballeros andantes a la casa de algún alto hombre, si allí había una doncella, cuanto más gentil mujer fuera, tanto más obligada estaba a servirles, y no se debía sentar a la mesa antes de que todos hubieran recibido sus manjares. Por eso sirvió la doncella hasta que Galván y sus compañeros hubieron comido. La doncella era tan hermosa y tan perfecta en todo que no podía haberla mejor. Galván la miraba complacido mientras estuvo sirviéndoles y le pareció que en buena hora habría nacido el caballero que a su voluntad pudiera tener deleite y solaz con aquella doncella.

26. Por la noche, después de cenar, el señor del hostal fue a solazarse a un huerto que había detrás de su casa; llevó a su hija consigo. Al llegar allí, se encontró con Galván y su compañía, que en aquel lugar se estaban divirtiendo; al verlo, se pusieron en pie. Galván hizo que se sentara a su derecha y la doncella a su izquierda; entonces comenzaron a hablar de varias cosas. Gariete apartó al huésped de Galván y comenzó a preguntarle por las costumbres del castillo y aquél le dijo toda la verdad; Mordrez se alejó de Galván para que éste, si quería, pudiera hablar a solas con la doncella. Cuando Galván se vio en situación de conversar con la doncella, le habló y la requirió de amores. Ella le preguntó que quién era. «Soy, le respondió, un caballero; me llamo Galván y soy sobrino del rey Arturo; os amaría con amor, si quisierais, de tal forma que, en tanto como durara mi amor y el vuestro, yo no amaría a otra doncella que a vos y, además, sería vuestro caballero, dispuesto a hacer toda vuestra voluntad. —¡Ay! Señor Galván, le dijo la doncella, no os riáis de mí. Bien sé que sois hombre muy rico y de alto linaje como para amar a una doncella tan pobre como yo; no—obstante, si me amarais ahora con amor, deberíais saber que me pesaría más por vos que por ninguna otra cosa. —Doncella, pregunta Galván, ¿por

qué lo sentiríais por mí? —Señor, le responde, porque aunque me amaseis tanto que os estallara el corazón, no podríais llegar a mí de ninguna manera, pues amo a un caballero al que no faltaría por nada del mundo; y así os digo que aún soy doncella y que nunca amé hasta que le vi, pero a partir de ese momento, le amé y le pedí que hiciera armas por mi amor en este torneo; él dijo que así lo haría. Ha hecho tanto, por su propio valor, que bien debería ser afrentada la doncella que lo dejara por tomaros; pues no es peor caballero que vos, ni menos valeroso con las armas, ni menos hermoso que vos y, de ninguna forma, menos noble que vos; y no lo digo por molestaros: sabed, pues, que sería vano que me requirieseis de amores, ya que por ningún caballero del mundo haré nada si no es por aquel al que amo con todo mi corazón y al que amaré todos los días de mi vida.» Cuando Galván oye que aquélla se defiende con tanta fuerza, le responde entristecido: «Doncella, permitidme por cortesía y amor que pueda probar, frente a él, que valgo más que él con las armas; si puedo vencerle con las armas, dejadlo y tomadme a mí. —¿Cómo, señor caballero, le responde, creéis que yo lo haría de tal manera? ¡Podría hacer morir a dos de los más nobles del mundo! —¿Cómo, doncella, pregunta Galván, es, pues, uno de los más nobles del mundo? —Señor, le contesta la doncella, no hace mucho que oía decir de él que era el mejor caballero del siglo. —.Doncella, le dice Galván, ¿cómo se llama vuestro amigo? —Señor, le responde la joven, no os diré su nombre, pero os mostraré su escudo, que lo dejó aquí cuando fue a la asamblea de Wincester. —Mucho deseo verlo, le dice, pues si es caballero de tal valor como decís, lo conoceré por el escudo. —Lo podéis ver cuando queráis, pues está colgado delante de vuestra cama, en la habitación en la que dormiréis esta noche.» El le responde que entonces lo verá muy en breve.

27. Se pone en pie y todos los demás también se levantan al ver que Galván quiere irse. Tomó a la doncella por la mano y entraron en el hostal y los otros detrás. La doncella lo lleva a la habitación, en la que había tal luz y claridad por los cirios y antorchas como si toda la habitación fuera presa del fuego. Le muestra el escudo al momento y le dice: «Señor, he ahí el escudo del hombre que más amo del mundo. Mirad a ver ahora si sabéis quién es el caballero y si lo conocéis y si estáis de acuerdo en que es el mejor caballero del mundo.» Galván mira el escudo y se da cuenta que es el de Lanzarote del Lago. Se echa hacia atrás, asombrado y dolido por las palabras que había dicho a la doncella, pues teme que Lanzarote se entere. No obstante, si pudiera hacer las paces con la joven se tendría por bien pagado. U dice entonces: «Doncella, no os pese por las palabras que os he dicho, pues me doy por vencido en este asunto Y, en verdad, estoy de acuerdo con vos. Sabed que aquel &`quien amáis es el mejor caballero del mundo y no hay encella que si tuviere que amar con auténtico amor, con razón no me dejara a mí y se quedara con él: es mejor caballero que yo, más hermoso, más cortés y más noble. Si yo hubiera sabido que era a él a quien amabáis tan profundamente en vuestro corazón, sin lugar a dudas, no me habría entrometido a suplicaros y a requeriros de amores. Sin embargo, en verdad os digo que sois la doncella del mundo que más he deseado que me amase con amor, a no ser por el impedimento que hay. Y ciertamente, si Lanzarote os ama tanto como creo que le amáis, ninguna dama ni doncella tuvo más fortuna en el amor. Por Dios os ruego que me perdonéis, si he dicho algo que os desagrade. —Señor, con gusto», le responde ella.

28. Cuando Galván ve que la doncella le ha prometido que no contará a Lanzarote ni a ningún otro nada de lo que le ha dicho, le ruega así: «Doncella, os pido que me digáis qué armas llevó Lanzarote a la asamblea de Wincester. —Señor, le responde, llevaba un escudo rojo y coberturas iguales y sobre su yelmo tenía una manga de seda que le di como prueba de amor. —Por mi cabeza, doncella, dice Galván, ésas son buenas insignias; pues estuvo allí y yo lo vi tal como me lo habéis descrito; ahora creo más que os ama con amor —yo no hice nunca tanto—, pues de otra forma él no hubiera llevado tal enseña. Y me parece que debéis teneros en mucho precio de ser amiga de alguien tan noble. Y ciertamente, tengo suerte en saberlo porque ha permanecido todo el tiempo tan escondido de todos que en ningún momento se pudo saber en la corte que amara con amor. —Así me ayude Dios, señor, dice ella, más vale así, pues bien sabéis que los amores al descubierto no pueden tener una alta estimación.»

29. Con esto se salió la doncella; Galván la acompañó y después se fue a acostar; pensó mucho aquella noche en Lanzarote y se dijo a sí mismo que no pensaba que Lanzarote se hubiera ocupado en algo en lo que él hubiese querido poner su corazón, a no ser en algo más elevado y más honroso que los demás. «Y, sin embargo, se decía, no puedo —en razón— recriminarle que ame a esta doncella, pues es tan hermosa y bella en todo que, si el hombre más alto del mundo hubiera puesto en ella su corazón, creo que lo hubiera empleado bien.»

30. Aquella noche Galván durmió muy poco, pues pensó bastante en la doncella y en Lanzarote; por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantó y lo mismo hicieron los demás, pues el rey había mandado subir a Galván, porque quería irse del castillo. Cuando todos estuvieron preparados, Galván se dirigió a su huésped, lo encomendó a Dios y le agradeció mucho la buena acogida que le había hecho en su casa; después se acercó a la doncella y le dijo: «Doncella, os encomiendo mucho a Dios; sabed que soy vuestro caballero en cualquier lugar que esté, y no hay un sitio tan extraño que si yo estuviera en él, y vos me ordenaseis venir por cualquier necesidad, que no regresara pudiendo hacerlo. Por Dios, saludad de mi parte a Lanzarote, pues pienso que lo veréis antes que yo.» La doncella le responde que tan pronto como le vea lo saludará de parte de Galván; éste le da las gracias y se marcha de allí cabalgando. En el patio se encuentra al rey Arturo, su tío, montado, que le esperaba con una gran mesnada de caballeros. Se saludan y se ponen en marcha y juntos van hablando de muchas cosas; entonces dice Galván al rey: «Señor, ¿sabéis quién es el caballero que ha vencido en la asamblea de Wincester, el de las armas bermejas, que llevaba una manga sobre el yelmo? —¿Por qué me lo preguntáis?, le dice el rey. —Porque, responde Galván, no creo que lo sepáis. —Yo lo sé muy bien, contesta el rey, pero vos no lo sabéis, y bien deberíais haberlo reconocido por las hazañas que hacía con las armas, pues nadie si no él podía hacer otro tanto. —Ciertamente, señor, le dice Galván, debería haberlo reconocido, pero al ir disfrazado de caballero novel me confundió. Sin embargo, me he enterado de tantas cosas que ya sé quien fue. —¿Quién fue?, pregunta el rey, bien sabré si decís la verdad. —Señor, le contesta, Lanzarote del Lago. —Es cierto, le dice el rey, y vino de forma tan oculta al torneo para que al no conocerlo nadie se negara a justar con él. Verdaderamente es el más noble del mundo y el mejor caballero que existe. Y si yo hubiera creído a vuestro hermano Agraváin, lo habría hecho matar, con lo cual habría cometido una gran felonía y una tremenda deslealtad de forma que todos me deberían afrentar por ella. —Ciertamente, preguntó Galván; ¿qué os contó, pues, mi hermano Agraváin? Decídmelo. —Bien, os lo diré, le responde el rey; me vino el otro día para comentar que se extrañaba mucho de que yo tuviera ánimo de soportar a Lanzarote a mi lado, cuando me estaba afrentando muy gravemente deshonrándome con mi mujer; además, añadió que Lanzarote la amaba con loco amor más que a mí, la había conocido carnalmente y que yo debía estar seguro de que no se había quedado en Camaloc más que para disponer a su voluntad de la reina tan pronto como me hubiera puesto en marcha para venir al torneo de Wincester. Todo esto me lo hizo creer vuestro hermano Agraváin; y ahora me tendría por deshonrado si hubiera creído su mentira, pero bien sé ya que si Lanzarote amara a la reina con amor no se habría movido de Camaloc nada más salir yo, sino que se hubiera quedado para hacer su voluntad con la reina. —Ciertamente, señor, dice Galván, Lanzarote sólo se quedó para poder venir más en secreto al torneo; y bien podéis apreciar que esto es verdad y procurad no creer nunca a nadie que os traiga tales palabras, y en verdad os digo que Lanzarote jamás pensó en semejante amor hacia la reina; es más, os afirmo que ama a una de las doncellas más hermosas del mundo y ella a él y aún es virgen. Además, sabemos que amó con todo su corazón a la hija del rey Pelés, de la que nació Galaz, el muy buen caballero, el que dio fin a las aventuras del Santo Graal. —Ciertamente, responde el rey, si fuera verdad que Lanzarote la amara con loco amor, no podría creerme que hubiese tenido corazón para cometer una deslealtad tan grande como el deshonrarme con mi mujer; pues en un corazón tan valeroso no se puede asentar la traición, a no ser por la mayor tentación del mundo.» Así habló el rey Arturo de Lanzarote. Galván le respondió que estaba

completamente seguro que nunca Lanzarote había deseado a la reina con tan loco amor como pretendía Agraváin. «Y además, os digo, señor, que considero a Lanzarote tan a salvo en este asunto que no hay en el mundo caballero por bueno que fuera contra el que no me enfrentara en lid campal en defensa de Lanzarote si éste fuera acusado. —Y ¿qué diríais vos, le pregunta el rey, si todo el mundo me fuera diciendo día a día que me fijara más de lo que me estaba fijando, y yo no me lo creyera?» Galván le aconseja mucho que no deje la buena voluntad que tiene.

31. Con esto dejan de hablar, y cabalgan a pequeñas jornadas hasta llegar a Camaloc; al descabalgar, muchos les pidieron nuevas del torneo y les preguntaron quién había vencido. Pero no había nadie más que el rey, Galván y Girflete que supiera darles noticias verdaderas y ellos no querían descubrirlo aún, pues sabían que Lanzarote quería ocultarse. Galván dijo a la reina: «Señora, no sabemos muy bien quién fue el que venció en el torneo; pensamos que fue un caballero extranjero; sin embargo, sí que podemos deciros que llevó a la asamblea bermejas y sobre su yelmo, como penacho, una manga de dama o de doncella.» Inmediatamente pensó la reina que no era Lanzarote, pues no creía que llevara al torneo ninguna insignia que no le hubiera dado ella. de hablar, no pregunta nada más, salvo que le dice a Galván: «¿No estuvo Lanzarote en la asamblea? —Señora le responde, si estuvo y lo vi, no lo reconocí; si lamiera estado, bien creo que hubiera vencido en el torneo: hemos visto tantas veces sus armas que de haber venido —a no ser en secreto— lo podríamos reconocer sin dificultad. —Os digo, le responde la reina, que fue lo más ocultamente que pudo. —Y yo os digo, señora, le contesta Galván, que si estuvo, era el de las armas bermejas que venció en el torneo. —Ese no fue, responde la reina, tenedlo por seguro, pues no está tan unido a dama o doncella como para llevar su insignia.»

32. Entonces se adelanta Girflete y dice a la reina: señora, tened por seguro que el de las armas bermejas, que llevaba la manga sobre el yelmo, era Lanzarote, pues al vencer en la asamblea, se marchó y yo fui tras él por si era, que yo mismo lo dudaba, tan disfrazado iba; lo seguí hasta que logré verle el rostro descubierto; iba gravemente herido, con un caballero armado igual que é ambos llevaban las mismas armas. —Señor Galván, pregunta la reina, ¿creéis que dice verdad? Por la fe que debéis a mi señor el rey, decidme lo que sepáis, si es que sabéis algo. —Señora, le contesta, me habéis conjurado de tal forma que no os ocultaré nada de lo que sepa; en verdad os digo que fue él, su propio cuerpo, el que llevó las armas bermejas, el que llevó la manga sobre Yelmo y el que venció en el torneo.» Cuando la reina oye estas palabras, se calla y se vuelve a su habitación, lloran do de los ojos de la cara; hacía un gran duelo, diciéndose a sí misma: «¡Ay!, Dios, me ha traicionado my villanamente aquel en cuyo corazón creía yo que estaría albergada toda la lealtad, por quien había hecho tanto que por su amor deshonré al hombre más noble del mundo. ¡Ay!, Dios, quién esperará lealtad en ningún caballero ni en ningún hombre, cuando la deslealtad se ha albergado en el mejor de los buenos.» Tales palabras se decía la reina a sí misma, pues en verdad creía que Lanzarote amaba a aquella cuya manga había llevado en el torneo y creía que la había abandonado. Tenía un disgusto tan grande que no sabía qué consejo tomar, a no ser el de vengarse, tan pronto como fuera posible, de Lanzarote o de la doncella, si es que podía hacerlo de alguna forma. La reina está muy afligida por las noticias que Galván le había traído, pues de ninguna manera había pensado que Lanzarote pudiera tener corazón para amar a otra dama. Todo el día estuvo afligida y dejó de reír y de jugar.

33. A la mañana siguiente llegaron a la corte Boores, Lionel y Héctor, y toda su compañía, que venían de la asamblea; al descabalgar en el palacio del rey, donde tenían cama y comida siempre que iban a la corte, Héctor comenzó a preguntar a todos los que allí se habían quedado con la reina, cuando los demás se fueron a la asamblea, que dónde había ido Lanzarote, pues lo habían dejado allí al marcharse. «Señor, le responden, se fue de aquí la mañana siguiente a la que os fuisteis y no se llevó más que a un solo escudero, de forma que ni lo vimos ni lo oímos hablar.»

34. Cuando la reina supo que el hermano de Lanzarote y sus primos habían vuelto, hizo venir ante ella a Boores y le dijo: «Boores, ¿habéis estado en la asamblea? —Sí, señora, le responde. —Y ¿visteis a vuestro primo Lanzarote? —Señora, no, pues él no estuvo allí. —Por mi cabeza, contesta la reina, sí que estuvo. —Señora, insiste, salva sea vuestra gracia, no estuvo; no puede ser, que si hubiera estado, no hablara conmigo y que yo no lo hubiera conocido. —Tened por seguro, añade la reina, que estuvo allí y llevaba armas completamente bermejas, y sobre su yelmo una manga de dama o de doncella y fue el que venció en la asamblea. —Por el nombre de Dios, respondió Boores, de ninguna forma querría yo que fuera mi primo, pues ese de quien me habláis, según me han dicho, se fue gravemente herido, con una herida que yo le hice en el costado izquierdo durante una justa. —Maldita sea la hora, dice la reina, en que no lo matasteis, pues se ha comportado tan deslealmente conmigo como yo nunca creía que pudiera hacerlo por nada del mundo. —Señora, pregunta Boores, ¿cómo?»

Ella se lo cuenta todo tal como lo pensaba y después de decir cuanto quiso, Boores le responde: «Señora, en tanto no lo sepáis de manera cierta, no creáis que ha sido de ese modo que pensáis. Que Dios me ayude: no podría creerme que hacia vos se haya portado tan falsamente. —En verdad os digo, le responde aquélla, que alguna dama o doncella ha logrado sorprenderle con filtro o con encantamiento de forma que nunca más será mío ni yo suya; y si por ventura volviera a la corte, le impediría que entrara en el palacio de mi señor el rey y le prohibiría que fuera tan atrevido como para poner en él sus pies. —Señora, le dice Boores, haced lo que queráis, pero os digo que nunca emprendió los actos que vos le imputáis. —Bien me lo ha mostrado en esta asamblea, le responde la reina; bien me pesa que la prueba sea tan evidente. —Señora, contesta Boores, si es tal como decís, no hizo nunca nada que me pesara tanto, ya que de ningún modo debiera haber obrado mal contra vos, aunque lo hubiera hecho frente a cualquier otro.» Toda aquella semana y la siguiente se quedó Boores con su mesnada en el palacio del rey Arturo, y estuvieron mucho más tristes y pensativos de lo que solían porque veían a la reina muy afligida. En todo este tiempo no vino a la corte nadie que trajera noticias de Lanzarote, de que lo hubieran visto de lejos o de cerca, lo que admiraba mucho al rey Arturo.

35. Un día estaban el rey y Galván en las ventanas del palacio hablando de varias cosas, de manera que el rey dijo a Galván: «Buen sobrino, me pregunto extrañado dónde puede estar Lanzarote durante tanto tiempo; hace mucho que no abandonó mi corte durante un período tan largo como ha hecho ahora.» Cuando Galván lo oye, comienza a sonreír y dice al rey: «Señor, sabed que no le molesta estar en donde está, pues si le molestase no tardaría en volver; que le agrade, no debe extrañarnos, pues debería agradarle al hombre más rico del mundo si pusiera en ello todo su corazón, como creo que Lanzarote ha puesto el suyo.» Cuando el rey oye estas palabras se inquieta mucho por saber de qué se trata; requiere a Galván para que le diga la verdad por la fe que le debe y el juramento que le hizo. «Señor, dice Galván, os contaré la verdad, tal como la creo, pero debe ser una cosa secreta entre nosotros dos, pues si yo supiera que va a ser contada en otro lugar, no os diría nada.» El rey le dice que a partir de ese momento no se sabrá ninguna cosa. «Señor, continúa Galván, os puedo asegurar que Lanzarote está en Escalot por una doncella a la que ama, pero tened por cierto que es una de las más hermosas doncellas que hay en el reino de Logres y que aún era virgen cuando estuvimos allí. Por la gran belleza que vi en ella, la requerí de amores no hace mucho, pero ella se protegió de mí con habilidad y dijo que era amada por caballero más hermoso y mejor que yo; deseé mucho saber quién era, de forma que le pedí que me dijera su nombre; ella no quiso hacerlo, aunque prometió enseñarme su escudo, a lo que yo le respondí que no pedía nada mejor; me lo mostró y lo reconocí al instante: era el escudo de Lanzarote. Le pregunté: 'Doncella, decidme por amor, ¿este escudo cuándo fue dejado aquí?'. Me respondió que su amigo lo había dejado al ir a la asamblea de Wincester, que se llevó las armas de un hermano suyo que eran completamente bermejas, y que era suya la manga que había llevado sobre el yelmo.»

36. La reina, pensativa, estaba apoyada en otra ventana y oyó cuanto el rey y Galván dijeron; avanzó un poco y dijo: «Buen sobrino, ¿quién es esa doncella que tenéis por tan bella? —Señora, es la hija del valvasor de Escalot; que la ame mucho no debe extrañar, pues está llena de belleza. —Ciertamente, dice el rey, no podría creer que pusiera su corazón en dama ni en doncella que no fuera de alta condición, pero os digo que no está allí por este motivo, sino porque yace enfermo o herido, por la herida que en el torneo de Wincester le hizo su primo Boores en el costado. —Por mi fe, responde Galván, bien podría ser así y no sé qué pensar ahora, a no ser que, si estuviera enfermo, nos lo habría hecho saber, o, cuando menos, habría mandado llamar a su hermano Héctor y a sus primos que están aquí.» Mucho rato estuvieron hablando aquel día el rey, la reina y Galván; la reina se levantó con tanto dolor y entristecida como nadie, pues pensaba que Galván había dicho la verdad con respecto a la doncella y a Lanzarote; se fue a su habitación y mandó llamar a Boores para que viniera a hablar con ella. Vino de inmediato. Tan pronto lo vio, la reina le dijo: «Boores, ya sé la verdad de vuestro señor, de vuestro primo; está en Escalot con una doncella a la que ama. Bien podemos decir ahora que vos y yo lo hemos perdido, pues lo tiene tan preso que no podría irse de allí aunque quisiera. Esto acaba de decirlo ante mí y ante mi señor el rey un caballero al que creeríais con que os dijera. una palabra; y tened por seguro que nos lo afirmó como cierto. —Ciertamente, señora, dice Boores, no sé quién es el caballero que os ha dicho eso, pero aunque hablando fuera el hombre más veraz del mundo, sé que habría mentido al afirmar tal cosa; y bien sé que mi señor es de tan elevado corazón que no se permitiría hacerlo; por eso quisiera rogaros que me dijeseis quién fue quien os dijo tales palabras, pues esta misma noche lo dejaré por mentiroso. —Vos no sabréis nada más por mí, le respondió ella, pero os advierto que nunca más tendrá Lanzarote paz conmigo. —Señora, contesta Boores, me pesa, y puesto que habéis tomado tan gran odio hacia mi señor, a los nuestros no les agrada permanecer más aquí, de manera que os pido licencia, señora, y os encomiendo a Dios, pues nos iremos al amanecer. Cuando nos pongamos en marcha, buscaremos a mi señor hasta encontrarlo, si Dios quiere; y cuando lo hayamos encontrado, si quiere, nos quedaremos en esta tierra junto a algún alto hombre; y si no le agrada que nos quedemos, nos iremos a nuestras tierras, con nuestros hombres, que están ya muy deseosos de vernos, ya que hace mucho tiempo que no nos ven. Y tened por seguro, señora, continúa Boores, que de ningún modo hubiéramos permanecido tanto tiempo en este país a no ser por amor a mi señor, y él no se hubiera quedado tanto tras la demanda del Santo Graal, si no hubiera sido por vos; tened por cierto que os ha amado más lealmente que ningún caballero amó a dama o doncella.»

Cuando la reina oye estas palabras siente la mayor pena del mundo, y no puede impedir que las lágrimas le vengan a los ojos. Al hablar, maldice la hora en que tales noticias le llegaron, «pues me encuentro en mal estado», y después se dirige a Boores: «¿Cómo?, señor, ¿me vais a dejar así. —Sí, señora, le responde; me conviene hacerlo.» Con esto, sale de la habitación y se dirige a su hermano y a Héctor y les cuenta las palabras que la reina le había dicho. Ellos se molestan mucho, pero no saben qué hacer y todos maldicen la hora en que Lanzarote conoció a la reina; Boores les dice: «Tomemos licencia del rey y vayámonos de aquí; busquemos a Lanzarote hasta encontrarlo y, si podemos llevárnoslo al reino de Gaunes o al de Benoic, nunca habremos hecho mejor obra: nos quedaríamos tranquilos si pudiera pasarse sin la reina.» Héctor y Lionel están de acuerdo; van ante el rey y le piden permiso para ir a buscar a Lanzarote; muy a su pesar, se lo da, pues le gustaba mucho verlos a su lado, sobre todo a Boores, famoso en el reino de Logres más que cualquier otro caballero tanto por su vida ejemplar como por sus hechos de armas.

37. Por la mañana el linaje del rey Van se fue de la corte; cabalgan derechos hasta llegar a Escalot. Una vez allí, preguntaron por Lanzarote en cuantos sitios pensaban que podrían obtener respuesta, pero en ninguna ocasión encontraron a nadie que supiera darles noticias. Lo buscaron mucho por todos los lados y cuanto más preguntaban, menos les decían. De tal forma cabalgaron ocho días, sin que pudieran saber nunca nada. Al considerar esto, se dijeron: «En vano seguiremos trabajando, pues ya no lo volveremos a encontrar antes de la asamblea; pero sin duda volverá, porque se halla en este país y

libre.» Por este motivo se quedaron en un castillo que se llama Athean, que se encuentra a una jornada de Taneburg y que no distaba más que seis días de la asamblea; el rey de Norgales, que vivía en su propia fortaleza a unas ocho leguas de Athean,, tan pronto como supo que los parientes del rey Van estaban allí y que eran los más afamados del mundo, los de más valor y los de más insignes hechos de armas, fue a verlos, pues tenía un gran deseo de conocerlos e incluso —si podía ser— que se le unieran a su mesnada para ir a la asamblea y luchar contra el rey Arturo y sus compañeros. Cuando vieron que el rey venía a verlos, lo tuvieron como una gran delicadeza y lo recibieron digna y muy cortésmente, como quienes bien sabían hacerlo; le hicieron quedar allí, con ellos, aquella noche; por su parte, él les rogó tanto—que a la mañana siguiente todos le acompañaron a su fortaleza. El rey de Norgales los tuvo en su hostal con gran alegría y honor hasta el día de la asamblea y tanto les suplicó que le prometieron estar de su parte en la reunión. El rey se alegró mucho con esta promesa y se lo agradeció entrañablemente.

Pero aquí deja la historia de hablar de Boores y de su compañía y vuelve a tratar de Lanzarote, que estaba enfermo en casa del pariente del caballero novel de Escalot.

38. Ahora cuenta la historia que cuando volvió Lanzarote, se tuvo que acostar, enfermo; yació así durante un mes o más por la herida que le hizo su primo Boores en el torneo de Wincester, de manera que el caballero que le había acompañado a la asamblea sólo esperaba la muerte, aunque le pesaba mucho, pues había visto tantas virtudes en Lanzarote que, en cuanto a los hechos de armas, lo consideraba muy por encima de todos los que conocía y eso que no sabía aún que era Lanzarote. Cuando hacía ya más de un mes que estaba allí, vino la doncella que le había entregado la manga; al ver que aún no estaba sano, le pesó mucho y le preguntó a su hermano cómo iba. Le respondió: «Hermosa hermana, afortunadamente va mejor, gracias a Dios; pero no hace quince días, lo vi en tal estado que pensé que no pudiera escapar de la muerte. Su herida ha sido muy peligrosa de curar; por eso creí que moriría. —¡Morir!, dijo la doncella, Dios lo guarde; ciertamente, eso sería una calamidad muy dolorosa, pues después de él no quedaría ningún hombre noble en el mundo. —Hermosa hermana, le dijo el caballero, ¿sabéis quién es? —Señor, le responde, sí, muy bien; es Lanzarote del Lago, el mejor caballero del mundo; me lo dijo Galván, sobrino del mismísimo rey Arturo. —Por mi cabeza, contesta el caballero, creo en verdad que pueda serlo, pues nunca vi nadie capaz de tales hazañas como él hizo en la asamblea de Wincester, ni nunca hubo manga de dama ni de doncella mejor empleada ni tan mirada como fue la vuestra.» La doncella se quedó allí y permaneció junto a su hermano hasta que Lanzarote mejoró un poco, de manera que podía pasear por dentro de la casa; cuando ya estuvo casi curado y había recuperado algo de su belleza, la doncella, que había permanecido con él de noche y de día, se enamoró tanto —por las hermosas palabras que le decía y por la belleza que veía en él—, que le pareció que no podría sobrevivir de ninguna manera si no le mostraba su voluntad. La doncella amaba a Lanzarote, tanto como podía. Cuando ya no pudo silenciar por más tiempo lo que pensaba, se le presentó un día ataviada y adornada más hermosamente que nunca, vestida con el mejor traje que pudo conseguir; sin lugar a dudas, estaba rebosante de belleza. De esta guisa, se presentó a Lanzarote y le dijo: «Señor, ¿no sería muy villano si me rechazara un caballero a quien yo requiriera de amores? —Doncella, le responde Lanzarote, sería muy villano rechazándoos si fuera dueño de su corazón y pudiera hacer su voluntad en todo; pero nadie debería acusarle si ni de sí mismo ni de su corazón pudiera hacer lo que deseara y os rechazara. Os lo digo por mí, pues —Dios me ayude— si fuerais tal que os dignaseis poner vuestro corazón en mí, y yo pudiera disponer de mí mismo a mi antojo y voluntad, tal y como son capaces de hacer otros muchos caballeros, me tendría por muy bien pagado si os dignarais darme vuestro amor; pues —Dios me ayude— tiempo ha que no veo ni dama ni doncella a la que se debiera amar con mayor motivo que a vos. —¿Cómo, señor, pregunta la doncella, no os pertenece tanto vuestro corazón como para

que podáis disponer de él según vuestro albedrío? —Doncella, le responde, sí que hago según mi voluntad, pues siempre está allí donde yo quiero que esté, y no desearía jamás que estuviera en ningún otro lugar, ya que en ningún otro sitio podría estar tan a «esto como está donde yo lo puse; y no permita Dios que se aparte de este deseo, porque, después, yo no podría vivir un solo día tan a gusto como ahora. —En verdad, señor, contesta la doncella, me habéis dicho tantas cosas que conozco bien una parte de vuestros sentimientos y me pesa mucho que sea así, pues, por lo que me acabáis de decir y de contar, con una sola palabra lograríais hacerme morir en poco plazo; si me lo hubieseis dicho de forma un poco más velada, hubieseis llenado mi corazón de todo tipo de buenas esperanzas de tal manera que la esperanza me hubiera hecho vivir en el gozo y en la dulzura en que suele permanecer un corazón enamorado.»

39. La doncella se dirigió entonces a su hermano, descubriéndole todo su pensamiento: le dijo que amaba a Lanzarote con un amor tan grande que moriría si no le ayudaba cuanto fuera necesario para conseguir toda su voluntad. Aquél lo sintió mucho y le responde: «Hermosa hermana, encaminaos a otro lugar, pues a éste no podréis llegar. Bien sé que tiene su corazón asentado en tan alto sitial que no se dignará descender a amar doncella de pobreza como la vuestra, aunque seáis una de las más hermosas del mundo; si deseáis amar conviene que pongáis vuestro corazón en lugar más bajo, porque de árbol tan alto no podréis recoger el fruto. —Ciertamente, buen hermano, le responde la doncella, bien me pesa; ojalá Dios quisiera que me gustara otro caballero más que él y que hubiera ocupado su lugar en mi corazón antes que él; pero eso ahora no puede ser, pues he sido destinada a morir por él, y moriré de tal modo que vos lo veréis claramente.» Así predijo la doncella su muerte, que le sobrevino tal como lo había contado, pues murió, sin duda, por amor a Lanzarote, según explicará la historia más adelante.

40. Ocurrió aquel mismo día que un escudero venido de Northumberland se alojó en la casa; Lanzarote le hizo venir a su presencia y le preguntó a dónde se dirigía. «Señor, le respondió, voy a Taneburg, donde debe celebrarse el torneo de hoy en tres días. —¿Qué caballeros participarán, le preguntó Lanzarote, lo sabes? —Señor, le contesta, estarán los de la Mesa Redonda y los que estuvieron en la asamblea de Wincester y se dice que el rey Arturo llevará a la reina Ginebra para que vea el torneo.» Cuando Lanzarote oye que la reina estará, se turba tanto que le parece que va a morir de dolor. Se altera mucho y, cuando habla, dice en voz tan alta que lo oyeron todos los que estaban ante él: «¡Ay! Señora, no veréis a vuestro caballero allí, pues yo no hago sino languidecer. ¡Ay!, caballero que me hiciste esta herida, Dios me conceda que te encuentre de tal forma que te pueda reconocer. En toda la vida, no recibiré reparación de tu falta en tanto no te haga morir de mala muerte.» Entonces se tiende por el gran dolor que siente y al tenderse se le vuelve a abrir la herida; sale de ella un chorro de sangre tan grande como si fuera un animal herido; al instante se desmaya. Al verlo, su médico dice al escudero: «Lo habéis hecho morir con vuestras palabras.» Ordena que lo desnuden y lo acuesten; se preocupa de restañarle la herida, pues de otra manera hubiera muerto de inmediato.

41. Todo aquel día, Lanzarote estuvo de tal modo que ni abrió los ojos ni dijo palabra, antes bien, lo pasó como medio muerto. Por la mañana del día siguiente se reconfortó lo más que pudo y puso semblante de no tener mal ni dolor y de estar completamente curado; entonces, le dijo a su médico: «Médico, gracias a Dios y a vos, que os habéis preocupado tanto por mí y que os habéis esforzado mucho, ahora me siento sano y salvo, de manera que desde este instante puedo cabalgar perfectamente sin resentirme por nada, por eso, yo querría rogar a la dama de esta casa y a mi compañero, el caballero que ahí está y que me ha honrado tanto en el curso de esta enfermedad, que me dieran permiso para ir a ver la reunión, pues en ella estará la flor de la caballería de todo el mundo. —¡Cómo!, señor, dijo el noble, ¿qué estáis diciendo? Aunque montaráis sobre el caballo más blando del mundo, sabed con toda certeza que moriríais antes de haber recorrido el equivalente a una legua inglesa; estáis tan extremadamente débil y enfermo que no veo cómo alguien —a no ser Dios— os podría dar una perfecta recuperación. —¡Ay! Buen dulce médico, le responde

Lanzarote, por amor de Dios, ¿no me diréis otra cosa? —Ciertamente que no, contestó el médico, nada más que moriréis si os movéis de aquí. —Por mi fe, exclama Lanzarote, si no voy a la reunión que debe tener lugar en el castillo de Taneburg, de ninguna manera podré sanar, antes bien, moriré de dolor; y. si he de morir, prefiero morir cabalgando que languideciendo. —Moriréis, insistió el anciano, allí donde vayáis; de mí no obtendréis más ayuda; y ya que no queréis seguir mi consejo, os dejaré tanto a vos como a vuestra compañía, pues, si morís, no quiero que se diga que fue por mi culpa, y, si sanáis —Dios os lo conceda—, yo no quiero ser alabado ni criticado. —¡Ay! Buen médico, le dijo Lanzarote, ¿así me queréis abandonar, vos que me habéis servido y ayudado tanto durante esta enfermedad hasta ahora? ¿Cómo sois capaz de hacerlo? —Por mi fe, respondió el médico, es necesario que os abandone, pues no quisiera que un caballero tan noble y esforzado como vos muriese bajo mi custodia. —Buen médico, le contesta Lanzarote, entonces, ¿me decíais lealmente que yo moriría si me fuera de aquí a la asamblea de Taneburg? —Lealmente os digo, responde el anciano, que aunque todo el mundo os cuidara (excepto Dios), no podríais cabalgar dos leguas sin morir; pero quedaos aún quince días con nosotros y —en verdad os lo digo— pasado ese término creo que, con la ayuda de Dios, os dejaré tan sano y salvo que podréis cabalgar cuanto queráis sin peligro. —Médico, le contesta Lanzarote, me quedaré, ya que así conviene, pero tan doliente y entristecido como nadie podría estar.» Entonces se volvió hacia el escudero que estaba a su lado, que le había traído las nuevas del torneo y al que había retenido por la mañana para que le diera compañía, pues, ciertamente, pensaba ir al torneo con él, y le dijo: «Buen amigo, marchaos ya, pues según creo yo debo quedarme. Cuando lleguéis al torneo de Taneburg y veáis a mi señor Galván y a mi señora la reina Ginebra, saludadlos de parte del caballero que venció en la asamblea de Wincester; si os preguntan cómo me va, no les digáis absolutamente nada ni de mi estado ni del lugar en el que me encuentro.» Le contesta que llevará a buen término el mensaje; monta el escudero sobre su caballo y se marcha, cabalgando sin cesar hasta que llega a la asamblea. Este escudero era algo amigo del rey de Norgales; fue a su hostal y permaneció allí la tarde anterior al comienzo del torneo.

Cuando llego la noche, mi señor Galván vino al hostal del rey de Norgales, y se quedó allí por ver a Boores y a su compañía, y por hablar con ellos; lo recibieron con una gran alegría y enorme entusiasmo. El escudero sirvió vino y cuando estuvo arrodillado ante Galván, para escanciarle el vino, comenzó a sonreír sin disimulo, pues se acordó del caballero y de la locura que quería hacer para venir al torneo. Cuando mi señor Galván lo vio —se dio cuenta sin dificultad—, supuso que por algo sería; se bebió el vino y tan pronto como lo hubo bebido le dijo al escudero: «Te ruego que me respondas a lo que te voy a preguntar.» El escudero le contesta que si sabe lo hará con mucho gusto: «Preguntad sin dudar. —Dime, interroga Galván, ¿por qué has empezado a sonreír? —A fe mía, le contesta el escudero, porque me he acordado del caballero más loco que jamás había visto ni oído nombrar: estaba herido de muerte y débil como estaba, quería venir al torneo quisiera o no su médico; estaba tan grave que con dificultad se podían sacar las palabras de su boca. ¿No os parece que era una gran cabezonería? —¡Ay! Buen señor, dulce amigo, 'exclamó Galván, ¿cuándo visteis al caballero del que estáis hablando? Sin dudarlo os digo que es de gran nobleza y, además, creo que si hubiera estado con todas sus fuerzas, no hubiera dejado de acudir sin retrasarse; que Dios le dé salud, dijo Galván, pues, ciertamente, es una gran calamidad que un noble esté enfermo de modo que no pueda realizar proezas. —Por Dios, señor, responde el escudero, no sé quién es, pero os puedo decir que lo oí calificar como el mejor caballero del mundo; y, más aún, me pidió y suplicó, cuando me alejé de su lado ayer por la mañana, que os saludase de parte del vencedor de la asamblea de Wincester y también manda muchos saludos a mi señora la reina.» Cuando Galván oye estas palabras, no le queda duda de que es Lanzarote; dice al escudero: «¡Ay! Amigo bueno y dulce, decidme en qué lugar dejasteis al caballero del que me habéis hablado. —Señor, responde el escudero, no os lo diré, pues faltaría a mi promesa. —Por lo menos, se consuela Galván, nos habéis dicho que está herido. —Buen señor, contesta el escudero, si os lo he dicho, me arrepiento y ya os he explicado mas de lo que debiera; os

ruego que si veis antes que yo a mi señora la reina, la saludéis de porte de quien os he dicho.» Mi señor Galván responde que así lo hará con mucho gusto.

42. Tras estas palabras, los tres primos —que habían oído perfectamente todo lo que el escudero había dicho— se quedaron muy abatidos; se dieron cuenta de que era de Lanzarote de quien hablaba, pues había mandado saludos para la reina y para mi señor Galván; y faltó muy poco para que consiguieran que el criado les confesara dónde lo había dejado. Les responde que ya no les dirá nada más, por más que se lo pidan. «Cuando menos, insisten, nos podrías decir dónde lo has dejado.» Les dice un lugar distinto del sitio en el que lo dejó. En cuanto termine el torneo prometen ir a buscarlo hasta que lo encuentren.

43. A la mañana siguiente se reúnen en la pradera que hay ante Taneburg los caballeros de los Cuatro Reinos contra los de la Mesa Redonda. Hubo numerosas justas de lanza y hermosos golpes de espada; habríais podido ver el campo cubierto de caballeros de fuera, famosos por su valor y atrevimiento,— que acudían contra los del reino de Logres o contra los de la Mesa Redonda; pero por encima de todos los que allí fueron, se llevó el galardón el linaje del rey Van, con mis señores Galván y Boores. Cuando el rey vio y supo que Lanzarote no había estado, lo sintió mucho, pues había venido más que por ninguna otra cosa por ver a Lanzarote y hablar con él; en aquel mismo lugar —con el común consentimiento de la mayoría— hizo convocar otro torneo al cabo de un mes y en el campo de Camaloc; todos están de acuerdo. Así terminó aquel encuentro; no se hizo nada más.

44. Aquel día invitó el rey a Boores, junto con su compañía, a que acudieran a la corte y éste le respondió que no lo haría hasta que no supiera nuevas ciertas de Lanzarote; el rey no osó suplicárselo más. Mi señor Galván cuenta a la reina lo que el escudero le dijo de Lanzarote y cómo quería venir al torneo, pero que su médico no le dejó, pues estaba muy grave. La reina no pudo creerse que haya estado postrado tanto tiempo; antes bien, piensa que la doncella que mi señor Galván le ha alabado tanto es el motivo de su demora, pues se habrá quedado con ella y duda que por ninguna otra cosa haya podido tardar tanto en acudir a la corte; lo odia tan mortalmente que querría verle sufrir todo tipo de oprobios. Sin embargo, siente tal piedad por Boores y su compañía —que han dejado la corte por culpa de Lanzarote— y está tan disgustada por haberlos perdido de esta forma, que no sabe qué puede ocurrir y —si pudiera ser— desearía sobremanera que regresaran; tanto le agradaba su compañía por el gran entretenimiento que le daban, que a nadie apreciaba tanto como a ellos. Y allí donde se hallaba a veces decía a sus damas que no sabía de ningún caballero en el mundo tan digno y capaz de llevar un gran imperio como Boores de Gaunes: por su amor, le pesaba mucho que todos los demás no se quedaran en la corte. Tres días permaneció descansando el rey en Taneburg; ordenó a Boores y a toda su compañía que se quedaran con el rey de Norgales y que fueran a visitarle; le respondieron que no irían jamás y que no entrarían nunca mientras no tuvieran noticias fidedignas de Lanzarote. La mañana siguiente al día que les ordenó esto, se fue de Taneburg el rey y cabalgó hacia Camaloc con su hueste; aquel mismo día se despidieron Boores y sus compañeros del rey de Norgales, y mi señor Galván fue con ellos diciendo que nunca se alejaría de su compañía hasta que hubieran encontrado a Lanzarote. Cabalgan así hacia el lugar donde —según les señaló el criado— lo había dejado, pero cuando llegaron allí no encontraron a nadie que supiera darles noticias. Entonces dice mi señor Galván a Boores: «Señor, tendría por buena idea el ir hacia Escalot; en aquel castillo sé de un hostal donde creo que nos informarán acerca de lo que estamos buscando. —Señor, le responde Boores, ya querría que estuviésemos allí, pues estoy muy impaciente por encontrar a mi señor primo.» Así, se marcharon de aquel lugar y cabalgaron hasta el ocaso; aquella noche durmieron junto a un bosque. Tan pronto como amaneció, montaron y cabalgaron con el fresco: tanto aprovecharon sus jornadas que llegaron a Escalot. Mi señor Galván descendió en el hostal donde había reposado en otra ': ocasión y lleva a Boores a la habitación donde había dejado el escudo de Lanzarote: aún estaba colgado. Entonces le pregunta Galván a su compañero: «¿Señor, visteis este escudo alguna otra vez?» Boores le responde que lo dejó

en Camaloc cuando fue a la asamblea de Wincester. Entonces mi señor Galván ordena al dueño de la casa que venga a hablar con él: al momento acude. Mi señor Galván le dice: «Buen señor, os suplico, y os requiero por la fe que debéis a la cosa del mundo que más amáis, que me digáis dónde está el caballero que dejó ese escudo, pues estoy bien seguro de que vos sabéis dónde está; si queréis nos lo podéis decir. Pero si sois de tal forma que por nuestros ruegos no lo queréis hacer, tened por cierto que os dañaremos y os combatiremos en cuanto podamos. —Si yo supiera, contesta el noble, que los buscáis por su bien, os lo enseñaría, pero si. es de otra forma, no os lo indicaré. —Os prometo, le dice mi señor Galván, por todo lo que he recibido de Dios, que somos los hombres de todo el mundo que le aman con mejor corazón y que más harían por él: como hace mucho que no le hemos visto y que no sabemos si está mal o sano, le vamos buscando desde hace ya más de ocho días. —Quedaos hoy aquí, le responde el noble, y mañana, cuando os vayáis a marchar, os indicaré dónde le podéis encontrar; y si lo deseáis, pondré a vuestra disposición uno de mis criados, que os indicará el camino certero.»

45. Aquella noche los compañeros permanecieron allí con muy gran alegría y gozo; por las noticias que habían conseguido estaban mucho más contentos de lo que solían; a la mañana siguiente, tan pronto como vieron luz; se levantaron y cuando fueron al salón grande, encontraron que su huésped ya estaba en pie; el caballero que estaba enfermo cuando llegó Lanzarote, se había repuesto totalmente; dijo que les acompañaría y que iría con ellos hasta donde se encontraba el caballero al que iban buscando; responden que les agrada mucho. Con estas palabras, montaron y se alejaron de allí todos juntos, encomendaron a su huésped a Dios y tanto se apresuraron en cabalgar que, al atardecer, llegaron a casa de la dama donde se había alojado Lanzarote. Este se había recuperado tanto que podía salir a pasear. Cuando llegaron allí, se apearon a la puerta; Lanzarote estaba en medio del patio, por el que paseaba y charlaba con el noble hombre que había puesto todo su entendimiento en curarle; tras él iba el caballero que le había acompañado al torneo y que en su enfermedad le había proporcionado una gran compañía, pues no lo había dejado nunca, ni por la mañana, ni por la tarde. Cuando descabalgaron en el patio y Lanzarote los reconoció, no preguntéis si tuvo una gran alegría; corrió hacia Boores y le dio la bienvenida, igual que a Héctor, a Lionel y a mi señor Galván; a éste le mostró una extraordinaria alegría, y después les dijo: «Valientes amigos, sed bienvenidos. —Señor, Dios os bendiga; nos han impulsado a buscaros el enorme deseo que teníamos de veros y un tremendo miedo por que no habéis estado en el torneo de Taneburg; a Dios gracias, en este momento hemos terminado felizmente, pues con menos esfuerzo del que creíamos os hemos hallado. Pero, por Dios, contadnos qué tal estáis y cómo os ha ido, porque anteayer oímos decir que estabais gravemente enfermo. —Ciertamente, responde, gracias a Dios ahora me encuentro muy bien, pues me he restablecido completamente; pero sin lugar a dudas he estado muy enfermo, he sufrido graves angustias y he estado también en peligro de muerte, según me dieron a entender. —Señor, le pregunta Boores, ¿dónde pensáis que enfermasteis? —Estoy seguro, contesta, de que fue en el torneo de Wincester, a causa de una profunda herida que me causó un caballero en una justa; la herida fue bastante más peligrosa de lo que pensaba y así lo parece aún, porque no estoy tan sano como para que mañana pueda cabalgar placenteramente. —Señor, le dice mi señor Galván, ya que os habéis restablecido, no hay que preocuparse por el dolor pasado, eso no os debe afligir mucho ahora, pero decidme cuándo pensáis que estaréis en situación de venir a la corte. —En verdad, responde, si Dios quiere, muy en breve.» Y el noble que se había ocupado de él, le dice a mi señor Galván: «Señor, sabed que, sin lugar a dudas, estará sano dentro de ocho días, de tal forma que podrá cabalgar v llevar armas con tan buenos resultados como el otro día en el torneo de Wincester.» Le contestaron que se alegraban mucho con estas noticias.

46. Al día siguiente, cuando estaban sentados para cenar, dijo riéndose mi señor Galván a Lanzarote: «Se. ñor, ¿habéis sabido quién fue el caballero que os hizo esa herida? —De ninguna forma, responde Lanzarote; pero si por fortuna pudiera reconocerlo y encontrarlo en alguna asamblea le devolvería en seguida su buena acción, de modo que nunca habrá

visto tan pronto la devolución de lo que ha hecho: antes de que se marchara, le demostraría si mi espada puede romper acero y, si él sacó sangre de mi costado, yo se la sacaré de la cabeza, en la misma cantidad, o aún más.» Entonces comienza mi señor Galván a dar palmas y a mostrar la mayor alegría del mundo; dice a Boores: «Parece que tendréis que luchar, pues la amenaza no os la ha hecho el hombre más cobarde del mundo; si me hubiera amenazado así, no estaría a gusto mientras no hiciéramos las paces.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, se asombra y dice: «Boores, ¿fuisteis vos quien me hirió?» Este está tan afligido que no sabe qué contestar, porque no se atreve a afirmarlo y no puede negarlo; no obstante, responde: «Señor, si lo hice, y eso me pesa, nadie me lo debe criticar; y ahora que dice mi señor Galván, que fue a vos a quien yo herí, estabais tan disfrazado con aquellas armas que nunca os hubiera reconocido, porque eran de caballero novel y vos habéis llevado armas desde hace más de veinticinco años; por eso no os conocí; creo que no os debéis enfadar conmigo.» Le responde que no, ya que ha sucedido así. «En nombre de Dios, buen hermano, dice Héctor, aquella jornada me las vi con vos: me hicisteis sentir la tierra dura cuando no me hacía falta.» Contesta Lanzarote riéndose: «Buen hermano, no os quejéis de mí en aquel día, pues yo me quejaré mucho más de vos: ahora sé bien que vos y Boores fuisteis los dos caballeros que más me impedísteis en aquel torneo hacer mi voluntad; ibais siempre por delante no deseando más que hacerme sufrir y avergonzarme y pienso que me hubiera podido llevar el trofeo de aquella jornada, pero entre ambos me lo quitasteis: en verdad no encontré en ningún lugar dos caballeros que me causaran tanto enojo y que me hicieran sufrir como vos. Ya no me oiréis hablar nunca más sobre el asunto como acabo de hacerlo; antes bien, os lo perdono. —Señor, dice mi señor Galván, ahora sabéis cómo manejan la lanza y la espada. —Es cierto, responde, bien lo he probado y aún llevo las marcas que lo muestran.»

47. Mucho hablaron del tema en aquella ocasión; mi señor Galván satisfecho, solía tomar la palabra porque veía que Boores estaba tan avergonzado y tan mal como si hubiera cometido el mayor desaguisado del mundo. Allí permanecieron toda la semana con gran alegría y júbilo y contentos porque veían que Lanzarote sanaba. Mientras estuvieron allí, Boores no se atrevió a descubrirle lo que le había oído decir á la reina, pues temía que se afligiera demasiado, si se enteraba de las crueles palabras que había dicho sobre él.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve al rey Arturo.

48. Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo se marchó de Taneburg con la reina, cabalgó el primer día hasta un castillo suyo que se llamaba Tauroc; pasó la noche allí con una gran compañía de caballeros y a la mañana siguiente ordenó a la reina que se fuera a Camaloc. El rey se quedó en Tauroc, donde permaneció tres días. Al marcharse, llegó a un bosque, en el que, antaño, había estado prisionero Lanzarote durante dos inviernos y un verano, en casa de la desleal Morgana, que aún vivía allí: en todo tiempo una gran cantidad de gente le hacía compañía. El rey entró en el bosque con su mesnada, pero no iba nada bien orientado, de modo que se fueron alejando hasta perder totalmente el buen camino; así marcharon hasta que llegó la oscura noche. Entonces se detuvo el rey y preguntó a su mesnada: «¿Qué haremos? Hemos perdido el camino. —Señor, le responden, en este bosque no hay casa ni refugio, que sepamos, más vale, pues, quedarnos aquí que seguir, pues sólo conseguiríamos cansarnos; tenemos suficiente comida: levantaremos vuestro pabellón en este prado y nos quedaremos a descansar aquí hoy; mañana, si Dios quiere, en— cuanto nos pongamos en marcha, encontraremos un camino de acuerdo con nuestros deseos que nos saque del bosque.» El rey acepta esto; tan pronto como se pusieron a plantar el pabellón, oyeron un cuerno que muy cerca de ellos sonó dos veces. «Por mi fe, dijo el rey, hay gente cerca de aquí; id a ver quién es.» Sagremor el Desmesurado monta inmediatamente sobre su caballo y marcha directo hacia el lugar de donde venía el sonido del cuerno: no ha cabalgado mucho cuando tropieza con

una gran torre fuerte, perfectamente almenada y rodeada por todas partes con un alto muro. Descabalga y se dirige a la puerta; golpea. Al oír el portero que hay gente llamando, pregunta quién es y qué desea. «Soy, responde Sagremor el Desmesurado, un caballero enviado por el rey Arturo, que está en el bosque cerca de aquí, y hace saber a los del castillo que desea pasar la noche en él. Preparaos para recibirlo tal como debéis, pues os lo haré llegar ahora aquí, junto con toda su compañía. —Bueno señor, dice el portero, esperad un momento, por favor, hasta que yo haya hablado con mi señora que está arriba en su habitación; inmediatamente volveré y oiréis la respuesta. —¿Cómo?, pregunta Sagremor, ¿no hay señor? —No, le responde. —Ve, pues, inmediatamente y vuelve en seguida, contesta Sagremor, que no quiero esperar mucho tiempo aquí.» El criado sube la escalera y se presenta a su señora; le cuenta el mensaje, tal como Sagremor se lo había dicho, y añade que el rey Arturo quería pasar la noche allí. Tan pronto como Morgana oye estas palabras, tiene una gran alegría y responde al criado: «Ve rápidamente y dile al caballero que haga venir al rey, pues será recibido lo mejor que podamos.» Aquél vuelve ante Sagremor y le dice lo que la dama le ha ordenado; entonces Sagremor se aleja de la puerta y cabalga hasta volver al rey, al que le dice: «Señor, habéis tenido suerte, pues he encontrado un hostal donde me han dicho que seréis albergado esta noche a vuestro deseo.» Cuando el rey lo oye, les dice a los que están con él: «Cabalguemos y vayamos derechos allí.» A las palabras del rey, todos se pusieron en marcha; Sagremor los condujo al lugar. Al llegar a la puerta, entraron, hallando el sitio tan hermoso y deleitable, tan rico y bien preparado, que, según les parecía, nunca en su vida habían visto un hostal tan bello y tan agradable. Allí dentro había tal abundancia de cirios, de luz extraordinaria, que todos se asombraron de cómo podía ser aquello; y no había ni muro ni pared que no estuvieran completamente cubiertos de tapices de seda. El rey pregunta a Sagremor: «¿Visteis antes algo de semejante riqueza? —Ciertamente, señor, le responde, yo, no.» Y el rey se persigna del asombro que tiene, pues jamás había visto una iglesia mejor tapizada, ni un monasterio cuyo patio estuviera lleno de cortinas: «¡Por mi fe!, exclama el rey, no me admirará que dentro de la casa haya gran riqueza, a juzgar por la abundancia que hay fuera.» Arturo descabalgó y lo mismo hicieron todos los que iban en su compañía. Cuando entraron en el salón principal, encontraron a Morgana con más de cien damas, acompañadas por caballeros, y todos estaban vestidos con tal riqueza, que el rey Arturo jamás en ninguna fiesta de su corte había visto tal lujo como el de los que estaban en la sala. Cuando vieron al rey, gritaron todos a una sola voz: «Señor, bien podíais venir, pues jamás tuvimos tan gran honor como el que hemos tenido ahora con vuestra visita.» El rey responde que Dios les otorgue alegría a todos. Entonces lo cogieron y lo acompañaron a una cámara tan hermosa y tan rica que nunca, al menos eso le pareció, había visto una tan bella y tan agradable.

49. Tan pronto como el rey se sentó, tras haberse lavado las manos, se pusieron las mesas y se hizo sentar a todos los que habían venido en compañía del rey, porque eran caballeros. Entonces las doncellas empezaron a traer manjares, como si estuvieran bien provistos, esperando la llegada del rey y de todos sus compañeros desde hacía un mes. En su vida había visto el rey una mesa como aquella tan llena de rica vajilla de oro y de plata y ni siquiera, aunque hubiera estado en Camaloc, donde hacía su voluntad y tenía abundancia de manjares, ni siquiera allí, hubiera tenido más que aquella noche en la mesa y tampoco hubiera sido mejor servido ni con mayor cortesía. Por esto se admiraron, preguntándose de dónde podría venir tal abundancia.

50. Después de comer, tanto como les plugo hasta saciarse, el rey escuchó y oyó sonar varios instrumentos en una habitación contigua, de muchos de ellos jamás había oído hablar en su vida; sonaban todos juntos, en armonía, con tal dulzura que nunca se había oído una melodía tan agradable, ni tan dulce de oír. En aquella cámara había una gran claridad y no tardó mucho en ver salir a dos doncellas hermosísimas, que llevaban sendos candelabros de oro con sus cirios encendidos; se acercaron al rey y le dijeron: «Señor, si os agradase, ya sería hora de descansar, pues hace mucho que la noche empezó y habéis cabalgado tanto que según nos parece debéis estar muy cansado.» El rey responde:

«Quisiera estar ya acostado, pues tengo gran necesidad de ello. —Señor, le contestan, hemos venido aquí para conduciros y acompañaros hasta vuestro lecho; pues así nos ha sido ordenado. —Me agrada, responde el rey.» Entonces se pone en pie y le llevan a la misma habitación donde, antaño, Lanzarote había vivido durante tanto tiempo. En aquella habitación estaba dibujado el amor de Lanzarote y la reina Ginebra. Acostaron las doncellas al rey Arturo y, cuando se hubo dormido, se fueron y volvieron ante su señora. Morgana pensó mucho en el rey Arturo, pues deseaba hacerle saber todo lo de Lanzarote y de la reina y, por otra parte, temía que si le descubría la verdad, y Lanzarote oía decir que el rey la supo por ella, nadie en el mundo podría evitar que éste la matara. Meditó mucho aquella noche, pues no sabía si decírselo o callar: si lo dice, se expone a morir, y si lo oculta, nunca volverá a tener tan buena ocasión como ahora para revelarlo. Estuvo dando vueltas a este pensamiento hasta que se durmió. Por la mañana, tan pronto como se levantó el día, se puso en pie y se presentó ante el rey, saludándole con mucha cortesía: «Señor, os pido un don en recompensa por todos los servicios que os he hecho hasta ahora. —Os lo otorgo, le responde el rey, si es cosa que yo pueda conceder. —Vos me lo podéis dar, le responde. ¿Sabéis qué es? Que permanezcáis aquí hoy y mañana: sabed que os encontráis en la mejor fortaleza que tenéis y en ningún otro sitio seréis mejor servido ni más a gusto que aquí dentro, pues no habrá cosa que digáis con vuestra boca que de inmediato no la tengáis.» El rey responde que se quedará puesto que así lo ha otorgado. «Señor, dice ella, os encontráis en la casa del siglo donde más' se os deseaba ver y sabed que no hay mujer en el mundo que os ame tanto como yo; así lo debo hacer, aunque no con amor carnal. —Señora, pregunta el rey, ¿quién sois vos que según decís me amáis tanto? —Señor, le responde, soy vuestra más cercana amiga. Me llamo Morgana y soy vuestra hermana y vos me debíais conocer mejor de lo que me conocéis.» El la mira y la reconoce: salta de la cama y le manifiesta la mayor alegría del mundo, diciéndole que estaba muy contento con este suceso que Dios le ha mandado. «Pues os digo, hermosa hermana, le confiesa el rey, que pensaba que hubieseis muerto y abandonado este siglo, y, ya que a Dios le place que os haya encontrado sana y salva, en cuanto me vaya de aquí os llevaré conmigo a Camaloc, y en adelante viviréis allí en la corte, haciendo compañía a la reina Ginebra, mi mujer; bien sé que ella se alegrará mucho y estará muy contenta cuando lo sepa todo de vos. —Buen hermano, le responde, no me pidáis eso de ninguna manera, pues os aseguro con lealtad que jamás iré a la corte y, sin lugar a dudas, cuando me vaya de aquí, marcharé a la isla de Avalón, donde conversan las damas que saben todos los encantamientos del siglo.» El rey se viste y lo prepara todo; inmediatamente después, se sienta en la cama y hace que su hermana tome asiento a su lado; comienza a preguntarle por su vida: ella le cuenta una parte y le oculta el resto. Así, entre tales palabras, permanecieron hasta la hora de prima.

51. Aquel día hizo muy buen tiempo y el sol se levantó bello y claro, tanto que entraba por todas partes; la habitación se iluminó más de lo que estaba antes, mientras ellos permanecieron completamente solos, pues se deleitaban mucho hablando juntos; después de haberse preguntado el uno al otro acerca de su vida, el rey empezó a mirar a su alrededor y vio las pinturas e imágenes que Lanzarote había dibujado cuando estuvo allí prisionero. El rey Arturo era suficientemente instruido como para poder entender algo que estuviera escrito, y cuando vio las letras de las imágenes, que explicaban el significado de los dibujos, empezó a leerlas y comprendió muy pronto que los dibujos de la habitación representaban obras de Lanzarote, y las hazañas que hizo cuando era caballero novel: no vio nada que no conociera por las noticias sobre sus hazañas, pues —tan pronto como cumplía cualquier proeza— le llegaban todos los días a la corte.

52. Así comenzó el rey a leer las acciones de Lanzarote, según las pinturas que veía, y cuando llegó a las imágenes que contaban la revelación de Galeote, se espantó y quedó asombrado; comenzó a examinarlas y se dijo muy afligido: «Por mi fe, si es cierto lo que dicen estas letras, Lanzarote me ha afrentado con la reina; creo que tienen relaciones y, si es verdad, tal como lo testimonia esta escritura, es la cosa que me va a causar el mayor duelo, ya que Lanzarote no podría deshonrarme más que traicionándome con mi mujer.»

Entonces dice a Morgana: «Bella hermana, os ruego que me digáis la verdad acerca de lo que os voy a preguntar.» Ella le responde que lo hará con gusto, si lo sabe. «Prometédmelo», insiste el rey, y ella así lo otorga. «Ahora os pido, le ruega, por la fe que me debéis y que me habéis prometido, si sabéis la verdad, y no lo ocultáis por nada, decidme quién dibujó estas imágenes. —Ay, señor, exclamó Morgana, ¿qué decís? ¿Qué me pedís? Ciertamente, si yo os dijera la verdad y llegara a saberlo aquel que hizo los dibujos, nadie sino Dios me podría salvar de la muerte. —En nombre de Dios, conjura el rey, conviene que me lo digáis y, como rey, os prometo que no seréis acusada. —Señor, pregunta ella, ¿no soportaríais por nada del mundo que no os lo dijera? —Ciertamente, responde el rey, conviene que me lo digáis. ——Os lo diré, pues, de tal forma que no os mentiré en una sola palabra. Es cierto, comienza Morgana, y no sé si lo sabéis aún, que Lanzarote desde el primer día que recibió la orden de caballería ama a la reina Ginebra y por amor de la reina, cuando era novel caballero, hizo todas las hazañas que llevó a cabo. Eso lo pudisteis comprobar en el castillo de la Dolorosa Guarda, cuando llegasteis el primero y no pudisteis entrar y se os hizo detener en la orilla y cuando enviabais de vuestra parte algún caballero, no lo dejaban entrar, pero tan pronto como Kay, que era caballero de la reina, fue allí, entró y no os disteis cuenta tan bien como algunos lo notaron. —Ciertamente, yo no me di cuenta de aquello, pero por lo demás ocurrió tal como me decís; ahora no sé si fue por amor a la reina o por mí. —Señor, le responde, hay aún algo más. —Decid, exclama el rey. —Señor, le contesta, amó a mi señora la reina tanto que ningún hombre mortal podría amar más a dama alguna, pero no lo manifestó él ni nadie y lo ocultó mientras realizaba todas las hazañas que veis aquí dibujadas.

53. Mucho tiempo mantuvo tal comportamiento y no hacía otra cosa sino languidecer, como quien ama sin ser amado y sin osar descubrir su amor, hasta que conoció a Galeote, el hijo de la gigante, el día que llevaba las armas negras y que venció en el torneo tal como cuenta el dibujo que veis aquí, cuando consiguió hacer la paz de Galeote con vos, de tal forma que el honor fue todo para vos. Cuando Galeote vio que aquél no hacía otra cosa sino empeorar de día en día y que por lo mucho que amaba a la reina había perdido las ganas de beber y de comer le acosó tanto y tanto le suplicó, que Lanzarote acabó reconociéndole su amor por la reina y que moría por ella. Galeote le rogó insistentemente que no se preocupara, pues haría lo posible hasta que consiguiera su voluntad con la reina y lo cumplió según había prometido: tanto suplicó a la reina que ésta se entregó completamente a Lanzarote y se vio prisionera de su amor por un beso. —Me habéis dicho bastante, interrumpe el rey, pues con toda claridad veo mi deshonra y la traición de Lanzarote. Decidme ahora quién hizo estos dibujos. —En verdad, señor, le contesta, los hizo Lanzarote y os diré cuándo. ¿Os acordáis de las dos reuniones que se celebraron en Camaloc, cuando los compañeros de la Mesa Redonda dijeron que no irían a ninguna asamblea en la que Lanzarote fuera su rival porque siempre se llevaba el premio? Fue cuando Lanzarote el loco se volvió contra ellos y les hizo abandonar el campo y salir a la fuerza de la ciudad de Camaloc, ¿os acordáis ahora bien? —Ciertamente, responde el rey, aún me parece que esté viendo la reunión, pues desde entonces jamás Vi en ningún otro sitio que un caballero hiciese tales hechos de armas como los que hizo Lanzarote en aquel día. Pero, ¿por qué me lo habéis preguntado? —Porque, le responde, cuando en aquella ocasión marchó de la corte, se perdió durante año y medio, de tal forma que no sabía dónde estaba. —Ciertamente, añade el rey, decís verdad. —Os digo, continúa ella, que entonces lo tuve prisionero dos inviernos y un verano, y es cuando pintó las imágenes que veis aquí; aún lo tendría yo en prisión, de forma que en su vida nunca más volviera a salir si no hubiera sido por lo que hizo, que fue la mayor diablura del mundo que jamás haya cometido un hombre. —¿Qué fue?, pregunta el rey. —Por mi fe, contesta, rompió con sus manos los hierros de esta ventana.» Y le muestra los hierros que había mandado arreglar después. Entonces dice el rey que aquello no era cosa de hombres, sino del diablo. El rey contempló detenidamente la obra de la habitación y pensó con mucha tristeza. Durante un gran rato estuvo así, sin decir palabra alguna, y, después de haber meditado durante un largo rato, dijo: «Ya me lo contó anteayer el propio Agraváin, pero no lo creí; antes bien,

pensé que me estaba mintiendo; esto da una certeza a mi corazón que antes no tenía, por eso os digo que jamás estaré a gusto en tanto no sepa la pura verdad. Y si es tal como estas imágenes lo atestiguan, y Lanzarote me ha causado tal afrenta como es deshonrarme con mi mujer, no descansaré hasta que no sean detenidos en flagrante delito y no volveré a llevar corona si entonces no empleo tal justicia que de ella se hable durante el resto de los días. —Ciertamente, contesta Morgana, si no lo hacéis así, bien os debería Dios, y todo el mundo, deshonrar, pues no hay Dios ni hombre que soporte tal afrenta, hágala quien la haga.» Durante aquella mañana el rey y su hermana hablaron mucho tiempo de este asunto; Morgana le aconsejó que se vengara de esta vergüenza lo más rápidamente posible; él le prometió, como rey, que así lo haría, con tal crueldad que se recordaría durante el resto del mundo, si pudiera conseguir sorprenderlos en flagrante delito. «Si se actúa con cuidado no tardarán mucho en ser capturados, contesta Morgana. —Lo procuraré, dice el rey, de tal forma que, si se aman con loco amor tal como vos me decís, los haré capturar juntos antes que este mes haya pasado, si es que Lanzarote viene a la corte dentro de ese término.»

54. Todo aquel día permaneció el rey con su hermana, y la mañana siguiente y la semana entera. Ella odiaba a Lanzarote más que a nadie porque sabía que la reina le amaba y por eso no cesó, mientras el rey estuvo con ella, de aconsejarle que, de haber ocasión, vengara su afrenta en cuanto llegara a Camaloc. «Bella hermana, le dice el rey, no es necesario que me roguéis, pues ni aún por la mitad de todo mí reino dejaré de hacer lo que he emprendido.» El rey permaneció allí toda la semana: el lugar era hermoso, apacible y rico en animales salvajes, de los cuales el rey cazo tantos durante toda la semana que bien pudo cansarse. Ahora deja la historia de hablar de él y de Morgana y sólo añade que durante el tiempo que estuvo allí el rey no permitió que nadie entrara en la habitación sino Morgana, porque las historias manifestaban de forma muy clara su deshonra y de ningún modo quería que otro supiera la verdad, pues temía mucho la vergüenza y que se difundiera la noticia. La historia se calla ahora y habla de Lanzarote y de Boores y de su compañía.

55. A continuación cuenta la historia que Boores con Galván y los otros compañeros permaneció durante tanto tiempo junto a Lanzarote, que éste se curó por completo y logró fuerza tan grande como había tenido antes. Nada más sentirse recuperado, y al darse cuenta que no debía temer el peso de las armas, dijo a su médico: «¿No os parece que ya puedo hacer lo que quiera con mí cuerpo, sin que se agrave esta herida que tanto me ha durado? —Digo verdaderamente, le responde el sabio, que estáis completamente curado y que no debéis preocuparos más por la enfermedad que habéis tenido. —Esta noticia me agrada, pues ahora puedo irme cuando quiera, contesta Lanzarote.»

56. Todos los compañeros aquel día hicieron una gran fiesta con mucho regocijo. Por la tarde dijo Lanzarote a la señora del lugar que se iría al día siguiente y le agradeció mucho la bella compañía y la hermosa cara que le había puesto en su hostal; después hizo que de sus bienes dieran a la dama y a aquel que le había curado de su herida tantas cosas que estuvieron mucho mejor el resto de los días de su vida. Aquel mismo día rogaron los dos hermanos de Escalot a Lanzarote que les aceptara bajo su protección en su compañía, como compañeros de sus armas, que no le dejarían por ningún otro señor; les recibió con mucho gusto, pues ambos eran nobles y buenos caballeros, y les dijo: «Señores, os recibo como mis compañeros; muchas veces me iré lejos de vos de forma que durante mucho tiempo no tendréis noticias mías. —Señor, le responden, no nos importa, pues no os podemos pedir otra cosa sino que nos tengáis como caballeros.» El les respondió que con gusto así lo haría y que les daría tierras y heredades en el reino de Benoic o en el reino de Gaunes. De esta manera se convirtieron en caballeros suyos.

57. Aquel mismo día, la doncella, hermana de los hermanos de Escalot, se acercó a Lanzarote y le dijo: «Señor, vos os vais, y a saber cuándo será la vuelta. Y ya que no hay mejor mensajero de las necesidades del señor que el señor mismo, os voy a decir cuál es mi gran necesidad; verdaderamente deseo que la sepáis: la muerte me habrá llegado si

vos no me liberáis de ella. —¿La muerte, doncella?, pregunta Lanzarote. —Cierto que si yo os puedo ayudar no moriréis por nada.» Entonces empieza a llorar muy amargamente la doncella y dice a Lanzarote: «En verdad señor, que puedo decir con razón que en mala hora os vi. —¿Por qué, doncella?, pregunta Lanzarote. —Señor, tan pronto como os vi, os amé mucho más de lo que el corazón de una mujer puede amar; desde entonces no pude ni beber ni comer, ni dormir ni reposar; antes bien, con el pensamiento he estado cavilando; de noche y de día he sufrido todo tipo de dolor y de desgracia. —Fue una locura, responde Lanzarote, el pensar en mí de tal forma, incluso después que os dijera que mi corazón no me pertenecía y que, si yo pudiera actuar con él a mi albedrío me tendría por bienaventurado si una doncella como vos se dignase a amarme; desde aquel momento no debíais haberos preocupado por mí, pues bien pudisteis datos cuenta que con tales palabras no quería ni a vos ni a otra alguna, sino a aquella en la que había puesto mi corazón. —Ay, señor, exclama la doncella, para esta desgracia ¿no encontraré en vos otro consuelo? —Doncella, ciertamente, no, replica Lanzarote, pues ni con la muerte ni con la vida podría reparar mi falta. —Señor, responde ella, me pesa; sabed bien que he llegado a la muerte y con mi muerte dejará mi corazón vuestro amor: ésa será la recompensa por la buena compañía que mis hermanos os han dado desde que llegasteis a esta tierra.» Entonces se alejó la doncella de sus ojos, fue a su lecho y se acostó, de tal modo que nunca más volvió a levantarse, sino que quedó muerta, tal como la historia lo contará de manera clara. Lanzarote, que estaba muy apesadumbrado y muy triste por lo que había oído decir a la doncella, estuvo aquella noche peor y más preocupado de lo que solía, de tal forma que todos los compañeros se admiraron mucho, pues jamás lo habían visto tan triste.

58. Boores hizo que el caballero que había curado a Lanzarote fuera aquella tarde ante el rey de Norgales, al que le encargó que lo atendiera y lo contentara, pues el caballero había hecho mucho por él. Por la mañana, tan pronto como amaneció, se marchó Lanzarote con toda su compañía y encomendó mucho a Dios a la dama. Cuando se pusieron en camino, cabalgaron durante sus jornadas hasta que llegaron a la ciudad de Camaloc. Descabalgaron en el patio del palacio. En el momento en que Lanzarote entró, estaba la reina en la ventana y tan pronto como lo vio se apartó de la ventana donde estaba apoyada y entró en la habitación. Nada más descabalgar, Galván fue a la habitación de la reina y la encontró sentada sobre la cama, con cara de mujer enferma. Mi señor Galván la saluda y la dama se inclina hacia él diciéndole que sea bienvenido. «Señora, le dice, os traemos a Lanzarote del Lago que ha estado mucho tiempo fuera de esta tierra.» Responde que no puede hablar ahora con él, pues se siente muy indispuesta. El señor Galván sale de la cámara inmediatamente, va con los otros compañeros y les dice: «Señores, sabed que mi señora la reina está indispuesta; no podemos hablar con ella. Descansemos hasta que el rey vuelva; si nos aburrimos, podemos ir a cazar a los abundantes bosques cercanos.» Todos estuvieron de acuerdo.

59. Aquella noche habló Boores con la reina y le preguntó qué le pasaba. «No estoy enferma, respondió, en absoluto. Pero no tengo ningunas ganas de entrar en aquella sala mientras esté en ella Lanzarote, pues no tengo ojos con los que le pueda mirar, ni corazón que me permita hablar con él. —¿Cómo, señora, pregunta Boores, lo odiáis tan cruelmente? —Sí, en verdad, contesta, no odié a nada en este mundo tanto como a él, y en ningún día de mi vida lo he amado tanto como ahora lo odio. —Señora, es una gran desgracia para nosotros y para todo nuestro linaje; me pesa mucho que las cosas vayan así, pues saldrán perdiendo algunos que no tienen la culpa. La fortuna no reunió nunca el amor de vosotros dos, tal como yo lo vi unido, sino para nuestra gran desgracia; ahora veo bien que mi primo, que es el hombre más gentil y hermoso del mundo, podría superar a todos los demás del mundo, según dicen, si no se lo impidiera una sola cosa: la aflicción por vos. Sin lugar a dudas, esto le puede apartar de todas las buenas hazañas, pues, en verdad si él supiera las palabras que acabáis de decir, yo no lo alcanzaría con vida, porque antes se habría suicidado. Juzgo como una gran desgracia que él, el mejor de los mejores, os ame atormentadamente y entre tanto vos lo odiéis. —Si lo odio, replica la reina, a

muerte, bien se lo ha merecido. —Señora, dice Boores, ¿qué podría añadir? Ciertamente, nunca vi hombre que amara con auténtico amor durante mucho tiempo ni que al final no fuera tenido por deshonrado: si queréis contemplar los antiguos hechos de los judíos y de los sarracenos, bien se os podrían mostrar historias suyas que atestiguan cómo fueron deshonrados por la mujer; mirad en la historia del rey David: sabréis que tenía un hijo, la más hermosa criatura que Dios formó, y que por culpa de una mujer guerreó contra su padre hasta morir vilmente; ved, pues, que el más hermoso de los judíos murió por una mujer. También podéis ver en esa misma historia que Salomón, a quien Dios dio tanto sentido común y tanta sabiduría que ningún hombre mortal podría superarlo, renegó de Dios por una mujer y fue por ello deshonrado y despreciado. Y Sansón, el forzudo, que fue el hombre más fuerte del mundo, recibió la muerte por otra. Héctor el noble y Aquiles, cuyas hazañas y hechos de armas recibieron el premio y el galardón sobre todos los caballeros en tiempos antiguos, murieron ambos y fueron muertos junto con más de cien mil hombres y todo por culpa de una mujer, a quien Paris tomó por la fuerza en Grecia. En nuestro tiempo mismo, no hace aún cinco años que murió Tristán, sobrino del rey Marco, que amó tan lealmente a Iseo la rubia: nunca, mientras vivió, la había despreciado. ¿Que más podría añadir? Ningún hombre se enamoró firmemente sin morir por ello y sabed que vos haríais mucho peor que las demás, pues haríais perecer en el cuerpo de un solo caballero todas las gracias por las que se puede conseguir fama terrena y por las que es llamado agraciado; a saber: la belleza y el valor, la osadía y la caballerosidad y la gentileza. Señora, todas estas virtudes tenéis en el corazón de mi señor con tanta perfección que no falta ninguna, pues sabed que es el hombre más hermoso del mundo, el más noble, el más audaz y el mejor caballero que se conozca y, además, por parte de padre y de madre, procede de un linaje tan elevado, que no se sabe en el mundo de nadie que sea más gentilhombre que él. Del mismo modo que está ahora vestido y cubierto por todas las buenas virtudes, lo despojaríais y lo desnudaríais, y entonces podríais decir que en verdad habríais quitado de entre las estrellas al sol; es decir, la flor de los caballeros del mundo de entre los caballeros del rey Arturo. Podéis ver bien claramente, señora, que por el corazón de un solo caballero ibais a dañar a éste y a muchos otros reinos, más que ninguna dama lo consiguió hacer. Este es el gran bien que esperamos de vuestro amor.» Con estas palabras responde la reina a Boores: «Si le sucediera tal como vos decís, nadie perdería con esto más que yo, pues perdería cuerpo y alma. Ahora, dejadme en paz, pues no os daré ninguna otra respuesta. —Señora, contesta Boores, sabed que no me volveréis a oír hablar si antes no me lo pedís.» Con esto se marcha Boores del lado de la reina y va a ver a Lanzarote; tras apartarlo lejos de los demás le aconseja: «Señor, le dice, desearía que nos alejáramos de aquí, pues no recibiremos nada bueno quedándonos, según me parece. —¿Por qué?, pregunta Lanzarote. —Señor, señor, contesta Boores, mi señora la reina nos ha vedado sus dependencias a vos y a mí y a todos los que vayan de parte de vos. —¿Por qué?, insiste Lanzarote ¿Lo sabéis vos? —Sí, le contesta, lo sé bien y os lo diré cuando nos hayamos marchado. —Cabalguemos, pues, y me diréis qué pasa, mucho me tarda el saberlo.»

60. Entonces se acercó Lanzarote a mi señor Galván y le dijo: «Señor, a mí y a toda mi compañía nos conviene partir de aquí e irnos a un asunto que no puedo dejar; cuando veáis a mi señor el rey, saludadlo de mi parte y decidle que volveré tan pronto como pueda. —En nombre de Dios, dice mi señor Galván, no os marchéis de aquí, si a Dios le place; antes esperaréis a mi señor el rey.» Lanzarote dice que no lo hará; monta al instante con toda su compañía y mi señor Galván le acompaña un gran trecho y le dice: «Señor, en este campo de Camaloc habrá en breve un gran torneo extraordinario: procurad estar en él, pues faltarán pocos de los caballeros del reino de Logres. Lanzarote contesta que acudirá si está libre. Con esto se separan el uno del otro y mi señor Galván vuelve a Camaloc entristecido, porque Lanzarote se ha marchado tan pronto. Lanzarote cabalga hasta que llega al bosque de Camaloc y cuando han entrado allí le ruega a Boores que le diga por qué la reina está airada con él. —Señor, os lo diré.» Entonces comienza a hablarle de la manga que llevó en el torneo de Wincester: «Por lo cual la reina se ha enfadado mucho y,

dice, nunca volveréis a recobrar la paz con ella.» Cuando le ha contado todo, Lanzarote se detiene y comienza a llorar muy amargamente, de tal forma que nadie le puede sacar una palabra. Después de haber estado así, al cabo de un gran rato responde: «¡Ay! Amor, éstas son las recompensas por serviros, pues el que se entrega completamente a vos no puede escapar sin muerte y tal es la recompensa que le dais por amar lealmente. ¡Ay! Boores, buen primo, vos que conocéis tan bien mi corazón como yo, ¿creéis que por algo del mundo dañaría a mi señora? ¿Por qué no me excusasteis ante ella? —Señor, contesta Boores, hice todo lo que puede, pero no quiso aceptar lo que yo le decía. —Aconsejadme ahora y decidme qué podré hacer, pues si no puedo alcanzar su paz, no podré vivir durante largo tiempo. Si ella me hubiera perdonado su mal talante y su ira, me iría más alegremente. En la situación que me encuentro ahora, con su ira y su mala voluntad y sin permiso para hablar con ella, no creo que pueda vivir mucho, pues el duelo y la tristeza me atravesarán el corazón; por eso os digo, buen dulce amigo, que me aconsejéis, pues no veo qué puedo hacer después de lo que habéis dicho. —Señor, contesta Boores, si pudierais resistir sin ir allí donde está ella o sin verla, yo os digo que, en verdad, no pasaría un mes sin que, al no veros y al no oír noticias vuestras, se sintiera mucho más angustiada por no teneros en su compañía de cuanto vos estuvisteis nunca por ella; así os desearía mucho más y tened por cierto que enviaría a buscaros si supiera que estabais cerca o lejos. Mi leal consejo es éste: id a combatir y manteneos en estas tierras siguiendo los torneos según se vayan convocando; junto a vos tenéis una hermosa mesnada de gente y gran parte de vuestra parentela, por lo cual os deberíais alegrar mucho, pues, si queréis os acompañaría donde queráis ir.» Le responde que este consejo le parece muy bueno, pero que no necesita compañía, pues quiere marcharse completamente solo, sin más acompañamiento que un escudero, a quien llevará consigo todo el tiempo que quiera. «Pero vos, dice, Boores, os iréis hasta que me volváis a ver o hasta que vaya a buscaros mí mensajero. —Señor, responde Boores, me será muy doloroso separarme así de vos y que os vayáis con compañía tan pobre por estas tierras, pues si os ocurriera alguna desgracia, ¿cómo lo sabríamos? —No temáis, le contesta, pues el que hasta aquí me ha permitido obtener la victoria en todos los lugares donde he estado, por su gracia, no tolerará que yo tenga revés allí donde esté; y si lo permite, lo sabréis antes que los demás, tenedlo por seguro.»

61. Entonces volvió Lanzarote a sus compañeros que lo esperaban en el campo y les dijo que tenía que ir a un asunto al que no podía llevar gran compañía; toma consigo a su escudero Hangeis y le dice que le siga. Este le responde que lo hará con gusto, pues estaba muy alegre. Así se separa de sus amigos íntimos que le dicen: «Señor no dejéis de asistir a la asamblea de Camaloc de tal forma que se os reconozca.» Contesta que estará, si no se lo impide un gran obstáculo. Entonces llama a Boores y le dice: «Si voy a la asamblea, llevaré armas blancas sin ningún otro distintivo y en eso podréis reconocerme.» Con esto se separan el uno del otro, encomendándose mucho a Dios.

La historia deja ya de hablar de todos ellos y vuelve al rey Arturo.

62. Cuenta ahora la historia que, cuando el rey hubo permanecido con su hermana Morgana tanto como le plugo, se marchó con su gran mesnada. Al salir del bosque, cabalgaron hasta llegar a Camaloc: allí supo que Lanzarote no había estado en la corte sino un solo día, y su corazón se debatió en diversos pensamientos, pues le pareció que si Lanzarote amaba a la reina con loco amor, tal como se le había advertido, no se hubiera alejado tanto de la corte, ni la habría dejado tan atrás como había hecho: era ésta una cosa que tranquilizaba mucho el corazón del rey y que le hacía desconfiar de las palabras que había oído a su hermana Morgana. Sin embargo, ya no fue feliz desde entonces y, por las palabras que había oído contar, sospechó de la reina mucho más que antes. La mañana que llegó el rey a Camaloc, mi señor Galván estaba comiendo con otros muchos caballeros

en la mesa de la reina; en una habitación, junto a la sala, había un caballero que se llamaba Avarlán, que odiaba a mi señor Galván: había envenenado la fruta, con lo cual pensaba hacerle morir, pero le pareció que, si se la daba a la reina, ésta se la ofrecería a aquél antes que a ningún otro, y así, si Galván la comía, moriría inmediatamente. La reina tomó la fruta, sin recelar de la traición, y se la dio a un caballero que era compañero de la Mesa Redonda, llamado Gaerín de Caraeu; éste lo tuvo como una gran muestra de aprecio, ya que la reina se la daba; comió y, tan pronto como el bocado pasó el cuello, cayó muerto ante la reina y ante todos aquellos que estaban en la mesa. Saltaron todos y se quedaron asombrados por esta maravilla. Cuando la reina vio al caballero muerto ante sí, se quedó tan dolida por esta desgracia que no sabe qué decisión tomar de sí misma, ya que tantos nobles habían visto el hecho que no podría negarlo. La noticia le llegó al rey a través de un caballero que había comido en la sala: «Señor, le dijo, ahora mismo ahí ha ocurrido algo extraordinario: mi señora la reina ha matado a un caballero por la mayor desgracia del mundo; era compañero de la Mesa Redonda y hermano de Mador de la Puerta.» Y le contó cómo había ocurrido; el rey se persigna por el suceso ocurrido y salta fuera de la mesa para saber si es verdad o no lo que le ha contado; lo mismo hacen cuantos estaban en el, salón. Cuando el rey llega a la cámara y encuentra al caballero muerto, dice que es una gran desgracia y que la reina ha cometido una gran villanía, si es que ha hecho esto por propia voluntad. «Ciertamente, contesta alguien de allí, con esto ha merecido la muerte, si es que sabía de verdad que estaba envenenada la fruta con la que murió el caballero.» La reina no sabe qué decir de espantada que está por esta desgracia, y solamente responde: «Así me ayude Dios, me pesa más de cien veces y no me resulta agradable; si yo supiera que la fruta que le ofrecí era dañina, no se la hubiera dado por medio mundo. —Señora, le dice el rey, al dársela vos la obra ha sido mala y villana y dudo mucho que no lleguéis a estar más apesadumbrada de lo que estáis' ahora.» Entonces dice el rey a todos los que estaban alrededor del cadáver: «Señores, este caballero está muerto; es una desgracia. Pensad ahora en el cuerpo del hermano y en hacerle tan gran honor como se debe hacer al cuerpo de un noble, pues ciertamente era noble y uno de los mejores caballeros de mi corte en mi vida vi uno más leal que él; me pesa mucho mas de lo que la gente se podría imaginar.» Con esto, sale el rey de la habitación y vuelve a la gran sala; se persigna más de mil veces por la maravilla de ver un caballero muerto por una desgracia. La reina se marcha tras el rey y va a un gran prado con todo su acompañamiento de damas y de doncellas; tan pronto como llega a él, comienza a hacer un gran duelo y dice que Dios la ha olvidado, pues ha permitido que con tal calamidad mate a un hombre tan noble como era aquél. «Y, así me ayude Dios, si le di la fruta para que comiera untes que nadie, fue por amabilidad nada más.»

63. Muy gran duelo hizo la reina por la desgracia ocurrida. Las damas amortajaron el cuerpo lo más bella y ricamente que pudieron y le hicieron tan gran honor como se debe hacer al cuerpo de un noble caballero. A la mañana siguiente fue enterrado a la entrada del monasterio del señor San Esteban de Camaloc; una vez que la tumba estuvo labrada tan hermosa y tan rica como no se podía encontrar otra en el país, los compañeros de la Mesa Redonda, de común acuerdo, pusieron unas letras que decían: AQUÍ YACE GAERÍN EL BLANCO DE CARAEU, HERMANO DE MADOR DE LA PUERTA, A QUIEN LA REINA HIZO MORIR ENVENENADO. Tales palabras decían las letras que había encima de la losa del caballero muerto. El rey Arturo y todos los de su séquito estaban tristes y así permanecieron casi sin hablar, hasta el día de la asamblea.

Pero, mientras, deja la historia de hablar del rey Arturo y su compañía y vuelve a Lanzarote, para contar el motivo que le impidió ir al torneo que se celebró en la pradera de Camaloc.

64. Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó del lado de Boores y de Héctor, su hermano, cabalgó por medio del bosque de Camaloc, durante una hora hacia delante y otra hora hacia atrás; yacía las noches en casa de un ermitaño, con el que se había confesado alguna vez, y éste le hacía toda la honra que podía. Tres días antes de la asamblea llamó Lanzarote a su escudero y le dijo: «Ve a Camaloc y tráeme un escudo blanco cruzado con tres bandas bermejas: tráeme, también, paños completamente blancos, pues he llevado tales armas tantas veces que si Boores va a la asamblea, me podrá reconocer sin dificultad. Lo hago por él más que por ningún otro, pues no querría de ninguna forma que me hiriera o que lo hiriera yo a él». El escudero se separó de Lanzarote para ir a la ciudad y traer las armas, tal como se las pidió. Lanzarote se alejó de la ermita, completamente solo, para ir a solazarse en el bosque, sin llevar más arma que la espada. Aquel día hizo mucho calor y por el sofoco que Lanzarote tenía, descabalgó y quitó la silla y el freno a su caballo, atándolo a una encina bastante cerca de él; después de hacer esto, se fue a tumbar a la orilla de una fuente y se durmió inmediatamente, pues encontró el lugar agradable y fresco en comparación con el calor que había tenido antes. Sucedió que los cazadores del rey perseguían a un gran ciervo, que se había refugiado en el bosque, y que fue a la fuente para saciar su sed, pues había sido perseguido por todas partes. Cuando estuvo en la fuente, un arquero —que iba montado en un gran caballo muy por delante de todos los demás— se dirigió hacia aquel lugar, pues estaba bastante cerca, para herir al animal en medio del pecho, pero falló y no hirió al ciervo, porque éste dio un pequeño salto hacia adelante; pero el golpe no se perdió, pues alcanzó a Lanzarote en medio del muslo izquierdo, con tanta fuerza que el hierro se lo atravesó completamente, junto con gran parte de la madera. Cuando Lanzarote se sintió herido, se puso en pie muy angustiado y apesadumbrado; vio al cazador, que corría tras el ciervo tan deprisa como podía su caballo, y le gritó: «Infame, miserable, ¿qué os he hecho para que me hayáis herido mientras dormía? Sabed que en mala hora lo hicisteis y que malas venturas os traerá esto.» Entonces Lanzarote desenvainó su espada y empezó a correr detrás de él, herido como estaba. Cuando aquél lo vio venir y reconoció que era Lanzarote, da la vuelta y huye lo más deprisa que puede y al encontrar a sus compañeros les dice: «Señores, no sigáis si no queréis morir; pues mi señor Lanzarote está junto a la fuente y lo he herido con una saeta, cuando quise alcanzar al ciervo. Tengo miedo de haberlo herido de muerte y que me siga.»

65. Cuando los demás oyen estas palabras, le dicen a su compañero— «Os habéis portado demasiado mal; si Lanzarote tiene algún daño y el rey lo llega a saber, todos nosotros seremos afrentados y exiliados; y si el rey mismo se preocupa del asunto, nadie más que Dios podrá salvarnos de la venganza de su parentela, si es que llegan a saber que le ocurrió la desgracia en este camino.» Entonces dan la vuelta huyendo a través del bosque y Lanzarote que se había quedado en la fuente herido muy gravemente, se sacó la saeta del muslo con gran dificultad y con gran angustia; ve la herida, que era grande, pues el hierro de la saeta estaba muy afilado. Rompe un paño de su camisa para restañar la herida que sangraba; tras vendarla lo mejor que puede, se acerca a su caballo, le pone la silla y el freno y lo monta con gran dificultad; después va a duras penas a la ermita donde estuvo hace poco, al separarse de Boores. Cuando el buen ermitaño lo vio tan herido, se asombró y le preguntó quién le había hecho aquello. «No sé, responde, qué malditos me han dejado así. Lo único que puedo decir es que son de la casa de mi señor el rey Arturo.» Entonces le cuenta cómo ha sido herido y de qué forma. «Ciertamente, señor, dice el ermitaño, fue una desgracia. —No importa, contesta Lanzarote, tanto por mí como por que no podré ir esta vez a la asamblea de Camaloc y ya falté el otro día a la de Taneburg, por otra herida que tenía en aquella ocasión: esta es la cosa que más me preocupa y me pesa de forma mayor; porque no había estado en la otra, ansiaba grandemente estar en ésta. —Ya que os ha sucedido así, añade el ermitaño, os conviene aguantaros, pues sí vais esta vez, no haríais nada que os honrara; _por eso debéis quedaros, hacedme caso.» Lanzarote dice que en verdad se quedará; quiera o no, pues le conviene hacerlo. Se quedó en aquella ocasión debido a la herida y lo sintió mucho, pues le parecía que iba a morir de tristeza.

Por la noche, cuando volvió su escudero y se lo encontró tan gravemente herido, se asombró mucho y Lanzarote le dijo que le diera el escudo que había traído y las coberturas, y añadió que las cosas eran de tal forma que ahora convenía quedarse. Permaneció allí quince días enteros antes de poder cabalgar según su voluntad.

La historia deja de hablar de él en este punto y vuelve al rey Arturo.

66. Cuenta la historia a continuación que el rey Arturo estuvo en Camaloc, después de la muerte de Gaerín, hasta la fecha de la asamblea. Ese día podíais ver por todas partes alrededor de veinte mil hombres en la pradera de Camaloc, y no había ninguno que no fuera tenido por noble, ni por buen caballero. Cuando estuvieron todos reunidos, podíais ver derribar caballeros a menudo y frecuentemente. En aquella jornada, se llevó el premio Boores de Gaunes y dijeron todos aquellos que estaban en la plaza, que los había vencido a todos. El rey, que lo reconoció, se acercó a él y le dijo: «Boores ya os tengo; conviene que vengáis conmigo y que os quedéis dándonos compañía tanto como os agrade. —No iré de ninguna forma, responde Boores, ya que mi señor primo no está aquí; si estuviera, gustosamente me quedaría y permanecería tanto como a él le agradara estar con vos; y, así me ayude Dios, si no hubiera estado seguro de encontrarle en esta asamblea, yo no hubiera venido: cuando se separó de mí, tiempo atrás, me dijo que vendría y que no faltaría por nada del mundo, a no ser que se encontrara un obstáculo que lo retuviera a la fuerza. —Vos os quedaréis conmigo, insiste el rey, y esperaréis hasta que Lanzarote venga a la corte. —Señor, responde Boores, por nada me quedaré, pues no creo que lo volváis a ver en mucho tiempo. —Y ¿por qué, pregunta el rey, no vendrá? ¿Acaso se ha enfadado con nosotros? —Señor, contesta Boores, ya no sabréis nada más por mí; preguntadle a otro si queréis saber la verdad. —Si yo supiera de alguien en mi corte que me lo pudiera decir, le preguntaría, responde el rey; pero ya que no lo sé, me conviene aguantar y esperar a que venga aquel de quien os pregunto.» Con esto se separó Boores del rey y se fue con su hermano, con Héctor y con todos sus compañeros; mi señor Galván les acompañó un gran trecho y dijo a Boores: «Me maravilla mucho que mi señor Lanzarote no haya estado en esta asamblea. ——Ciertamente, contesta Boores, yo sé, sin lugar a dudas, que está enfermo, o en prisión, o donde sea, pues si hubiera estado en su libre poder, bien sé que hubiera venido.» Con esto se despiden el uno del otro. Boores se dirige hacia allí donde piensa que podrá encontrar al rey de Norgales y dice a su hermano y a Héctor: «Sólo temo que mi señor haya enfermado a causa de la reina, que está enfadada con él. ¡Maldita sea la hora en que empezó este amor! Temo aún que nos lleguen cosas mucho peores. —Ciertamente, añade Héctor, ¡si es que alguna vez supe de algo! Veréis aún la mayor guerra que jamás habréis visto entre nuestros deudos y el rey Arturo, y todo por este motivo.» Así empiezan a hablar de Lanzarote aquellos que más lo amaban y que tenían mayor deuda con él.

67. Cuando Galván se separó de ellos, cabalgó hasta llegar a Camaloc; al llegar, subió al palacio y dijo al rey: «Señor, sabed que —en verdad— mi señor Lanzarote está enfermo, pues no ha acudido a esta asamblea. No hay nada que no quiera saber con tantas ganas como la realidad de su situación, para enterarme si está herido o si ha faltado por cualquier otra enfermedad. —Ciertamente, responde el rey, si está enfermo, lo siento porque no ha venido, pues con su ausencia y con la de aquellos que son deudos suyos, me ha quitado mucho más de lo que nadie podría valorar.» Tales palabras dice el rey Arturo de Lanzarote y del linaje del rey Van, permaneciendo allí con gran compañía de caballeros. Al tercer día después de la asamblea, sucedió que Mador de la Puerta llegó a la corte: no hubo nadie tan atrevido que osara decirle las nuevas de su hermano, pues sabían que era caballero de gran corazón y estaban seguros de que, tan pronto como supiera la* verdad, si podía, no dejaría de vengarse por nada del mundo. Por la mañana, fue a la iglesia mayor de Camaloc y cuando vio la tumba recién puesta, pensó que era de uno de los compañeros de la Mesa

Redonda; va hacia aquella parte para saber de quién es y cuando vio las letras que decían AQUÍ YACE GAERÍN DE CARAEU, HERMANO DE MADOR DE LA PUERTA, A QUIEN LA REINA HIZO MORIR ENVENENADO, entonces hubierais visto a un hombre lleno de asombro y espanto, pues no podía creer aún que aquello fuera cierto; mira detrás de sí y ve a un caballero de Escocia que era compañero de la Mesa Redonda y lo conjura por la fe que le debe para que le diga la verdad de lo que le va a preguntar: «Mador, contesta el caballero, bien sé lo que me queréis preguntar; deseáis que os diga si es cierto que la reina ha matado a vuestro hermano. Sabed que es así, tal como lo atestigua la lápida. —Verdaderamente, dice Mador, es esto una gran desgracia, pues mi hermano era muy noble y yo lo amaba tanto en el corazón como un hermano debe amar a otro, de manera que buscaré la venganza tanto como pueda.» Mador hizo un gran duelo por su hermano y permaneció allí hasta que se cantó la misa mayor. Cuando supo que el rey estaba sentado para comer, se alejó llorando de la tumba de su hermano; fue a la sala, habló tan alto que todos le pueden oír y comienza así su razonamiento: «Rey Arturo, si tú eres tan justo como debe ser un rey, mantenme por derecho en tu corte, de forma que si nadie sabe de qué acusarme, haré según tu gusto; pero si yo sé de qué acusar a cualquiera, se me hará justicia, tal como decida la corte.» El rey responde que eso no lo puede prohibir, que diga lo que desea y él hará lo que pueda. «Señor, contesta Mador, quince años he sido caballero vuestro y he obtenido tierras de vos. Os devuelvo ahora vuestros honores y tierras, pues no me agrada tener poderes de vos a partir de ahora.» Entonces avanza y renuncia a todos los dominios que tenía del rey. Tras hacer esto, dice: «Señor, ahora os requiero como a rey, para que hagáis justicia con la reina, porque ha matado a mi hermano; si ella pretende negarlo u ocultarlo diciendo que no ha hecho ni traición ni deslealtad, estoy dispuesto a probarlo contra el mejor caballero que se me quiera oponer.» Después de estas palabras, se eleva una gran preocupación en la corte y la mayor parte de ellos se dice: «Ahora está la reina en mala situación, pues no encontrará quien esté dispuesto a luchar por ella contra Mador», porque están seguros todos de que ha matado al caballero, por lo que es acusada. El rey, que está muy afligido por esta acusación, pero que no puede negar la justicia y el derecho al caballero, decide comunicarlo abiertamente a la reina y así ordena que acuda a su presencia, para responder de las acusaciones del caballero. Viene muy doliente y muy entristecida, pues sabe que no encontrará ningún caballero dispuesto a entrar por ella en el campo, porque todos están convencidos de haber sido ella quien ha matado al noble. Ya habían levantado los manteles, y había en la sala gran afluencia de caballeros y de nobles valerosos; la reina entró cabizbaja y parecía estar muy afligida. A su lado estaban mi señor Galván y Gariete, el más apreciado por sus hechos de armas entre los del linaje del rey Arturo, si exceptuamos a mi señor Galván; cuando aquélla estuvo ante el rey, éste le dijo: «Señora, este caballero os acusa por la muerte de su hermano y asegura que lo habéis matado a traición.» Ella levanta la cabeza y pregunta: «¿Dónde está el caballero?» Mador avanza y dice: «Heme aquí. —¿Cómo?, pregunta la reina, ¿decís que yo he matado a traición a vuestro hermano? —Afirmo, responde el caballero, que vos lo hicisteis morir deslealmente y a traición y que si aquí dentro hay un caballero tan atrevido que quiera entrar por vos en el campo contra mí, estoy dispuesto a darle muerte o a dejarlo vencido esta noche o mañana, el día que fijen en la corte.»

68. Cuando la reina ve que el caballero se presenta con tanto atrevimiento, dispuesto a probar la traición contra el mejor caballero de allí, comienza a mirar a su alrededor para saber si alguien querrá defenderla de esta acusación, pero al ver que ninguno de aquellos se mueve, antes bien, bajan los ojos y escuchan, se asombra tanto y se considera tan perdida que no sabe qué será de ella ni qué puede decir o hacer; sin embargo, en medio de aquella angustia y de aquel gran miedo que tiene, responde diciendo: «Señor, os ruego que me hagáis justicia, según decida vuestra corte. —Señora, contesta el rey, mi corte considera que si vos aceptáis los hechos de los que se os acusa, debéis daros por muerta, pero no os podemos prohibir que dispongáis de cuarenta días para aconsejaros en esto y para saber si dentro de este término se puede hallar algún noble dispuesto a entrar en combate por vos y a defenderos de las acusaciones que se os imputan. —Señor, dice la

reina, ¿podría encontrar en vos algún otro consejo? —Señora, contesta el rey, de ninguna forma, pues no cometería injusticia ni por vos, ni por ningún otro. —Señor, responde ella, acepto el plazo de cuarenta días; dentro de este término, si Dios quiere, encontraré algún caballero, dispuesto a combatir por mí; si en el día cuadragésimo no lo he hallado, haced conmigo lo que queráis:» El rey fija el plazo y cuando Mador ve la situación, le dice al rey: «Señor, ¿concedéis a la reina un plazo tan largo? —Sí, responde el rey, ciertamente, sabedlo. —Entonces me iré y el día establecido estaré de vuelta, si Dios defiende mi cuerpo de muerte y de prisión. —Os aseguro, dice el rey, que si entonces no estáis dispuesto para lo que habéis pedido, no volveréis a ser escuchado.» Responde que estará, si la muerte no se lo impide, «pues contra esto no me podrá retener la prisión».

69. Entonces se marcha de la corte Mador y se va haciendo tan gran duelo por su hermano, que nadie que lo viera dejaría de admirarlo. La reina se quedó doliente y desesperada, pues sabe que no encontrará ningún caballero que quiera entrar en combate por ella, a no ser alguno del linaje del rey Van, pues éstos, sin dudar, no le habrían fallado, si hubieran estado allí. Pero ella misma los ha alejado y los ha apartado completamente, de forma que bien se puede tener ahora por afrentada. Se arrepiente de tal manera que no hay nada en el mundo que gustosamente no hiciera por ellos —si no fuera en detrimento o deshonra—, para que ellos estuvieran allí, como estaban hace no mucho tiempo.

70. El día siguiente de esta apelación sucedió que alrededor de mediodía llegó al pie de la Torre de Camaloc una barca cubierta de riquísimas sedas. El rey había comido con toda su gran compañía de caballeros y estaba junto a las ventanas de la sala, mirando río abajo, pensativo y preocupado por la reina, pues sabía de sobra que no la socorrería ninguno de aquellos caballeros, porque todos habían visto perfectamente cómo le había dado al noble el fruto que le causó la muerte; y ya que lo sabían bien, no habría allí ninguno que osara lanzarse a una aventura de tal clase. Mientras el rey estaba pensando en esto, vio llegar la barca que era tan hermosa y rica; se la mostró a mi señor Galván y le dijo: «Buen sobrino, mirad la más hermosa navecilla que jamás vi. Vayamos a ver qué hay dentro. —Vayamos, responde mi señor Galván.» Entonces descienden del salón y, una vez abajo, contemplan la barca, aparejada con tal elegancia que todos se admiraron. «Por mi fe, exclama mi señor Galván, si esta navecilla es tan bella por dentro como por fuera, será maravilloso; hace poco que dije que las aventuras vuelven a empezar. —Otro tanto quería decir yo, responde el rey.» La embarcación estaba cubierta por todas partes; mi señor Galván levanta un trozo de la tela y le dice al rey: «Señor, entremos; así veremos lo que hay.» El rey salta dentro y le sigue mi señor Galván. Al meterse, encontraron en medio de la nave una cama hermosísima, con las cosas más ricas que puede tener una cama hermosa; en esta cama había una doncella recién muerta que fue muy bella, a juzgar por el semblante que mantenía aún. Entonces le dijo mi señor Galván al rey: «¡Ay!, señor, ¿no os parece que la muerte fue muy villana y envidiosa al meterse en el cuerpo de doncella tan hermosa como no hace mucho era ésta? —Ciertamente, responde el rey, me parece que fue muy bella y es una gran desgracia que haya muerto tan joven; por su gran hermosura me agradaría saber quién fue y dónde nació.» La contemplaron largo rato y cuando mi señor Galván la hubo admirado con detenimiento, se dio cuenta de que era la hermosa doncella a la que requirió de amor, aquella que le dijo que no amaría más que a Lanzarote. Entonces le dice al rey: «Señor, sé bien quién era esta doncella. —¿Quién fue?, le pregunta el rey, decídmelo. —Señor, contesta mi señor Galván, con mucho gusto; ¿os acordáis de la hermosa joven de la que os hablé anteayer, aquella de quien os dijo que amaba Lanzarote con verdadero amor? —Sí, responde el rey, me acuerdo bien; me contasteis que la habíais requerido de amor, pero que ella se había excusado de alguna forma. —Señor, le interrumpe Galván, ésta es aquella de quien hablamos. —Ciertamente, dice el rey, me pesa; me gustaría saber el motivo de su muerte, pues creo que ha muerto de dolor.»

71. Mientras hablaban de este asunto, mi señor Galván mira a la doncella y ve una limosnera muy rica en su cintura y —al parecer— no estaba vacía ni mucho menos; mete la mano, la abre y saca unas cartas; las entrega al rey, que comienza a leerlas al instante.

Decían así: «A todos los caballeros de la Mesa Redonda saluda la doncella de Escalot. A todos os presento mi queja: no porque la podáis vengar jamás, sino porque os considero los más nobles y agradables del mundo, por eso os hago saber que por amar lealmente he llegado a mi fin. Si preguntáis por quién he sufrido la amorosa angustia mortal, os respondo que he muerto por el más noble del mundo y por el más villano; es Lanzarote del Lago. El más villano que yo sepa, pues no le rogué con llantos y con lágrimas suficientes como para que tuviera compasión de mí; y ha estado tanto en mi corazón que he llegado a mi final por amarle lealmente.» Tales palabras decían las cartas; cuando el rey las hubo leído ante mi señor Galván, dijo: «Ciertamente, doncella, podéis decir con razón que aquel por quien estáis muerta es el caballero más villano del mundo y el más valiente, pues la villanía que ha hecho con vos es tan grande y vituperable que todo el mundo debería afrentarlo por ella; y yo, que soy rey, y que no debería tolerarlo en absoluto, no hubiera consentido de ninguna forma que murierais por mi mejor castillo. —Señor, dice Galván, ahora podéis datos cuenta que yo acusaba sin razón a Lanzarote, cuando dije anteayer que estaba con una dama o con una doncella a la que amaba con auténtico amor; vos dijisteis verdad al observar que no rebajaría su corazón para amar en lugar tan bajo. —Decidme ahora, pregunta el rey, ¿qué haremos con esta doncella, pues yo no sé qué decisión tomar? Fue gentil dama y una de las jóvenes más hermosas del mundo. Hagámosla enterrar con gran honor en la iglesia principal de Camaloc y pongamos sobre su tumba letras que atestigüen la verdad de su muerte, de forma que aquellos que vengan después de nosotros lo rememoren.» Mi señor Galván responde que está de acuerdo en esto.

Mientras contemplaban el escrito y a la doncella, lamentando su desgracia, los demás nobles bajaron del salón y acudieron al pie de la torre para ver qué había dentro de la navecilla. El rey hace quitar las telas que cubrían la embarcación y ordena que tomen a la doncella y la suban a la sala; unos y otros se juntan allí para ver esta maravilla. El rey comenzó a contar a mi señor Yváin y a Gariete la verdad acerca de la doncella y cómo murió porque Lanzarote no quiso entregarle su amor; éstos lo explican a los demás que estaban ansiosos de saber lo ocurrido; tanto se difunde la noticia que la reina se entera de todo tal como había ocurrido; el mismo Galván le dice: «Señora, señora, bien sé ahora que mentí con respecto a mi señor Lanzarote, cuando os dije que él amaba a la doncella de Escalot y que estaría con ella; pues si de verdad la hubiera amado con tan gran amor como yo le atribuía, ella no habría muerto aún, antes bien, Lanzarote hubiera hecho cuanto ella le pidió. —Señor, contesta la reina, se calumnia a hombres justos y es una pena, pues frecuentemente pierden más de lo que se cree.»

72. Entonces se aparta de la reina mi señor Galván. Ella queda bastante más afligida de lo que estaba antes, se llama desgraciada, desdichada, pobre de todos sentimientos y se dice a sí misma: «Desafortunada, ¿cómo osaste pensar que Lanzarote fuera infiel y que amaría a otra doncella? ¿Por qué te has traicionado y engañado así? Ahora te das cuenta que todos los de la corte te abandonan y te dejan en un peligro tan grande que no puedes escapar sin morir, si no encuentras quien te defienda contra Mador. A todos ellos los has decepcionado de forma que ninguno te ayudará, pues saben de sobra que la sinrazón es mía y el derecho de Mador; por eso te abandonarán todos y dejarán que te lleven a la muerte de manera vil. Y, a pesar de la sinrazón que tengo, si estuviera aquí mi amigo, el más leal de todos, el que en otras ocasiones me ha librado de la muerte, sé que me apartaría de este peligro en que he caído. ¡Ay!, Dios, ¿por qué no sabe la gran angustia que por mí y por él padece mi corazón? ¡Ay!, Dios, no lo sabrá a tiempo y moriré vergonzosamente; con esto, perderá tanto que morirá de dolor tan pronto como oiga decir que he dejado la vida, pues nadie amó nunca a una dama tanto y tan lealmente como él me ha amado.»

73. Así se lamenta la reina, se duele, queja y avergüenza de su acción, porque debería amar y querer sobre todos los hombres a aquel que ha expulsado y alejado de su vera.

El rey hizo enterrar a la doncella en la iglesia de Camaloc, en una tumba hermosísima y muy rica, sobre la que había unas letras que decían: «AQUÍ YACE LA DON CELLA DE

ESCALOT QUE MURIÓ POR AMAR A LANZAROTE.» Estas letras eran de oro y azur, hechas con gran riqueza. La historia deja de hablar aquí del rey Arturo, de la reina y de la doncella y vuelve a Lanzarote.

74. Cuenta ahora la historia que Lanzarote estuvo tanto tiempo con el ermitaño que se curó un poco de la herida que le había hecho el cazador. Un día, después de la hora de tercia, montó en su caballo, como quien quiere ir a entretenerse al bosque; se alejó de la ermita y tomó un pequeño sendero. No había cabalgado mucho cuando encontró una hermosa fuente bajo dos árboles. Al lado de la fuente había un caballero tumbado, sin armas, que las había puesto cerca de allí y había atado su caballo a un árbol. Cuando Lanzarote vio al caballero durmiendo, piensa no despertarlo, sino dejarlo descansar; cuando se despierte, le podrá hablar y preguntar quién es. Entonces desmonta y ata su caballo cerca del otro y se acuesta al otro lado de la fuente. No tardó mucho en despertar el caballero por el ruido de los dos caballos que se peleaban; al ver ante sí a Lanzarote se asombra por la fortuna que lo ha traído allí. Se saludan, sentándose y se preguntan mutuamente por sus vidas. Lanzarote, que no quiso descubrirse, al darse cuenta de que el otro no lo había conocido, le responde que es caballero del reino de Gaunes. «Yo soy, contesta aquél, del reino de Logres. —¿De dónde venís?, pregunta Lanzarote. —Vengo de Camaloc, le responde, donde dejé al rey Arturo con gran compañía de gente; pero os puedo asegurar que hay más tristeza que alegría por un suceso que acaba de ocurrir a la propia reina. —¿A mi señora la reina?, pregunta Lanzarote. Por Dios, decidme qué pasó, pues deseo mucho saberlo. —Os lo diré, contesta el caballero; no hace mucho que la reina estaba comiendo en una de sus cámaras y con ella había gran compañía de damas y de caballeros, yo también estaba comiendo aquel día con la reina. Después de tomar el primer plato, un criado vino a la habitación y presentó fruta a la reina; ella le dio a un caballero para que comiera y éste murió nada más ponerse la fruta en la boca. Se levantó un murmullo y acudieron todos a ver el suceso; cuando vieron al caballero muerto, muchos denostaron a la reina. Pusieron al caballero en el suelo y se callaron, sin decir nada más a la reina. A la semana siguiente, Mador de la Puerta, que era hermano del caballero, llegó a, la corte; al ver la tumba de su hermano y cuando se enteró de que la reina lo había hecho morir, se presentó al rey y acusó a la reina de traición. La reina miró en torno suyo para saber sí habría allí algún caballero que se adelantara a defenderla; pero no hubo ninguno tan osado que quisiera recoger el reto por ella. El rey concedió a la reina un plazo dé cuarenta días, de forma que, si el cuadragésimo día no había encontrado un caballero que por ella quisiese entrar en lid contra Mador, ella sería ajusticiada y deshonrada; por eso están entristecidos en la corte, pues ciertamente no encontrará ningún caballero que por ella quiera entrar en el campo de batalla. Decidme ahora, caballero, pregunta Lanzarote, cuando mi señora la reina fue acusada tal como decís, ¿había algún noble de la Mesa Redonda? —Sí, bastantes, responde el caballero; estaban los cinco sobrinos del rey, mi señor Galván, Gariete y los otros hermanos y mi señor Yváin, el hijo del rey Urián y Sagremor el Desmesurado y muchos otros buenos caballeros. —¿Y cómo, preguntó Lanzarote, soportaron que mi señora la reina pasara afrenta ante ellos y no hubo uno que la defendiera? —Por ¡ni fe, exclama el caballero, no hubo nadie con tal arrojo, y con razón, pues no querían ser desleales a causa de ella, ya que sabían con certeza que mató al caballero; hubieran sido desleales, a mi parecer, si sabiéndolo hubieran aceptado el reto. —¿Y pensáis, preguntó Lanzarote, que Mador volverá a la corte por este asunto? —Sí, por mi fe, contesta el caballero, sé perfectamente que volverá el día cuadragésimo para mantener la acusación que ha hecho; y creo que la reina será afrentada, pues no encontrará tan buen caballero que por defenderla ose tomar el escudo. —Ciertamente, observa Lanzarote, pienso que sí lo hará alguno; habría mal empleado los bienes que ha hecho a los caballeros de fuera, si no encontrara quién aceptase esta batalla por defenderla; y os aseguro que hay algunos en el mundo que por ella se expondrían a la

muerte para salvarla de este peligro. Os ruego que me digáis cuándo se cumplirá el cuadragésimo día.» Aquél se lo dice. «Sabed ahora, añade Lanzarote, que hay un caballero en este país que no dejará de ir a la corte ese día por el honor del rey Arturo y a defender a mi señora la reina contra Mador. —Os digo, contesta el caballero, que quien se meta en este asunto no conquistará ningún honor, pues aunque venciera en la batalla, todos en la corte sabrían que había actuado contra el derecho y con deslealtad.» Así dejaron de hablar; no dijeron nada más y permanecieron allí hasta la hora de vísperas; entonces, el caballero se dirigió hacia su caballo, montó y se despidió de Lanzarote encomendándolo mucho a Dios. Cuando el caballero se había alejado algo, Lanzarote mira y ve venir un jinete armado y con un escudero; se fija en él y se da cuenta de que era Héctor de Mares, su hermano. Se alegra mucho y corre a su encuentro a pie, gritándole tan alto que lo pueda oír: «Héctor, ¡bien vengáis! ¿Qué os trae por aquí?» Cuando Héctor lo ve, descabalga, se quita el yelmo y le devuelve el saludo, más alegre que nadie, diciéndole: «Señor, iba a Camaloc, a defender a mí señora la reina frente a Mador de la Puerta, que la ha acusado de traición. —Os quedaréis esta noche con—_ migo, le dice Lanzarote, hasta que esté curado completamente; cuando deba ser el día de la batalla, iremos a la corte juntos; si entonces el caballero que ha hecho esta acusación no encuentra quien defienda a mi señora frente a él, no lo encontrará jamás.»

75. En esto están los dos de acuerdo; entonces monta Lanzarote en su caballo y también lo hace Héctor; van directamente a la ermita donde Lanzarote había estado tanto tiempo. Cuando el venerable anciano vio a Héctor, le muestra una gran alegría por el amor que tiene a Lanzarote y porque ya lo había visto en otra ocasión. Aquella noche se interesó mucho Héctor por saber quién había herido a Lanzarote; éste se lo contó todo tal como había ocurrido y aquél lo consideró como algo extraordinario. Ocho días estuvieron allí, hasta que Lanzarote se curó completamente de la herida que le había ocasionado el cazador; quedó tan sano y salvo como nunca hasta aquel momento. Entonces, se marchó de casa del anciano y comenzó a cabalgar por aquellas tierras, con Héctor y dos escuderos nada más, de forma tan oculta que a duras penas se podía conocer que aquel era Lanzarote. Un día encontraron a Boores que cabalgaba en búsqueda de Lanzarote, por saber dónde lo podría encontrar, y que aquella misma semana se había separado de su hermano Lionel, a quien había dejado con el rey de Norgales, que lo retuvo para que le hiciera compañía. Cuando se encontraron, allí vierais la alegría que un primo hacía al otro. Entonces Boores apartó un poco a Lanzarote y le dijo: «¿Habéis oído las noticias de cómo mi señora la reina ha sido acusada ante el rey? —Sí, responde, ya me lo han contado. —Señor, añade Boores, sabed que me alegro mucho, pues si la reina no encuentra quien la defienda, a la fuerza tendrá que hacer las paces con vos y uno de nosotros combatirá contra Mador. —Ciertamente, replica Lanzarote, si me odiara siempre de tal forma que jamás me devolviera su paz, aún así estando yo vivo no querría que fuera deshonrada, pues desde que uso armas es la dama que más me ha honrado en el mundo; me lanzaré a defenderla, pero en modo alguno tan osado como en otras batallas, pues sé bien —por lo que he oído decir— que la sinrazón será mía y el derecho de la parte de Mador.» Los primos durmieron aquella noche en un castillo que se llamaba Alfáin; sólo quedaban, desde aquel día, cuatro para que se cumpliera el plazo. Entonces dijo Lanzarote a Héctor y a Boores: «Iréis a Camaloc y os quedaréis allí hasta el martes, que será el día de mi señora; mientras tanto, os enteraréis si alguna vez conseguiré la paz de mi dama, de tal forma que luego vendréis a mí, cuando yo ya haya vencido el combate —si es que a Nuestro Señor le place que yo tenga este honor— y me diréis lo que hayáis logrado saber de ella.» Le contestan que así lo harán gustosos. Por la mañana dejaron a Lanzarote, quien les prohibió decir absolutamente a nadie que iría a la corte. «Pero, concluyó, para que me reconozcáis cuando llegue, os digo que llevaré armadura blanca y escudo cruzado con una banda: con eso me podréis reconocer sin que los demás sepan quién soy.»

Así se separan los dos de Lanzarote, que se queda en el castillo acompañado de un solo escudero y hace que le preparen unas armas como las que había indicado.

La historia ahora deja de hablar de él y vuelve a su primo Boores.

76. En esta parte cuenta la historia que cuando los dos primos se separaron de Lanzarote cabalgaron hasta llegar a Camaloc, a la hora de nona; y bien lo pudieron hacer, pues no había más que cuatro leguas inglesas desde Alfáin hasta Camaloc. Cuando descabalgaron y se hubieron desarmado, el rey fue a su encuentro para darles la bienvenida, pues eran dos de los caballeros que más apreciaba en el mundo; otro tanto hizo mi señor Galván y los más nobles de todos aquéllos, recibiéndolos con tan grandes honores como se merecían tales caballeros. Y cuando la reina oyó decir que habían llegado, tuvo tal alegría con su venida, que nunca la hubo mayor; dijo a una doncella que con ella estaba: «Doncella, desde que han venido estos dos, estoy segura de que no moriré sola, pues son tan nobles que pondrán en peligro sus cuerpos y sus almas antes de que yo reciba muerte allí donde ellos estuvieran. Bendito sea Dios que los ha traído en tal momento, pues de otra forma me hubiera ido muy mal.»

77. Mientras ella decía estas palabras, llegó Boores, que estaba muy deseoso de hablar con la reina; tan pronto como ella le vio venir, se dirigió hacia él y le dijo que fuera bienvenido; éste le responde que Dios le dé alegría. «Ciertamente, contesta la reina, no puedo dejar de alegrarme, ya que habéis venido; antes pensaba estar alejada de toda alegría, pero ahora pienso que la voy a recuperar por Dios y por vuestra cercanía.» Boores le responde como si no supiera nada del asunto: «Señora, ¿a qué se debe que hayáis perdido toda la alegría y que la vayáis a recobrar por Dios y por mí? —¿Cómo, señor, pregunta ella, no sabéis cómo me ha ido desde que no me veis?» Responde que en absoluto. «¿No?, se extraña ella. Os lo contaré de forma que no mentiré ni en una palabra.» Entonces le explica la verdad de cómo sucedió, sin que faltara nada. «Ahora me acusa Mador de traición y no hay aquí ningún caballero tan valiente que se atreva a defenderme contra él. —Ciertamente, señora, dice Boores, si los caballeros os abandonan no debe extrañar, pues vos habéis abandonado al mejor caballero del mundo; y según me parece, no será gran contrariedad si os ocurre algún mal, pues vos hicisteis morir al mejor caballero que se conoció; por eso yo estoy ahora más alegre por esta desgracia que os ha llegado que por ninguna otra cosa que haya visto en mucho tiempo. Así sabréis y os daréis cuenta qué pérdida tiene quien pierde a un noble caballero; si ahora estuviera aquí, no dejaría por nada del mundo de combatir contra Mador, como supiera que éste no tenía razón. Pero gracias a Dios habéis llegado a tal situación que no encontraréis quien luche por vos, por lo cual estáis a punto de recibir todo tipo de afrenta. Es mi parecer. —Boores, replica la reina, cualquiera podrá abandonarme, pero sé bien que vos no lo haréis jamás. —Señora, le contesta, así me ayude Dios, en mí no encontraréis socorro, pues desde que me quitasteis a aquel a quien yo amaba sobre todos los hombres, no os debo ayudar sino perjudicaros con todo mi poder. —¿Cómo?, pregunta la reina, ¿os lo he quitado? —Sí, le contesta; de forma que no sé qué ha sido de él desde que le di noticias vuestras y no sé dónde se dirigió, como si estuviera muerto.»

78. Entonces la reina se encuentra mal, comienza a llorar con gran aflicción y piensa que no sabe qué será de ella; cuando habla, dice tan alto que Boores la pueda oír bien: «¡Ay!, Dios, ¿por qué habré nacido si debo acabar mi vida en tan gran dolor?» Boores se marcha, pues con sus palabras se considera suficientemente vengado de la reina; cuando hubo salido de la habitación y ella vio que no encontraría nada que la reconfortase, comenzó una lamentación tan dolorosa y tan grande como si delante de ella estuviera muerta la cosa que más amara en el mundo. En voz baja dijo: «Mi buen y dulce amigo, bien sé ahora que los del linaje del rey Van no me amaban sino por vos; pues me han abandonado cuando pensaron que vos me dejasteis. Bien puedo decir ahora que en esta necesidad me faltaréis.»

79. Mucho se lamenta la reina y llora noche y día, sin que cese jamás su dolor, antes bien, aumenta de día en día. El rey también está preocupado, pues no encuentra ningún caballero que por ella entre en el campo a combatir contra Mador: todos dicen que no tomarán parte, pues saben con certeza que la reina es culpable y que Mador tiene la razón. El mismo rey habló a mi señor Galván y le dijo: «Buen sobrino, os ruego por Dios y por mi amor que entréis en la lid contra Mador, para defender a la reina de las acusaciones que se le hacen.» El le responde: «Señor, estoy dispuesto a hacer vuestra voluntad, pero juradme como rey que me aconsejáis lealmente, tal como se debe hacer a un fiel caballero; pues sabemos que la reina mató al caballero y por eso es acusada; yo lo vi y muchos otros. Mirad ahora si puedo defenderla con lealtad, pues si lo puedo hacer, estoy dispuesto a entrar por ella en el campo de batalla; y si no lo puedo hacer, os aseguro que aunque fuera mi madre no entraría en la lid, pues aún no ha nacido aquel por quien yo me deshonraría.» El rey no halló otra respuesta en mi señor Galván, ni en ninguno de los demás nobles, pues sin lugar a dudas eran tales que no querían caer en la deshonra ni por el rey ni por ningún otro. El rey estaba muy entristecido y preocupado. La víspera de la batalla por la tarde, podíais ver en el salón de Camaloc a los más altos hombres del reino de Logres, reunidos para saber cómo acabaría la reina con su batalla; aquella tarde, muy entristecido le dijo el rey a la reina: «Ciertamente, señora, no sé qué decir de vos; todos los buenos caballeros de mi corte me han abandonado, por lo que podéis asegurar que mañana recibiréis muerte vergonzosa y vil. Yo hubiera preferido perder toda mi tierra antes de que ocurriera esto estando yo vivo, pues no amé nada en el mundo tanto como os he amado y como ahora os amo todavía.» Cuando la reina oye estas palabras, comienza a llorar con gran aflicción y otro tanto hace el rey; después de lamentarse un buen rato, el rey le pregunta a la reina: «¿Habéis requerido a Boores y a Héctor para que libren este combate por vos? —En realidad, señor, contesta la reina, no; pues no creo que hicieran tanto por mí, ya que no han recibido nada de vos y son de tierra extraña. —De todas formas, os aconsejo, replica el rey, que requiráis a ambos; y si os fallan estos dos también, no sabré qué decir ni qué decisión tomar.» Ella contesta que se lo pedirá por saber qué talante tienen.

80. Se va entonces el rey de allí, tan dolido como jamás lo estuvo nadie; la reina ordena que Boores y Héctor acudan a hablar con ella: vienen inmediatamente. Cuando la reina los ve llegar, se deja caer a sus pies y les dice llorando: «¡Ay!, gentiles hombres afamados, de elevado corazón y alto linaje, si alguna vez amasteis a aquel que se llama Lanzarote, socorredme y ayudadme en esta necesidad, no por amor hacia mí, sino por amor hacia él. Si no queréis hacerlo, sabed que seré afrentada antes de mañana por la tarde y seré deshonrada con vileza, pues a la postre todos los de la corte me han abandonado en la mayor necesidad.» Cuando Boores ve a la reina tan angustiada y afligida, le entra gran compasión; la alza del suelo y le dice llorando: «Señora, no os preocupéis ahora tanto; si mañana a la hora de tercia no tenéis mejor socorro de lo que sería el mío, yo entraré por vos en lid contra Mador. —¿Mejor socorro?, pregunta la reina, ¿de quién me podría venir? —Señora, responde Boores, no os lo diré; pero mantendré lo que os he dicho.» Cuando la reina oye estas palabras, se pone muy contenta, pues inmediatamente piensa que Lanzarote es de quien ha dicho que vendrá a socorrerla. Boores y Héctor dejan a la reina y van a una gran habitación donde se alojaban habitualmente cuando venían a la corte.

81. Al día siguiente, a la hora de prima estaba el salón lleno de nobles y de caballeros que esperaban la llegada de Mador; muchos de ellos temían por la reina, pues pensaban que no hallaría ningún caballero que la defendiera. Poco después de la hora de prima llegó Mador a la corte, acompañado de muchos caballeros que eran parientes suyos; echó pie a tierra y subió completamente armado, a excepción del yelmo, del escudo y de la lanza. Era un caballero extraordinariamente alto, lleno de gran fuerza, de tal modo que en la corte del rey Arturo apenas se sabía de un caballero más fuerte que él. Cuando llegó ante el rey, reclamó el combate, como ya había hecho en la otra ocasión; el rey le contestó diciéndole: «Mador, la querella de la reina debe ser llevada a cabo de forma que, si ella no encuentra en el día de hoy quien quiera defenderla, se hará de su cuerpo lo que la corte decida. Quedaos aquí hasta la hora de vísperas; si en ese término no se presenta quien tome por

ella esta lid, vos quedaréis libre de vuestra acusación y ella será culpable.» Dijo que esperaría; se sienta en la sala y toda su parentela a su alrededor. La sala se llenó de forma increíble, pero estaban tan silenciosos que no oiríais absolutamente nada. Así estuvieron gran rato después de la hora de prima.

82. Poco antes de la hora de tercia entró Lanzarote tan bien armado que no le faltaba nada de lo necesario para un caballero; llegó de tal forma que no llevaba consigo ni caballero, ni servidor, y armado con armadura blanca y una banda sinople atravesaba su escudo. Al llegar a la corte, desmontó y ató su caballo a un olmo que había allí y allí colgó su escudo; tras hacer esto, subió a la sala sin quitarse el yelmo; de tal forma se presentó al rey y a los nobles, que no hubo ninguno que lo reconociera, sino Héctor y Boores. Cuando ya estaba cerca del rey, habló tan alto que todos pudieron oírle bien, y dijo al rey: «Señor, he venido a la corte por un hecho admirable que he oído contar en esta tierra, pues algunas gentes me han hecho saber que en el día de hoy debe venir un caballero que acusa a mi señora la reina de traición; si es verdad esto, nunca oí hablar de un caballero más loco, pues sabemos ciertamente, propios y extraños, que en todo el mundo no hay dama de tanto prez como ella; y por el valor que yo sé que tiene, he venido, dispuesto a defenderla, si hubiera caballero que la acusara de traición.»

83. A estas palabras, avanza Mador y dice: «Señor caballero, estoy listo a probar que ella mató a mi hermano de forma desleal y a traición. —Y yo estoy listo, responde Lanzarote, a defender que ella jamás pensó cometer deslealtad ni traición.» Aquél no escuchó estas palabras; tiende su gaje al rey y otro tanto hace Lanzarote; el rey recibe los dos. Entonces dice mi señor Galván al rey: «Ahora pienso que Mador no tiene razón, pues aunque haya muerto su hermano, yo juraría sobre los Evangelios, y estando plenamente consciente, que la reina no pensó en ningún momento cometer deslealtad ni traición; si el caballero tiene algo de valor, cualquier daño puede sobrevenir a Mador. —Ciertamente, responde el rey, no sé quién es el caballero, pero pienso que se llevará el honor y yo así lo desearía.»

84. Entonces comienza a vaciarse de gente la sala; grandes y pequeños descienden y van al prado, fuera de la ciudad, allí donde habitualmente se libraban los combates, en un lugar hermosísimo. Mi señor Galván toma la lanza del caballero y dice que la llevará al campo; Boores toma el escudo. Lanzarote monta con presteza su caballo y se va al campo de batalla; el rey hizo venir a la reina, y le dice: «Señora, he aquí un caballero que por vos se pone en peligro de muerte; sabed que si es derrotado, vos seréis puesta en mala situación. —Señor, responde, Dios hará justicia, tan verdaderamente como que yo no pensé hacer deslealtad ni traición.» Entonces la reina guía a su caballero y metiéndolo dentro del campo, le dice: «Buen señor y dulce, avanzad por Dios; que Nuestro Señor os ayude hoy.» Con esto, se enfrentan los dos jinetes, dejan correr sus caballos y se atacan tan velozmente como pueden los animales; se golpean con tal fuerza que ni los escudos, ni las cotas evitan que se hagan heridas grandes y profundas; Mador vuela del caballo a tierra, cayendo con estrépito, porque era grande y pesado; pero se levanta en seguida, como quien no se considera a salvo, pues ha encontrado a su enemigo fuerte y duro en la lucha. Cuando Lanzarote lo ve a pie, le parece que si le atacara a caballo podría ser criticado; desmonta y deja al animal que vaya a donde quiera; después saca la espada, tira el escudo por encima de su cabeza y va a buscar a Mador allí donde lo encuentra; comienza a darle en medio del yelmo golpes tan fuertes que aquél queda espantado y, sin embargo, se defiende lo mejor que puede y golpea a Lanzarote con vigor a menudo y frecuentemente; pero todo esto no le sirve de nada, pues, antes de que hubiera transcurrido la hora de mediodía, Lanzarote lo había puesto en tal situación que hizo que la sangre le saliera del cuerpo por más de diez sitios. Lo ha movido y zarandeado tanto de un lugar a otro que todos los que había allí comprueban que Mador está vencido y, si su adversario quiere, a punto de morir; todos los del lugar alaban al que lucha contra Mador, pues desde hacía tiempo no habían visto a nadie tan valeroso, según les parece. Lanzarote, que conocía bien a Mador y que no deseaba su muerte, porque en alguna ocasión habían sido compañeros de armas, ve que lo tiene en situación de poder matarlo,

si quiere; pero tiene compasión y le dice: «Mador, serás ultrajado y afrentado si yo quiero y puedes ver que lo serías sí el combate continuara; por eso, yo aconsejaría que depusieras tu acusación, antes de que te llegara ningún mal; haré que mí señora la reina te perdone esta mala acción que le has atribuido y que el rey te considere quito.»

85. Cuando Mador escucha las ventajas y franquicias que le ofrece, al instante se da cuenta de que es Lanzarote; se arrodilla ante él, toma la espada, se la tiende y dice. «Señor, tomad mi espada, me acojo completamente a vuestra gracia; y sabed que no lo tengo por afrenta, pues con certeza no podría enfrentarme con nadie tan noble como vos: así lo habéis mostrado aquí y en otros lugares.» Entonces le dice al rey: «Señor, me habéis engañado, al poner frente a mí a mi señor Lanzarote.» Cuando el rey oye que es Lanzarote, no espera en absoluto a que salga del campo, antes bien se lanza y corre hacia él, abrazándolo, aunque estaba armado por completo, mi señor Galván acude y le desata el yelmo. Entonces podríais ver a su alrededor una alegría tan grande que no oiréis jamás hablar de otra mayor. La reina fue aclamada libre de la acusación que Mador le había hecho; y, porque estuvo enojada con Lanzarote, se llamaba loca y estúpida.

Un día estaban solos la reina y Lanzarote; comenzaron a hablar de varias cosas y, en esto, la reina le dijo: «Señor, desconfié sin motivo de vos por la doncella de Escalot, pues estoy segura de que si la hubierais amado tanto como me dijeron muchos, aún no habría muerto. —¿Cómo, señora, le pregunta Lanzarote, está muerta aquella joven? —Ciertamente, responde la reina, y está sepultada en el monasterio de San Esteban. —Por Dios, exclama, es una lástima, pues era muy hermosa; lo siento, así me ayude Dios.» Tales palabras y muchas otras se decían estando juntos; y si Lanzarote había amado antes a la reina, a partir de entonces la amó más que ningún día y ella igual a él. Se comportaron tan indiscretamente que la mayoría de los de allí lo supo con certeza y mi señor Galván también, igual que sus cuatro hermanos: un día estaban los cinco hermanos en el gran salón hablando en secreto de este asunto; Agraváin era el que estaba más enfadado de todos ellos; mientras hablaban así salió el rey de la habitación de la reina y cuando lo vio mi señor Galván, dijo a sus hermanos: «¡Callad, he aquí a mi señor el rey! » Agraváin responde que no se callará por él; el rey oyó perfectamente estas palabras y dijo a Agraváin: «Buen sobrino, decidme de qué hablabais tan alto. —¡Ay!, contesta mi señor Galván, por Dios, dejadlo estar; Agraváin está más enfadado de lo que debiera y no os conviene saberlo, pues ni vos, ni nadie sacaría ningún provecho de ello. —¡Por Dios!, exclama el rey, lo quiero saber. —¿Para qué, señor?, pregunta Gariete; no puede ser de ninguna manera, pues lo que estaba diciendo no son más que habladurías y las mentiras más falsas del mundo; por eso yo os aconsejaría con fidelidad, como a mi señor que sois, que dejarais de preguntarlo. —Por mi cabeza, insiste el rey, no haré tal; antes bien, os requiero, por el juramento que me habéis hecho, que me digáis de qué estabais hablando tan en secreto. —Me asombra, observa mi señor Galván, que vos estéis tan anhelante y curioso por saber noticias; aunque os enfadarais conmigo y me expulsarais de vuestra tierra, pobre y exiliado no os lo diría; pues a pesar de ser la mayor mentira del mundo, si os lo creyerais, podría sobrevenir tal daño que en todo vuestro tiempo no habrá comparación.» Entonces el rey está más interesado que antes; dice que lo sabrá o hará que los aniquilen a todos. «A fe mía, exclama mi señor Galván, si Dios quiere, no lo sabréis por mí, pues al final sería odiado por vos y yo y otros nos arrepentiríamos por ello.» Se marcha de la sala y lo mismo hace Gariete; el rey los llama muchas veces, pero ellos no quieren volverse y se alejan tan afligidos que no pueden más, diciéndose que en mala hora empezaron a hablar del asunto y que si el rey se entera y se enfrenta con Lanzarote, la corte será afrentada y deshonrada, porque Lanzarote será ayudado por todo el poder de Gaula y de muchos otros países.

86. Así se van los dos hermanos, tan preocupados que no saben qué hacer. El rey, que se había quedado con sus otros sobrinos, se los lleva a una habitación, junto a un jardín. Cuando están dentro, cierra la puerta tras ellos; les pide y les conjura, por la fe que le deben, para que le digan lo que les pregunta: primero se dirige a Agraváin y éste responde

que no lo dirá; pregunta a los otros, que contestan que no hablarán: «Ya que no queréis contármelo, exclama el rey, me mataréis, o yo a vosotros.» Corre a tomar una espada que había sobre una cama, la desenvaina y va contra Agraváin diciendo que lo matará sin dudar si no le dice aquello que tanto desea saber; alza la espada, para golpearle en medio de la cabeza, y cuando aquél ve que el rey está tan acalorado, le grita: «¡Ay! ¡Señor, no me matéis! Os lo diré. Estaba diciéndoles a mi señor y hermano Galván, a Gariete y a mis otros hermanos, que aquí están, que eran desleales y traidores por haber soportado durante tanto tiempo la afrenta y deshonra que os hace mi señor Lanzarote del Lago. —¿Cómo?, pregunta el rey. ¿Me afrenta, pues, Lanzarote? ¿En qué? Decídmelo, porque jamás hubiera imaginado que buscara mí vergüenza, pues siempre lo he honrado y querido tanto que en modo alguno debería afrentarme. —Señor, contesta Agraváin, os es tan leal que os deshonra con la reina, vuestra mujer, y la ha conocido carnalmente.» Cuando el rey oye estas palabras muda de color y, empalideciendo, afirma: «Es algo extraordinario.» Comienza a pensar entonces y no dice nada en un buen rato: «Señor, interrumpe Mordrez, os lo hemos ocultado tanto como pudimos, pero conviene ahora que la verdad sea sabida y que os lo digamos; tanto como os lo hemos ocultado, os hemos sido perjuros y desleales; ahora quedamos libres. Os aseguramos que es así; mirad cómo será vengada esta afrenta.» Por esto está el rey pensativo y preocupado y tan a disgusto que no sabe qué es lo que debe hacer; en cuanto vuelve a hablar dice: «Si me habéis amado alguna vez, procurad aprehenderlos en flagrante delito; y si no tomo venganza como se debe hacer de traidores, no deseo volver a llevar corona. —Señor, dice Garrehet, aconsejadnos, pues; es cosa que hace dudar mucho cómo matar a un valiente como Lanzarote, ya que es fuerte y atrevido y su linaje es poderoso en todo, de forma que, si muere Lanzarote, toda la parentela del rey Van comenzará contra vos una guerra tan grande y extraordinaria que los más poderosos de vuestro reino tendrán dificultades en mantener. Y vos mismo, si Dios no lo impide, podríais morir en ella, pues mirarán más por vengar a Lanzarote que a su propia salvación. —Por mí, advierte el rey, no os preocupéis; haced lo que os he dicho; si podéis, que sean cogidos juntos; así os lo exijo por el juramento que me hicisteis al ser compañeros de la Mesa Redonda.» Le prometen que lo harán, ya que él está tan angustiado; así lo aseguran los tres; después salen de la habitación y marcharon a la gran sala.

87. Aquel día estuvo el rey más pensativo de lo que solía y parecía que estuviera triste. A la hora de nona llegaron mi señor Galván y Gariete; cuando vieron al rey, se dieron cuenta por la cara que los otros le habían dado noticias de Lanzarote; por este motivo no se dirigieron hacia él, sino que fueron a las ventanas del salón. La sala estaba en silencio y tranquila: no había allí nadie que se atreviera a decir una palabra, porque veían al rey enfadado. En esto, se presentó un caballero completamente armado y le dijo al rey: «Señor, os traigo noticias del torneo de Karahés; los del reino de Sorelois y de la Tierra Devastada lo han perdido todo. —¿Había algún caballero de aquí?, pregunta el rey. —Sí, señor; estuvo Lanzarote, quien se ha llevado el galardón de las dos partes.» El rey se abate al oír estas noticias y comienza a pensar; cuando ha meditado bastante, se pone en pie y dice tan alto que muchos pudieron oírle: «¡Ay! ¡Dios, qué dolor y —qué lástima que en hombre tan valiente se albergue tal traición! » El rey entró en su habitación y se acostó en la cama pensativo, pues está seguro de que si Lanzarote es prendido en este asunto y recibe la muerte, en este país nunca habrá habido una tormenta semejante por la muerte de un solo caballero. Y, sin embargo, prefiere morir a que su afrenta no sea vengada ante su persona. Manda venir a sus tres sobrinos y, cuando estuvieron en su presencia, les dice: «Señores, Lanzarote estará a punto de volver del torneo; decidme cómo se le podrá sorprender en este asunto que me habéis descubierto. —Por mi fe, exclama Garrehet, no lo sé. —Por Dios, dice Agraváin, os lo mostraré; haced saber a todos vuestros servidores que por la mañana iréis al bosque y ordenad a vuestros caballeros que os acompañen, a excepción de Lanzarote; se quedará con mucho gusto y entonces, y estoy seguro de ello, tan pronto como os hayáis ido al bosque, irá a acostarse con la reina; nosotros nos quedaremos para haceros saber la verdad; estaremos apostados en una habitación, de

forma que los prenderemos y los retendremos hasta que volváis.» El rey acepta con gusto esta idea, «pero cuidad, dice, que nadie lo sepa, antes de que haya sido hecho como lo habéis planeado». Cuando estaban tomando consejo, llegó mi señor Galván y al verlos hablar tan en secreto le dijo al rey: «Señor, Dios quiera que de esta decisión no os venga nada más que bien, pues temo mayor daño para vos que para otro. Agraváin, buen hermano, os ruego que no emprendáis nada que no seáis capaz de llevar a término y no digáis nada de Lanzarote si no lo sabéis con seguridad, pues es el mejor caballero que habéis visto. —Galván, dice el rey, huid de aquí, que sois el hombre en quien no me fiaría jamás, pues os habéis comportado mal conmigo, al saber mi deshonra y soportarla sin decírmelo. —Ciertamente, responde mi señor Galván, mi traición no os causó ningún mal.» Entonces se marchó de la habitación, vio a Gariete y le dijo: «Ya le ha contado Agraváin al rey lo que nosotros no nos atrevíamos a explicarle; tened por seguro que le vendrán perjuicios por eso. —Así va a ser, responde Gariete, y no me mezclaré en eso; un valiente como Lanzarote lo es, no será acusado por mí de tal villanía. Dejemos a Agraváin que haga lo que ha comenzado y, si le beneficia, que aproveche; y si le perjudica, no podrá decir que ha sido por nosotros.»

88. Con esto, se fueron de allí hacia el alojamiento de Gariete; cuando iban ciudad abajo, se encontraron con Lanzarote y sus compañeros; al encontrarse, nada más verse, se mostraron una gran alegría. «Mi señor Lanzarote, le dice Gariete, os pido un don.» Aquél se lo otorga con mucho gusto, siempre que sea algo que pueda hacer. «Muchas gracias, contesta Gariete; quiero que vos y vuestra compañía os alberguéis, desde hoy, conmigo. Sabed que lo hago más por vuestro provecho que por molestaros.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, lo acepta con gusto; dan la vuelta y bajan al alojamiento de Gariete tal como estaban. Salen entonces escuderos y sirvientes a desarmar a Lanzarote y a los demás que acababan de llegar del torneo. A la hora de cenar fueron a la corte todos juntos, pues amaban mucho a Lanzarote. Lanzarote se quedó muy sorprendido al llegar allí, porque el rey, que solía recibirlo con tanto afecto, esta vez no le dijo ni palabra, sino que volvió la cara hacia otro lugar tan pronto como lo vio venir. No se dio cuenta —en absoluto— de que el rey estuviera enfadado con él, pues no podía imaginarse que el rey hubiera oído las noticias que le habían dicho. Se sentó con los caballeros y comenzó a divertirse, pero no como solía, porque ve al rey pensativo. Después de cenar, cuando se levantaron los manteles, el rey invita a sus caballeros a ir a cazar al bosque de Camaloc, al día siguiente por la mañana. Entonces le dice Lanzarote al rey: «Señor, me tendréis por compañero en esa marcha. —Buen señor, le responde el rey a Lanzarote, os podéis quedar esta vez, pues tengo tantos caballeros que me pasaré bien sin vuestra compañía.» Fue entonces cuando Lanzarote se dio cuenta de que el rey estaba enfadado con él, pero seguía sin saber por qué; le pesaba mucho.

89. Por la noche, cuando ya era hora de acostarse, Lanzarote se marchó de allí con gran compañía de caballeros; ya en su alojamiento, Lanzarote dijo a Boores; «¿Os habéis fijado en la cara que me ha puesto el rey Arturo? Creo que está enfadado conmigo por algo. —Señor, le responde Boores, sabed que ha recibido noticias vuestras y de la reina. Mirad qué vais a hacer, pues hemos llegado a la guerra que no tendrá fin. —¡Ay!, pregunta Lanzarote, ¿quién fue el que osó contárselo? —Señor, contesta Boores, si lo dijo un caballero, fue Agraváin, y, si lo dijo una dama, fue Morgana, la hermana del rey Arturo.» Mucho hablaron del asunto aquella noche los dos primos. A la mañana siguiente, cuando el día apareció, le dijo mi señor Galván a Lanzarote: «Señor, Gariete y yo iremos al bosque; ¿vendréis vos? —De ninguna forma, responde Lanzarote, me quedaré, pues no me encuentro a gusto para ir según mi voluntad.» Mi señor Galván y Gariete se fueron con el rey al bosque. Tan pronto como el rey se hubo marchado, la reina llamó a un mensajero y lo envió a Lanzarote, que aún estaba acostado; le ordena que no deje —por nada— de acudir a su lado; cuando mi señor Lanzarote vio al mensajero, se puso muy contento y le dijo que se fuera, que él le seguiría. Entonces se viste y se arregla y medita cómo podría ir lo más secretamente, de forma que no se entere nadie; le pide consejo a Boores y éste le ruega por Dios que no vaya en absoluto. «Si vais, será en mala hora, pues mi corazón, que

nunca temió por vos, excepto esta vez, me lo está diciendo.» Lanzarote le responde que de ninguna manera dejará de ir. «Señor, replica Boores, ya que os place ir, os enseñaré por dónde debéis hacerlo. Mirad ese jardín que llega hasta la habitación de la reina; entrad en él. Encontraréis el camino más tranquilo y el más desierto que yo sepa. Os ruego también que no dejéis de llevar vuestra espada.» Lanzarote lo hace tal como Boores le había aconsejado; se mete. en la senda del jardín que llegaba hasta la casa del rey Arturo. Cuando Lanzarote se acercó a la torre. Agraváin lo supo, pues había puesto espías por todas partes y un muchacho lo había advertido: «Señor, por ahí viene mi señor Lanzarote.» Le dice que se calle. Agraváin se dirige hacia una ventana que daba al jardín y ve a Lanzarote que iba muy deprisa hacia la torre. Agraváin, que tenía consigo una gran compañía de caballeros, los lleva a la ventana y les muestra a Lanzarote, diciéndoles: «Ahí está. Estad atentos cuando entre en la habitación, que no se os escape.» Contestan que es imposible que huya, pues lo sorprenderán completamente desnudo. Lanzarote, que no se había dado cuenta de la trampa, llegó a la puerta de la vivienda que daba al jardín, la abre y entra, yendo de habitación en habitación hasta llegar donde le esperaba la reina.

90. Cuando Lanzarote estuvo dentro, cerró la puerta tras de sí, como si ventura hubiera querido que no fuera muerto. Se descalzó, se desnudó y se acostó con la reina. Pero no llevaba mucho tiempo cuando, aquellos que estaban al acecho para prenderle, llegaron a la puerta de la habitación; al encontrarla cerrada, no hubo ninguno que no se quedara perplejo; entonces se dieron cuenta de que habían fracasado en lo que querían llevar a cabo. Le preguntan a Agraváin cómo entrarán y él les aconseja que rompan la puerta, pues de otra manera no podrán. Hacen tanto ruido y dan tales golpes que la reina los oye y le dice a Lanzarote: «Mi buen y dulce amigo, hemos sido traicionados. —¿Cómo, señora?, pregunta, ¿qué es eso?» Entonces presta atención y oye un gran escándalo de gente que quería romper la puerta a la fuerza, pero que no podía. «¡Ay! Mi buen y dulce amigo, exclama la reina, somos afrentados y muertos; ahora sabrá el rey lo vuestro y lo mío. Toda esta trampa nos la ha tendido Agraváin. —Es cierto, responde Lanzarote, pero no os preocupéis, pues ha buscado su muerte, será el primero en morir.» Entonces salen los dos de la cama y se visten lo mejor que pueden. «¡Ay!, señora, pregunta Lanzarote, ¿tenéis aquí cota o armadura con que pueda cubrir mi cuerpo? —No, responde la reina, y nuestra desgracia es tan grande que moriremos los dos. Y lo siento —así me ayude Dios— más por vos que por mí, pues será mucha mayor la calamidad de vuestra muerte que la de la mía; sin embargo, si Dios quisiera otorgar que vos escaparais de aquí sano y salvo, estoy segura de que aún no ha nacido quien por esta mala acción osara librarme a la muerte, sabiendo que estáis vos con vida.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, se dirige hacia la puerta, como quien no teme nada y les grita a los que estaban golpeando: «Caballeros malvados y cobardes, esperadme, pues voy a abrir la puerta por ver quién pasa.» Desenvaina su espada, abre la puerta y dice que avancen. Un caballero llamado Tanaguín, que odiaba a Lanzarote con odio mortal, se puso delante de todos los demás y Lanzarote, que tenía la espada alzada, le da un golpe tan fuerte, con toda su energía, que el yelmo y la cofia de hierro no le impidieron que lo hendiera hasta los hombros; a continuación, saca la espada y lo deja caer, muerto, a tierra. Cuando los otros lo ven en tal estado, no hubo ninguno que no retroceda, de forma que la entrada quedó completamente vacía. Lanzarote, al ver esto, dice a la reina: «Señora, esta guerra ha acabado; cuando lo deseéis me marcharé; nadie me lo impedirá.» La reina le responde que querría que estuviera a salvo, pasase lo que pasase. Entonces mira Lanzarote al caballero al que había matado, que había caído por la parte de dentro en la puerta de la habitación; lo lleva consigo y cierra la puerta; lo desarmó y se armó lo mejor que pudo. Entonces le dijo a la reina: «Señora, ya que estoy armado, debería irme, si Dios Nuestro Señor quiere.» Le responde que marche, si es que puede. Va a la puerta, la abre y grita que no lo capturarán. Entonces salta en medio de todos, con la espada desenvainada, y golpea al primero que encuentra, de forma que lo hace caer cuan largo era, sin que pueda levantarse. Cuando los demás ven esto, se echan atrás y los más atrevidos le abren paso. Al ver que lo han dejado estar, sale al jardín, yéndose a su alojamiento, donde encuentra a Boores que temía que no volviera según su

voluntad, pues en su corazón estaba seguro de que la parentela del rey Arturo lo había espiado para intentar capturarle de alguna manera. Cuando Boores ve venir a su señor que se había ido desarmado completamente armado, se da cuenta de que ha habido pelea. Fue a su encuentro y le preguntó: «Señor, ¿qué ha ocurrido?» El le explica cómo le habían espiado Agraváin y sus dos hermanos, pues querían prenderle en flagrante delito con la reina y se habían hecho acompañar de abundante caballería. «Y me hubieran cogido si no me hubiera podido poner en guardia, pero me he defendido con fuerza y he hecho tanto, con la ayuda de Dios, que he escapado. —¡Ay!, señor, exclama Boores, ahora van las cosas peor que antes, pues ha sido descubierto completamente lo que nosotros tanto habíamos ocultado. Veréis comenzar ahora la guerra que no terminará nunca, mientras vivamos. Y si el rey os ha amado hasta ahora más que a ningún hombre, con más motivo os odiará desde que sepa que le hacíais tan grave mal como el de deshonrarle con su mujer. Conviene que penséis qué vamos a hacer, pues estoy seguro de que el rey nos será, a partir de ahora, enemigo mortal; y por mi señora la reina me pesa mucho, porque por vos será librada a la muerte, así me ayude Dios. Me gustaría, si pudiera ser, que se decidiera algo, de forma que quedara libre de este asunto y salvara su cuerpo.»

91. En esta decisión llegó Héctor; cuando supo lo que había pasado, lo sintió más que nadie y dijo: «Lo mejor que veo es que nos vayamos de aquí, al bosque, de manera que el rey —que ahora está en él— no nos encuentre; y cuando mi señora la reina sea juzgada, os aseguro que la sacarán fuera para matarla y entonces la socorreremos quieran o no quienes piensen librarla a la muerte. Cuando la tengamos con nosotros, nos podremos ir fuera del país y nos marcharemos al reino de Benoic o al de Gaunes; si consiguiéramos sacarla a salvo, no tendremos que temer al rey Arturo y a todo su poder.» Lanzarote y Boores están de acuerdo con esta propuesta; hacen montar, inmediatamente, a sus caballeros y servidores: sumaban en total treinta y ocho. Salen de la ciudad y llegan al lindero del bosque, allí donde sabían que era más espeso, para estar mejor ocultos hasta la noche. Entonces llama Lanzarote a un escudero suyo y le dice: «Vete derecho a Camaloc y procura enterarte de las noticias de mi señora la reina y qué quieren hacer con ella; si la han condenado a muerte, ven a decírnoslo inmediatamente, pues por muchas penas o trabajos que debamos pasar para socorrerla, en tanto podamos no dejaremos de salvarla de la muerte.» Se aleja de Lanzarote el criado y con su rocín se dirige a Camaloc por el camino más recto, hasta llegar a la corte del rey Arturo.

Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a los tres hermanos de mi señor Galván a partir del momento en que Lanzarote se les escapó cuando lo encontraron en la habitación de la reina.

92. Cuenta ahora la historia que, en el momento en que Lanzarote dejó a la reina y escapó de quienes creían poderlo coger, los que estaban en la puerta de los aposentos, al ver que se les había ido, entraron en la habitación, apresaron a la reina y la afrentaron con mayores vergüenzas de las que debieron, diciéndole que ya tenían las pruebas y que no podrá librarse de morir. Mucho la deshonraron y ella escuchaba dolida, llorando con tanta amargura que debieran haber tenido compasión los felones caballeros.

A la hora de nona volvió del bosque el rey. Nada más descabalgar en el patio le llegó la noticia de que la reina había sido cogida con Lanzarote; el rey lo sintió mucho y preguntó si Lanzarote había sido detenido. «Señor, le responden, no; se defendió con tanto valor que ningún hombre hubiera hecho lo que él hizo. —Ya que no está aquí, dice el rey Arturo, lo encontraremos en su hostal. Haced que se arme mucha gente e id a prenderlo; cuando lo hayáis cogido, venid ante mí; haré a la vez justicia con él y con la reina.» Hasta cuarenta caballeros van entonces a armarse, pero en modo alguno por propia voluntad, sino porque les conviene hacerlo, pues el mismo rey se lo ha ordenado. Cuando se presentan en el alojamiento de Lanzarote, no lo encontraron allí; y hubo algún caballero que se alegró

mucho por eso, pues de sobra sabían que si hubiera sido encontrado y quisieran prenderlo a la fuerza, no faltaría una pelea cruel y encarnizada. Volvieron ante el rey y le dijeron que habían fracasado en lo de Lanzarote, pues se había ido hacía rato, llevándose consigo a todos sus caballeros. Cuando el rey lo oyó dijo que no tenían suerte y, ya que no puede vengarse de Lanzarote, se vengará de la reina de tal forma que se hablará de ello mientras el mundo dure. «Buen señor, pregunta el rey Yon, ¿qué pensáis hacer? —Pienso, le responde, hacer gran justicia por la mala acción que ha cometido. Os ordeno, añade, a vos en primer lugar, porque sois rey, y después al resto de los nobles que están aquí, y os lo exijo por el juramento que me hicisteis, que decidáis entre todos de qué muerte debe morir; no puede librarse de la muerte, aunque estéis en contra de ello; de forma que si decís que no debe morir, a pesar de todo, morirá. —Señor, objeta el rey Yon, no es uso ni costumbre en este país que se dicte juicio de muerte de hombre o de mujer después de nona; pero por la mañana, si es necesario que juzguemos, lo haremos.»

93. Dejó de hablar el rey Arturo y estaba tan dolido que en toda la noche ni bebió ni comió, ni de ningún modo quiso que la reina fuera llevada a su presencia; al día siguiente por la mañana, a la hora de prima, cuando los nobles se habían reunido en el salón, dijo el rey: «¿Señores, juzgando con justicia qué se debe hacer con la reina?» Los nobles se ponen a deliberar y preguntan a Agraváin y a sus otros dos hermanos qué se debía hacer; contestaron que —en justicia— creían que debía morir con afrenta, pues había cometido una gran deslealtad al dejar que se acostara otro caballero en el lugar del rey. «Decimos, juzgando con justicia, que con esto sólo había merecido la muerte.» A la fuerza todos están de acuerdo, pues se dan cuenta que el rey así lo quiere. Cuando mí señor Galván vio que era clara la decisión de que la reina muriera, entonces dijo que —si Dios quería— no iba a esperar el gran dolor de ver morir a la dama que le ha hecho la mayor honra del mundo. Mi señor Galván se acerca al rey y le dice: «Señor, os devuelvo todo cuanto he obtenido de vos, y no os volveré a servir ningún día de mi vida, si toleráis esta deslealtad.» El rey no responde una palabra a lo que le dice, pues estaba pensando en otra cosa; al momento, mi señor Galván se marcha de la corte, y va derecho a su alojamiento, haciendo tan gran duelo como si viera muerto allí delante a todo el mundo. El rey ordena a sus servidores que preparen en la llanura de Camaloc una hoguera grande y digna de admiración, en la que será puesta la reina; no debe morir de otra manera reina que haya cometido deslealtad, aunque esté ungida.

Se elevan entonces los gritos y las lamentaciones en la ciudadela de Camaloc y hacen tan gran duelo como si la reina fuera su madre. Aquellos a quienes se les había encargado preparar la hoguera, la hicieron tan grande y tan digna de admiración que todos los de la ciudad la podían ver. El rey ordena que le traigan la reina, quien llega llorando desconsoladamente; vestía un cendal rojo, túnica y manto. Era una dama tan hermosa y elegante que en todo el mundo no se encontraría otra de su edad que se le pudiera comparar. Cuando el rey la vio, le entró una compasión tan grande que no la podía ni mirar y ordena que se la quiten de delante y se haga lo que la corte ha decidido en el juicio. La sacan fuera del gran salón y la llevan calle abajo. Cuando la reina salió del patio y los de la ciudad la vieron venir, podíais oír a las gentes gritando por todas las partes: «¡Ay! Señora, la más generosa de todas las damas y más cortés que ninguna otra, ¿dónde encontrarán ahora los desdichados compasión? ¡Ay!, rey Arturo, que has buscado su muerte por tu deslealtad, arrepiéntete y mueran afrentados los traidores que lo han preparado todo.» Tales palabras decían los de la ciudad e iban tras la reina llorando y gritando como si hubieran perdido la razón. El rey ordena a Agraváin que tome cuarenta caballeros y vaya a proteger el campo donde se había encendido la hoguera, de manera que si Lanzarote vuelve, no les pueda hacer nada. «Señor, ¿queréis que vaya yo? —Sí, responde el rey. —Entonces, mandad a mi hermano Gariete que venga con nosotros.» El rey se lo ordena y éste responde que no lo hará; a pesar de todo, el rey le amenaza tanto que promete ir: va a tomar sus armas y los demás también. Cuando estuvieron armados y fuera de la ciudad, comprobaron que eran ochenta. «Ahora, Agraváin, dice Gariete, ¿pensáis que he venido a

pelearme con Lanzarote, si quisiera socorrer a la reina? Tened por seguro que no lucharé contra él y preferiría que la tuviera él resto de su vida a que muriese así.»

94. Agraváin y Gariete hablaron tanto que llegaron cerca del fuego. Lanzarote, que se había escondido a la entrada del bosque con toda su gente, nada más ver a su mensajero que volvía le pregunta qué noticias trae de la corte del rey Arturo. «Señor, responde, malas; mi señora la reina ha sido condenada a muerte; mirad allí el fuego que se prepara para quemarla. —Señores, ordena, ¡montad! Hay quien piensa hacerla morir y él morirá antes. Quiera Dios, si alguna vez escuchó las súplicas de un pecador, que yo destruya primero a Agraváin, que me ha montado este asunto.» Cuentan cuántos caballeros son: sumaban treinta y dos; cada cual monta su caballo y toman los escudos y lanzas. Se dirigen hacia donde ven el fuego. Cuando los vieron venir los que estaban cerca, gritaron todos juntos: «¡Ahí está Lanzarote! ¡Huid! ¡Huid!» Lanzarote, que venía delante de los demás, se dirige hacia donde vio a Agraváin y le grita: «¡Cobarde, traidor, habéis llegado a vuestro final!» Entonces Lanzarote le da un golpe tan fuerte que ninguna arma pudo impedir que le metiera en medio del cuerpo su lanza y la empuja violentamente, como quien tiene coraje y fuerza; lo derriba del caballo al suelo y, al caer, rompe la lanza. Boores, que venía tan deprisa como puede su caballo, grita a Garrehet que se guarde de él, que le desafía a muerte; dirige hacia él su caballo y lo golpea con tanta fuerza que ninguna armadura pudo impedir que le meta el hierro por medio del pecho; lo derriba del caballo al suelo en tal estado que no necesita médico. Los demás empuñan las espadas y comienzan la pelea. Cuando Gariete ve que sus dos hermanos han sido abatidos, no preguntéis si se entristeció, pues no duda que estén muertos. Entonces se dirige hacia Meliadús el Negro que se esforzaba mucho en ayudar a Lanzarote y en vengar la afrenta de la reina. Lo golpea con tal fuerza que lo derriba en medio de la hoguera, y, luego, empuña la espada, como quien es de gran valor, y ataca a otro caballero, de forma que lo abate en medio de la plaza, a los pies de Lanzarote. Héctor, que estaba atento, ve a Gariete y se dice: «Si éste vive mucho, nos perjudicará, pues es muy valiente; será mejor que yo lo mate antes de que nos haga más daño del que ya nos ha hecho.» Entonces Héctor deja correr a su caballo y se dirige hacia Gariete con la espada desenvainada; le da un tajo tan fuerte que le hace volar el yelmo de la cabeza. Cuando siente su cabeza desarmada, se espanta; Lanzarote, que estaba viendo los hechos, no lo reconoció: le asesta un golpe en medio de la cabeza, que la hiende hasta los dientes.

95. Las gentes del rey Arturo se desanimaron ante este golpe, tan pronto como vieron caer a Gariete; los que les atacaban eran tan superiores, que de los ochenta sólo quedaron tres; uno era Mordrez, y los otros dos, de la Mesa Redonda. Cuando Lanzarote vio que ninguno más de la casa del rey se le oponía, se acercó a la reina y le dijo: «Señora, ¿qué haremos con vos?» Ella responde, como quien estaba contenta con esta fortuna que Dios le había mandado: «Señor, yo querría que me pusierais a salvo en un lugar sobre el que no tenga poder el rey Arturo. —Señora, contesta Lanzarote, montaréis sobre un palafrén; os vendréis con nosotros al bosque y allí deliberaremos lo mejor.» Lo acepta.

96. Entonces la montan sobre un palafrén y se van a lo más espeso del bosque. Cuando ya habían entrado bastante comprueban si están todos: se dieron cuenta que habían perdido tres de sus compañeros; se preguntaron unos a otros qué ha sido de ellos. «A fe mía, dice Héctor, yo vi morir a tres, que Gariete los mató con su mano. —¿Cómo?, pregunta Lanzarote, ¿estuvo Gariete en el asunto? —Señor, le contesta Boores, ¿qué preguntáis? Lo habéis matado vos mismo. En nombre de Dios, corrobora Héctor, vos lo matasteis. Bien podemos asegurar, dice Lanzarote, que jamás tendremos paz con el rey ni con mi señor Galván por el amor que tenían a Gariete; ahora empezará la guerra que nunca tendrá fin.» Muy entristecido quedó Lanzarote con la muerte de Gariete, pues era uno de los caballeros del mundo que más quería. Boores le dijo a Lanzarote: «Señor, convendría que se decidiera cómo se pondrá a salvo a mi señora la reina. —Si consiguiéramos, responde Lanzarote, llevarla a un castillo que conquisté hace tiempo, pienso que allí no temería al rey Arturo; el castillo es extraordinariamente fuerte y está en un lugar en el que no lo

pueden asediar. Estando allí y preparándolo de forma adecuada, yo convocaría, para que vinieran a mí, a caballeros de cerca y de lejos, a quienes he ayudado muchas veces; hay tantos en el mundo que me pertenecen por sus promesas, que todos me ayudarán. —¿Dónde está, pregunta Boores, ese castillo que decís? ¿Cómo se llama? —Se llama, contesta Lanzarote, el castillo de la Alegre Guarda; pero cuando yo lo conquisté, siendo caballero novel, se le llamaba la Dolorosa Guarda. —¡Ay!, exclama la reina, ¡cuándo estaremos en él!»

97. Están todos de acuerdo con esto; toman el camino principal del bosque y dicen que no les perseguirá la mesnada del rey sin que ellos la maten. Cabalgaron así hasta llegar a un castillo que estaba en medio del bosque y que se llamaba Kalec. Su señor era un conde, buen caballero, de gran poder, que amaba a Lanzarote sobre todos los hombres; cuando supo de su llegada, se puso muy contento y lo recibió con honores, haciéndole la mayor honra que podía; prometió ayudarle contra cualquiera, incluso contra el rey Arturo, y añadió: «Señor, si quisierais, os concedería este castillo a vos y a mi señora la reina; creo que me lo debéis aceptar, pues es muy fuerte y, si queréis quedaros en él, no tendréis que preocuparos por nada, ni siquiera por todo el poder del rey Arturo.» Lanzarote se lo agradece mucho y le contesta que, en modo alguno, se quedará. Se marchan de allí y cabalgan hasta llegar a cuatro leguas de la Alegre Guarda. Entonces envía Lanzarote mensajeros para que dijeran que venía; cuando lo supieron los del castillo, salieron a su encuentro haciendo tales muestras de alegría como si fuera el mismísimo Dios y lo recibieron con mayores atenciones que hacían al rey Arturo; al saber que quería quedarse allí y por qué había venido, le juraron sobre los Evangelios que le ayudarían hasta la muerte. Lanzarote convocó entonces a los caballeros de la región, que acudieron en gran número.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a hablar del rey Arturo.

98. Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo vio a Mordrez volver huyendo desde la parte baja de la ciudad de Camaloc, y con tan poca compañía, se sorprendió mucho de por qué sería; preguntó el motivo a los que iban delante. «Señor, contesta un criado, os daré malas noticias a vos y a todos los demás: sabed que, de todos los caballeros que llevaron a la reina al fuego, sólo han escapado tres; uno es Mordrez y los otros dos no sé quiénes son; creo que todos los demás han muerto. —¡Ay!, exclama el rey Arturo. ¿Ha estado allí Lanzarote? —Sí, señor, le responde, y ha hecho algo más: se lleva a la reina consigo, tras haberla salvado de la muerte y se ha vuelto al bosque de Camaloc con todos.» El rey sintió tanto estas noticias, que no sabía qué hacer. En esto, llegó Mordrez, que dijo al rey: «Señor, nos va muy mal; Lanzarote se escapa, nos ha vencido a todos, y se lleva consigo a la reina. —Sigámoslos, ordena el rey, no se irán así, mientras yo pueda.» Ha hecho armar a sus caballeros, servidores y a todos cuantos estaban con él; montan lo antes que pueden y salen de la ciudad recubiertos de hierro. Llegan al bosque y van de arriba a abajo intentando encontrar a los que buscaban. Pero resultó que no hallaron a nadie; el rey aconseja que se dividan por distintos caminos, pues así los encontrarán más pronto. «Por Dios, dice el rey Caradoc, no aconsejaría yo tal, pues si se dividen y los encuentra Lanzarote, que tiene gran compañía de caballeros fuertes y valientes, los que se encuentre sin duda serán muertos, pues los matará. —¿Qué haremos, pues?, pregunta el rey Arturo. —Enviad vuestros mensajeros a cuantos marineros hay en los puertos de esta tierra para que ninguno se atreva a sacar a Lanzarote; de este modo, quiera o no, tendrá que quedarse en esta tierra. Cuando no haya podido salir, sabremos rápidamente dónde está e iremos contra él con tal cantidad de gente que lo podremos apresar con facilidad, y entonces, vos, os podréis vengar. Ese es mi consejo.» El rey Arturo convoca al instante a sus mensajeros y los despacha a todos los puertos de su reino, prohibiendo que nadie sea tan osado que se atreva a pasar a Lanzarote. Tras enviar sus emisarios, vuelve a la ciudad;

al llegar a la plaza en la que estaban muertos sus caballeros, miró hacia la derecha y vio yacer a su sobrino Agraváin, a quien Lanzarote había dado muerte; estaba herido en medio del cuerpo con una lanza, de forma que el hierro aparecía por el otro lado; tan pronto como el rey lo vio, lo reconoció; le entra tal dolor que no se puede mantener en la silla, sino que, desmayado cae sobre el cuerpo; cuando al cabo del rato recupera el conocimiento y puede hablar, dice: «¡Ay! Buen sobrino, en verdad os odiaba mucho quien os hirió; ciertamente, y que se sepa, me ha producido un gran dolor en el corazón quien ha privado a mi linaje de un caballero como vos.» Entonces le quita el yelmo de la cabeza y lo mira; después le besa los ojos y la boca, que estaba muy fría; a continuación lo manda llevar dentro de la ciudad.

99. El rey hace un gran duelo, mientras escudriña el lugar; tanto ha buscado que encuentra a Garrehet, a . quien Boores mató. Vierais entonces al rey lamentándose mucho, golpeándose con las dos manos, que aún tenía armadas, pues sólo le faltaba el yelmo. Hace gran duelo y exclama que ha vivido demasiado porque con tal aflicción ve muertos a aquellos a quienes crió. Y así se lamentaba; había mandado colocar a Garrehet sobre su escudo para llevarlo dentro de la ciudad, mientras seguía contemplando el lugar. Mira entonces a la izquierda y ve el cuerpo de Gariete, a quien mató Lanzarote: era su sobrino más amado, a excepción de Galván. Cuando el rey ve el cuerpo de aquel a quien tanto amaba, hace el mayor duelo que por otro se puede hacer: corre a él a plena carrera y lo abraza con fuerza. Vuelve a desmayarse, de forma que no hay noble que no tema que se les muera allí ante ellos. Estuvo tanto rato desvanecido como se necesita para recorrer más de media legua de tierra; cuando volvió en sí dijo tan alto que todos lo oyeron: «¡Ay, Dios, ya he vivido demasiado! ¡Ay, muerte, si tardáis más, os consideraré muy lenta! ¡Ay, Gariete, si debo morir de dolor, moriré por vos! Buen sobrino, en mala hora fue forjada la espada que os hirió y mal haya quien así os hirió, pues os ha destruido a vos y a mi linaje.» El rey le besa los ojos y la boca, sangrando como estaba y muestra tal dolor que se admiran todos los presentes: no había nadie en el lugar que no lo sintiera, pues todos amaban a Gariete con gran amor.

100. Ante tales gritos y lamentaciones, mi señor Galván salió de su alojamiento, creyendo que la reina ya había muerto y que el duelo era por ella; cuando llegó a la calle, y lo vieron, los primeros que lograron cogerlo le dijeron: «Mi señor Galván, si queréis contemplar vuestro gran duelo y la destrucción de vuestra carne, id arriba, al salón y allí encontraréis el mayor dolor que jamás visteis.» Entonces, con estas noticias, mi señor Galván se asusta mucho de forma que no les contesta una palabra, sino que cabizbajo se marcha por la calle, sin pensar que esa gran aflicción sea por su hermano, pues aún no sabía nada; antes bien, cree que es por la reina. Al bajar por las calles miraba a derecha e izquierda, viendo llorar a viejos y jóvenes y todos le decían, cuando se les acercaba: «Id, mi señor Galván, id a ver vuestro gran dolor.» Cuando mi señor Galván oye lo que le dicen, siente mayor miedo que antes, pero no osa manifestarlo. Al llegar al salón ve que todos hacen un duelo tan grande como si contemplaran muertos a todos los príncipes del mundo. Cuando el rey ve venir a mi señor Galván, le dice: «Galván, he aquí vuestro gran dolor y el mío, pues aquí yace muerto vuestro hermano Gariete, el más valiente de nuestro linaje.» Y se lo muestra, ensangrentado como estaba, entre sus brazos y su pecho. Cuando mi señor Galván oye estas palabras, no tiene tanta fuerza como para responder ni seguir en pie: le falla el corazón y cae desmayado a tierra; los nobles están tan entristecidos y afligidos que creen que no volverán a tener alegría. Cuando ven a mi señor Galván caer de tal manera, lo sujetan entre sus brazos y lloran sobre él con amargura, diciendo: «¡Ay, Dios! Grandes desgracias hay aquí por todos los lados.» Cuando mi señor Galván vuelve en sí, se sienta junto a Gariete y comienza a contemplarlo; al verlo tan gravemente herido, dice: «¡Ay! Buen hermano, maldito sea el brazo que os hirió. Hermano bueno y dulce, mucho os odiaba quien así os golpeó. Hermano, ¿cómo tuvo valor para mataros? Hermano bueno y dulce, ¿cómo pudo soportar vuestra destrucción, tan horrible y villana, Fortuna que os había adornado de todas las cualidades? Ella os era dulce y amable y os había elevado en su rueda principal. Buen hermano, lo ha hecho para matarme y para que yo muera de dolor

por vos; en verdad es justo y así me lo parece que, ya que he visto venir vuestra muerte, yo no desee vivir más, sólo lo suficiente para vengaros del desleal que os hizo esto.»

101. Tales palabras había empezado a decir mi señor Galván; y aún hubiera dicho muchas más, pero el corazón le aprieta con tanta fuerza que no puede decir nada. Después de haberse callado un buen rato, afligidísimo, mira a su derecha y ve a Garrehet y a Agraváin que yacían muertos ante el rey, sobre los escudos en que los habían llevado; al verlos, los reconoció. Dice tan alto que todos pudieron oírle: «¡Ay! Dios, en verdad he vivido demasiado, pues veo mi carne matada con tan gran dolor.» Entonces, se deja caer sobre ellos, con frecuencia y a menudo, haciendo tanto por el gran dolor que tiene en el corazón, que los nobles que estaban allí temían que muriera ante ellos. El rey pregunta a sus nobles qué podrá hacer con Galván, «pues si sigue mucho tiempo allí, temo que muera de dolor. —Señor, le responde, aconsejaríamos que se lo llevaran de aquí a acostarlo en una habitación y que fuera vigilado hasta que sus hermanos hayan sido enterrados. —Hacedlo así», ordena el rey. Entonces toman a Galván, que aún estaba desmayado, lo llevaron a una habitación. Mi señor Galván yació así sin que nadie le pudiera sacar una palabra, ni buena ni mala.

102. Por la noche se hizo tan gran duelo en la ciudad de Camaloc, que no hubo quien no llorase. Los caballeros muertos fueron desarmados y enterrados cada uno de acuerdo con su linaje; a todos se les hizo ataúd y tumba; a Garrehet y a Agraváin se les hicieron sendos ataúdes tan hermosos y ricos como correspondían a hijos de rey y pusieron el cuerpo de uno junto al del otro en el monasterio de San Esteban, que entonces era la iglesia principal de Camaloc; en medio de las dos tumbas el rey mandó que colocaran otra más hermosa y rica: en ella fue puesto el cuerpo de Gariete, más alto que sus dos hermanos. Cuando lo sepultaron podíais haber visto grandes llantos. Acudieron todos los obispos y todos los arzobispos del país y todos los altos cargos de la tierra, e hicieron a los cuerpos de los caballeros muertos la honra que pudieron, igual que a Gariete, que había sido tan esforzado y noble caballero; sobre su tumba hicieron poner unas letras que decían: AQUÍ YACE GARIETE, SOBRINO DEL REY ARTURO, A QUIEN MATÓ LANZAROTE DEL LAGO. Y sobre las otras dos tumbas pusieron los nombres de quienes los habían matado.

103. Cuando todos los clérigos que acudieron terminaron el servicio que debían, el rey Arturo volvió a su palacio y se sentó entre los nobles, más afligido y pensativo que nadie: no hubiera estado la mitad de preocupado si hubiera perdido la mitad de su reino, y lo mismo el resto de los nobles. La sala se llenó por todas partes con la alta nobleza y estaban tan callados como si no hubiera un alma; cuando el rey los vio estar con semejante paz, habló tan fuerte que todos le pudieron oír: «¡Ay! Dios, me habéis mantenido en gran honor y ahora en un instante he caído por auténtica fatalidad, de forma que ningún hombre perdió tanto como yo he perdido. Pues cuando alguien pierde su tierra, la puede recobrar alguna vez; pero cuando se pierde a un amigo entrañable, a quien no se puede recuperar por nada que suceda, entonces la pérdida no tiene retorno, entonces la calamidad es tan grande que no se puede paliar de ningún modo. Esta pérdida no me ha ocurrido por justicia de Dios Nuestro Señor, sino por el orgullo de Lanzarote; si esta dolorosa pérdida nos hubiera sobrevenido por venganza de Nuestro Señor, mantendríamos el honor y sufriríamos ligeramente, pero nos ha llegado por aquel a quien hemos criado y atendido en nuestra tierra en muchas ocasiones, como si fuera de nuestra misma carne. Ese nos ha causado esta desgracia y esta afrenta. Todos vosotros sois mis hombres, mis vasallos y tenéis tierras de mí: por eso os requiero por el juramento que me hicisteis, para que me aconsejéis, como se debe aconsejar al soberano, de forma que mi afrenta sea vengada.»

104. Se calló el rey y se quedó en silencio, esperando a que los nobles le respondan; empiezan a mirarse unos a otros e invitan a hablar antes a los demás. Cuando llevaban un buen rato callados, el rey Yon se pone en pie y dice al rey: «Señor, yo soy vuestro vasallo; os debo aconsejar según nuestro honor y el vuestro; vuestro honor, sin duda, está en vengar la deshonra; pero si miramos el provecho del reino, no creo en modo alguno que se deba comenzar la guerra contra la casa del rey Van, pues bien sabemos que Nuestro

Señor la ha alzado por encima de los demás linajes; y, que yo sepa, no hay ahora hombres tan esforzados en el mundo que, si quisieran hacer guerra, no recibieran la peor parte aun estando vos. Por eso, señor, os ruego por Dios que no empecéis la guerra contra ellos, si no estáis seguro de vencerles, pues, ciertamente, creo que serán muy difíciles de derrotar.» Con estas palabras se levantó un murmullo en el salón, pues critican y atacan al rey Yon por lo que ha dicho y todos acuerdan en voz alta que estas palabras las había pronunciado por cobardía. «Ciertamente, responde, no me expresé teniendo más miedo que el que tenéis vosotros; estoy seguro de qué, una vez la guerra empezada, si pueden estar sanos y salvos en su país, temerán vuestros ataques mucho menos de lo que creéis. —En verdad, dice Mordrez, mi señor Yon, jamás oí dar a un noble caballero como vos parecéis un consejo tan malvado como ése; pero si el rey me hace caso, irá y os llevará, queráis o no. —Mordrez, responde el rey Yon, iré con más gusto que vos; que se ponga en marcha el rey cuando quiera. —Discutís por algo admirable, interrumpe Mador de la Puerta; si queréis comenzar la guerra, convendrá que la busquéis lejos; pues me han dicho que Lanzarote está en la parte del mar, en un castillo que conquistó antaño, cuando comenzaba a buscar aventuras; es llamado de la Alegre Guarda. Lo conozco muy bien porque estuve prisionero en él una vez y temí morir, cuando Lanzarote nos sacó a mí y a mis compañeros. —A fe mía, exclama el rey, bien sé qué castillo es; os pregunto si creéis que haya llevado consigo a la reina. —Señor, responde Mador, sabed que la reina está allí; pero yo no aconsejo que vayáis, pues el castillo es tan fuerte que no temen asedio por ninguna parte y los que se han metido dentro son caballeros tan esforzados que temerían poco vuestros esfuerzos, y cuando vieran ocasión de haceros villanía, os la harían con gusto.» Cuando el rey oyó esto, dijo: «Mador, decís verdad sobre el castillo, que es fuerte y no me mentís nada sobre el orgullo de los de dentro, pero vos sabéis bien, y lo saben todos los que aquí están, que desde que fui coronado no emprendí guerra de la que no saliera victorioso con honra para mí y para mi reino; por eso os digo que de ningún modo dejaré de guerrear contra ellos, que me han causado la desgracia de mis amigos entrañables. Ahora convoco a todos los que aquí están; además, haré venir, de lejos y de cerca, a todos los que han recibido tierras de mí; cuando estén reunidos, partiremos —en un plazo de hoy en quince días— de la ciudad de Camaloc. Y como no quiero que nadie se eche atrás en esta empresa, os exijo a todos que juréis sobre los Evangelios que os mantendréis en guerra hasta que la afrenta sea vengada con honra para nosotros.»

105. Trajeron los Evangelios, y todos los que estaban en la sala juraron, tanto los pobres como los ricos; cuando hubieron jurado la promesa de mantener esta guerra, el rey envió a sus mensajeros lejos y cerca, hacia todos los nobles que tenían feudo de él, para que el día fijado estuvieran en Camaloc, pues entonces se pondrá en marcha con todo su ejército para atacar el castillo de la Alegre Guarda. Todos lo aceptan y se preparan para ir a la tierra que está al otro lado del Humber. Así se emprendió la guerra que se volvería en desgracia para el rey Arturo, y aunque al principio vencían, después fueron derrotados. Pero Noticia, que tan pronto se extiende por el mundo, a la mañana siguiente en que el asunto se hablaba, estaba ya en la Alegre Guarda; la llevó un criado que partió de la corte inmediatamente y que era servidor de Héctor de Mares. Cuando llegó allí donde le esperaban quienes deseaban oír noticias de la corte, dijo que la guerra estaba tan decidida y emprendida que no se podrá detener, pues los más poderosos de la corte la han jurado y después han sido convocados todos los que tienen feudos del rey Arturo. «Ciertamente, dice Boores, ¿ha llegado a tanto el asunto? —Señor, sí, responde el mensajero; en algún tiempo veréis al rey Arturo con todo su ejército. —Por Dios, exclama Héctor, en mala hora vendrán, pues se van a arrepentir.»

106. Cuando Lanzarote oye estas noticias llama a un mensajero y lo envía al reino de Benoic y al de Gaunes y ordenó a sus nobles que reforzaran las fortalezas, pues si por ventura tuviera que salir de Gran Bretaña y le conviniera ir al reino de Gaunes, que encontrase los castillos fuertes y dispuestos para defenderse y, si fuera menester, resistir al rey Arturo. Después convoca a todos los caballeros a los que había servido en Sorelois y en el reino de la Tierra Foránea, para que le socorran contra el rey Arturo; y como era tan

querido en todas partes, acudieron tantos que, si Lanzarote hubiera sido rey con tierras, no hubiera reunido tan gran caballería como reunió entonces, según decían muchos.

Pero la historia deja de hablar de él y vuelve el rey Arturo.

107. Cuenta ahora la historia que el día que fijó el rey Arturo para que acudieran sus hombres a Camaloc, se presentaron; y había tantos a pie y a caballo, que jamás se había visto aquella abundancia de caballeros. Mi señor Galván ya se había repuesto, pues había estado enfermo; el día que todos se reunieron, dijo al rey: «Señor, antes de que os vayáis de aquí, yo aconsejaría que escogierais, entre la nobleza que hay aquí, tantos buenos caballeros como mataron el otro día al socorrer a la reina; y que los hicierais de la Mesa Redonda, en el lugar de los que han muerto, de forma que tengamos el mismo número de caballeros que teníamos antes; es decir, que seamos ciento cincuenta; os aseguro que si así lo hacéis, vuestra compañía valdrá más en todo y será más temida.» El rey está de acuerdo; ordena que así sea hecho y dice que será beneficioso. Inmediatamente llama a los altos nobles y les manda que, por su juramento, elijan los mejores caballeros en el número que faltan a la Mesa Redonda y que no dejen de hacerlo por reparos que tengan; le responden que con mucho gusto así lo harán. Se retiran a un lado y se sientan a la cabeza del salón; cuentan cuántos faltaban de la Mesa Redonda: las ausencias sumaba en total setenta y dos; eligen otros tantos y los sientan en los lugares de los que habían muerto o de los que estaban con Lanzarote. Pero no hubo nadie tan atrevido que osara sentarse en el Asiento Peligroso. Un caballero que se llamaba Elián ocupó el sitio de Lanzarote; era el mejor caballero de toda Irlanda y era hijo de rey. En el asiento de Boores se sentó un caballero llamado Balinor, hijo del rey de las Islas Extrañas, y era muy esforzado. En el lugar de Héctor se sentó un caballero de Escocia, poderoso en armas y en amigos; en el sitio de Gariete se sentó un caballero, que era sobrino del rey de Norgales. Tras hacer esto, por consejo de mi señor Galván, se prepararon las mesas y todos se sentaron; aquel día sirvieron la Mesa Redonda y la mesa del rey Arturo siete reyes, que habían recibido sus tierras del rey y que eran vasallos suyos. Los caballeros que debían ir a la guerra se dieron prisa y trabajaron bastante por la noche antes de tenerlo todo dispuesto.

108. Al amanecer, antes de que se levantara el sol, se pusieron en marcha alrededor de mil caballeros deseosos todos de causar daño a Lanzarote. El rey Arturo, tan pronto como hubo oído misa en la iglesia mayor de Camaloc, montó con sus nobles; cabalgaron hasta llegar a un castillo llamado Lamborc. Al día siguiente hicieron una jornada igual de larga que la víspera; día tras día avanzaron hasta llegar a media legua de la Alegre Guarda; y como vieron que el castillo era tan fuerte que no temían el número de gente, acamparon en pabellones a orillas del Humber, pero muy lejos del castillo. Todo el día lo dedicaron a instalarse; colocaron por delante a los caballeros, completamente armados por si salían los del castillo para atacarlos, que fueran tan bien recibidos como se debe recibir al enemigo. Y así acamparon. Pero los del castillo no se preocuparon al ver el asedio, sino que se dijeron los de dentro que los dejarían en paz la primera noche, pero que les atacarían al día siguiente, si la ocasión era propicia, porque eran esforzados y porque habían enviado la noche anterior gran parte de la gente a un bosque que había cerca de allí para sorprender a la hueste cuando llegara el momento oportuno de forma que fueran atacados desde el castillo y desde el bosque. Los que habían sido enviados antes al bosque sumaban cuarenta caballeros, conducidos por Boores y por Héctor. Los del castillo les dijeron que, cuando vieran la enseña bermeja izada sobre la torre mayor, atacaran de frente a la gente del rey Arturo; y así, los que se habían quedado dentro del castillo, saldrían en ese mismo momento, de forma que la hueste sería atacada por dos partes. Por si veían la enseña bermeja, que era la señal de salir los que estaban en el bosque, miraron durante todo el día hacia el castillo.

109. Pero no vieron nada, pues Lanzarote no podía permitir que la hueste fuera atacada el primer día, antes bien, los dejó descansar todo el día y toda la noche sin que hubiera treta ni lance. Por esto, se confiaron más que antes los de la hueste y se decían que, si Lanzarote hubiera tenido una gran compañía, no hubiera dejado de salir para enfrentárseles con todas sus fuerzas, pues no es caballero quien sufre con gusto el ataque de su enemigo. Cuando Lanzarote ve que el castillo estaba sitiado de tal forma por el rey Arturo (el hombre del mundo al que más había amado y que ahora veía como su enemigo mortal), lo siente tanto que no sabe qué hacer, no por miedo, sino porque amaba al rey. Llama a una doncella, la lleva a una habitación y le dice en secreto: «Doncella, id al rey Arturo y decidle de mi parte que me extraña por qué ha comenzado guerra contra mí, pues yo no creía haberle hecho tanto daño. Si dice que es por mi señora la reina, porque le han dado a conocer que le he afrentado, decidle que estoy dispuesto a defender contra uno de los mejores caballeros de su corte, que no soy auténtico culpable de ese asunto; y que por conquistar su amor y su buena voluntad —que en mal momento he perdido— me pondré a disposición de su corte. Si la guerra ha empezado por la muerte de sus sobrinos, decidle que no soy tan responsable de esa muerte como para que me tenga tan mortal odio, pues los mismos que fueron muertos, fueron culpables de su propio fin. Si no quiere ponerse de acuerdo con estas dos cosas, decidle que aceptaré su decisión, tan dolido como nadie por esta disensión que hay entre él y yo, de modo que casi nadie se lo podría imaginar. Y que sepa el rey que, ya que la guerra ha empezado, me defenderé con todo mi poder. Y le aseguro —porque lo tengo como señor y amigo, aunque me haya venido a ver no como señor, sino como enemigo mortal— que no se preocupe conmigo y que le protegeré siempre con todo mi poder frente a quienes le quieran hacer daño. Doncella, decídselo de mi parte.» La doncella le responde que le llevará este mensaje.

110. Se acercó la doncella a la puerta del castillo y salió en secreto; era hora de vísperas; el rey estaba sentado para comer. Cuando llegó a la hueste no encontró quién la retuviera, pues ven que es una doncella portadora de un mensaje y por eso la llevan al pabellón del rey Arturo. La joven reconoció en seguida al rey Arturo entre sus nobles; se acercó a él y le dijo lo que Lanzarote le había mandado, y tal como se lo había ordenado. Mi señor Galván, que estaba cerca del rey Arturo y que oyó el mensaje, habló antes que ningún otro de los compañeros pensase una sola palabra sobre el asunto y dijo de manera que lo oyeran todos los nobles: «Señor, estáis cerca de vengar vuestra deshonra y el daño que Lanzarote os ha causado con vuestros amigos; cuando salisteis de Camaloc jurasteis aniquilar el linaje del rey Van. Os digo esto, señor, porque estáis en el momento mejor para lavar esa afrenta; si hicierais las paces con Lanzarote seríais deshonrado y vuestro linaje humillado de manera que jamás volveríais a tener honor. —Galván, responde el rey, el asunto ha ido tan lejos que, mientras yo viva, jamás tendrá mi paz por nada que haga o diga Lanzarote; y es el hombre del mundo a quien yo debería perdonar más fácilmente una gran falta, pues sin duda ha hecho más por mí que ningún otro caballero; pero al final me lo ha vendido demasiado caro, pues me ha quitado los amigos carnales a los que yo más amaba, excepto a vos; por ese motivo no podría haber paz entre él y yo, y no la habrá, os lo aseguro como rey.» Entonces se vuelve el rey hacia la doncella y le dice: «Doncella, le podéis decir a vuestro señor que de ningún modo haré nada de lo que me pida, sino que le prometo guerra mortal. —En verdad, responde la doncella, es mayor desgracia para vos que para nadie; y vos, que sois uno de los reyes más poderosos del mundo y de los más renombrados, seréis destruido y llevado a la muerte, con la que muchas veces son engañados los sabios. Y vos, mi señor Galván, que debíais ser el más discreto, sois el más falso de todos, mucho más de lo que yo creía, pues buscáis vuestra muerte, tal como se puede apreciar. Escuchad: ¿no os acordáis de lo que visteis antaño apreciar. Palacio Venturoso, en casa del Rico Rey Pescador, cuando visteis la pelea de la serpiente y del leopardo? Si recordáis bien las maravillas que apreciasteis en aquella ocasión y de su significado, que os explicó el ermitaño, esta guerra no tendría lugar si la pudierais evitar. Pero vuestro mal corazón y vuestra enorme perversidad os alejan de esta empresa. Os arrepentiréis cuando no lo podáis arreglar.» Entonces se vuelve la doncella hacia el rey y le

dice: «Señor, ya que en vos no puedo hallar sino guerra, me volveré a mi señor y le diré lo que me habéis ordenado. —Doncella, responde el rey, id.»

111. Deja la doncella el ejército enemigo y vuelve al castillo, donde era esperada; entra. Cuando estuvo ante su señor y le contó que de ninguna forma podría hallar paz ante el rey Arturo, Lanzarote se afligió mucho, no porque le temiese, sino porque le tenía gran amor. Entra en una habitación y comienza a meditar con amargura, suspirando profundamente en sus reflexiones, de forma que las lágrimas le llegaban a los ojos y le corrían por la cara; después de estar mucho tiempo así llegó mi señora la reina y lo encontró tan pensativo que estuvo un buen rato delante de él, antes de que la viese; cuando ella se dio cuenta de que meditaba con amargura, le dirigió la palabra, preguntándole por qué tenía la cara tan entristecida; le respondió que pensaba en que no podía hallar paz ni gracia ante el rey Arturo. «Señora, añade, y no lo digo, en absoluto, porque yo tenga miedo de que nos cause graves daños, sino porque me ha hecho tanto honor y tantos favores, que sentiría mucho que le sobreviniera algún daño. —Señor, le responde ella, conviene tener en cuenta su fuerza; pero de todas formas decidme qué pensáis hacer. —Pienso, contesta, que nos enfrentemos mañana y que Dios nos dará la honra mediante su ayuda, pues por poco que yo pueda hacer, la hueste que ahora asedia este castillo, en breve tiempo no será hueste. Y ya que no puedo hallar paz ni amor ante él, no perdonaré a nadie, excepto al mismo rey Arturo.» Con esto terminan su consejo y Lanzarote va al gran salón, sentándose entre sus caballeros y mostrando cara más alegre de lo que su corazón le ofrece; ordena que se pongan las mesas y que sean tan bien servidos como si estuvieran en la corte del rey Arturo. Después de que comieron los que allí estaban, los más íntimos le preguntaron: «¿Qué haremos mañana? ¿No pensáis atacar al enemigo? —Sí, responde, antes de la hora de tercia. —Ciertamente, observan, si nos mantenemos encerrados más tiempo, nos considerarán cobardes. —No os preocupéis ahora, contesta Lanzarote, pues están más confiados que antes, porque no nos hemos movido y nos temen menos. Y creen, porque no hemos salido, que no tenemos un alma aquí dentro. Pero si Dios quiere, mañana antes de la hora de vísperas sabrán si estoy aquí y, como pueda, se arrepentirán de lo que han emprendido; pues saldremos mañana, sin falta, y les caeremos encima; por eso os ruego que estéis preparados, para que podamos ponernos en marcha en el momento que consideremos más oportuno para nosotros.» Todos tuvieron por buena esta decisión, pues les place y agrada mucho poder atacar a la gente del rey Arturo; además, les da gran valor el tener la ayuda de Lanzarote y de Boores, los más famosos por sus proezas y hazañas. Aquella noche tuvieron buen cuidado en preparar sus arneses y ver que no les faltara nada; estuvieron tan en silencio que los del ejército enemigo hablaron mucho de ello y dijeron al rey que supiera, sin dudar, que allí dentro había tan poca gente que podría tomar el castillo sin dificultades. El rey respondió que no podía creerse que no hubiera gran número de gente. «Ciertamente, señor, opina Mador, hay mucha gente, en verdad os lo digo, y, además, caballeros buenos y valientes. —¿Cómo lo sabéis?, pregunta mi señor Galván. —Señor, estoy seguro, responde Mador, y os daré mi cabeza a cortar si no los veis salir antes de mañana por la tarde.» De esta forma hablaban de los del castillo aquella noche en el ejército; cuando fue hora de acostarse, hicieron vigilar la hueste por todos los lados, de forma que se les podría hacer poco mal.

112. Al amanecer, tan pronto como los del castillo se prepararon y hubieron dispuesto seis cuerpos de ejército, izaron sobre la torre mayor la enseña bermeja: nada más verla los que estaban de guardia, la mostraron a Boores; les dijo: «Ya sólo queda ponernos en marcha; mi señor y su compañía ya han montado y saldrán fuera inmediatamente. Ya sólo queda atacar al enemigo, de forma que en nuestra pasada no quede nada de pie, que todo sea derribado.» Contestan que harán lo que puedan. Salen del bosquecillo en el que se habían emboscado y se pusieron en el llano. Cabalgan todos juntos lo más silenciosamente que pueden, pero no pudieron hacerlo tanto como para que los enemigos no se diesen cuenta por el gran ruido de caballeros que oyeron venir. Los primeros que los vieron gritaron: «¡A las armas!», y fue tan alto que los del castillo los oyeron; dijeron que los emboscados habían acometido contra el ejército y que sólo quedaba atacar por el otro lado. Así lo

hicieron; entonces mandó Lanzarote que abrieran la puerta y que salieran tan ordenadamente como debían hacerlo; al instante lo hicieron así, pues tenían gran deseo de salir. Y Boores, que había salido de la emboscada, se encontró, al acercarse a la hueste enemiga, al hijo del rey Yon, montado sobre un gran caballo: tan pronto como se ven dejan ir a sus caballos uno contra el otro. El hijo del rey Yon rompe la lanza; Boores le golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la loriga impiden que le atraviese el cuerpo con hierro y asta y lo derriba en tierra, bien preparado para la muerte. Los que venían detrás comenzaron a derribar pabellones y tiendas, a matar gente y a arrasar cuanto hallan. Entonces comienzan los gritos y el estrépito tan grande entre la hueste enemiga, que no se oiría ni a Dios tronando; corrieron a las armas los que estaban desarmados; mi señor Galván, al ver cómo van las cosas, ordena que le traigan inmediatamente las armas, y los que recibieron la orden se las trajeron. A causa del estrépito que oyen por todas partes el mismo rey se hace armar muy deprisa, igual que los demás nobles. Tan pronto como el rey montó junto con los que había a su alrededor, vio que su pabellón caía a tierra con el dragón que adornaba el pomo, lo mismo que ocurría con los demás pabellones. Esto lo hacían Boores y Héctor, que querían apresar al rey. Cuando mi señor Galván vio lo que estaban haciendo, se los muestra al rey y dice: «Señor, mirad a Boores y Héctor que os causan este daño.» Entonces se lanza mi señor Galván contra Héctor y le golpea con tal fuerza sobre el yelmo, que lo aturde, y si no se hubiera agarrado rápidamente al cuello del caballo, hubiera caído a tierra; mi señor Galván, que tan mortalmente lo odiaba, al verlo aturdido no quiso dejarlo, como quien sabía bastante de guerra, sino que le da otro golpe, que le hace inclinarse sobre el arzón. Cuando Boores ve a mi señor Galván que tenía a Héctor próximo a derribarlo a tierra, no puede dejar de acudir en su ayuda, pues amaba mucho a Héctor. Se dirige a mi señor Galván, espada en alto, y le golpea con tal dureza que le hunde dos dedos la espada en el yelmo; quedó Galván tan aturdido que se dirige a otro lado y deja a Héctor y se aleja de Boores, tan inconsciente que no sabe hacia dónde le lleva su caballo.

113. Así empieza el combate ante la tienda dei rey; pero los de la compañía de Boores hubieran muerto allí de no ser por Lanzarote y por los del castillo que atacaron a la hueste, mezclándose los unos con los otros. Entonces vierais dar golpes y recibirlos, y morir hombres con grandes dolores. En poco rato demostraron que se odiaban mortalmente: hubo tantos heridos y muertos, que en el mundo no hay corazón tan duro que no sienta compasión. Pero sobre todos los que participaron en la batalla y que llevaron armas destacaron mi señor Galván y Lanzarote. La historia cuenta que mi señor Galván —que aún estaba triste por la muerte de Gariete mató treinta caballeros en aquel día y que hasta la hora de vísperas no se cansó de actuar bien. Cuando llegó la noche, los caballeros del rey Arturo volvieron a sus aposentos lo antes que pudieron, como quienes habían tenido gran trabajo. Lo mismo hicieron los otros y se fueron a su castillo; cuando entraron miraron cuántos habían perdido de su gente: encontraron que les faltaban más de cien caballeros, sin contar los servidores muertos, de los que la historia no hace mención; a cambio, sólo tenían diez prisioneros, que a la fuerza habían llevado al castillo.

Tras desarmarse en los hostales, fueron todos a comer a la corte, tanto los heridos como los sanos, según cómo le hubiera ido a cada uno; después de cenar hablaron aquella noche mucho de mi señor Galván y coincidieron en que nadie lo había hecho tan bien aquel día, a excepción de Lanzarote y Boores. Los de la hueste, al ir a sus tiendas y tras mirar cuántos caballeros de los suyos habían perdido, se encontraron con que faltaban doscientos, por lo que se entristecieron mucho. Después de cenar comenzaron a hablar de los del castillo y dijeron que, ciertamente, no estaba vacío y que eran valientes y vigorosos; dieron el premio de aquel día a mi señor Galván y a Lanzarote, aceptando que eran los dos caballeros que mejor lo habían hecho en la batalla; cuando fue tiempo y hora de acostarse, como estaban cansados y fatigados, fueron a reposarse unos y a vigilar los otros, durante la noche, pues temían que los del castillo volvieran a las tiendas: así no los encontrarían desprevenidos, sino dispuestos a recibirlos.

115. Aquella noche, después de cenar, habló Lanzarote con sus compañeros y les dijo: «Señores, ahora os habéis enterado cómo saben golpear con las espadas los de la hueste, pues os han probado de cerca y nosotros a ellos; pero no pueden alegrarse mucho por la ganancia obtenida, aunque tengan más gente que nosotros; hemos tenido suerte, gracias a Dios; pues con pocos hemos resistido frente a sus fuerzas. Pensad ahora qué haremos mañana y cómo resistiremos en adelante, porque —si pudiera ser y Dios nos lo quiera permitir— me gustaría que lleváramos esta guerra a un final tan honroso que nuestro honor se mantuviera tal como hasta el momento; decidme ahora qué queréis que haga, pues nada será hecho sin vuestro consejo.» Le contestan que quieren combatir el día siguiente. «Señores, dice Lanzarote, ya que queréis combatir, pensad quién saldrá el primero.» Boores responde que nadie lo hará antes que él, pues tan pronto como llegue el día saldrá pertrechado con sus armas para combatir a los de la hueste. Héctor dice que seguirá tras él, con el segundo cuerpo del ejército. Eliezier, el hijo del rey Pelés, buen caballero esforzado, se ofrece para conducir el tercer cuerpo, llevando a los de su país; otro, caballero de Sorelois, duque de Aroel, que era extraordinariamente valeroso, pidió conducir el cuarto cuerpo, y se lo otorgaron con placer, porque era esforzado y sabía mucho de guerra. Después había tantos del castillo que establecieron ocho cuerpos, con cien caballeros armados en cada uno; en el último, en el que tenían la mayor fuerza y confianza, pusieron y colocaron por común acuerdo a Lanzarote. Así organizaron todos los cuerpos desde la víspera y otorgaron un buen adalid a cada uno; aquella noche examinaron a los heridos; cuando Boores vio que Héctor estaba herido y supo que mi señor Galván le había alcanzado, no lo sintió poco: dijo, todos lo oyeron, que, sí había lugar, lo vengaría. Aquella noche descansaron los heridos del castillo, pues estaban muy fatigados. Por la mañana, tan pronto como amaneció, antes de que el sol saliera, tras vestirse y calzarse, corrieron a las armas y dejaron el castillo uno tras otro, con mucho orden. Cuando los de la hueste los vieron bajar, acudieron a las armas y salieron de los pabellones totalmente pertrechados. Mi señor Galván conducía el primer cuerpo y Boores conducía a los primeros de los suyos; mi señor Galván no lo sintió, pues era el hombre del mundo al que más odiaba con odio mortal. Cuando estuvieron cerca el uno del otro, se lanzaron al galope, lanzas bajadas, tan deprisa como podían los caballos; se golpearon con dureza, sin que ninguna arma pudiera evitar que ambos cayeran a tierra, tan atravesados por el hierro que no podían levantarse; y no debe extrañar, pues a los dos les salía la punta por la espalda. Después de este golpe, se atacaron los dos primeros cuerpos; corrieron los unos contra los otros y van a golpearse de forma admirable, pues se odiaban con odio mortal: en poco tiempo podríais ver cómo caían cerca de cien, sin poderse levantar, pues muchos yacen muertos y otros están heridos. En aquel momento se volvió la derrota y la mala suerte hacia los de la hueste, pues en el primer cuerpo de los del castillo había un caballero de la Tierra Foránea que en aquel ataque hizo tan grandes maravillas con las armas que por él se desanimaron las gentes del rey Arturo; cuando se desalojó algo el terreno, los del castillo corrieron hacia donde mi señor Galván y Boores yacían heridos. Los tomaron y se hubieran llevado a la fuerza a mi señor Galván, pues no oponía ninguna resistencia, de no haber sido por los de la hueste que acudieron en su ayuda y que atacaron tanto a los que estaban en esto que los del castillo —quieran que no— lo tuvieron que dejar. Sin embargo, éstos lucharon tanto en aquel encuentro y en medio de la angustia, que consiguieron llevar a Boores sobre su escudo hasta el castillo, herido como estaba; nunca visteis hacer tal duelo a hombre ni a mujer, como el que hacía la reina, cuando lo vio herido y sangrando. Encargaron a los físicos que le extrajeran el trozo de asta y todo el hierro; cuando le vieron la herida, tal como la podían ver, dijeron que era muy peligrosa para curar; pero que, a pesar de todo, creen que con la ayuda de Dios podrían dejarlo sano y a salvo en un plazo muy corto. Se ocupan de él con esfuerzo y conocimientos, conforme con lo que saben y pueden.

Los que se habían encontrado a orillas del Humber comenzaron el combate por la mañana y duró hasta la hora de vísperas, en la estación de verano; jamás visteis, ni vos ni otros, batalla tan cruel ni tan despiadada como la de aquel día, pues hubo muchos muertos y heridos por ambas partes. En aquella ocasión llevó armas el rey Arturo y lo hizo tan bien

que no hay en el mundo hombre de su edad que lo pudiera haber igualado, más aún, afirma la historia que en su bando no hubo ningún caballero, viejo ni joven, que lo hiciera de modo semejante; y, siguiendo su ejemplo, los suyos combatieron de forma que los del castillo hubieran sido vencidos, a no ser por Lanzarote. Cuando el rey vio lo que hacía —que lo reconoció en seguida por las armas— se dijo a sí mismo: «Si éste vive mucho, afrentará a mis hombres.» Entonces le ataca el rey, con la espada desenvainada y como quien era, con gran valor; cuando Lanzarote lo ve venir, no trata de impedírselo, sino que se dispone a cubrirse, pues amaba al rey con gran amor. El rey le golpea con tal fuerza, que partió al caballo por el cuello, derribando a Lanzarote. Cuando Héctor —que estaba cerca de Lanzarote— vio este golpe, se entristeció mucho, pues temía que estuviera herido; ataca al rey y le golpea con tanta—fuerza sobre el yelmo, que lo aturde, de modo que no supo si era de día o de noche. Héctor, que reconoció al rey, le da un nuevo golpe, de forma que el rey no puede mantenerse en la silla, sino que vuela a tierra, junto a Lanzarote. Entonces le dice Héctor á Lanzarote: «Señor, cortadle la cabeza; nuestra guerra habrá terminado. —¡Ay! Héctor, exclama Lanzarote, ¿qué estáis diciendo? No lo repitáis, sería en vano.»

116. Con estas palabras Lanzarote salvó al rey Arturo de la muerte; pues Héctor lo hubiera matado. Cuando el mismo Lanzarote volvió a montar al rey Arturo, ambos abandonaron el combate; el rey regresó a sus huestes y dijo, todos lo oyeron: «¿Habéis visto lo que Lanzarote ha hecho hoy por mí, que podía haberme matado y no quiso tocarme? A fe mía, ahora ha sobrepasado en bondad y cortesía a todos los caballeros que he conocido; ya querría yo que esta guerra no hubiera comenzado, pues con la generosidad hoy ha vencido mi corazón más que todo el mundo con la fuerza.» El rey dijo estas palabras a su consejo particular, por lo que mi señor Galván, al oírlas, se enfadó mucho a pesar de estar herido. Cuando Lanzarote regresó al castillo, los que le desarmaron encontraron que tenía muchas heridas: por la más pequeña de ellas desfallecerían numerosísimos caballeros. Tras ser desarmados él y Héctor, fueron a ver a Boores y le preguntaron a su médico si estaba herido de gravedad; éste les contestó que la herida era muy grande, pero que, según pensaba, sanaría en breve.

117. Así, mantuvo el rey su asedio ante la Alegre Guarda dos meses y aún más. Los de dentro salieron a menudo y frecuentemente y combatieron a los de fuera tantas veces que perdieron muchos de sus caballeros, porque no tenían tantos como los de la hueste. En aquel término sucedió que el Papa de Roma supo que el rey Arturo había dejado a su mujer y que prometía matarla, si conseguía cogerla; cuando el Papa se enteró de que no la había encontrado cometiendo el delito del que se le acusaba, ordenó a los arzobispos y obispos del país que toda la tierra que tenía el rey Arturo fuese puesta en entredicho y excomunión si no volvía a su mujer y la mantenía en paz y honor, tal como debe mantener un rey a la reina. Cuando el rey oye esta orden, se lamentó mucho; sin embargo, amaba a la reina con tan gran amor que, aunque pensara que le había faltado, se dejó convencer rápidamente; pero dijo que si la reina volvía, no por eso cesaría la guerra entre él y Lanzarote, puesto que la habían emprendido. Entonces fue a la reina el obispo de Rochester y le dijo: «Señora, conviene que volváis con el rey Arturo, vuestro señor, pues así lo ordena el Papa; os prometerá, ante todos sus nobles, que de ahora en adelante os tratará como un rey debe tratar a la reina y que ni él ni nadie de la corte tendrán en cuenta jamás en cualquier sitio que estéis ninguna palabra que haya sido dicha por vos o por Lanzarote. —Señor, le responde ella, tomaré consejo y en breve os diré lo que hayamos decidido.»

118. Entonces convoca la reina a Lanzarote, Boores, Héctor y Lionel en una habitación; cuando estuvieron ante ella, les dijo: «Señores, sois los hombres de los que más me fío en el mundo; os ruego que me aconsejéis según mi provecho y mi honor, según lo que creáis que me irá mejor. Me ha llegado una noticia que me agrada mucho y a vos también, pues el rey, que es el más gentil del mundo, tal como vos mismos decís cada día, me ha pedido que me vaya con él y me querrá más que antes; me hace gran honor al requerirme sin

preocuparse de lo mal que me he portado con él. Y a vos os beneficiará, pues yo no me iré nunca de aquí, si no os perdona su cólera, por lo menos de forma que os permita salir del país sin que perdáis nada que valga una espuela, mientras estéis en estas tierras. Aconsejadme lo que queráis, porque si preferís que me quede aquí con vos, me quedaré y si deseáis que me vaya, me iré. —Señora, responde Lanzarote, si hicierais lo que mi corazón desea, os quedaríais; pero como no quiero que este asunto perjudique más a vuestro honor que a mi deseo, os iréis con vuestro señor el rey Arturo. Pues si no vais con esta oferta que os ha hecho, no habrá quien no reconozca con facilidad vuestra afrenta y mi gran deslealtad; por eso quiero que hagáis saber al rey que os iréis con él mañana. Os digo que cuando os alejéis de mí, seréis tan bien acompañada con nuestras fuerzas, que nunca una alta dama lo fue mejor; y no digo esto porque ya no os ame más que caballero amó a dama desde que vivimos, sino que lo digo por vuestro honor.» Entonces le comenzaron a lagrimear los ojos y la reina empezó a llorar por su lado. Cuando Boores oye que Lanzarote ha otorgado a la reina que se vaya con el rey Arturo, dice: «Señor, habéis otorgado esto con mucha ligereza; Dios quiera que os beneficie, pero en verdad creo que nunca hicisteis nada de lo que habréis de arrepentiros tanto. Vos os iréis a Gaula y mi señora la reina se quedará en este país, en un lugar donde vos no la veréis ni pronto ni tarde, ni una vez ni otra. Conozco tan bien vuestro corazón y el gran deseo que tendréis de ella, que sé que no habrá pasado un mes y ya preferirías haber dado todo el mundo —si fuera vuestro— a cambio de no haber hecho esta concesión; y me temo que os irá bastante peor de lo que os imagináis.» Cuando Boores acabó estas palabras, los otros dos coincidieron con él y comienzan a zaherir a Lanzarote, diciéndole: «Señor, ¿qué miedo tenéis al rey, que le devolvéis a mi señora?.» El responde que la devolverá, ocurra lo que ocurra, y aunque tenga que morir por su ausencia. Así termina el parlamento, cuando oyen que Lanzarote dice que por. nada dejará de devolverla. La reina volvió al obispo que esperaba en medio de la sala y le dijo: «Señor, podéis ir a mi señor el rey; saludadle de mi parte y decidle que de ningún modo me iré de aquí, si no permite a Lanzarote que se vaya sin que pierda el valor de una espuela, ni un alma de su mesnada.» Cuando el obispo oye estas palabras, de todo corazón da gracias a Dios, pues ve que la guerra ya está terminada. Encomienda la reina y todos los de la sala a Dios y desciende del castillo, sin parar de cabalgar hasta que llegó ante la tienda del rey; le cuenta las nuevas del castillo. Cuando el rey oye que se le devuelve la reina sin oposición, dice, lo oyeron todos los que estaban con él: «Por Dios, Lanzarote no está tan vencido en esta guerra que si le importara tanto la reina como me dijeron no me la devolvería en mucho tiempo, si la quisiera con loco amor. Y ya que ha hecho de grado mi voluntad en esta petición, haré yo también lo que me ha pedido la reina, pues le dejaré ir fuera del país de forma que no encuentre quien le quite de lo suyo el valor de una espuela, sin que yo le devuelva el doble.» Ordena el rey entonces al obispo que regrese al castillo y le diga a la reina, de parte del rey, que Lanzarote se puede ir, quito, fuera del país; y que el mismo rey, en vista de que ha hecho de grado su petición, le encontrará uno de sus navíos para que pase a Gaula. El obispo monta inmediatamente y regresa al castillo, donde cuenta a la reina lo que el rey le ordena. Así es acordado por las dos partes que la reina será devuelta a su señor al día siguiente y que Lanzarote se marchará del reino de Logres: irán él y su compañía al reino de Gaunes del que son legítimos señores y herederos. Aquella noche estuvieron alegres y contentos los de la hueste real, porque veían que la guerra había terminado, pues la mayoría de ellos tenían gran miedo de que les tocara lo peor, si el asunto duraba mucho. Y estuvieron más alegres y contentos de lo que solían; los del castillo estuvieron llenos de lágrimas y de tristeza, tanto los pobres como los ricos; ¿sabéis por— qué estaban tan afligidos?, porque veían que Boores y Lanzarote, Héctor y Lionel se lamentaban como si vieran a todo el mundo muerto.

119. Aquella noche hubo gran duelo en la Alegre Guarda; cuando amaneció, Lanzarote dijo a la reina: «Señora, hoy es el día que os separaréis de mí y que yo tendré que irme de este país. No sé si os volveré a ver. He aquí un anillo que vos me disteis antaño, cuando os acababa de conocer; desde entonces hasta ahora lo he guardado por vuestro amor; os

ruego que a partir de este momento mientras viváis lo llevéis por mi amor; yo llevaré el que vos tenéis en vuestro dedo.» Ella se lo da de grado. Terminan así su encuentro y van a arreglarse lo mejor que pueden. Aquel día se acicalaron con mucha riqueza los cuatro primos. Cuando ya habían montado, junto con los demás del castillo, fueron en plena seguridad hasta la hueste enemiga, con más de quinientos caballos, todos cubiertos de seda, bohordando y dando las mayores muestras de alegría que jamás visteis. Y el rey fue hacia ellos con gran caballería; cuando Lanzarote vio que el rey se acercaba, desmontó y tomó a la reina por el freno y dijo al rey: «Señor, he aquí a la reina, os la devuelvo; por la deslealtad de los de vuestro séquito, hubiera sido muerta hace tiempo si no la hubiera socorrido yo. Y en modo alguno lo hice por favor que me haya concedido, sino sólo porque la considero como la dama más valiosa del mundo y habría sido una gran calamidad y una pérdida muy dolorosa, si hubieran conseguido hacer sus propósitos los desleales de vuestro séquito, que la habían condenado a muerte. Es mejor que hayan muerto en su deslealtad a que ella lo fuera.» Entonces el rey la recibe muy triste y pensativo por las palabras que le había dicho. «Señor, añade Lanzarote, si yo amase a la reina con loco amor, tal como se os hizo saber, no os la devolvería en mucho tiempo y no la tendríais por la fuerza. —Lanzarote, responde el rey, habéis hecho tanto que os lo agradezco y lo que habéis hecho os podrá valer en algún momento.» Entonces avanza mi señor Galván y dice a Lanzarote: «Vos habéis hecho tanto por mi señor el rey, que os lo agradece; pero aún os pide otra cosa. —¿Qué, señor?, pregunta Lanzarote; decídmelo y lo haré si puedo. —Os pide, responde mi señor Galván, que abandonéis su tierra de manera que jamás seáis vuelto a encontrar en ella. —Señor, contesta Lanzarote al rey, ¿os place que lo haga así? —Ya que Galván lo quiere, responde el rey, me agrada. Dejad mi tierra más acá del mar y marchaos al otro lado, a la vuestra que es muy hermosa y rica. —Buen señor, responde Lanzarote, ¿cuando esté en mi tierra estaré a salvo de vos? ¿Qué podré esperar de vos, paz o guerra? —Podéis estar seguro, contesta mi señor Galván, que no os faltará guerra, más dura de la que habéis tenido hasta aquí y durará hasta que mi hermano Gariete, a quien matasteis de mala manera, sea vengado en vuestro propio cuerpo; y yo no cambiaría todo el mundo por que vos perdierais la cabeza. —Mi señor Galván, interrumpe Boores, dejad de amenazar, pues os diré que mi señor os teme sólo muy poco; y, si nos persiguierais en el reino de Gaunes o en el de Benoic, tened por seguro que estaríais más cerca de perder la cabeza vos que mi señor. Habéis dicho que mató deslealmente a vuestro hermano; si queréis probarlo como leal caballero, yo defenderé a mi señor contra vos, de manera que si soy vencido en el campo de batalla, sea vilipendiado mi señor Lanzarote y si os puedo dejar por vencido, seáis maltratado como falso acusador. Mientras tanto, cesará la guerra. Si os place, sería muy conveniente que esta querella fuera dirimida por mí y por vos en vez de serlo por cuarenta mil hombres.» Mi señor Galván tiende su prenda y dice al rey: «Señor, ya que se ofrece para esto, no seguirá adelante, pues estoy dispuesto a probar contra él que Lanzarote mató a traición a mi hermano Gariete». Boores avanza y dice que está dispuesto a defenderlo: el encuentro hubiera tenido lugar, si el rey lo consintiera, pues mi señor Galván no quería otra cosa y Boores deseaba luchar cuerpo a cuerpo contra él. Pero el rey rechazó las prendas de los dos y dijo que de ningún modo sería aceptada aquella batalla, pero que, cuando se fueran de allí, cada cual hiciera como mejor deseara. Lanzarote no dudó que tan pronto como llegara a su país se encontraría con una guerra mayor de lo que se podía imaginar: «Ciertamente, señor, observa Lanzarote, no estaríais tan dispuesto a mantener esa guerra como lo estáis ahora, si yo hubiera deseado perjudicaros en la misma manera que os ayudé el día que Galeholt, señor de las Islas Lejanas, se hizo vasallo vuestro, momento en que tenía poder para quitaros tierra y honor y cuando vos estabais cercano a recibir todo tipo de afrentas, a perder la corona y a ser desheredado; si os acordarais de aquella jornada, tal como debía ser, no desearíais emprender esta guerra contra mí. Y no os lo digo esto por temor a vos, sino por el amor que vos me deberíais tener, si fuerais tan buen recompensador como debe serlo un rey. Cuando estemos en nuestro país, entre nuestros vasallos, convocadas nuestras fuerzas y amigos, guarnecidos los castillos y las plazas fuertes, os aseguro que si venís y, os queremos atacar con todo nuestro poder, de nada os arrepentiréis tanto como de haber

venido: tened por cierto que no alcanzaréis honra ni provecho. Y vos, mi señor Galván, que tan cruel os mostráis en enfrentarnos con el rey, no debíais hacerlo, pues no me tendríais tal odio si os acordarais que os saqué antaño de la Dolorosa Torre, el día en que, os liberé de la prisión de Caradoc el Grande, a quien maté, pues os había dejado como muerto. —Lanzarote, responde mi señor Galván, no hicisteis nada por mí que a la postre no me lo hayáis cobrado muy caro: me habéis causado tal daño con los que yo más amaba, que nuestro linaje ha sido humillado y yo deshonrado; por eso, no puede haber paz entre yo y vos y no la habrá mientras viva.» Entonces dice Lanzarote al rey: «Señor, mañana saldré de vuestra tierra, de tal forma que por todos los servicios que os he hecho, puesto que fui el mejor caballero, no me llevaré de lo vuestro ni el valor de una espuela.»

120. Con esto terminan la conversación; el rey se vuelve a las tiendas, llevando consigo a la reina. Entonces empezó entre ellos una alegría tan grande como si Dios Nuestro Señor hubiera descendido. Pero del mismo modo que los de la hueste estaban alegres y contentos, así de afligidos se marcharon los del castillo, pues estaban a disgusto, porque veían a su señor más meditabundo de lo habitual; cuando Lanzarote descabalgó, ordenó a toda la mesnada que prepararan los arneses, pues según piensa se pondría en marcha mañana, para llegar al mar y pasar a la tierra de Gaunes. Aquel día Lanzarote llamó a un escudero que se llamaba Kanahín y le dijo: «Toma mí escudo de esa habitación y vete derecho a Camaloc; llévalo a la iglesia mayor de San Esteban y déjalo en un lugar donde se pueda quedar y donde sea visto con facilidad, de manera que todos cuantos lo vean desde ahora recuerden las maravillas que he hecho en esta tierra. ¿Y sabes por qué le hago tal honor a ese lugar? Pues porque allí recibí las primeras armas de la orden de caballería y amo a aquella ciudad más que a ninguna otra; por eso quiero que, en mi lugar, esté allí mi escudo, pues no sé si cuando me haya ido de este país la ventura me volverá a llevar alguna vez allí.»

121. El criado tomó el escudo; con él le dio Lanzarote cuatro caballos cargados de riquezas para que los religiosos rezasen por él el resto de los días, y como limosna para el lugar. Cuando los que llevaban el presente llegaron allí, se les recibió con gran alegría; al ver el escudo de Lanzarote, de ningún modo estuvieron menos contentos que con el otro regalo; lo hicieron colgar inmediatamente con una cadena de plata, en medio del monasterio y con tanta riqueza como si fuera una santa reliquia. Cuando lo supieron los del país, acudieron a verlo, con gran fiesta; la mayoría al ver el escudo lloraba porque Lanzarote se había ido.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a Lanzarote y a su compañía.

122. En esta parte cuenta la historia que, después de que la reina fue devuelta al rey, Lanzarote se marchó de la Alegre Guarda; y fue cierto que con permiso del mismo rey dio el castillo a un caballero suyo, que le había servido largo tiempo, de forma que estuviera donde estuviera recibiría las rentas del castillo el resto de su vida. Cuando salió Lanzarote con toda su compañía calcularon que debían ser unos cuatrocientos caballeros, sin contar los escuderos ni los demás que, a pie y a caballo, seguían aquel camino. Al llegar al mar y meterse en la nave, Lanzarote miró la tierra y el país donde había tenido tantos bienes y donde se le habían hecho tantos honores; empezó a mudar de color, a suspirar profundamente y los ojos comenzaron a derramar lágrimas con tristeza. Tras estar un buen rato así, dijo, tan bajo que nadie de la nave le oyó, excepto Boores:

123. «¡Ay! Dulce tierra, llena de todas las bondades y en donde quedan mi alma y mi vida, bendita seas por la boca del llamado Jesucristo, y benditos sean todos cuantos quedan en ti amigos o enemigos. ¡Tengan paz! ¡Tengan tranquilidad! Que Dios les dé alegría mayor de la que yo tengo. ¡Victoria y honor les dé Dios, frente a todos aquellos que les quieran algún mal! Ciertamente lo tendrán, pues nadie podría estar en un país, tan dulce como es éste, sin ser más afortunado que los demás; lo digo por mí, que lo he probado, pues tanto tiempo

como estuve en él, me llegaron toda clase de felicidades y en mayor abundancia que si hubiera estado en otra tierra.»

124. Tales palabras dijo Lanzarote cuando salió del reino de Logres; mientras pudo ver el país, lo contempló y, cuando lo perdió de vista, fue a acostarse en una cama. Comenzó a hacer un duelo tan grande y tan digno de admiración, que cualquiera que lo viera le tendría compasión; el duelo duró hasta la llegada. Cuando llegaron a tierra, cabalgó con su compañía hasta las cercanías de un bosque. En el bosque desmontó Lanzarote y ordenó que se montaran allí los pabellones, pues deseaba pasar la noche; quienes debían atender a este menester lo hicieron al instante. En aquel lugar se albergó Lanzarote por la noche, y, a la mañana siguiente, se fue y cabalgó hasta llegar a su tierra. Cuando los del país supieron que venía salieron a su encuentro y lo recibieron con una alegría muy grande, como a quien era su señor.

125. Al día siguiente de llegar, después de que oyó misa, se acercó a Boores y a Lionel y les dijo: «Concededme un don, os lo suplico. —Señor, le responden, no es necesario que nos supliquéis, ordenad, y no lo dejaremos de hacer al instante, aunque perdamos la vida o algún miembro. —Boores, os pido que aceptéis el feudo de Benoic; y vos, Lionel, vos tendréis el de Gaunes, que fue de vuestro padre. En cuanto al de Gaula, como me lo dio el rey Arturo, no os diré nada, pues si me hubiera dado el mundo entero, se lo devolvería en este momento.» Le contestan que lo harán así, pues tal es su voluntad; Lanzarote añade que quiere que sean coronados para Todos los Santos.

126. Los dos se le echan a los pies y reciben de él estos señoríos. Desde el día que lo dijo hasta el de Todos los Santos no había más que un mes y dos días. Cuando los súbditos supieron que aquel día debían ser coronados e investidos los dos hermanos, uno con el reino de Benoic y el otro con el reino de Gaunes, vierais entonces gran fiesta por toda la tierra y a los labradores alegrarse más de lo que solían. Bien podían asegurar que el más pensativo y triste de todos ellos era Lanzarote: apenas se le podía sacar buena cara; y, sin embargo, aun así mostraba mayor gozo y cara más alegre de lo que sentía en su corazón.

127. El día de la fiesta de Todos los Santos se reunieron en Benoic todos los altos nobles de aquella tierra. El mismo día en que los dos hermanos fueron coronados, Lanzarote tuvo noticias de que el rey Arturo quería atacarles con un ejército, y que les atacaría, sin duda, en cuanto pasara el invierno, pues ya se había aprovisionado un tanto y, todo, debido a las instigaciones de mi señor Galván. Cuando oyó estas noticias, respondió a quien se las dijo: «Dejad que venga el rey; ¡que sea bienvenido! Ciertamente lo recibiremos bien, si Dios quiere, pues nuestros castillos son fuertes de muros y de otras cosas y nuestra tierra está bien guarnecida de carne y de caballería. Venga el rey tranquilo, pues, mientras lo pueda reconocer, no debe temer la muerte allí donde yo esté. Pero de mi señor Galván, que nos es tan hostil —y no debía hacerlo—, que busca tanto nuestro mal, os aseguro que si viene aquí y yo puedo no se irá sano y salvo y en su vida habrá emprendido una guerra de la que se haya arrepentido tanto como se arrepentirá de ésta, si viene.» Al que le trajo estas noticias así le habló Lanzarote y le aseguró que el rey Arturo sería mejor recibido de lo que se imaginaba; aquél le contestó que el rey no se habría puesto en movimiento si mi señor Galván no le hubiera impulsado.

Aquí deja la historia de hablar de Lanzarote y vuelve al rey Arturo y a mi señor Galván.

128. Cuenta ahora la historia que el rey Arturo pasó todo aquel invierno en el reino de Logres, más a gusto que nadie, pues no veía nada que no le agradase. Mientras iba cabalgando por sus villas y quedándose cada día en alguno de sus castillos (en aquellos que consideraba más cómodos), mi señor Galván le aconsejó tanto que volviera a comenzar la guerra contra Lanzarote, que él ——como rey— le prometió que nada más pasar la Pascua atacaría con todo su ejército a Lanzarote y no cesaría —aunque muriera—

hasta derribar las fortalezas de Benoic y de Gaunes, de modo que no dejaría piedra sobre piedra en sus muros. Esta promesa hizo el rey a mi señor Galván. Le prometió algo que no podría cumplir.

129. Después de Pascua, en el tiempo nuevo, cuando el frío se había ido algo, convocó el rey a todos sus nobles y aparejó las naves para atravesar el mar; la asamblea fue en la ciudad de Londres. Cuando tenían que ponerse en marcha, mi señor Galván le preguntó a su tío: «Señor, ¿dónde dejaréis a mi señora la reina?» El rey comenzó a pensar con quién la podría dejar. Mordrez se adelanta y dice al rey: «Señor, si quisierais, me quedaría para custodiarla; estará a salvo y vos podréis estar más tranquilo que si ella estuviera bajo guardia.» El rey le responde que quiere que se quede y la guarde como si fuera su cuerpo. «Señor, contesta Mordrez, os prometo que la protegeré con tanto amor como si fuera mi propio cuerpo.» El rey la toma de la mano y se la entrega, diciéndole que la cuide tan lealmente como cumple a un vasallo con la mujer de su señor. Así la recibe. La reina se entristeció mucho por ser entregada a Mordrez para que la protegiera, pues sabía tanto de su maldad y de su deslealtad que estaba segura de que por ello tendría penas y enojos. Y fueron mucho mayores de lo que ella podía imaginar. El rey le dio a Mordrez las llaves de todos sus tesoros, por si necesitaba plata u oro, cuando hubiera pasado al reino de Gaunes; entonces, si se lo ordenara, Mordrez debía enviárselos. Por otra parte, el rey encomendó a los súbditos que hiciesen lo que Mordrez quisiera y les hizo prometer sobre los Santos Evangelios que no faltarían en lo que les ordenara; juraron, y después el rey se arrepentiría con mucho dolor, cuando fue vencido en la batalla de la llanura de Salisbury, donde el combate fue mortal, tal como lo contará claramente esta misma historia.

130. Tras esto, el rey Arturo con gran compañía de buena gente partió de la ciudad de Londres, y cabalgó hasta llegar al mar; la reina quisiera él o no, le acompañó hasta allí. Cuando el rey iba a entrar en la nave, la reina hizo un gran planto y le dijo llorando, mientras él la besaba: «Señor, Nuestro Señor os conduzca allí donde debéis ir y os traiga luego sano y salvo, pues, ciertamente, nunca tuve tal miedo por vos como el que ahora tengo. Y cualquiera que sea vuestro regreso, el corazón me dice que no os volveré a ver, ni vos a mí. —Señora, si Dios quiere, le responde el rey, sí que lo haréis, y no tengáis miedo ni dudas, pues con el miedo no ganaréis nada.» Con esto entró el rey en la nave; las velas fueron izadas para recibir el viento y los marineros se dispusieron a hacer sus faenas; no tardó mucho el viento en alejarlos de la orilla tanto como para que se vieran en alta mar. Tuvieron buen viento y llegaron pronto a la orilla, por lo que alabaron mucho a Nuestro Señor. Cuando estuvieron ya, el rey ordenó que se sacaran de las naves todos los arneses y que montasen sus pabellones en la orilla, pues deseaba descansar. Cumplieron las órdenes y aquella noche la pasó el rey en una pradera bastante cercana a la orilla del mar. Por la mañana, cuando marchó de allí, calculó cuánta gente llevaban y contaron más de cuarenta mil. De esta forma cabalgaron hasta llegar al reino de Benoic. Cuando entraron en él no se encontraron los castillos desguarnecidos, pues no había uno que Lanzarote no hubiera ordenado reforzar o rehacer totalmente. Entonces, el rey preguntó a sus hombres que hacia dónde iría. «Señor, le responde mi señor Galván, iremos directamente a la ciudad de Gaunes, donde están con todas sus fuerzas el rey Boores, el rey Lionel, Lanzarote y Héctor; y sí les podemos atacar por cualquier circunstancia, podríamos acabar fácilmente con nuestra guerra. —Por Dios, contesta mi señor Yváin, es una locura ir directamente a aquella ciudad, pues allí está todo el valor de esta tierra, por lo cual nos convendría más destruir los castillos y villas que rodean esa ciudad, de manera que no tuviéramos sobresaltos cuando hayamos sitiado a los de dentro. —¡Ay!, exclama mi señor Galván, no os preocupéis, que no habrá nadie tan atrevido que ose salir de cualquier castillo cuando sepa que estamos en esta tierra. —Galván, dice el rey, vayamos a asediar Gaunes, pues así lo deseáis.» Entonces el rey Arturo, con toda su compañía, va directo a Gaunes. Cuando ya estaba cerca se encontró con una dama extraordinariamente vieja que cabalgaba un palafrén blanco y que iba vestida con gran riqueza; al reconocer al rey Arturo, le dijo:

131. «Rey Arturo, mira la ciudad que has venido a sitiar. Debes saber que es una gran locura y que sigues un loco consejo; de la empresa que has comenzado no obtendrás honor, pues no conquistarás la ciudad y te marcharás sin haber conseguido nada: ése será el honor que obtendrás. Y vos, mi señor Galván, que habéis aconsejado esto al rey y por cuyo consejo ha empezado esta guerra, sabed que perseguís con tal ahínco vuestro daño, que nunca volveréis a ver sano y salvo el reino de Logres. Podéis estar seguro de que se acerca el término que antaño os fue prometido cuando os fuisteis de casa del Rico Rey Pescador, donde habíais alcanzado bastante vergüenza y deshonra.»

132. Tras decir estas palabras, se volvió a toda prisa: en modo alguno quiso oír lo que le dijeron mi señor Galván ni el rey Arturo; fue directamente a la ciudad de Gaunes, entró y llegó a la gran sala donde encontró a Lanzarote y a los dos reyes, que tenían consigo gran compañía de caballeros; cuando subió a la gran sala, se dirigió a los dos reyes y les dijo que el rey Arturo estaba a media legua de la ciudad y que se podían ver ya más de diez mil hombres de los suyos. Le respondieron que no les preocupaba, que no les temen. Y le preguntan a Lanzarote: «Señor, ¿qué haremos? El rey Arturo hace que sus hombres acampen ahí fuera. Debíamos atacarles y que quedaran bien acampados.» Lanzarote les responde que les atacaría mañana. Boores y todos los demás están de acuerdo en esto. Lanzarote hace pregonar por la ciudad que por la mañana estén montados todos antes de prima; la mayoría se ponen alegres y contentos, pues prefieren la guerra a la paz. Aquella noche estuvieron a gusto los de la hueste, y los de dentro, tranquilos. Al amanecer, tan pronto como apareció el día, se levantaron los de la ciudad y tomaron las armas lo antes que pudieron, pues tenían muchas ganas de ver la hora en que se juntarían con los de fuera. Cuando estuvieron dispuestos, se presentaron ante el palacio y se detuvieron, montados, en medio de la calle, hasta que tuvieron que salir. Lanzarote y Héctor organizaron sus cuerpos de ejército, dándole a cada uno un buen caudillo. Del mismo modo, los de la hueste prepararon veinte cuerpos: en el primero iban mi señor Galván y mi señor Yváin, pues habían oído decir que Lanzarote y Boores iban, por la otra parte, en el primer cuerpo. Cuando chocaron estos dos cuerpos, mi señor Galván y Lanzarote, y Boores e Yváin; se—derribaron al suelo los cuatro, de forma que por poco no se le rompió el brazo a Yváin. Entonces se atacan los ejércitos y comienza una batalla tan grande y de tantos hombres, que podíais ver caer muchos caballeros. Lanzarote volvió a montar en su caballo y tomó la espada: comienza a herir y a dar grandes golpes a su alrededor. Las gentes del rey Arturo consiguieron montar de nuevo a mi señor Galván, quisieran los de la ciudad o no. Los ejércitos se juntaron antes de que pasara la hora de tercia y comenzaron un combate en el que murieron numerosos esforzados nobles y numerosos caballeros valientes. Cuando el rey Lyón llegó al combate, vierais a los hombres del rey Arturo desmayar por las maravillas que veían hacer al rey Lyón. Y en aquel día hubieran perdido mucho los de fuera, de no ser por el rey Arturo, que lo hizo muy bien en el combate; y él mismo hirió al rey Lyón en la cabeza: entonces tuvieron tal miedo los de dentro, al verlo tan malherido, que el combate terminó antes de la hora de vísperas y se volvieron a la ciudad.

133. Así se juntaron los de la hueste con los de dentro cuatro veces en una semana; hubo muchos caballeros muertos y matados por ambos bandos; pero, en todo caso, perdieron más los de fuera que los de dentro, pues Lanzarote, Boores y Héctor lo hicieron muy bien: estaban dispuestos para cualquier necesidad y preparados en todo momento para perjudicar al enemigo; los de dentro estaban muy tranquilos con los tres primeros, pues les parecía que no había nadie más, lo cual atemorizaba mucho a los de fuera.

Aquí deja la historia de hablar de todos ellos y vuelve a Mordrez.

134. Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo entregó la reina a Mordrez para que la guardara y se fue del reino de Logres para atacar a Lanzarote, tal como la historia ya ha explicado, y Mordrez quedó investido con todas las tierras del rey, entonces Mordrez

convocó a todos los altos nobles del país y comenzó a tener grandes cortes y a hacerles abundantes y numerosos dones, de manera que conquistó los corazones de todos los altos varones que se habían quedado en la tierra del rey Arturo, y así cualquier cosa que ordenara en el país era hecha como si el rey Arturo estuviera allí.

Tanto vivió Mordrez junto a la reina que comenzó a amarla con tan gran amor que pensaba morir si no hacía su voluntad; y no se atrevía a decírselo de ninguna forma; y la amaba tan profundamente que nadie podría amar más sin morir de amor. Entonces concibió Mordrez una gran traición, de la que se habló el resto de los tiempos: mandó hacer cartas, selladas con un sello falso, a imitación del rey Arturo; fueron llevadas a la reina y leídas ante los altos nobles; las leyó un obispo de Irlanda; las cartas decían así:

135. «Os saludo, pues estoy herido de muerte por la mano de Lanzarote y todos mis hombres están muertos y acuchillados; siento lástima por vos más que por nadie, por la gran lealtad que me tuvisteis; por la paz os ruego que hagáis rey de la tierra de Logres a Mordrez, a quien yo tenía por sobrino mío, pero que no lo es. Sin duda a mí no me volveréis a ver, porque Lanzarote me ha herido mortalmente y ha matado a Galván. Y, además, os pido —por el juramento que me hicisteis que deis la reina a Mordrez como mujer y si no lo hacéis os podría ocurrir una gran calamidad, pues si Lanzarote llega a saber que no se ha casado, os atacará y la tomará por mujer: sería lo más doloroso para mi alma.»

136. Todas estas palabras estaban escritas en las falsas cartas y fueron leídas —tales como eran— ante la reina. Cuando Mordrez —que había urdido toda esta traición sin que nadie supiera una palabra, a excepción del criado que había llevado las cartas— las oyó, hizo semblante de estar muy afligido, de forma que se dejó caer entre los nobles como si estuviera desmayado. La reina, por su parte, que creía que estas noticias fueran ciertas, se os puede decir que empezó a hacer un duelo tan grande, que nadie que la viera dejó de tenerle compasión. Desde la sala se extiende el dolor por todas partes, de tal modo, que no se hubiera oído a Dios si tronara. Cuando la noticia se difundió por la ciudad y se supo que el rey Arturo había muerto, igual que todos los que con él marcharon, pobres y ricos hicieron una gran lamentación por el rey Arturo, pues era el príncipe más amado del mundo porque siempre les había sido dulce y bueno. El duelo por estas noticias duró ocho días enteros, de forma tan admirable que no hubo quien descansara, a no ser muy poco. Cuando el duelo decreció algo, Mordrez fue a los nobles, a los que eran más poderosos, y les pidió que hicieran lo que el rey había mandado; le contestaron que hablarían todos juntos. En el consejo decidieron hacer rey a Mordrez y darle la reina como mujer y ellos le rendirían vasallaje; así lo debían hacer por dos razones: una, porque el rey Arturo se lo había pedido; la otra, porque no hallaban entre ellos a nadie que fuera tan digno de aquel honor como él.

137. Entonces dicen a Mordrez que van a hacer lo que el rey les había pedido; Mordrez se lo agradece mucho: «Ya que os place que suceda esto, tal como el rey lo ha pedido, no falta más que llamar a la reina; este arzobispo me la dará por mujer.» Le contestan que la harán venir; van a buscarla a una habitación donde estaba y le dicen: «Señora, los altos hombres de vuestra tierra os esperan en el gran salón y os ruegan que vayáis; oiréis lo que os quieren decir. Si vos no queréis ir, ellos vendrán.» Contesta que irá, ya que la llaman. Se levanta y va a la sala; cuando los nobles la vieron llegar, se pusieron en pie y la recibieron con gran honra; uno de ellos, que era más elocuente, dijo estas palabras:

138. «Señora, os hemos llamado por una razón; ¡Dios conceda que nos beneficie a nosotros y a vos! Así lo querríamos, ciertamente, y os diremos lo que es. Ha muerto —de ello estamos seguros— el rey Arturo, vuestro señor, que era tan valiente y que nos mantuvo tanto tiempo en paz; ahora ha abandonado esta vida, lo cual nos pesa mucho. Como este reino, en el que hay tan gran señoría extendida por todas las tierras, ha quedado sin gobernador, es necesario que pensemos en un hombre que sea digno de mantener un imperio tan rico como éste, hombre al que seréis entregada como dama, pues

no puede ser que no os tenga por mujer aquel a quien Dios le dé el honor de este reino. En este asunto hemos reflexionado, ya que nos era necesario, y os hemos buscado un valiente y buen caballero que sabrá gobernar bien el reino; hemos mirado entre nosotros quién os tendrá por mujer y le rendiremos homenaje. Señora, ¿qué decís?»

139. La reina, espantada por esta noticia, le responde llorando a aquel que hablaba con ella que no tenía intención de tomar un noble: «Señora, le contesta, no puede ser así; nadie os lo puede evitar, pues en modo alguno dejaríamos este reino sin señor, porque podría irnos mal si nos sale guerra por algún lado; por eso os conviene hacer —aunque sea a la fuerza, nuestra voluntad en este asunto.» Ella le responde que dejará el reino y se irá del país como desterrada antes que tomar señor. «¿Y sabéis, añade, por qué lo digo? Lo digo porque no podré tener jamás uno tan esforzado como el que he tenido; por eso os ruego que no me volváis a hablar de este tema, pues no lo haré de ninguna forma, aunque os parezca mal.» Entonces todos los demás se le echan encima con palabras y le dicen: «Señora, vuestra excusa no os vale de nada; conviene que hagáis lo que debéis hacer.» Cuando ella los oye, se aflige cien veces más que antes; les pregunta a los que la acosan: «Decidme, ¿quién queréis darme por marido?» Le responden: «Mordrez; no sabemos entre nosotros de ningún caballero tan digno como él para llevar un imperio o un reino como es éste; es noble, buen caballero y muy valiente.»

140. Cuando la reina oye estas palabras, le parece que el corazón se le va a partir, pero no osa manifestarlo, para que no se dieran cuenta los que estaban delante, pues desea librarse de forma muy distinta a como ellos piensan. Tras meditar un largo rato sobre lo que le han dicho, les responde: «Ciertamente, de Mordrez no digo que no sea noble y buen caballero y no me opongo a realizar este asunto, pero aún no lo otorgo. Dadme plazo para que reflexione y mañana, a la hora de prima, os responderé.» Mordrez se adelanta, diciendo: «Señora, tendréis un plazo mucho mayor del que habéis pedido: os darán de plazo hasta ocho días, siempre que prometáis cumplir al cabo lo que os piden.» Lo concede de grado, como quien no deseaba sino librarse de ellos.

141. Así termina la discusión del asunto; la reina se vuelve a su habitación, encerrándose en compañía de una sola doncella. Cuando se ve a solas, comienza a hacer un duelo tan grande como si viera a todo el mundo muerto delante de ella; se llama desdichada y desgraciada; se golpea el rostro y retuerce las manos. Después de lamentarse así un buen rato, le dice a la doncella que estaba allí: «Id a buscarme a Labor y decidle que venga a hablar conmigo.» Le responde que así lo hará. Era Labor un caballero admirable y de gran valor, primo hermano de la reina; cuando la reina tenía un gran apuro era el hombre en quien más se fiaba del mundo, cuando tenía gran necesidad, con excepción de Lanzarote. Cuando se presentó ante ella, ordena a la doncella que se retire; así lo hizo. La misma reina cierra la puerta tras ellos dos y, al verse a solas, con aquel en quien tanto confiaba, empieza a hacer un gran duelo y le dice llorando: «Buen primo, por Dios, aconsejadme.» Cuando Labor la ve llorar con tan amargura, comienza a lamentarse y le contesta: «Señora, ¿por qué os atormentáis así? Decidme qué os pasa; si os puedo ayudar con algo que pueda hacer, os aliviaré de este dolor; os lo prometo como leal caballero.» Entonces le dice la reina llorando; «Buen primo, tengo todo el dolor que puede tener una mujer, porque los de este reino me quieren casar con el traidor, con el desleal que fue —os lo aseguro— hijo del rey Arturo, mi señor; y aunque no lo fuera, es tan desleal que en modo alguno lo tomaría, preferiría que me quemaran. Pero os diré lo que he pensado hacer, aconsejadme según vuestro juicio. Quiero que guarnezcan la torre de esta ciudad con servidores y ballesteros y con alimentos; deseo que vos mismo busquéis los servidores y que les hagáis jurar sobre los Santos Evangelios, cada uno por separado, que no revelarán a nadie por qué entran en ella; si me preguntan, en el plazo que debo responder, por qué hago guarnecer la torre, diré que es para preparar la fiesta de mi boda. —Señora, contesta Labor, no hay nada que yo no hiciera por salvaros; os buscaré caballeros y servidores que protejan la torre y vos, mientras tanto, haréis meter alimentos; cuando hayáis preparado la torre, hacedme caso, enviad un mensaje a Lanzarote pidiéndole que os socorra. Os

aseguro que, cuando sepa vuestra necesidad, de ningún modo dejará de venir a socorreros con tal cantidad de gente que con su ayuda y a pesar de todos los de este país os podrá liberar con facilidad de la pena en la que estáis; y Mordrez ——estoy seguro— no tendrá el atrevimiento de esperar una batalla campal; si ocurriera que mi señor rey estuviera vivo —no creo que esté muerto y, por azar, si el mensajero lo encontrara en Gaula, en cuanto oyera las noticias vendría con toda la gente que se llevó y así podríais ser liberada de Mordrez.»

142. Cuando la reina oye este consejo, dice que le agrada mucho, pues piensa que así será liberada del peligro en que la han puesto los del país. Con esto se separan; Labor busca caballeros y servidores allí donde más se fía, de forma que, antes de que hubieran pasado los ocho días, había reunido unos doscientos, entre servidores y caballeros, y todos le habían jurado sobre los Santos Evangelios que irían a la torre de Londres para defender a la reina contra Mordrez, mientras pudieran resistir, hasta la muerte. Y fue hecho todo tan en secreto que no se enteró nadie más que aquellos que debían participar. Mientras tanto, la reina hizo aprovisionar la torre de todo lo que encontró en el país, que ayuda o vale para el cuerpo humano. Cuando llegó el día en que la reina tenía que responder de su fianza, todos los altos nobles del reino acudieron y se reunieron, pues habían sido convocados para ello. Todos estaban en la sala, la reina, que no se había olvidado, había hecho entrar en la torre a aquellos que debían acompañarla y estaban tan bien armados que mejor no podían. Cuando estuvieron dentro, la reina se metió con ellos e hizo levantar el puente; subió a las almenas de la torre, desde donde dijo a Mordrez que había vencido ella y, con respecto a la reina, él había fracasado: «Mordrez, Mordrez, en mala forma habéis mostrado que sois pariente de mi señor, pues queréis tenerme por mujer, con mi consentimiento o sin él. En mala hora lo pensasteis: quiero que sepáis que esto os traerá la muerte.» Luego, baja de las almenas; va a una habitación que había en la torre y pregunta qué podría hacer a los que con ella estaban. «Señora, le contestan, no os aflijáis aún; tened por seguro que defenderemos esta torre contra Mordrez, si es que quiere sitiarla, pues es bien poco lo que tememos a sus fuerzas y ni él ni ninguno de su compañía tendrán poder como para poner un pie aquí dentro, mientras nosotros tengamos comida.» La reina se tranquiliza mucho con estas palabras. Cuando Mordrez, que estaba fuera con todo su acompañamiento, se dio cuenta de que así había sido engañado y que habían fracasado sus pretensiones sobre la reina, pregunta a sus nobles qué puede hacer, pues la torre es muy fuerte y fácil de defender y, además, tiene abundante comida; los que se han metido dentro son muy esforzados y atrevidos. «Señores, concluye, ¿qué me aconsejáis? —Señor, le responden, no queda otra solución que la torre sea asediada por todas partes con frecuencia e insistencia; no es tan fuerte como para podernos resistir mucho tiempo, pues no recibirán socorros de ninguna parte, si no los tienen ya a su lado. —A fe mía, contesta Mordrez, no tomaría como consejo sitiarla si no tengo mayor confianza en vosotros de la que tengo ahora.» Le responden que le darán todas las pruebas de fidelidad que pide. «Entonces, os ruego, replica, que me deis vuestra fe con lealtad y que me juréis sobre los Santos Evangelios que hasta la muerte me ayudaréis contra mis enemigos mortales, incluso contra el rey Arturo, si es que la ventura lo trae por aquí. —Lo haremos con mucho gusto, le contestan.» Se arrodillan entonces ante él y se convierten todos en vasallos suyos, jurándole sobre los Santos Evangelios que le ayudarán contra cualquiera hasta la muerte. Y cuando hubieron hecho este juramento, les dijo: «Señores, ¡os lo agradezco mucho! Bastante habéis hecho por mí, al elegirme como señor por encima de todos vosotros y ahora me rendís homenaje. Ciertamente, en este momento tengo tanta confianza en vosotros, que no hay en el mundo un hombre tan egregio al que teniendo vuestras fuerzas en mi compañía yo no osara esperarle en el campo de batalla. Ya sólo queda que me invistáis con vuestros castillos y fortalezas.» Cada uno le tiende, al momento, su prenda como símbolo de la investidura y él las recibe; ordena entonces que la torre sea sitiada por todos los lados; hace que sus hombres se armen y que construyan ingenios y escalas para alcanzar las almenas; pero los que estaban dentro corrieron a las armas. Allí vierais entonces un gran asalto, digno de admiración, pues los de fuera querían

subir a la fuerza porque eran muchos, pero los de dentro no se lo permitían, antes bien, los mataban y los derribaban a los fosos; se defendían tan bien que, antes de que cesara el asalto, podíais ver caídos en los fosos más de doscientos enemigos. Cuando los de fuera se dieron cuenta de que los de dentro les causaban graves daños, se retiraron y ordenaron que cesara el ataque; como se les había mandado así lo hacen; pues los asaltantes estaban muy abatidos, porque los de dentro se defendían tan bien.

De este modo atacaron a la reina frecuentemente y a menudo en la torre de Londres; pero por fortuna ella tenía gente que bien la defendió en todo momento. Un día llamó la reina a un criado suyo, que era mensajero y en el que confiaba mucho, y le dijo: «Ve a Gaula, para saber noticias de mi señor el rey, de su muerte o de su vida; si está vivo, le contarás mi situación y le rogarás por Dios que de ninguna manera deje de venir a socorrerme lo antes que pueda, pues, si no, seré deshonrada, ya que esta torre no podrá resistir eternamente contra Mordrez y contra los que le ayudan. Y, si mi señor está muerto, cuando tengas noticias verdaderas de él y de mi señor Galván, márchate directamente a Gaunes o a Benoic, donde hallarás a Lanzarote; en cuanto lo encuentres, dile que le envío saludos y amistad, y que no deje de venir a socorrerme con todas las fuerzas que tenga de Gaunes y de Benoic. Le podéis decir que, si me falla, seré afrentada y deshonrada, pues no podré resistir largo tiempo contra Mordrez, porque le aconsejan y ayudan todos los de esta tierra. —Señora, contesta el criado, haré todo esto, si Dios quiere que yo llegue sano y salvo a la tierra de Gaunes; pero me temo mucho que, a pesar de mis deseos, no podré salir de esta torre, pues está rodeada de nuestros enemigos por todas partes. No sé qué hacer. —Conviene, le dice la reina, que salgáis y que llevéis este mensaje tal como os lo he contado; de otra forma, jamás me liberaré de estos traidores.»

143. Por la tarde, cuando ya había anochecido, el criado se despidió de la dama, fue a la puerta y consiguió salir y marcharse por entre los hombres de Mordrez. Tuvo tanta suerte que no fue arrestado en ninguna de las dos partes, pues todos los que lo veían pensaban que sería de los suyos. Cuando se alejó de ellos, fue a la ciudad a buscar alojamiento y tanto se movió aquella tarde que consiguió un rocín bueno y fuerte. Tomó el camino y cabalgó hasta llegar al mar y lo atravesó; entonces oyó noticias de que el rey no estaba muerto y que había asediado la ciudad de Gaunes; el criado se puso muy contento con estas noticias.

Aquí deja la historia de hablar del mensajero y vuelve al rey Arturo y sus compañeros.

144. Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo llevaba alrededor de dos meses sitiando la ciudad de Gaunes, se dio cuenta que no lograría honor en aquel asedio, pues los de dentro se defendían de forma admirable y continuamente les causaban bajas. Un día le dijo el rey Arturo a mi señor Galván a solas: «Galván, me habéis hecho emprender un asunto del que no obtendremos honor; se trata de esta guerra que vos habéis comenzado— contra el linaje del rey Van: son muy valientes con las armas y no tienen par en todo el mundo. Pensad ahora qué podemos hacer; os digo que en esta guerra perderemos más fácilmente que ganaremos, porque ellos están en sus tierras, entre sus amigos y tienen con ellos gran cantidad de caballeros. Tened por seguro, buen sobrino, que si nos odiaran tanto como nosotros los odiamos, ya habríamos perdido todo, pues tienen muchas fuerzas y poder; pensad qué haremos ahora en este asunto. —Señor, responde mi señor Galván, meditaré yo sólo y os podré contestar esta noche o mañana.» Aquel día estuvo mi señor Galván más pensativo de lo que solía; después de reflexionar tanto como le plugo, llamó a un criado suyo y le dijo: «Vete a la ciudad de Gaunes y di a Lanzarote del Lago que, si tiene la osadía de defender que no mató a traición a mis hermanos, estoy dispuesto a probar contra su persona que los mató deslealmente y a traición. Si consigue vencerme en el reto que le hago, mi tío se volverá con toda la hueste al reino de Logres y jamás reclamará a los de Benoic nada de lo que ha habido entre nosotros; si yo logro

vencerle en el campo de batalla, no pediré nada, cesará la guerra si los dos reyes quieren hacerse vasallos del rey Arturo y, si no quieren, no nos iremos nunca de aquí hasta que hayan sido deshonrados y muertos.» Cuando el criado oye estas palabras, comienza a llorar con amargura y le dice a mi señor Galván: «Señor, ¿qué queréis hacer? ¿Tan gran deseo tenéis de ser deshonrado y muerto? Mi señor Lanzarote es un buen caballero, esforzado, y si vos sois muerto así, todos nosotros seremos afrentados y humillados, porque sois el mejor caballero de esta hueste y el más alto hombre. Dios no quiera que lleve este mensaje, allí donde yo vea claramente vuestra muerte, pues sería desleal y felón si, por mi intervención y palabras, muriera un caballero tan noble como vos. —Todo lo que dices, responde mi señor Galván, no vale nada; conviene que lleves el mensaje o de otra forma, no acabará esta guerra, y es justo que termine por mí y por él, pues él personalmente la comenzó y yo, después, cuando había sido abandonada, hice que la recomenzara mi tío el rey Arturo; por eso es lícito que yo me lleve la primera alegría o la primera tristeza. Y te aseguro que, si yo no tuviera claramente la razón ahora, no me enfrentaría con él, ni por la mejor ciudad del mundo, pues me doy cuenta y sé que es el mejor caballero que jamás conocí; pero todos sabemos que la injusticia y deslealtad convierten al mejor caballero del mundo en el peor, en tanto la razón y la lealtad harían del peor el más valiente y esforzado; por eso no temeré a Lanzarote: estoy seguro que no tiene razón y que la justicia es mía. De este modo ni tú ni nadie debéis temer por mí, pues Nuestro Señor ayuda siempre a la justicia; en eso confío y creo.» Tanto le habló mi señor Galván al criado que éste le promete ir a la ciudad de Gaunes y decir a Lanzarote todo lo que le ha encargado. «Procura, añade mi señor Galván, ir antes de la hora de prima de mañana.» Le contesta que, de verdad, así lo hará.

145. Aquella noche estuvieron despiertos hasta que dejaron de hablar. Ocho días antes habían acordado treguas que debían concluir tres días después. Por la mañana, antes de prima, se fue el criado a la ciudad de Gaunes y esperó hasta que Lanzarote se levantara y oyera misa con los dos reyes. Cuando ya habían vuelto al gran salón y estaban sentados en los asientos principales, se dirigió el criado a Lanzarote y le dijo: «Señor, me envía a vos mi señor Galván, a quien pertenezco; os comunica, a través de mí, que si vuestras gentes y las nuestras se siguen atacando tal como han empezado a hacerlo, será inevitable que haya grandes pérdidas por ambas partes. Pero escuchad bien: os comunica mi señor Galván, si queréis interceder por ellos, que está dispuesto a probar, ante todos los de este país, que matasteis deslealmente a sus hermanos. Si os puede vencer en esta acusación, no escaparéis sin muerte, pues como rescate por vuestra cabeza no aceptaría todo el mundo con sus riquezas. Pero si vos podéis sostener lo contrario y vencerle, su tío el rey se volverá al reino de Logres, con vos mantendrá las paces el resto de su vida y no hablará jamas de este asunto. Si rechazáis esta propuesta, porque no os atrevierais a ir contra él, todo el mundo os debería vituperar; entonces se comprobaría claramente que sois culpable de lo que os acusa. Pensad ahora qué haréis, pues eso os comunica a través de mí.»

Cuando Lanzarote oye lo que el mensajero le dice, contesta muy afligido por esta noticia, pues sin duda no querría luchar contra mi señor Galván: «Ciertamente, buen amigo, este mensaje me resulta desagradable y enojoso, pues en toda mi vida por nada del mundo querría combatir contra mi señor Galván: porque es valiente por la buena compañía que me ha dado desde que fui nombrado caballero; pero la acusación, que es tan grande como si fuera traición, me resultaría tan deshonrosa que si no me defiendo jamás volveré a tener honor, pues nada hay más vil y afrentoso que no defenderse uno cuando es acusado de traición. Por eso, decidle de mi parte que si quiere otorgar una señal para celebrar el encuentro, me hallará armado en el campo a la hora que desee. Ya os podéis marchar; repetidle todo tal como yo os he dicho: no desearía enfrentarme cuerpo a cuerpo en un combate contra él, no por miedo que le tenga, sino por lo mucho que le he querido.»

Le contesta que llevará su mensaje y, con esto, se marcha de allí. El rey Boores dice a mi señor Lanzarote: «Ciertamente acusación tan disparatada no la hizo jamás ningún hombre cuerdo, como debería serlo mi señor Galván, pues todos saben de sobra que no matasteis

a traición a sus hermanos, sino de forma leal, en un lugar donde había más de cien caballeros. ——Os diré, añade el rey Lyon, por qué lo ha hecho así: tiene tan gran dolor por sus hermanos muertos, que preferiría morir a vivir; en mi señor Lanzarote se vengaría con más gusto que en cualquier otro, por eso lo ha acusado con tal felonía, pues le da igual morir que vivir. —Pienso, responde Lanzarote, que pronto combatiremos; no sé cómo irá, pero estoy seguro que si le venzo y le tuviera que cortar la cabeza, no lo haría por todo el mundo, pues me parece muy valiente y es el hombre a quien he amado —y amo— más que a nada, a excepción del rey. —A fe mía, exclamó el rey Boores, ahora sois digno de admiración, lo amáis con todo el corazón y él os odia mortalmente. —A fe mía, responde Lanzarote, podéis admiraros; por más que me odie no dejaré de amarlo; y no lo hubiera dicho de forma tan clara, pero estoy a punto de morir o de vivir, pues he llegado al combate.»

146. Esas palabras dice Lanzarote de mi señor Galván y por ellas se admiraron todos los que estaban delante y apreciaron a Lanzarote mucho más que antes; el criado que había ido de parte de mi señor Galván oyó la respuesta de Lanzarote y marchó de la ciudad de Gaunes, cabalgando hasta llegar ante mi señor Galván; al instante le contó todo cuanto había encontrado allí dentro y añadió: «Señor, no podéis fallar el combate, pues habéis garantizado a mi señor Lanzarote que el rey se retirará a su país si él os vence en el campo de batalla. —A fe mía, exclama mi señor Galván, si no consigo que el mismo rey lo prometa, no volveré a llevar armas. Y ahora, cállate; no vuelvas a hablar del asunto, pues estoy seguro de llevarlo a cabo con bien.» Entonces va mi señor Galván ante el rey y se arrodilla, diciéndole: «Señor, os ruego y requiero que me concedáis un don.» El rey se lo otorga con mucho gusto, pues no imaginaba qué le quería pedir, lo toma por la mano y le hace levantarse; mi señor Galván se lo agradece mucho y le dice a continuación: «Señor, ¿sabéis qué don me habéis concedido? Me habéis otorgado que prometeréis ante Lanzarote que —si me vence en el campo— levantaréis el asedio y os volveréis al reino de Logres, de forma que en el resto de vuestra vida no recomenzaréis la guerra contra ellos.» Cuando el rey oye estas noticias, se quedó asombrado y dijo a mi señor Galván: «¿Habéis concertado, pues, un combate con Lanzarote? ¿Con qué consejo hicisteis tal cosa? —Señor, le contesta mi señor Galván, así es; y no cesará hasta que uno de los dos quede muerto o vencido. —Buen sobrino, replica el rey, ciertamente siento tanto la decisión que habéis tomado, que por cualquier cosa de las que me han ocurrido, hace tiempo que no tengo la aflicción que siento ahora. Preferiría que hubierais retado a cualquier caballero antes que a éste, pues bien sabemos que es el más valiente y el más esforzado de todo el mundo y el más cumplido que se pueda encontrar; por eso temo tanto por vos, que hubiera preferido perder la mejor ciudad que tengo, antes que hubierais, hablado de eso. —Señor, le responde mi señor Galván, el asunto ya no puede detenerse y, aunque pudiera pararse, yo no lo dejaría de ningún modo, pues odio tan mortalmente a Lanzarote que preferiría morir antes que evitar la posibilidad de matarlo. Y si Dios me fuera tan propicio como para permitirme que yo consiguiera llevarlo a la muerte y vengar a mis hermanos, ya nunca me dolería nada de lo que me ocurriera. Y si resulta que él me mata, se acabará el duelo que llevo día y noche; sabed que en cierta manera he concertado este reto para quedar a gusto, sea vivo o muerto. —Buen sobrino, le contesta el rey, que Dios os ayude, pues jamás emprendisteis nada por lo que yo estuviera tan preocupado como estoy ahora, y con razón, porque Lanzarote es muy buen caballero y muy esforzado; lo habéis probado en cierta forma, tal como vos mismo me habéis dicho.»

Entonces mi—señor Galván le dice al criado que había llevado el mensaje: «Ve a decir a Lanzarote que venga a hablar con mi tío el rey, a mitad de camino entre la hueste y la ciudad; que acuda completamente desarmado, pues mi señor irá también sin armas, igual que todos los que estarán allí.» El criado deja a su señor y va a la ciudad donde encuentra a Lanzarote, a Boores y a su hermano, que estaban en consejo particular junto a una ventana y hablaban aún de lo que mi señor Galván le había comunicado; Lanzarote decía que le pesaba mucho el reto y que no había dos caballeros en la hueste contra los que combatiera más a disgusto que contra mi señor Galván, por el amor que le tenía. El

mensajero fue directo allí donde los vio, se arrodilló ante Lanzarote y le dijo: «Señor, me envían a vos el rey y mi señor Galván; os piden que salgáis a hablar con ellos, junto con vuestros compañeros, desarmados, pues ellos irán del mismo modo; allí se harán las promesas por ambas partes de forma que nadie pueda retraerse luego de lo prometido.» Lanzarote responde que irá con mucho gusto y que llevará consigo al rey Boores y a Héctor, su hermano. Aquél se va inmediatamente y vuelve al campamento, donde cuenta al rey y a mi señor Galván la respuesta.

147. A continuación, monta el rey Arturo y pide que vaya con él el rey Karadoc; el tercero fue mi señor Galván. Cabalgaron en los destreles y, completamente desarmados, se dirigieron hacia la puerta de la ciudad; vestían cendal por el gran calor que hacía. Cuando llegaron cerca de la ciudad vieron salir por las puertas al rey Boores, a Lanzarote y a Héctor. Se acercaron tanto que pudieron hablar juntos y, entonces, le dijo Lanzarote a Boores: «Descabalguemos ante mi señor el rey que ahí viene y que es el más noble que hay en el mundo.»_ Le responden que si Dios quiere no descabalgarán ante su enemigo mortal. Lanzarote les contesta que, aunque sea su enemigo, descabalgará por el amor que le tiene; al instante echa pie a tierra y otro tanto hacen sus compañeros. El rey dice a los que están con él: «Por Dios, hay mucho en estos tres hombres por lo que les debería alabar todo el mundo: hay más cortesía y generosidad que en ninguna otra gente; son tan buenos caballeros, que no los hay semejantes en todo el mundo; ojalá quisiera Dios que hubiera entre nosotros tan gran amor como nunca vi uno mayor; así me ayude Dios, si no estoy más contento que si me dieran la mejor ciudad que haya en el mundo.» Entonces se apea del caballo y sus demás compañeros también lo hacen. Lanzarote, tan pronto como se acercó, lo saluda con mucha timidez y lleno de vergüenza, pero el rey no le devuelve el saludo, pues ve que mi señor Galván lo sentiría mucho. Lanzarote le dice: «Señor, me habéis ordenado venir a hablar con vos y he venido a oír lo que queríais decirme.» Mi señor Galván se adelanta y responde por el rey: «Lanzarote, le contesta mi señor Galván, mi señor el rey ha venido aquí para hacer lo que me habéis pedido; bien sabéis que yo y vos hemos acordado un combate (por una acusación) tan grande como de traición mortal, por la muerte de mis hermanos, a quienes matasteis a traición, deslealmente; eso sabemos todos; yo soy el acusador y vos el defensor; pero como vos no desearíais que tras este combate se emprendiera otro, me parece que queréis que mi señor el rey os prometa —si vencéis en esta batalla y me derrotáis— que ni él ni sus hombres os molestarán más, mientras viva, y que levantarán el asedio, regresando a su país. —Mi señor Galván, le responde Lanzarote, si os pluguiera, yo dejaría en paz este combate, aunque no lo pueda dejar sin verme afrentado y se me acuse de cobardía; pero vos habéis hecho tanto por mí, vos y mi señor el rey que está aquí, que a duras penas podré tener voluntad para llevar las armas contra vos, incluso en un combate mortal. Sabed que no lo digo por cobardía, ni porque os tema, sino por generosidad, pues desde el momento en que esté armado y sobre mi caballo, si Dios quiere, podré defenderme de sobra contra vos; tampoco lo digo por orgullo, ni por que no seáis el mejor caballero del mundo, sino porque desearía, si tal es vuestra voluntad, que hubiera paz entre yo y vos; y por conseguir la paz haría en buena hora cuanto me ordenarais, como hacernos vasallos vuestros yo y mi hermano Héctor: os rendiría homenaje toda mi familia, a excepción de los dos reyes, pues yo no toleraría en modo alguno que se pusieran a servicio de otro. Todo eso haré, y aún más: os juraría inmediatamente sobre los Evangelios, si queréis, irme de Gaunes mañana antes de prima, descalzo y vistiendo lana, completamente solo, sin compañía, iría al exilio por diez años y, si muero en ese término, os perdono mi muerte y os haré perdonar por toda mi parentela; si vuelvo al cabo de los diez años, y vivís aún, y también mi señor el rey que está aquí, querría gozar de la compañía de los dos; tal como nunca la tuve. Y aún os haré otro juramento, que no creáis que entre nosotros hay motivo de felonía: os juraré sobre los Evangelios que en modo alguno, sabiéndolo yo, maté a vuestro hermano Gariete y que lo lamenté mucho. Todo eso lo haré no por miedo que os tenga, aunque lo parezca, sino porque sería una desgracia muy grande que uno de nosotros matara al otro.»

148. Cuando el rey oye la gran reparación que Lanzarote ha ofrecido por tener la paz, se queda asombrado, pues en modo alguno imaginaba que Lanzarote lo hiciese; y le dice a mi señor Galván, llorando de los ojos: «Buen sobrino, por Dios, haced lo que Lanzarote os pide, pues ciertamente os ofrece todas las reparaciones que un caballero puede ofrecer por la muerte de un familiar; en verdad, noble como es, no os repetirá nunca más lo que ha dicho. —Realmente, responde mi señor Galván, no es necesario el ruego; prefiero estar herido por lanza en medio del pecho y tener el corazón fuera del vientre antes de no hacer lo que os he prometido, sea mi muerte, sea mi vida.»

Entonces, tiende una prenda y le dice al rey: «Señor, heme aquí dispuesto a probar que Lanzarote ha matado de forma desleal a mis hermanos; sea la batalla fijada para el día que vos queráis.» Lanzarote se adelanta y le dice al rey llorando: «Señor, ya que veo que el combate no dejará de celebrarse, si no me defiendo no se me considerará caballero: he aquí mi gaje para defenderme; me pesa hacerlo; sea la batalla mañana, si a mi señor Galván le place.» El rey lo otorga y recoge las prendas de ambos. Entonces dice Lanzarote al rey: «Señor, os pido que me prometáis como rey, si Dios me da el honor de esta batalla, que levantaréis el asedio de esta ciudad y os volveréis al reino de Logres con todos vuestros hombres, de manera que en el resto de vuestra vida ni vos, ni nadie de vuestra parentela, nos atacaréis, si no os atacamos nosotros antes.» El se lo promete como rey y con esto se separan los unos de los otros; pero al marcharse, le dice Héctor a mi señor Galván: «Mi señor Galván, habéis rechazado la mejor oferta y la reparación más alta que jamás ofreció nadie tan noble como Lanzarote a caballero alguno; ciertamente, por mi parte, desearía que por ello os sobreviniera un daño y creo que así será.» Lanzarote le dice a Héctor que se calle, pues ya había hablado bastante, y así lo hace; se separan unos de otros, vuelven a los caballos y montan; unos regresaron a la ciudad y los otros a los pabellones. Pero nunca visteis tan gran duelo ni tales lamentaciones como las que empezó a hacer mi señor Yváin, cuando supo que la batalla había sido fijada por ambas partes, por mi señor Galván y por Lanzarote, y que no dejaría de celebrarse; se dirige a mi señor Galván y le zahiere con vehemencia diciéndole: «Señor, ¿por qué habéis hecho eso? ¿Acaso odiáis tanto vuestra propia vida como para emplazar un combate contra el mejor caballero del mundo, contra quien nadie ha resistido una batalla sin ser deshonrado al final? Señor, ¿por qué habéis fijado este combate, sin razón además, ya que él defiende lo justo? jamás hicisteis nada tan sorprendente. —No os preocupéis ahora, mi señor Yváin, le responde mi señor Galván, pues sé que yo tengo la razón v él la injusticia; por eso combatiré tranquilo contra él," aunque fuera dos veces mejor caballero de lo que es. —Ciertamente, dice el rey, Yváin, yo preferiría haber perdido la mitad de mi reino antes que el asunto hubiera llegado a donde está, pero ya que no puede detenerse, veremos qué pasa y esperaremos la misericordia de Nuestro Señor. Pero aún hay cosas más asombrosas, pues Lanzarote le ofreció, a cambio de la paz, hacerse vasallo suyo con todos sus compañeros, menos los dos reyes; y si esto no le agradaba, se iría al exilio diez años y a la vuelta no pediría más que estar en nuestra compañía. —Realmente, responde mi señor Yváin, fue tan grande la oferta que, después de eso, sólo veo falta de razón en nuestro lado; quiera Dios ahora que no nos vengan males, pues en verdad nunca como ahora tuve tanto temor a que me sobrevinieran perjuicios, pues veo en aquel lado la razón y en éste, la injusticia.

149. Gran duelo hacen en la hueste el rey Arturo y su gente porque mi señor Galván ha acordado combatir contra Lanzarote; los más valientes lloraban y tenia tal aflicción que sus lenguas no se atrevían a decir lo que el corazón pensaba; pero a los de la ciudad no les pesaba tanto, pues cuando oyeron contar la gran reparación que Lanzarote ofrecía a mi señor Galván dijeron que Dios le enviará afrenta a Galván, por su orgullo y engreimiento.

Aquella noche Lanzarote junto con gran acompañamiento de gentes veló en el monasterio mayor de la ciudad; confesó con un arzobispo todos los pecados de los que se sentía culpable con respecto a Nuestro Señor, pues temía mucho que le sobreviniera algún daño por mi señor Galván, a causa de la muerte de sus hermanos, a los que había matado.

Cuando rayaba el alba, se durmió hasta la hora de prima y lo mismo hicieron todos los demás que habían velado con él. A la hora de prima, Lanzarote —que verdaderamente temía mucho lo que iba a hacer— se levantó, se vistió y vio a los altos hombres que le esperaban. Al instante pide sus armas y se las traen buenas, hermosas, fuertes, adecuadas y ligeras; sus amigos lo arman lo mejor que pueden. Allí podéis ver cómo lo armaban gran cantidad de nobles; cada cual ponía su conocimiento y su interés en servirle y en mirar que no le faltara nada. Cuando lo hubieron preparado lo mejor posible, bajan del salón al patio y monta un caballo fuerte y rápido, cubierto de hierro hasta los cascos. A continuación montaron todos los demás, por hacerle compañía. Sale de la ciudad, de forma que en su comitiva podíais ver a más de diez mil entre los que no había uno solo que por amor a él, si fuera menester, no entregara su cuerpo a la muerte.

150. Cabalgaron hasta llegar a un prado, fuera de las murallas, donde debía tener lugar el combate; iban de tal forma que ninguno, salvo Lanzarote, llevaba armas y ninguno entró en el campo, sino que se detuvieron antes, junto a la ciudad; cuando los de la hueste los vieron fuera de la ciudad, llevaron el caballo a mi señor Galván, a quien habían armado los altos hombres de la hueste hacía rato; acudieron al campo exactamente de la misma manera que habían hecho los de la ciudad. El rey tomó de la mano derecha a mi señor Galván y lo llevó al campo de batalla, pero lloraba con tanta amargura como si viera a todo el mundo muerto ante él. Boores toma a su señor de la mano derecha y lo mete en el campo, diciéndole: «Señor, entrad; que Dios os dé honra en esta batalla.» Lanzarote se persigna al entrar en el campo y, con insistencia, se encomienda a Nuestro Señor.

151. El día era hermoso y claro; el sol, levantado, comenzaba a relucir sobre las ramas. Los caballeros, que eran valientes y seguros, dejan correr los caballos, uno contra otro; bajan las lanzas y se golpean los cuerpos y escudos con tanta fuerza que se derriban a tierra, tan aturdidos que no saben qué decisión tomar sobre ellos mismos, como si estuvieran muertos. Los caballos, que se sintieron descargados de sus señores, se dieron a la fuga, uno para acá y el otro hacia allá, sin encontrar quién los detuviera, pues bastante ocupación tenían todos en otro lugar. En el momento en que los dos caballeros cayeron, vierais muchos nobles desmayados y muchas lágrimas salir de los ojos; pero al cabo de un rato se levantó primero Lanzarote y echó mano a la espada, pero estaba completamente aturdido por la caída que había tenido; mi señor Galván no está más herido: corre a su escudo, que le había volado del cuello, echa mano de Excalibur, la buena espada del rey Arturo, y sé lanza contra Lanzarote, dándole tan grandes golpes sobre el yelmo que le causa nuevo daño y lo empeora; y aquél, que había dado y recibido muchos golpes, no le ahorra nada, sino que le da tal golpe sobre el yelmo, que mi señor Galván se ve muy apurado para soportarlo; entonces comienza entre ambos la pelea: nunca fue vista otra tan cruel entre dos caballeros. Quien los viera dar y recibir los golpes, los tendría por muy esforzados.

Así duró el combate un buen rato. Tanto han usado las cortantes espadas, con las que se golpean frecuentemente y a menudo, que las cotas se les han roto sobre los brazos y sobre las piernas; los escudos están en tal estado que podríais meter el puño por medio y están astillados por arriba y por abajo; los yelmos, que se sujetaban con buenos lazos, no les valen para nada, pues están tan destrozados por los golpes de las espadas, que la mitad del yelmo les cae sobre los hombros. Si tuvieran tanta fuerza como al principio, no durarían mucho con vida, pero están tan agotados y cansados que varias veces las espadas se les han vuelto en la mano cuando iban a golpear. Los dos tienen por lo menos siete heridas: la más pequeña de ellas causaría la muerte a cualquier otro hombre. Y sin embargo, a pesar del esfuerzo que realizan por la sangre que han perdido, mantienen el ataque hasta cerca de tercia; pero entonces desean descansar, como quien no puede resistir más; mi señor Galván, primero, retrocede y se apoya sobre el escudo para recobrar aliento y lo mismo hace Lanzarote.

152. Cuando Boores ve que Lanzarote se retira en el primer ataque, le dice a Héctor: «Ahora, por primera vez, tengo miedo por mi señor, pues necesita descansar para acabar

con un caballero y ahora descansa en medio del combate; realmente, es una cosa que me preocupa mucho. —Señor, responde Héctor, tened por seguro que si no fuera por amor a mi señor Galván, no lo haría, pues no tendría gran necesidad. —No sé, contesta el rey Boores, qué querrá hacer; pero por lo que a mí respecta, preferiría haber dado cuanto hay en el mundo, si fuera mío, por estar frente a mi señor Galván; ciertamente, ya hubiera terminado el combate.»

153. Así combatieron los dos caballeros y se atacaron; pero cuando mi señor Galván vio claramente que era mediodía, llama de nuevo a Lanzarote al combate, tan fresco como si no hubiera dado un solo golpe nunca y ataca a Lanzarote de forma tan admirable que éste se quedó sorprendido y se dijo: «A fe mía, jamás hubiera creído que este hombre fuera diablo o fantasma, pues pensé —al dejarlo en paz— que ya estaba vencido por las armas; ahora está tan fresco como si no hubiera dado un solo golpe en todo el combate.» Así se dijo Lanzarote de mi señor Galván, que había aumentado en fuerza y rapidez hacia mediodía. Decía verdad, pero esto no le había ocurrido allí, sino que, en todos los lugares donde había luchado, se le había visto cómo le crecía la fuerza alrededor de la hora de mediodía; y como algunos lo tienen por fábula, os contaré por qué ocurría esto.

154. Fue cierto que, cuando nació Galván —en Orcania, en una ciudad que se llama Nordelone—, al nacer, el rey Loth, su padre, que estaba muy contento, lo hizo llevar a un bosque, que había cerca de allí, a un ermitaño que vivía en él; y era este hombre de tan buena vida que Nuestro Señor hacía todos los días milagros por él, enderezando jorobados, haciendo ver a los ciegos y otros muchos milagros hacía Nuestro Señor por amor a aquel hombre bueno. El rey envió allí al niño, pues de ningún modo quería que fuera bautizado por otra mano que la suya. Cuando el santo varón vio el niño, y supo de quién era, lo bautizó con mucho gusto y lo llamó Galván, porque así se llamaba el buen hombre; y el niño fue bautizado alrededor de mediodía. Cuando lo bautizó, uno de los caballeros que lo habían llevado, le dijo al ermitaño: «Señor, obrad de manera que el reino siga vuestro consejo y que el niño, cuando llegue a edad de llevar armas, sea —gracias a vuestra oración— más agraciado que ningún otro. —Ciertamente señor caballero, le responde el anciano, la gracia no procede de mí, sino de Jesucristo, y sin El no hay gracia que valga; no obstante, si con mi ruego pudiera resultar tocado por la gracia el niño más que ningún otro caballero, lo sería; pero quedaos esta noche aquí y mañana sabré deciros qué clase de hombre será y qué tal caballero.» Aquella noche se quedaron allí los mensajeros del rey hasta la mañana; cuando el ermitaño hubo cantado la misa, se le acercó y les dijo: «Señores, del niño que está aquí, os puedo asegurar que superará en valor a todos sus compañeros, y mientras viva no será vencido hacia la hora de mediodía, pues ha sido protegido con mi oración, de forma que todos los días hacia mediodía, a la hora misma en que fue bautizado, aumentará su fuerza y valor allí donde esté y no habrá sufrido penas y trabajos antes de los que no se sienta completamente fresco y ligero en ese mismo momento.» Tal como lo había dicho el anciano, sucedió, pues siempre estuviera donde estuviera aumentaba su fuerza y su valor hacia mediodía; y así mató a muchos hombres nobles y venció numerosas batallas, mientras llevó armas. Pues cuando estaba luchando contra algún caballero de gran poder, le atacaba y le zahería lo más posible hasta mediodía, de forma que a esa hora estaba aquél tan cansado que no podía continuar; y cuando pensaba descansar, entonces le atacaba mi señor Galván con toda su fuerza, como quien a esa hora está dispuesto y ágil; y así lo mantenía hasta llevarlo a la muerte, y por eso muchos caballeros temían entrar en combate con él si no era después de mediodía.

155. Aquella gracia y virtud que obtuvo por la oración del ermitaño, se puso de manifiesto el día que combatió contra el hijo del rey Van de Benoic, pues se veía de forma clara que antes de esa hora mi señor Galván se encontraba cansado y agotado, de manera que a la fuerza le convenía descansar; pero cuando recobró el vigor, tal como ocurría habitualmente, atacó a Lanzarote con tal rapidez que cualquiera que lo viera diría que no parecía que hubiera dado un solo golpe, de lo rápido y ligero que estaba; comenzó a herir a

Lanzarote con tanta dureza, que hizo que le saliera la sangre del cuerpo por más de diez lugares. Y le atacaba con tanta violencia porque deseaba matarle, y sabía que si no lo lograba hacia mediodía, no lo conseguiría nunca; por eso golpea y ataca con la espada a Lanzarote, de manera que éste estaba asombrado mientras resiste. Cuando el rey Boores ve que Lanzarote está tan en inferioridad que no puede hacer otra cosa que resistir, dijo tan alto que muchos pudieron oírle sin dificultad: «¡Ay! Dios, ¿qué es lo que veo? ¡Ay! Valor, ¿qué ha sido de vos? ¡Ay!, señor, ¿estáis encantado, que sois vencido así por un solo caballero? Siempre os he visto llevar a cabo a vos solo mayores hazañas que las que podrían realizar dos de los mejores caballeros del mundo; ¡y ahora estáis tan agotado por el valor de un solo caballero!»

156. Así duró el combate hasta después de mediodía, sin que Lanzarote hiciera otra cosa que resistir los ataques de mi señor Galván cubriéndose; pero entonces descansó algo y recuperó la fuerza y el ímpetu; se lanza contra mi señor Galván con mucha rapidez, le da un gran golpe en medio del yelmo, que le hace tambalear; y se quedó tan débil que a la fuerza tuvo que retirarse. Entonces comienza Lanzarote a herirle, a darle grandes golpes con la cortante espada y a ganarle terreno; mi señor Galván, que tiene mayor miedo que nunca tuvo, y que se ve en situación de recibir todo tipo de afrentas si no logra defenderse, se esfuerza por temor a morir y reúne todo su valor; se defiende con tanto apremio que, por el apuro que pasa, le salta la sangre de la nariz y de la boca, sin contar las otras heridas que tenía, que le sangraban más de lo necesario.

Así duró la batalla de los dos caballeros hasta la hora de nona; entonces están tan agotados ambos, que no hay nadie a quien no parezca suficiente lo que han hecho; y el lugar donde combatían estaba lleno de mallas de las cotas y de trozos de los escudos. M señor Galván estaba tan agotado por las heridas que tenía, que ya sólo esperaba la muerte y a Lanzarote no le quedaba tanta sangre que no le hiciera más falta descansar que combatir, pues lD¡ señor Galván le había atacado mucho, llegándole muy cerca, de forma que la sangre le salía del cuerpo por más de trece lugares. Si hubieran sido otros caballeros, haría tiempo que habrían muerto por el trabajo que han soportado; pero tienen en el vientre corazones tan grandes que les parece que han hecho poco si no logran mantenerse hasta la muerte a ultranza, cuando se vea quién es el mejor.

157. De tal forma duró el enfrentamiento hasta vísperas; y entonces estaba tan agotado mi señor Galván que apenas podía sostener la espada; y— Lanzarote, que no estaba demasiado cansado y que podía resistir aún, le da golpes y lo lleva hacia delante y hacia atrás; aquél resiste, aguanta y se cubre con lo que le quedaba de escudo. Cuando Lanzarote ve que lo tiene vencido, y que todos los que estaban en el lugar pueden apreciar que no le queda defensa que le sirva, se retira un poco de mi señor Galván y le dice: «¡Ay! Señor Galván, sería razonable que se levantara la acusación que me habéis hecho, pues me he defendido de vos hasta cerca de la hora de vísperas; y quien acusa de traición debe demostrarlo para vísperas o haber vencido el combate, de lo contrario pierde la querella en justicia. Mi señor Galván, os digo esto para que tengáis compasión de vos mismo, pues si continuáis manteniendo este combate, uno morirá de forma bastante vil y será aborrecido por nuestro linaje. Y, como estoy dispuesto a hacer lo que me queráis pedir, os ruego que dejemos este combate.» Galván responde que no le vuelva a ayudar Dios, si lo concede de grado y añade: «Estad completamente seguro de que no puede ser que uno de nosotros dos no muera en este campo.» Lanzarote se queda muy afligido, pues en modo alguno deseaba que mi señor Galván muriera por él y lo había golpeado tanto que no pensaba que el día siguiente tuviera tanto valor como había mostrado aquel día; y era el hombre del mundo a quien Lanzarote amaba más. Entonces se acercó a donde vio al rey y le dijo: «Señor, he rogado a mi señor Galván que dejara de combatir, pues, ciertamente, si continuamos, alguno de los dos recibirá daño.» Cuando el rey —que se había dado cuenta que mi señor Galván estaba en inferioridad— oyó la buena voluntad de Lanzarote, le responde: «Lanzarote, Galván no dejará el combate si no le place, pero vos podéis abandonarlo, si queréis, pues ya ha pasado vuestra hora y habéis hecho lo que debíais.

—Señor, le responde Lanzarote, si no temiera que vos me lo considerarais cobardía, me marcharía dejando a mi señor Galván en el campo. —En verdad, contesta el rey, nunca hicisteis cosa que me agradara tanto como ésa. —Entonces, me iré, responde Lanzarote, con vuestra autorización. —Quedad con Dios, contesta el rey, y que os conduzca a salvo como el mejor caballero y el más cortés de cuantos vi.»

158. Con esto, se va Lanzarote hacia los suyos, y cuando Héctor lo vio venir, le dice: ¿Señor, qué habéis hecho, que venciendo a vuestro enemigo mortal no os habéis vengado de él, sino que le habéis dejado escapar, después de que os ha acusado de traición? Volved, buen señor, y cortadle la cabeza; entonces habrá terminado vuestra guerra. —¡Ay!, buen hermano, responde Lanzarote, ¿qué decís? Así me ayude Dios, preferiría ser herido por lanza en medio del cuerpo antes que matar a alguien tan noble. —Pero él, insiste Héctor, os hubiera matado, de haber podido; ¿por qué no hacéis vos otro tanto con él? —En modo alguno lo haré, responde Lanzarote, pues mi corazón, al que pertenezco, no lo podría aceptar de ninguna manera. —Ciertamente, dice el rey Boores, lo siento y creo que es una cosa de la que aún os arrepentiréis.»

Entonces monta Lanzarote sobre un caballo que le han preparado y entra en la ciudad; al llegar al patio mayor, cuando lo desarmaron, los médicos vieron que estaba gravemente herido y había perdido tanta sangre que cualquier otro hombre hubiera muerto. Cuando Héctor ve las heridas, se asusta mucho y les pregunta a los médicos, que las habían examinado, si podrá curarse. «Sí, le responden, no hay peligro de muerte; y sin embargo ha perdido tanta sangre y las heridas son tan profundas que tenemos miedo, aunque sabemos que sanará.» Entonces le vendan las heridas y le ponen aquello que consideran que le hará bien; cuando lo hubieron tratado lo mejor que sabían, le preguntan qué tal se encuentra. «Bien», responde Lanzarote; y les dice al rey Lyón y al rey Boores, que habían acudido a verle: «Buenos señores, os aseguro que desde que llevé armas por primera vez, nunca temí a un hombre solo, a no ser hoy; hoy, sin lugar a dudas, tuve mayor miedo que nunca, pues cuando llegó la hora de mediodía, cuando yo había conseguido que mi señor Galván estuviera tan cansado que a duras penas podía defenderse, entonces lo encontré tan esforzado y tan ágil que, si se hubiera mantenido mucho tiempo con aquella energía, yo no hubiera podido escapar sin la muerte; aún me asombra cómo pudo ocurrir, pues no me cabe la menor duda de que antes estaba agotado y perdido y en tan poco rato le llegó tanta fuerza que no había sido tan valiente y tan ágil al principio. —Ciertamente, responde Boores, decís verdad; a aquella hora tuve tanto miedo por vos, que nunca lo tuve tan grande; y si se hubiera mantenido tal como empezó, en aquella ocasión, no hubierais escapado sin muerte, pues no habría sido para con vos tan generoso como vos con él. He podido apreciar que ambos sois los dos mejores caballeros del mundo.»

Así hablaron los de Gaunes de la batalla y se admiraban mucho de cómo mi señor Galván había resistido tanto contra Lanzarote, pues todos sabían que éste era el mejor caballero del mundo y cerca de veintiún años más joven que mi señor Galván. En aquel entonces debía tener mi señor Galván setenta y seis años y el rey Arturo noventa y dos.

159. Cuando los de la hueste vieron que Lanzarote había entrado en la ciudad, se dirigieron hacia mi señor Galván, que estaba echado sobre su escudo, tan agotado que no se podía sostener; lo montaron en un caballo y lo condujeron ante el rey; después lo desarmaron y lo encontraron en tan mal estado que se les desmayó entre las manos. Fue llamado el médico y, tras ver las heridas, dijo que lo dejarían sano en un corto plazo, menos de la profunda herida que tenía en la cabeza. El rey dijo: «Buen sobrino, vuestro ultraje os ha matado; es una pena, pues jamás saldrá de vuestro linaje un caballero tan bueno como vos sois y habéis sido.» Mi señor Galván no tiene fuerza para responder a nada que le diga el rey, pues se encuentra tan mal que piensa que no llegará a ver el día. Allí lloran todos, grandes y pequeños, al contemplar a mi señor Galván más malherido que nadie; lloran los ricos y los pobres, pues todos le amaban con gran amor. La noche entera permanecen a su lado, por ver qué hará, esperando la hora en que muera ante ellos. Y, en toda la noche, mi

señor Galván no abrió los ojos, ni dijo una palabra, ni hizo nada, como si estuviera muerto, pero al cabo de un rato, se quejó con gran dolor.

Antes de que hubiera amanecido totalmente, ordenó el rey que levantaran sus tiendas y pabellones, pues no se quedaría más tiempo allí, sino que iría a alojarse a Gaula y no se movería hasta saber si mi señor Galván podría sanar o no. A la mañana, tan pronto como amaneció, se marchó de Gaunes el rey, con gran dolor e hizo llevar en parihuelas a mi señor Galván, tan lastimado que el mismo médico no espera sino su muerte.

160. El rey fue a establecerse en una ciudad llamada Meaux y se quedó allí hasta que mi señor Galván se curó. Cuando ya había permanecido mucho tiempo en aquella ciudad dijo que se marcharía en breve al reino de Logres; entonces le llegaron noticias que le desagradaron en demasía, pues un criado le dijo una mañana, al levantarse: «Señor, os traigo nuevas desagradables. —¿Cuáles son?, pregunta el rey, decídmelas. —Señor, en vuestra tierra han entrado los romanos; han quemado y destruido ya toda Borgoña, han herido y matado a los hombres y devastado la tierra; sé con certeza que esta semana os atacarán con el ejército, para combatir contra vos, en batalla campal, pero nunca habéis visto tanta gente como ellos tienen.» Cuando el rey Arturo oye esta noticia ordena al criado que se calle, pues si sus hombres lo oyen contar tal como lo cuenta, habría quienes se desmoralizarían más de lo debido. El criado responde que no hablará más.

El rey va a ver a mi señor Galván, que se había repuesto algo, menos de la herida que tenía en la cabeza, de la que sin duda habría muerto. El rey le pregunta cómo se siente. «Señor, bien, gracias a Dios, responde mi señor Galván; estoy completamente curado para llevar armas. —Bien os será necesario, le contesta el rey, pues nos han llegado hoy noticias bastante malas. —¿Cuáles son?, pregunta mi señor Galván; por favor, decídmelas. —A fe mía, contesta, un criado me ha dicho que el ejército de Roma ha entrado en esta tierra, que nos atacará esta semana y nos combatirá en batalla campal. Pensad qué se podrá hacer. —Ciertamente, responde mi señor Galván, lo mejor que se me ocurre es que mañana nos pongamos en marcha hacia ellos y que nos enfrentemos en batalla campal; pienso que los romanos son tan débiles de corazón y de tan poca fuerza que no nos resistirán.» Responde el rey que así lo hará; entonces vuelve a preguntarle a mi señor Galván cómo se encuentra y éste le contesta que se halla tan ágil como nunca y con la gran fuerza de siempre, si no fuera por la herida de la cabeza «de la cual no me he recuperado totalmente a mi gusto; pero por eso no dejaré de llevar armas tan pronto como sea necesario».

A la mañana siguiente dejó el rey el castillo donde se había alojado y cabalgó con su gente hasta encontrar, entre Champaña y Borgoña, al emperador de Roma que tenía gran cantidad de hombres, pero no eran tan buenos caballeros como los de Gran Bretaña. El rey Arturo, antes de atacar,— envió algunos de sus caballeros a la hueste romana para que le preguntaran al emperador por qué motivo había entrado en su tierra sin su permiso. El emperador4 respondió a esto diciendo: «No he entrado en su tierra, sino en la nuestra, pues no hay tierra alguna que no deba obtener de nos; he venido aquí para vengar a un príncipe nuestro, Frolo de Alemania, a quien él mató antaño con su propia mano; por la traición que hizo no le daremos. paz hasta que nos haya tributado homenaje y se nos haya hecho vasallo, de forma que nos pague tributo todos los años y sus sucesores también.» A esto respondieron los mensajeros del rey, diciendo: «Señor, ya que no se podrá encontrar otra cosa en vos, os desafiamos en nombre del rey Arturo y sabed que habéis llegado al combate en el que seréis deshonrado en el campo de batalla y todos vuestros hombres morirán. No sé, responde el emperador, qué ocurrirá, pero vinimos aquí a combatir y en combate tendremos o perderemos esta tierra.»

Entonces dejaron al emperador los mensajeros y, cuando llegaron ante el rey, le dijeron lo que habían hallado. «Ya no queda más que atacarles, exclama el rey, pues preferiría morir a ser vasallo de los romanos.»

161. Por la mañana se armaron los de Logres; el rey estableció diez cuerpos y, una vez divididos, los primeros fueron contra los romanos, de forma tan admirable que los espantaron completamente; al enfrentarse, se podían ver caballeros cayendo de un bando y del otro, tanto, que la tierra estaba repleta; los romanos no eran tan duchos ni estaban tan acostumbrados a llevar armas como los del reino de Logres; por eso los podíais ver tropezar, como si fueran bestias en movimiento. Cuando el rey Arturo, que conducía el último cuerpo, llegó al combate lo hubierais visto matar romanos y hacer grandes maravillas en persona; pues en aquel tiempo no había nadie de su edad capaz de hacer otro tanto. Y mi señor Galván, que estaba al otro lado, con Kay el senescal y con Girflete, volvió a atacar con tanto valor que nadie debería criticarlo, y cuando iba, en medio del combate, que era encarnizado, se. encontró con el emperador y con un sobrino; estos dos habían causado grandes daños a los de Logres, a quienes mataban y derribaban cuando se les ponían delante. Al ver mi señor Galván las hazañas que realizaban, se dijo a sí mismo: «Si esos dos viven mucho, podremos tener enojos, pues son buenos caballeros.» Entonces se lanza contra el sobrino del emperador y le da un golpe tan grande con la espada, que le arranca el hombro izquierdo; éste, se siente herido de muerte y se deja caer al suelo. Al ver el tajo, se juntan allí los romanos y atacan a mi señor Galván por todas partes, le golpean con las espadas y las lanzas en todos los sentidos, y le causan en el cuerpo grandes heridas, dignas de admiración; pero nada le dolía tanto como que le golpearan sobre el yelmo, pues se le había vuelto a abrir la herida de la cabeza y le parecía que iba a morir. Cuando el emperador vio a su sobrino tan malherido, se lanza contra Kay el senescal y le golpea con tanta fuerza que le atraviesa el cuerpo con la lanza y lo derriba, herido tan gravemente que no vivió después nada más que tres días. A continuación, desenvaina la espada y va contra Girflete, dándole un golpe tan grande en medio del yelmo, que se quedó aturdido, de manera que no se puede mantener en la silla, sino que cae del caballo. El rey Arturo vio esos dos golpes y estuvo seguro de que era el emperador; entonces se dirige hacia allí y golpea sobre el yelmo al emperador con toda su fuerza, con la espada clara y cortante, de forma que nada pudo evitar que sintiera el corte de la espada hasta los dientes; retira la espada y el emperador cae muerto al suelo, y fue una enorme pena, pues era buen caballero y hombre joven.

162. Cuando los romanos ven muerto a su señor, se dan por vencidos inmediatamente; huyen donde pueden; los persiguen y les dan muerte y descuartizan con tal crueldad que no quedaron más que cien prisioneros; fueron llevados ante el rey Arturo, que les dijo: «Daos por muertos si no me prometéis que vais a hacer mi voluntad.» Se lo prometen. Entonces ordena tomar el cuerpo del emperador y meterlo en un ataúd; después, les dice a los romanos: «Os llevaréis a Roma a vuestro emperador y diréis a aquellos a quienes os encontréis que en vez del tributo que pedían les envío el cuerpo de su emperador y que el rey Arturo no les dará otro tributo.» Le contestan que llevarán a cabo este mensaje; dejan al rey, que se quedó en el lugar donde había sido la batalla, y no quiso irse en toda la noche.

Aquí se calla la historia y vuelve al criado que la reina Ginebra envió al rey Arturo para que le contara la traición que Mordrez había llevado a cabo, y cómo se encontraba sitiada en la torre de Londres.

163. Cuenta ahora la historia que el día mismo que los romanos fueron vencidos, tal como se ha narrado, llegó ante el rey el criado que la reina Ginebra envió a Gaunes, desde el 'reino de Logres, para que llevara las noticias de Mordrez; el rey estaba muy alegre y contento por la suerte que Dios le había enviado, a no ser por mi señor Galván, que estaba tan herido que el rey se daba cuenta de que no se salvaría. Mi señor Galván no se quejaba de ninguna herida tanto como por la de la cabeza que le causó Lanzarote; aquel día los romanos con los grandes golpes que le habían dado en el yelmo le renovaron

completamente el dolor; sangraba en abundancia, pues había luchado bien en la batalla y si no hubiera sido tan esforzado como fue, los romanos no habrían sido vencidos, por mucha gente que se les hubiera enfrentado. Entonces llegó el mensajero de la reina ante el rey y le dijo: «Señor, a vos me envía la reina Ginebra, vuestra mujer, que os acusa —a través de mí— de que le habéis traicionado y mentido; no podréis evitar que haya sido deshonrada ella y todo su linaje.» Entonces le cuenta cómo se ha comportado Mordrez, cómo ha sido coronado del reino de Logres y cómo se le han hecho vasallos todos los altos nobles que habían obtenido tierras del, rey Arturo, de tal forma que si el rey Arturo volvía, no sería recibido como señor, sino como enemigo mortal. Le cuenta a continuación cómo ha asediado Mordrez a la reina en la torre de Londres y le ataca todos los días. «Y como mi señora teme que la destruya, os pide por Dios que la socorráis lo antes posible; tener por cierto que sí tardáis será apresada pronto. La odia de forma tan mortal que la afrentará en el cuerpo y vos tendréis por ello gran deshonra.»

164. Cuando el rey oye estas noticias, se disgusta tanto que no puede contestar palabra; le dice al criado que lo recompensará bien, si Dios quiere; y empezó a llorar con amargura y cuando puede hablar exclama al cabo de un rato: «¡Ay! Mordrez, ahora me haces saber que eres la serpiente que antaño vi salir de mi vientre, que quemaba mi tierra y se enfrentaba conmigo. Nunca hizo padre con hijo lo que yo haré de ti, pues te daré muerte con mis dos manos. ¡Que se entere todo el mundo y no quiera Dios que mueras en otras manos que en las mías!» Muchos nobles oyeron estas palabras y se quedaron sorprendidos, pues supieron de forma cierta, por las palabras que dijo el rey, que Mordrez era hijo suyo. Y hubo quienes se admiraron mucho. El rey ordenó, a los que estaban alrededor, que hicieran saber esa noche a toda la hueste que debían estar preparados para montar al amanecer, pues el rey iría al mar para pasar al reino de Logres. Cuando la hueste supo esta noticia, vierais destensar tiendas y pabellones por todas partes. El rey ordena que preparen unas parihuelas para caballo en las que se llevarán a mi señor Galván: no lo dejará lejos de él, pues, si muere, quiere verlo morir, y, si vive, se alegrará mucho más.

Lo hacen todo como el rey había ordenado.

165. Por la mañana, tan pronto como amaneció, la hueste se puso en movimiento; cabalgaron, una vez tomado el camino, hasta llegar al mar. Entonces habló mi señor Galván con hermosas palabras a los que estaban a su alrededor y les dijo: «¡Ay! Dios, ¿dónde estoy? —Señor, responde uno de los caballeros, estamos a orillas del mar. —¿A dónde queréis ir?, les pregunta. —Señor, queremos pasar al reino de Logres. —¡Ay! Dios, exclama mi señor Galván, benditos seáis, pues queréis que yo muera en mi tierra, a la que tanto he amado. —Señor, responde el caballero que con él estaba hablando, ¿pensáis morir así? —Sí, contesta, verdaderamente sé que no viviré ya quince días; y más me duele no ver a Lanzarote antes de morir que mi propia muerte; pues si viera al _que considero como mejor caballero del mundo y como el más cortés y le pudiera pedir perdón por aquello en lo que he sido tan villano al final, pienso que mi alma estaría más a gusto después de mi muerte.» El rey llegó a estas palabras y oyó lo que mi señor Galván decía y dijo: «Buen sobrino, gran daño me ha causado vuestra felonía, pues me ha privado de vos, a quien yo quería sobre todos los hombres, y, también, de Lanzarote, a quien tanto temían, pues si Mordrez supiera que ahora está conmigo en tan buena relación como antes, no sería tan osado que emprendiera una deslealtad como la que ha comenzado. Ahora me faltarán nobles —según creo— y faltaréis vos y todos aquellos en quienes en la gran necesidad yo confiaba más; el desleal traidor ha reunido todo el poder de mis tierras para atacarme. ¡Ay! Dios, ¡si yo tuviera ahora en mi compañía a aquellos que solfa tener, no temería a todo el mundo si estuviera contra mí.»

166. Tales palabras dijo el rey en aquel lugar y mi señor Galván las sintió mucho; se esforzó lo más que pudo en hablar y dijo: «Señor, si vos habéis perdido a Lanzarote por mi locura, lo recobraréis con vuestra sabiduría, pues si queréis lo podéis atraer sin dificultad hacia vos porque es el mejor caballero que he visto jamás y el más afortunado del mundo;

os ama con gran amor y estoy seguro de que irá a vos, si vos se lo pedís; y según me parece, os es muy necesario, y por mucha confianza que tengáis en mí no lo dejéis, pues ya nunca me veréis llevar armas, ni vos, ni ningún otro.» Cuando el rey Arturo oye lo que mi señor Galván le dice, que no saldrá vivo, le pesan tanto estas palabras y hace un duelo tan grande por ellas, que no hay hombre en el lugar a quien no le cause una gran compasión. «Buen sobrino, dice el rey, ¿es, pues, verdad lo que decís, que nos dejaréis pronto? —Señor, le responde,, sí; verdaderamente sé que no veré el cuarto día. —Debo lamentarme de eso, contesta el rey, pues el gran dolor será para mí. —Señor, responde mi señor Galván, en cualquier caso, os aconsejaría que llamarais a Lanzarote, para que viniera a socorreros; estoy seguro de que vendrá tan pronto como vea vuestras cartas, pues os ama mucho más de lo que os imagináis. —Ciertamente, contesta el rey, me he comportado tan mal con él que no sé cómo llamarlo, y por eso no lo haré.»

167. Mientras, llegaron los marineros ante el rey y le dijeron: «Señor, cuando queráis podéis entrar en vuestra nave, pues hemos aparejado todo lo que necesitábamos y el viento se ha levantado bueno, fuerte y continuo; tardar más sería locura.» Entonces el rey hace que tomen a mi señor Galván y lo metan en la nave, acostándolo lo más a gusto que pudieran los que de ello se ocupaban; a continuación entran los más ricos nobles y meten consigo sus armas y caballos; los demás nobles entran en las otras naves con sus hombres.

Así volvió el rey, afligido por la gran deslealtad que Mordrez había llevado a cabo contra él; pero siente aún más el ver a mi señor Galván empeorar cada día y acercarse a su fin: es el dolor que le toca, más que ningún otro, el corazón; es el dolor que no lo deja descansar ni día ni noche; es el dolor que no le deja beber ni comer. .

La historia interrumpe aquí el hablar de él y vuelve a Mordrez.

168. Cuenta ahora la historia que Mordrez mantuvo durante tanto tiempo el asedio de la torre de Londres, que resultó muy dañada y destruida, pues muchas veces la atacó con catapultas y con grandes golpes; y sus defensores no hubieran podido resistir tanto como resistieron si no fuera porque se defendían de forma admirable. Mientras duró el asedio de la torre, Mordrez no cesó de convocar a los altos dignatarios de Irlanda y Escocia y de los demás países extranjeros que eran súbditos suyos; cuando llegaron ante él, les hizo tan hermosos regalos que todos se quedaron asombrados; con tal habilidad se los conquistó de esta forma que se sometieron y así decían delante y detrás de él que por nada dejarían de ayudarle contra cualquiera, incluso contra el rey Arturo, si es que la casualidad lo llevaba a aquella tierra. Así llevó Mordrez a su lado a todos los altos hombres que eran vasallos del rey Arturo y los mantuvo mucho tiempo: lo podían hacer sin dificultad, pues el rey Arturo le había dejado todos sus tesoros —estuvieran donde estuvieran— antes de irse; por otra parte, todo el mundo le ofrecía y daba regalos y lo tenían por bien empleado, dada su gran generosidad. Un día que hizo atacar la torre se le llegó un mensajero, que le dijo en secreto, un poco alejado de los demás: «Señor, os traigo noticias maravillosas; el rey Arturo ha llegado a esta tierra con todo su poder y viene contra vos con su gente; si queréis esperarle aquí, lo podréis ver dentro de dos días; no podéis esquivar el combate, pues viene para atacarnos exclusivamente. Pensad qué vais a hacer, porque si no tomáis buena decisión, podéis perder todo en breve.» Cuando Mordrez oye estas noticias, se espanta y asombra, pues temía mucho al rey Arturo y a su ejército y, además, tiene mucho miedo por su propia deslealtad y teme que le perjudique más que ninguna otra cosa. Entonces pide consejo de los que más se fiaba y les pregunta qué podrá hacer. Le dicen: «Señor, no os sabemos dar otro consejo, sino que reunáis vuestros hombres y vayáis contra él, ordenándole que abandone la tierra en la que os han colocado los nobles, y si no quiere abandonar la tierra, tenéis más gente que él y que os ama con buen amor; sin dudar, combatidle y tened por cierto que sus hombres no os resistirán mucho, pues están

cansados y débiles, mientras que nosotros estamos frescos y reposados: hace tiempo que no llevamos armas. Antes de iros de aquí preguntad a vuestros nobles si aceptan la batalla; creemos que no habrá otra posibilidad, sino la que hemos dicho.» Mordrez contesta que de este modo lo hará. Convoca ante sí a todos sus nobles y a todos los altos dignatarios del país que estaban en la ciudad. Acudieron y, cuando hubieron llegado, les dijo que el rey Arturo les atacaba con todo su poder y que estaría en Londres al cabo de tres días; los que allí se encontraban dijeron a Mordrez: «¿Qué os importa su venida? Vos tenéis más hombres que él; atacadle tranquilo, pues nos expondremos a la muerte antes que dejar de defender la tierra que os hemos ofrecido y no os faltaremos mientras podamos llevar armas.» Cuando Mordrez oye que están dispuestos a combatir, se alegra mucho, les da las gracias y les ordena que tomen las armas, pues no deben tardar, ya que querría estar frente al rey Arturo antes de que éste dañara la tierra. Entonces fue sabida la noticia por todo el país y decían que para atacar al rey Arturo se pondrían en marcha al amanecer; aquella noche la pasaron trabajando en prepararse unos y otros. A la mañana siguiente, tan pronto como amaneció, salieron de Londres y contaron más de diez millas.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a la reina Ginebra, la mujer del rey Arturo.

169. Cuenta ahora la historia que cuando Mordrez se marchó de Londres con su compañía, los de la torre se enteraron de la noticia de que el rey Arturo venía y que los otros iban contra él para combatir; se lo dicen a la reina, que por este motivo se puso alegre y triste: alegre, porque se ve libre, y triste, por el rey, pues teme que muera en la batalla. Entonces comienza a pensar y está tan preocupada que no sabe qué hacer; mientras estaba en estos pensamientos, se presentó ante ella su primo; al verla llorar, se preocupó mucho y le preguntó:

Ay!, señora, ¿qué os pasa? Por Dios, decídmelo y os consolaré lo mejor que pueda. —Os lo diré, responde la reina, a esta preocupación me han impulsado dos cosas: una, que veo que mi señor el rey ha emprendido esta batalla, y si vence Mordrez, me matará; y si mi señor obtiene el honor de esta batalla, de ninguna manera podrá creer que Mordrez no me ha conocido carnalmente, dado el gran empeño que ha puesto en tenerme; estoy segura de que me matará tan pronto como pueda tenerme entre sus manos. Por estas dos cosas os podéis dar cuenta de que no puedo escapar sin morir o por los unos o por los otros. Mirad ahora si puedo estar a gusto.» No sabe qué aconsejarle al respecto, pues ve su muerte dispuesta por todas partes, y le dice: «Señora, si Dios quiere, el rey tendrá mayor compasión de vos de la que creéis; no os aflijáis tanto y rogad a Dios Nuestro Señor Jesucristo que envíe al rey vuestro señor honor y victoria en este combate y que os perdone su ira, si es que tiene ira contra vos.» Aquella noche descansó muy poco la reina, como quien no está a gusto y sí muy asustada, pues en ninguna parte ve su salvación.

170. A la mañana siguiente, tan pronto como amaneció, despertó a dos de sus doncellas, de las que más se fiaba; cuando estuvieron vestidas y arregladas, hizo que montaran sobre sendos palafrenes y llevó dos escuderos consigo; hizo sacar de la torre dos mulas cargadas de oro y de plata. Así salió la reina de Londres y marchó a un bosque que había cerca. de allí en el que se encontraba una abadía de monjas que habían construido sus antepasados. Al llegar allí fue recibida con la honra que correspondían a tal dama; hizo descargar todo el tesoro que había hecho llevar consigo y después dijo a las doncellas que le acompañaban: «Doncellas, podéis iros si os place; y, si os place, podéis quedaros; de mí aseguro que me quedaré aquí y me uniré a las monjas, pues mi señora madre, reina de Tarmelida, y a quien se tuvo por excelente mujer, se quedó aquí y aquí pasó el resto de su vida.» Cuando las doncellas oyeron lo que la reina decía, lloraron amargamente mientras afirmaban: «Señora, no recibiréis este honor sin nosotras.» La reina responde que se alegra mucho de la compañía. Entonces se acercó la abadesa y tan pronto como vio a la reina, le mostró su gran gozo; la reina le pidió ser recibida. «Señora, le responde la

abadesa, señora, si mi señor el rey hubiera dejado esta vida, os recibiríamos como señora y como compañera, pero como está vivo, no nos atreveremos a admitiros, pues sin duda nos mataría tan pronto como lo supiera. Y, además, señora, hay otra cosa; si os recibiéramos ahora, no podríais soportar la regla de la orden, pues es muy dura y más para vos, que habéis tenido todas las comodidades del mundo. —«Señora, contesta la reina, si no me recibís será peor para mí y para vos, pues si me voy de aquí y, por azar, me ocurre cualquier desgracia, el daño será para mí, pero estad segura, el rey os pedirá cuentas, pues por vuestra culpa me habrá ocurrido.» Tanto insistió la reina a la abadesa que ésta no supo qué responder; la reina la retiró a un lado y le explicó su angustia y el miedo, por lo que quería refugiarse allí. «Señora, contesta la abadesa, os daré un consejo al respecto; os quedaréis aquí dentro, y, si por desgracia Mordrez vence al rey y lo derrota en está batalla, entonces podréis tomar nuestro hábito y entrar en nuestra orden; y si el Dios de gloria concediera a vuestro señor vencer en la batalla y salir victorioso, sano y salvo, yo haría las paces entre vos y él, de manera que nunca habréis estado mejor.» La reina responde a la abadesa: «Señora, pienso que ese consejo es bueno y leal y lo haré tal como me habéis indicado.»

De este modo la reina se quedó aquí con las monjas, por el miedo que tenía al rey Arturo y a Mordrez. Deja ahora la historia de hablar de ella y vuelve al rey Arturo.

171. A continuación cuenta la historia que, cuando el rey Arturo se embarcó para ir al reino de Logres a destruir y exiliar a Mordrez, tuvo un fuerte viento favorable que, con toda su gente, pronto le llevó al castillo de Dovres; al llegar, después de sacar las armas de las naves, el rey pidió a los de Dovres que le abrieran la puerta y lo recibiesen dentro; lo hicieron con gran alegría, diciéndole que pensaban que había muerto. «Sabed que esa deslealtad la urdió Mordrez, les dijo el rey Arturo, y, si puedo hacerlo, por ella morirá como desleal y perjuro hacia Dios y hacia su legítimo señor.»

172. Aquel día, alrededor de la hora de vísperas, dijo mi señor Galván a los que estaban con él: «Id a decir a mi señor tío que venga a hablar conmigo.» Uno de los caballeros va al rey y le comunica que mi señor Galván lo llama. Cuando el rey llega allí, se encuentra a mi señor Galván tan apagado que nadie le puede sacar una palabra; entonces empieza el rey a llorar amargamente y a manifestar una gran aflicción; cuando él oyó a su tío con tal duelo, lo reconoció, abrió los ojos y le dijo como pudo: «Señor, me muero; por Dios, si podéis evitar enfrentaros con Mordrez, evitadlo, pues os aseguro que si habéis de ser muerto por alguien, será por él. Saludad a mi señora la reina; y vos, señor, como aún habrá alguien, si Dios quiere, que verá a Lanzarote, decidle que, con preferencia a cuantos hombres conocí, le envío mis saludos y que le pido perdón; ruego a Dios que lo guarde en el estado en que yo lo dejé; a él le suplico que tan pronto como sepa que he muerto por nada del mundo deje de acudir a ver mi tumba; sin duda le moverá a compasión por mí.» A continuación le dice al rey: «Señor, os pido que me hagáis enterrar en Camaloc con mis hermanos y quiero ser metido en la misma tumba donde fue metido el cuerpo de Gariete, pues fue el hombre del mundo a quien yo más amé. Haced escribir sobre la tumba: AQUÍ YACEN GARIETE Y GALVÁN, A QUIENES MATÓ LANZAROTE POR LAS INJURIAS DE GALVÁN. Tales palabras quiero que estén allí, de manera que como me lo he merecido yo sea denostado por mi muerte.» El rey, que se lamentaba mucho, al oír lo que decía Galván, le pregunta: «¿Cómo, buen sobrino, morís por Lanzarote? —Señor, sí, por la herida que me hizo en la cabeza: hubiera sanado totalmente, pero los romanos me la volvieron a abrir en la batalla. » Después de esto, nadie le oyó pronunciar una palabra, excepto que dijo: «Jesucristo, Padre, no me juzguéis según mis malas acciones.» Entonces abandonó el siglo, con las manos cruzadas sobre el pecho. El rey llora y se lamenta, desmayándose frecuentemente y a menudo sobre él, mientras se llama desgraciado, infeliz, triste y añade: «¡Ay! Fortuna, cosa contraria y opuesta, lo más desleal que hay en el mundo, ¿por qué me

fuiste tan favorable y amiga si me lo venderías tan caro al final? Antaño me fuiste madre, ahora me eres madrastra y para hacerme morir de dolor has llamado contigo a la muerte, de forma que me has afrentado de dos maneras: con mis amigos y con mis tierras. ¡Ay! Muerte villana, no debías haber atacado a un hombre como era mi sobrino, que sobrepasaba en bondad a todo el mundo.»

173. El rey está muy triste por esta muerte y tiene un pesar tan grande que no sabe qué decir; se desmaya tan a menudo que los nobles temen que se les muera entre las manos; lo llevan a una habitación, porque no quieren que vea el cuerpo, ya que mientras lo viera no cesaría su lamentación. El duelo del castillo fue tan grande durante todo el día que no se hubiera oído a Dios tronante, y lloraban todos, sin excepción, como si fuera primo hermano de cada uno de ellos; y no debe extrañar, pues mi señor Galván había sido el caballero del mundo más amado por las gentes; rindieron al cuerpo el honor que pudieron hacerle y lo metieron en telas de seda tejidas con oro. y con piedras preciosas; por la noche hubo tal iluminación, que os parecería que el castillo estaba ardiendo. A la mañana siguiente, tan pronto como amaneció, el rey Arturo, que se ocupaba de todo, llamó a cien caballeros y los hizo armar; después les mandó tomar un ataúd que pudiera ser transportado por los caballos e hizo meter en él el cuerpo de mi señor Galván diciéndoles: «Llevadme a Camaloc a mi sobrino y, allí, haced que lo entierren tal como ha pedido y que lo metan en la tumba a Gariete.» Mientras decía estas palabras lloraba amargamente, de manera que los que estaban en aquel lugar, no se sentían menos afligidos por su dolor que por la muerte de mi señor Galván. Entonces montan los cien caballeros y en el acompañamiento había más de otros mil; todos se lamentaban y gritaban tras el cuerpo, diciendo: «¡Ay! Buen caballero, firme, cortés y bondadoso, la muerte sea maldita, pues nos quitó vuestra compañía.» Así lloraba todo el pueblo tras el cuerpo de mi señor Galván. Después de haber acompañado largo trecho el cuerpo, el rey se detuvo y dijo a quienes debían seguir con él: «No puedo seguir; id a Camaloc y haced lo que os he dicho.» Entonces se vuelve el rey más afligido que nadie y dice, a sus hombres: «¡Ay! Señores, a partir de ahora parecerá que os esforzáis más, pues habéis perdido al que era padre y escudo vuestro en todas las necesidades. ¡Ay!, Dios, creo que mucho tiempo notaremos su ausencia.» Así decía el rey mientras iba.

174. Los que tenían que conducir el cuerpo, cabalgaron el día entero, hasta que la ventura los llevó a un castillo que se llamaba Beloe, cuyo señor era un caballero que nunca amó a mi señor Galván; antes bien, lo odiaba por envidia, pues veía que mi señor Galván era mejor caballero que él. Los que llevaban el cuerpo descabalgaron ante la sala principal y no había nadie que no tuviera un gran dolor en el corazón.

En esto, he aquí que la señora del lugar les pregunta quién es aquel caballero; le respondieron que era mi señor Galván, sobrino del rey Arturo. Cuando la dama oye estas palabras corre hacia el cuerpo como enloquecida y se desmaya sobre él; al volver en sí,—dice: «¡Ay! Mi señor Galván, qué gran calamidad es vuestra muerte, tanto para damas como para doncellas. Y yo pierdo con ella bastante más que ninguna otra, pues pierdo al hombre que más amaba en el mundo; sepan todos cuantos aquí están que nunca amé a nadie sino a él y que mientras yo viva, no amaré a ningún otro.» A estas palabras salió de la habitación el señor enfadándose mucho por el duelo que hacía la dama; corre a una sala, toma su espada, vuelve al cuerpo, y golpea con ella a su mujer, que estaba sobre él; lo hace con tal fuerza que le atravesó el hombro y se la hundió cerca de medio pie en el cuerpo; la dama exclama: «¡Ay! Mi señor Galván, ahora soy muerta por vos. Por Dios, señores que estáis aquí, os ruego que llevéis mi cuerpo allí donde lleváis el suyo, de forma que todos los que vean nuestras sepulturas sepan que he muerto por él.» Los caballeros no escuchan demasiado lo que la dama dice, pues están muy afligidos de que por tal desgracia haya muerto así; atacan al caballero y le quitan la espada y uno de ellos le dice encolerizado: «Ciertamente, señor caballero, nos habéis hecho una gran afrenta al matar ante nosotros sin motivo a esta dama; así me ayude Dios, creo que no volveréis a golpear a una dama sin acordaros de ello.» Toma entonces la espada y le da un golpe tan fuerte al

señor del lugar, que le causa una herida mortal; éste, que se siente herido de muerte, quiere fugarse, pero el caballero no le deja, sino que le da otro golpe, derribándole muerto en medio de la gran sala. Entonces exclama un caballero que allí estaba: «¡Ay! Desgraciado, infeliz, este caballero ha matado a mi señor.» Lo hace saber por toda la ciudad, toman las armas y dicen que en mala hora vinieron los caballeros, pues les van a vender muy cara la muerte de su señor; llegan a la gran sala y les atacan, aunque aquellos se defienden bien, porque son buenos caballeros y amigos, de forma que los de la ciudad se consideran equivocados por el ataque que han emprendido, pues aquellos les hacen abandonar la gran sala en poco tiempo.

175. Así pasaron aquella noche, comiendo y bebiendo lo que pudieron encontrar allí dentro. Por la mañana, prepararon un ataúd y se llevaron a la dama. Cabalgaron hasta llegar a Camaloc y cuando los de la ciudad supieron que era el cuerpo de mi señor Galván, se entristecieron y afligieron mucho por su muerte y decían que ya estaban completamente aniquilados; acompañan el cuerpo hasta la iglesia mayor y lo colocan en medio de la nave. Cuando el pueblo supo que había sido llevado el cuerpo de mi señor Galván, acudió en tal cantidad como nadie podía contar. A la hora de tercia, cuando el cuerpo ya había cumplido el tiempo, lo metieron en la tumba con Gariete, su hermano, y escribieron sobre su sepultura: AQUÍ YACEN LOS DOS HERMANOS, MIS SEÑORES GALVÁN Y GARIETE, A QUIENES MATÓ LANZAROTE DEL LAGO POR LAS INJURIAS DE GALVÁN.

Así fue enterrado Galván con su hermano Gariete; los de aquella tierra hicieron un gran duelo por la muerte de mi señor Galván. La historia deja ahora de hablar de mi señor Galván y de la dama de Beloe y vuelve a referirse al rey Arturo y a su compañía.

176. Cuenta ahora la historia que cuando el rey Arturo dejó el cuerpo de mí señor Galván, tras enviarlo a Camaloc, se volvió al castillo de Dovres, permaneciendo allí todo aquel día. A la mañana siguiente, se puso en marcha y se dirigió contra Mordrez; cabalgaba con toda su hueste. Pasó la noche a la entrada de un bosque: cuando se acostó y ya se había dormido en su cama, creyó que en sueños se le presentaba mi señor Galván, más hermoso que lo había visto nunca; tras él venía una muchedumbre de pobres que decían: «Rey Arturo, hemos conseguido la casa de Dios para vuestro sobrino, mi señor Galván, por el gran bien que nos ha hecho; haz como él y obrarás como sensato.» El rey contesta que le agrada mucho; entonces corría hacia su sobrino y lo abrazaba y mi señor Galván le decía llorando: «Señor, tened cuidado al atacar a Mordrez; si lo hacéis, moriréis o seréis herido de muerte. —Ciertamente, respondía el rey, le atacaré, aunque deba de morir, pues si no, sería cobarde al no defender mi tierra contra un traidor.» Con esto se marchaba mi señor Galván, manifestando la mayor pena del mundo, mientras decía a su tío el rey: « ¡Ay!¡ Señor, qué tristeza y qué desgracia que precipitéis así vuestro fin!» Después se volvía al rey y le decía: «Señor, llamad a Lanzarote y estad seguro de que si lo tenéis en vuestra compañía, Mordrez no podrá resistir; si no lo llamáis en este momento de necesidad, no os escaparéis sin la muerte.» El rey le responde que no lo hará llamar para esto, pues se ha portado tan mal con él que no cree que venga a su orden. Mi señor Galván se volvía llorando y decía: «Señor, sabed que será una gran desgracia para todos los nobles.» Esto le sucedió al rey Arturo mientras dormía. Por la mañana, al despertarse, hizo el signo de la cruz sobre su rostro y dijo: «¡Ay! Buen Señor Dios Jesucristo, que me habéis hecho tantos honores, ya que primero, llevé corona y pude tener tierras, Señor bueno y dulce, por vuestra misericordia, no permitáis que yo pierda la honra en esta batalla, pero dadme la victoria sobre mis enemigos que me son perjuros y desleales.» Tras decir esto se levantó y fue a oír misa del Espíritu Santo y, después, hizo que toda su hueste desayunara un poco, pues no sabía a qué hora encontraría a las gentes de Mordrez. Después de comer se pusieron en camino; durante todo el día cabalgaron con tranquilidad, para que los caballos no estuvieran demasiado cansados al entrar en la batalla. Aquella noche se instalaron en la

llanura de Lovedón y estuvieron muy a gusto. El rey se acostó en su tienda solo, con sus chambelanes; al dormirse, le pareció que venía una dama, la más hermosa que había contemplado en el mundo; lo levantaba de la tierra y se lo llevaba a la montaña más alta que había visto; allí lo colocó sobre una rueda. En aquella rueda había unos asientos que subían y otros que bajaban; el rey miró en qué sitio de la rueda estaba sentado y vio que su asiento era el más alto. La dama le preguntó: «Arturo, ¿dónde estás? —Señora, le responde, estoy en una alta rueda, pero no sé qué es. —Es, le contesta ella, la rueda de la fortuna», y le pregunta a continuación: «Arturo, ¿qué ves? —Señora, me parece que veo todo el mundo. —Así es, le contesta, lo ves y no hay prácticamente nada de lo que no hayas sido señor hasta ahora y de todo el entorno que contemplas, fuiste el rey más poderoso. Pero es tal el orgullo en la tierra, que no hay nadie sentado tan alto que no caiga del poder.» Entonces lo tomó y lo tiró al suelo con tanta fuerza que al rey le pareció que estaba destrozado y que iba a perder la fuerza del cuerpo y de los miembros.

177. Así vio el rey las desgracias que le iban a ocurrir. Por la mañana, cuando se levantó, oyó misa antes de armarse, y, lo mejor que pudo, confesó a un arzobispo todos los pecados de los que se sentía culpable hacia su Creador; después de confesarse y de dar gracias, le contó las dos visiones que había tenido las noches anteriores. Cuando el santo varón las oyó, le— dijo al rey: «¡Ay! Señor, por la salvación de vuestra alma, de vuestro cuerpo y del reino, volveos a Dovres con toda vuestra gente, pedid a Lanzarote que venga a socorreros; acudirá con mucho gusto. Si os enfrentáis a Mordrez en este momento, seríais herido de muerte o muerto y nosotros tendríamos una pérdida tan grande, que duraría tanto como durara el mundo. Rey Arturo, todo eso os ocurrirá si os enfrentáis con Mordrez. —Señor, le responde el rey, me decís cosas admirables al prohibirme hacer lo que no puedo abandonar. —Conviene obrar así, contesta el hombre bueno, si no queréis ser deshonrado.» De tal forma le habla el arzobispo al rey Arturo, como quien quería hacerle desistir de su deseo, pero no lo logra, pues el rey jura por el alma de Uterpandragón, su padre, que no retrocederá y que se enfrentará con Mordrez. «Señor, contesta el religioso, es una lástima que yo no os pueda hacer abandonar vuestro deseo.» El rey le dice que se calle, pues no dejaría de hacerlo por el honor de todo el mundo.

178. Aquel día cabalgó el rey y se dirigió tan directamente como pudo hacia las llanuras de Salisbury, como quien sabía que en aquella llanura iba a tener lugar la gran batalla mortal de la que tanto habían hablado Merlín y otros adivinos. Cuando el rey Arturo entró en el llano dijo a sus gentes que acampasen allí, donde esperarían a Mordrez; lo hicieron tal como ordenó; en poco rato se asentaron y se establecieron lo mejor que pudieron. Por la noche, después de cenar, el rey Arturo con el arzobispo fue a dar un paseo por la llanura y llegaron a una roca alta y dura; el rey miró roca arriba y vio que tenía letras talladas. Mira al arzobispo y dice: «Señor, he aquí maravillas; en esta roca hay letras que fueron inscritas hace largo tiempo; mirad lo que dicen. Contempla las letras, que decían: EN ESTA LLANURA TENDRÁ LUGAR LA BATALLA MORTAL POR LA QUE QUEDARÁ HUÉRFANO EL REINO DE LOGRES. «Señor, le dice al rey, ya sabéis lo que quieren decir; si os enfrentáis con Mordrez, el reino se quedará huérfano, pues o moriréis o seréis herido de muerte; no será de otra forma; y para que no dudéis de que en este texto no hay sino verdad, os digo que el mismo Merlín escribió las letras y en todo cuanto dijo sólo hubo verdad, como quien estaba seguro de lo que había de ocurrir. —Señor, le responde el rey Arturo, lo veo tan claro que, si no hubiera avanzado tanto, me volvería, fuera cual fuese el deseo que tuviera; pero que ahora nos ayude Jesucristo, porque no me retiraré hasta que Nuestro Señor me haya dado honor a mí o a Mordrez; y si me va mal, habrá sido por mis pecados y por mis culpas, pues mis buenos caballeros son más que los de Mordrez.» El rey Arturo decía estas palabras muy desanimado y más atemorizado de lo que solía, porque había visto numerosas señales que le presagiaban su muerte. El arzobispo llora con ternura, ya que no puede hacer que se vuelva. El rey regresó a su tienda; cuando estuvo en ella se le acercó un criado para decirle: «Rey Arturo, no te saludo, pues soy vasallo de un mortal enemigo tuyo: Mordrez, rey del reino de Logres. Te dice, a través de mí, que has entrado alocadamente en su tierra, pero que si le prometes, como rey, que al

amanecer te volverás con toda tu gente allí donde habéis venido, te lo tolerará de manera que no te hará ningún daño; pero si no quieres hacerlo, te fija la batalla para mañana. Dile cuál de estas dos cosas vas a hacer, que no quiere tu destrucción si abandonas su tierra.»

179. El rey, que oye este mensaje, responde al criado: «Ve a decir a tu señor que esta tierra, que es mía por herencia, de ningún modo la dejaré por su deseo, sino que me quedaré en ella, como mía que es, para defenderla y expulsarle como perjuro; que tenga por seguro Mordrez el perjuro que morirá a mis manos; dile estas cosas de mi parte y que me agrada más enfrentarme a él que dejarle, incluso aunque tuviera que matarme.» Después de estas palabras, no se entretuvo el criado; se marchó sin despedirse y cabalgó hasta llegar ante Mordrez, a quien contó palabra por palabra lo que había dicho el rey Arturo, y añadió: «Señor, sabed que no podéis esquivar la batalla, si es que os atrevéis a esperar hasta mañana. —Sin dudar lo esperaré, responde Mordrez, pues no deseo nada tanto como la batalla campal contra él.»

180. Así quedó decidido el combate en el que murieron muchos nobles sin merecerlo. Aquella noche tuvieron miedo los hombres del rey Arturo, pues sabían que tenían mucha menos gente que la hueste de Mordrez; por eso temían el enfrentamiento. Mordrez había suplicado tanto a los sajones, que acudieron en su ayuda: eran grandes y fuertes, pero no eran tan diestros en el combate como la gente del rey Arturo; odiaban al rey con odio mortal y por eso se habían vuelto hacia Mordrez, a quien le habían rendido homenaje los más altos hombres de Sajonia, pues en aquel momento pensaban vengar con mucho los grandes contratiempos que el rey Arturo les había provocado en alguna ocasión. Así se reunieron muchos hombres procedentes de todas partes. Tan pronto como rayó el día, se levantó el rey Arturo y oyó misa; después, se armó y ordenó a su gente que se armara. El rey dispuso diez cuerpos de ejército: el primero, conducido por Yváin; el segundo, por el rey Yon; el tercero, por el rey Karadoc; el cuarto, por el rey Carabentín; el quinto, por el rey Aquisán; el sexto, por Girflete; el séptimo, por Lucán el Copero; el octavo lo conducía Sagremor el Desmesurado; el noveno, Guivrete; el último lo conducía el rey Arturo y en él iba la flor de su gente; y en éste tenían puestas sus esperanzas, pues había muchos valientes que no serían fácilmente vencidos, si no eran atacados por gran número de enemigos.

181. Cuando el rey Arturo hubo reunido y dispuesto así su ejército, rogó a cada dignatario que pensara en actuar bien, pues si podía salir con honra de este combate, no hallaría quien osara rebelarse contra él nunca más. Así estableció el rey sus cuerpos; y también lo hizo Mordrez, pero, como tenía más gente que el rey Arturo, formó veinte cuerpos y en cada uno tantos hombres como era necesario, y buenos caballeros al frente de ellos; en el último colocó a los mejores y puso juntos a todos aquellos de quienes más se fiaba y él los conducía; dijo que con este cuerpo se enfrentaría a Arturo, pues sus espías ya le habían dicho que el rey iba al frente del último de sus cuerpos. En los dos primeros Mordrez no tenía ningún caballero que no fuera sajón; en los dos siguientes estaban los de Escocia; después, los de Gales: sus hombres ocupaban dos cuerpos; luego, los de Norgales, en tres cuerpos. Así había elegido Mordrez los caballeros de diez reinos; cabalgaron todos en orden hasta llegar a la gran llanura de Salisbury, donde vieron el ejército del rey Arturo y las banderas que se agitaban contra el viento; los de la hueste del rey Arturo esperaban, montados, a que llegaran los hombres de Mordrez; cuando se acercaron tanto que ya sólo faltaba golpearles, vierais bajar lanzas.

Delante de todos los sajones venía Arcán, hermano del rey de los sajones, armado sobre el caballo con su arnés completo. Cuando lo vio mi señor Yváin, que era el primero de sus compañeros y esperaba el primer encuentro, galopa contra él con la lanza bajada; Arcán golpea a mi señor Yváin y rompe la lanza; mi señor Yváin le da con tal dureza que le atravesó el escudo y le mete el hierro de la lanza en medio del cuerpo; lo empuja bien, derribándolo del caballo y, al caer, se quiebra la lanza, de modo que queda tendido en el suelo y herido de muerte; entonces exclama un pariente de mi señor Yváin, de forma que muchos le oyeron: «¡Sajonia ha sido despojada de uno de sus mejores herederos!»

Entrechocan los ejércitos, el primero del rey Arturo contra los dos de los sajones; allí podíais ver en el encuentro muchos golpes de lanza y caer muchos buenos caballeros; y muchos buenos caballos correr, abandonados, por el campo, sin nadie que los retuviera; podíais ver, en poco rato, la tierra cubierta de caballeros, muertos unos, heridos otros. En el llano de Salisbury así comenzó la batalla, por la que el reino de Logres fue a la destrucción, a la vez que muchos otros, porque después no hubo tantos nobles caballeros como había habido antes; tras su muerte, las tierras quedaron desoladas y yermas, sin buenos señores, pues todos murieron con gran dolor y aflicción.

182. Se entabló un combate duro y digno de admiración; cuando los de delante rompieron sus lanzas, toman las espadas y dan golpes tan grandes, que hacen que las espadas se hundan en los yelmos hasta el cerebro. Muy bien actuó aquel día mi señor Yváin, haciendo sufrir mucho a los sajones; cuando el rey de éstos hubo contemplado un rato, se dijo a sí mismo: «Si éste vive mucho tiempo, seremos vencidos.» Galopa contra mi señor Yváin, en medio del combate, tan deprisa como puede su caballo y le golpea con toda su fuerza, de forma que el escudo no puede" impedir que le meta la lanza por el costado izquierdo, pero no lo hiere de muerte; al pasar, mi señor Yváin le golpea con la cortante espada, de manera que hace que su cabeza vuele y que el cuerpo caiga a tierra. Cuando los sajones vieron a su señor en el suelo comenzaron a hacer un enorme duelo; a los de Logres, cuando oyeron las lamentaciones que habían iniciado, no les importa, sino que les atacan con las espadas desenvainadas; los matan y les hacen tal mortandad, que en poco rato los pusieron en fuga, pues no había —entre ellos— quien no tuviera una herida grande o pequeña, y estaban más derrotados por la muerte de su señor que por otra cosa. Cuando los sajones abandonaron el campo y huyeron, los de Logres los persiguieron; en su huida se lanzaron hacia los de Irlanda, que al galope de sus caballos iban a ayudarles, espoleando contra los hombres de mi señor Yváin; les atacaron con ímpetu, pues estaban frescos y descansados, de modo que murió una gran parte. Los que eran valientes y preferían morir a volverse, los recibieron lo mejor posible, aunque estaban cansados y fatigados. En aquel momento fue derribado mi señor Yváin y herido por dos lanzas: hubiera muerto y todos sus compañeros hubieran resultado vencidos, a no ser por el rey Yon que, al mando del segundo cuerpo del ejército, les socorrió lo antes que pudo con tanta gente como tenía. Mortalmente se golpean por ambas partes metiéndose las lanzas en los cuerpos; se derriban de los caballos, unos por un lado, otros por otro, de forma que en poco rato podríais ver toda la llanura cubierta de heridos y de muertos. Cuando los de Irlanda y los hombres del rey Yon se enfrentaron, podíais ver dar y recibir golpes, y caballeros cayendo a tierra. El rey Yon, que buscaba el mayor peligro, ha recorrido todo el campo hasta llegar a un lugar donde encontró a mi señor Yváin, a pie, entre sus enemigos, y quería montar, pero no podía, pues los otros lo tenían muy de cerca; cuando el rey vio esto se lanza contra los que pretendían matar a mi señor Yváin, dándoles grandes golpes allí donde los encuentra; los esparce y separa —quisieran o no— y les hace retroceder, de forma que mi señor Yváin montó sobre un caballo que el mismo rey le dio.

183. Nada más montar, como quien tiene gran valor, mi señor Yváin volvió al combate; el rey Yon le dice: «Señor, cuidaos lo mejor que podáis, si no queréis morir.» Mi señor Yváin le responde que nunca temió morir, sino hoy; «y me admira cómo ha podido ser, pues jamás el miedo me hizo temer». Entonces se meten en la batalla y vuelven a dar grandes golpes, con tal rapidez como si no hubieran hecho nada en el día; por su valor, los irlandeses son vencidos y huían, cuando un caballero irlandés, al galope con una cortante lanza en su mano, hiere al rey Yon con tal fuerza que la armadura no puede impedir que le meta en el cuerpo hierro y asta, de forma que una buena parte de la punta apareció por el otro lado; lo golpea bien, derribándolo a tierra tan herido que no necesita médico: al verlo mi señor Yváin, exclama: «¡Ay! ¡Dios, qué desgracia es que este valiente caballero haya muerto tan pronto! ¡Ay! Mesa Redonda, hoy bajará vuestra gran altura, pues me parece que se os despojará de vuestros criados que os han mantenido hasta ahora en el alto nombre en que estabais.» Tales palabras dijo mi señor Yváin cuando vio al rey Yon yacer en el suelo; ataca al que lo había matado y lo golpea con tanta fuerza que lo parte hasta los dientes,

derribándolo muerto. Dijo: «Ya está muerto éste y, sin embargo; no ha sido restituida la vida de aquel valiente caballero.»

184. Cuando los caballeros del rey Yon vieron a su señor muerto, se llaman desgraciados, infelices y por el llanto cesa la persecución; los que huían delante, al ver que se habían parado junto al cuerpo, supieron que lloraban por alguien que fue insigne noble; pero no se asustaron, sino que volvieron al instante y atacaron a los que hacían el duelo, golpeándoles con tanta fuerza que mataron a una gran parte y los hubieran matado a todos a no ser por el tercer ejército, que los socorrió al ver que iban hacia un gran martirio. Cuando el rey Karadoc —que mandaba el tercer cuerpo— supo que el planto que hacían era por el rey Yon, a quien habían matado aquéllos, dijo a sus hombres: «Señores, vayamos al combate; no sé qué será de mí. Si me matan, os ruego por Dios que no se note, pues vuestros enemigos podrían ganar valor y atrevimiento con eso.» Así habló el rey Karadoc al entrar en el combate; y cuando estuvo entre sus enemigos, actuó tan bien que nadie que lo viera lo tendría por cobarde; por su valentía, volvieron la espalda los de Irlanda y se dieron a la fuga todos, como si no esperaran más que la muerte: mataron tantos de ellos los hombres del rey Karadoc, antes de que recibieran socorro, que podríais ver todo el lugar cubierto. Cuando los altos nobles de Escocia vieron en tan vil situación a sus compañeros, no lo pueden soportar: atacan a los hombres del rey Karadoc. Heliadés, que era señor de Escocia, porque había recibido el honor de Mordrez, ataca al rey Karadoc, que estaba mejor montado que sus hombres, y con más riqueza. Este no lo esquiva, pues era bastante valiente como para esperar al mejor caballero del mundo; se golpean con las lanzas atravesando los escudos y chocan con tal fuerza que, en medio del cuerpo, se meten las cortantes picas, de forma que los hierros aparecen por la otra parte; se derriban, atravesados, sin que uno pueda reírse del otro, pues los dos están heridos de muerte. A salvarlos se lanzan las dos partes, cada cual para ayudar al suyo y apresar al otro; los hombres del rey Karadoc se esfuerzan tanto que consiguen hacerse con Heliadés, pero se encontraron con que el alma se le había ido del cuerpo, porque había sido herido en medio del cuerpo con la lanza; desarman al rey Karadoc y le preguntan cómo está; les responde: «Sólo os ruego que venguéis mi muerte, pues sé bien que no veré la hora de nona; por Dios, que no se os note, pues los nuestros podrían ser vencidos inmediatamente y, entonces, la pérdida sería mayor. Quitadme la cota de malla y llevadme sobre mi escudo hasta aquella cuesta; allí moriré más a gusto que aquí.» Lo hicieron como él les había ordenado; lo llevaron a la montaña muy entristecidos, pues amaban con gran amor a su señor; después de ponerlo bajo un árbol, les dijo: «Volved al combate y dejadme aquí custodiado por cuatro escuderos; vengad mi muerte como podáis; si alguno de vosotros consigue salvarse, le suplico que lleve mi cuerpo a Camaloc, a la iglesia en la que yace mi señor Galván.» Le contestan que lo harán de grado; le preguntan: «Señor, ¿creéis que en esta batalla habrá tal destrucción como decís? —Os aseguro, les responde, que desde que la cristiandad llegó al reino de Logres, no hubo batalla en la que murieran tantos valientes como morirán en ésta; es la última que habrá en tiempos del rey Arturo.»

185. Tras oír estas palabras, lo dejan y vuelven al combate; lucharon tan bien los hombres 'del rey Karadoc y los del rey Yon, que los escoceses, irlandeses y sajones fueron vencidos. Más de la mitad de los hombres de los tres cuerpos del rey Arturo yacían muertos en el suelo; con las hazañas que habían realizado consiguieron acabar con los seis cuerpos del ejército de Mordrez e incluso se lanzaron contra los cuerpos salidos del reino de Gales; en estos dos cuerpos había muchos valientes, a los que les tardaba ya entrar en el combate y les pesaba haber estado descansando tanto tiempo; recibieron con firmeza a los hombres del rey Arturo, de forma que fueron pocos los que quedaron en las sillas, porque ellos no habían hecho nada en todo el día y los hombres del rey Arturo estaban cansados y fatigados de dar y recibir golpes. En este encuentro fue derribado mi señor Yváin y estaba tan agotado que permaneció un buen rato desmayado; comenzó entonces la persecución de los hombres del rey Arturo; en la acometida pasaron más de quinientos caballeros sobre mi señor Yváin, que le causaron tanto dolor que —si en aquel día no hubiera tenido daños mayores— habría tenido suficiente en aquella ocasión; ésta

fue la cosa que más lo debilitó y que le quitó más fuerza y vigor. Así se dieron a la fuga los hombres del rey Arturo. Cuando el rey Carabentín de Cornualles vio que les tocaba la peor parte, dijo a sus hombres: «¡Ahora!, ¡a ellos!, ¡los nuestros son vencidos!» Entonces ataca el cuarto cuerpo del rey Arturo: allí podíais oír cómo gritaban en su acometida las contraseñas de diversa gente, y podíais ver cómo caían los caballeros, derrumbándose, muertos los unos y heridos los otros; jamás visteis un encuentro más doloroso que aquél, pues se odiaban con odio mortal. Cuando se rompieron las lanzas, desenvainan las espadas y se dan grandes golpes, de forma que se parten los yelmos y hacen pedazos los escudos; se derriban de los caballos y cada cual procura la muerte a su compañero. No tardó mucho Mordrez en enviar dos escuadrones para ayudar a sus gentes. Cuando el rey Aquisán —que mandaba el quinto ejército— los vio acercarse a la llanura dijo a los que con él estaban: «Vayamos hacia allá, de modo que podamos interceptar a los que ahora se han alejado de su gente; procurad no tropezar con nadie antes de dar con ellos; cuando hayáis llegado, atacadles, que sean sorprendidos.» Lo hicieron tal como les ordenó, pues esquivaron a todos cuantos les había mostrado y cayeron sobre el ejército que se había alejado de Mordrez; al chocar las lanzas habríais oído tal estrépito que no se oiría a Dios tronante; en el encuentro, más de quinientos fueron al suelo y los de Mordrez resultaron muy dañados al comienzo.

Así se entabló el combate en dos lugares, más cruel de lo que hubiera sido necesario.

186. Cuando los hombres de Aquisán habían quebrado sus lanzas, tomaron las espadas y atacaron a sus enemigos, golpeándoles donde pueden; se defendían muy bien y mataron a muchos. El rey Aquisán iba buscando con la espada el tumulto; entonces, mira ante sí y ve a mi señor Yváin, herido, que quería montar sobre un caballo, pero sus enemigos lo habían derribado dos o tres veces. Cuando el rey ve a mi señor Yváin, galopa, tan deprisa como puede el caballo, hacia aquel lugar: allí había cuatro que querían matar a mi señor Yváin; el rey, que va al galope, le da un tajo a uno, de forma que el yelmo no pudo impedir que le haga beber el acero con el cerebro; golpea a los demás, que se preguntan admirados de dónde viene tal valor. Realizó tales hazañas el rey Aquisán, que consiguió librar a mi señor Yváin de todos los que le acometían; le dio un caballo y le hizo montar de nuevo; cuando ya cabalgaba, a pesar de estar cansado, volvió al combate y luchó tanto, con respecto a lo que había hecho antes, que todos se admiraron. Así batallaban antes de la hora de tercia todos los ejércitos, excepto los dos últimos, el del rey Arturo y el conducido por Mordrez. El rey había mandado a un muchacho que se subiera a una colina para ver cuánta gente tenía Mordrez en su ejército, que era el último; cuando el criado subió a la colina y vio lo que el rey le había encargado, volvió al rey y le dijo en secreto: «Señor, en su ejército tiene fácilmente el doble de hombres que tenéis vos. —Realmente, responde el rey, es un gran contratiempo. Que Dios nos ayude ahora, pues, si no, seremos muertos y vencidos.» Entonces echa de menos a su sobrino, mi señor Galván, diciendo: «¡Ay! Buen sobrino, ahora os necesito a vos y a Lanzarote, pues si Dios hubiera querido que los dos estuvierais armados junto a mí, sería para nosotros la victoria en este combate, con la ayuda de Dios y gracias a vuestro valor. Pero, sobrino bueno y dulce, ahora me tengo por loco porque no os hice caso cuando me decíais que llamara a Lanzarote en mi ayuda y socorro contra Mordrez, pues estoy seguro que si lo hubiera llamado, hubiera acudido de grado y con gusto.»

187. Así habló el rey Arturo, muy afligido, y el corazón le decía una parte de los males que le iban a venir a él y a su compañía. Estaba bien armado y con riqueza; se acercó a los de la Mesa Redonda, de los que habría alrededor de setenta y dos en su compañía. «Señores, les dijo, este combate es el más cruel de cuantos he visto; por Dios, vosotros que sois hermanos y compañeros de la Mesa Redonda, manteneos juntos unos a otros, pues si lo hacéis así, no os podrán vencer fácilmente; por cada uno de nosotros, ellos son dos y diestros en el combate, por lo que son más temibles. —Señor, le responden, no os preocupéis; cabalgad tranquilo, pues ya está ahí Mordrez que se dirige muy deprisa contra vos; no temáis, porque del mucho miedo no podría resultar ningún bien ni a nosotros ni a

vos.» Entonces pusieron delante el estandarte del rey y cien caballeros o más custodiándolo. Mordrez tomó cuatrocientos caballeros de los más valerosos de su compañía y les dijo: «Id directamente a aquella colina, cuando lleguéis a ella, volved por aquel valle, tan en silencio como podáis; entonces dirigíos hacia el estandarte picando espuelas y con tal violencia que no quede nadie por derribar. Si lo podéis hacer así, os aseguro que los hombres del rey se sorprenderán tanto que no podrán resistir y se darán a la fuga, porque no sabrán dónde meterse.» Le contestan que lo harán con mucho gusto, pues así lo ordena.

188. Galopan entonces hacia donde ven el ejército del rey; se atacan con las lanzas bajadas: en el choque os parecería que toda la tierra iba a hundirse, pues el estrépito era tan grande con las caídas de los caballeros que se podía oír a dos leguas de distancia. El rey Arturo, que reconoció a Mordrez, se dirige contra el y Mordrez hace lo mismo: se golpean como valientes y esforzados que son. Mordrez alcanza al rey primero, de forma que le atraviesa el escudo; pero la cota era fuerte y no pudo romperle ninguna malla; vuela la lanza en trozos al chocar y el rey no se mueve ni poco ni mucho. Por su parte, el rey, que era fuerte y resistente y que estaba acostumbrado a manejar la lanza, le hiere con tal fuerza que los derriba a él y a su caballo juntos; pero no le hizo más daño, pues Mordrez estaba bien armado. Avanzan entonces los hombres del rey Arturo dispuestos a apresar a Mordrez, pero podíais ver a dos mil, cubiertos de hierro, que lo defendían y no había uno de ellos que no ponga su cuerpo en peligro de muerte por amor a Mordrez; podíais haber visto dar y recibir muchos golpes junto a él y morir a numerosísimos caballeros; había un combate tan grande a su alrededor que en poco rato hubierais visto a más de cien yaciendo en el suelo, todos ellos muertos o heridos —de muerte; y como la fuerza crecía a favor de Mordrez, éste volvió a montar, a pesar de todos sus enemigos, pero antes, de mano del mismo rey, recibió tres golpes tales que cualquier otro caballero habría desfallecido por el menor de ellos; pero Mordrez era buen caballero y valiente; ataca al rey Arturo para vengarse, pues le duele mucho que ante su gente lo haya derribado así. El rey no lo esquiva, sino que dirige hacia él la cabeza de su caballo: se dan grandes golpes con las cortantes espadas, de forma que se aturden tanto que apenas pueden mantenerse en la silla y si no se hubieran sujetado al cuello de sus caballos, habrían caído al suelo; pero los caballos eran fuertes, los sacan de allí y los alejan al uno del otro más de un tiro de arco.

189. Vuelve a entablarse un combate grande y digno de admiración; Galegantín el galés, que era caballero valiente y esforzado, ataca a Mordrez; Mordrez, que estaba airado, le golpea con toda su fuerza, de manera que le hace volar la cabeza: fue una gran desgracia, pues había sido muy leal para con el rey Arturo. Cuando éste ve a Galegantín en el suelo, no le gusta y dice que si puede lo vengará; entonces vuelve a atacar a Mordrez y, cuando iba a golpearle, un caballero de Northumberland le coge de través y, a descubierto, le alcanza en el costado izquierdo: pudo herirle muy gravemente, si la cota no fuera tan fuerte, pero resistió sin que se rompiera ninguna malla; sin embargo, le acomete bien, derribándolo bajo el vientre del caballo. Cuando mi señor Yváin, que estaba cerca, vio este golpe, exclama: «¡Ay!, Dios, ¡qué dolor hay aquí, pues un caballero tan bueno es derribado tan vilmente!» Entonces ataca al jinete de Northumberland y le alcanza con una lanza gruesa y corta, de manera que, a pesar de la armadura, le mete en el cuerpo el hierro y el asta; al caer, se rompe la lanza. Mi señor Yváin se dirige a continuación al rey y lo monta de nuevo, frente a todos sus enemigos. Mordrez, que se encoleriza tanto que por poco pierde el sentido al ver que el rey Arturo ha montado de nuevo, ataca a mi señor Yváin, sujetando la espada con las dos manos; el golpe fue duro y vino desde arriba: hiende el yelmo de mi señor Yváin y la cofia de hierro, hasta los dientes; lo derriba muerto: fue una dolorosa desgracia, pues en aquel entonces se tenía a mi señor Yváin por uno de los buenos caballeros que había en el mundo y como el más valiente.

190. Cuando el rey Arturo vio este golpe exclamó: «¡Ay! Señor, ¿por qué permitís lo que estoy viendo, que el peor traidor del mundo ha matado a uno de los más valiosos

caballeros del siglo?» Sagremor el Desmesurado le responde: «Señor, esos son los juegos de la fortuna; ahora podéis apreciar cómo os vende de caros los grandes bienes y los grandes honores que recibisteis hace tiempo, quitándoos a vuestros mejores amigos; ¡Dios quiera que no nos vaya peor!» Mientras hablaban de mi señor Yváin oyeron por detrás un gran griterío, pues los cuatrocientos caballeros de Mordrez comenzaron a gritar cuando ya estaban cerca del estandarte y los hombres del rey Arturo también. Al encontrarse todos podíais ver quebrar lanzas y caer caballeros, pero los hombres del rey Arturo, que eran valientes y fuertes, los recibieron bien, derribando más de cien a su llegada; por ambas partes se desenvainan las espadas y se golpean con todas las fuerzas, matándose unos a otros cuanto pueden. Los hombres del rey Arturo que guardaban el estandarte resistieron tan bien aquel ataque que de los cuatrocientos caballeros de Mordrez no escaparon después del encuentro más de veinte sin morir o ser muertos, antes de la hora de nona; si entonces estuvierais en el campo de batalla, podríais ver todo el lugar repleto de muertos y con bastantes heridos, poco después de nona el combate estaba tan acabado que, de todos los que se encontraron en la llanura, que eran más de cien mil, no quedaban con vida más de trescientos; de los compañeros de la Mesa Redonda habían muerto todos menos cuatro, pues lucharon más al ver la gran necesidad que tenían; de los cuatro que quedaron con vida, uno era el rey Arturo, otro, Lucán el Copero, el tercero, Girflete y el cuarto era Sagremor el Desmesurado, que estaba tan herido en el cuerpo que apenas podía sostenerse en la silla. Reúnen a sus hombres y dicen que prefieren morir a que el otro se lleve la victoria; Mordrez se lanza contra Sagremor y, a vistas del rey, le golpea con tal fuerza que hace que su cabeza vuele en medio del campo. Cuando el rey ve este golpe, exclama apesadumbrado: «¡Ay! Dios, ¿por qué dejáis que pierda todo el valor terreno? Por este golpe veo que aquí tenemos que morir o Mordrez o yo.» Toma una lanza gruesa y fuerte y, a todo el galope de su caballo, ataca a Mordrez; éste, que se da cuenta de que el rey no desea otra cosa sino matarle, no le rehuye, antes bien, le dirige la cabeza de su caballo; el rey, que viene con toda su fuerza, le golpea con tal vigor que le rompe las mallas de la cota y le hunde en el cuerpo la punta de su lanza. Cuenta la historia que, al sacar la lanza, atravesó la herida un rayo de sol, de forma tan clara que lo vio Girflete y los de aquella tierra decían que había sido señal de la pena de Nuestro Señor. Cuando Mordrez se ve herido, piensa que está herido de muerte; da un golpe sobre el yelmo del rey Arturo, a quien nada pudo impedir que sintiera la espada en la cabeza, e incluso, le hizo un corte en parte del cráneo; el rey Arturo se quedó aturdido por este golpe, cayéndose del caballo y lo mismo le ocurrió a Mordrez; están los dos tan heridos que nadie puede hacer que se levanten y yacen el uno al lado del otro.

191. Así mató el padre al hijo y el hijo hirió de muerte al padre. Cuando los hombres del rey Arturo lo vieron en el suelo, se afligen tanto que no hay corazón humano que pueda imaginar la pena que tienen. Dicen: «¡Ay! Dios, ¿por qué permitís esta batalla?» Se lanzan entonces contra los hombres de Mordrez y lo mismo hacen éstos y vuelve a empezar el estrépito de la muerte, hasta el punto de que, antes de vísperas, habían muerto todos, a excepción de Lucán el Copero y Girflete. Cuando los que habían quedado vieron el resultado de la batalla empezaron a llorar con amargura mientras decían: «¡Ay! Dios, ¿hubo algún hombre mortal alguna vez que viera un dolor tan grande? ¡Ay! Batalla, ¡cuántos huérfanos y viudas habéis hecho en ésta y en otras tierras! ¡Ay! Día, ¿por qué amaneciste para causar tal pobreza al reino de Gran Bretaña, cuyos herederos eran famosos por el valor y ahora yacen aquí muertos y destruidos con enorme dolor? ¡Ay! Dios, ¿qué más nos podéis quitar? Vemos muertos aquí a todos nuestros ' amigos.» Después de lamentarse así un buen rato, se acercaron a donde yacía el rey Arturo y le preguntaron: «Señor, ¿qué tal estáis?» Les responde: «Ya no queda más que volver a montar y alejarnos de este lugar, pues veo que mi fin se acerca y no quiero acabar entre mis '~ enemigos.» Con rapidez monta un caballo y se alejan del campo los tres y cabalgaron directos hacia el mar, hasta 'que llegaron a una capilla llamada la Capilla Negra; un ., ermitaño, que tenía su vivienda en un bosquecillo cercano, cantaba misa allí todos los días. Desmonta el rey y los otros hacen lo mismo, quitándoles a los caballos los frenos y las

sillas; el rey entra, se arrodilla ante el altar y comienza sus oraciones, según las sabía; permanece así, sin moverse, hasta que amaneció y no dejó de rezar ; y pedir misericordia a Nuestro Señor por sus hombres , que habían muerto el día anterior; mientras hacía esta oración lloraba con tanta amargura que los que había con él se daban cuenta de que estaba muriéndose.

192. El rey Arturo pasó toda la noche en súplicas y oraciones; a la mañana siguiente, Lucán el Copero se puso detrás del rey y vio que no se movía; entonces dijo, llorando: «¡Ay! Rey Arturo, ¡cómo lo siento por vos!» Cuando el rey oye estas palabras, se incorpora con dificultad, pues le pesaban las armas; toma a Lucano, que estaba desarmado, y lo abraza y aprieta, reventándole el corazón en el vientre, que no le dejó decir nada, y le separó el alma del cuerpo. Después de estar un buen rato así, lo deja, sin imaginar que está muerto; cuando Girflete lo mira y ve que no se movía, se da cuenta de que ha muerto y que el rey lo ha matado; comienza a lamentarse diciendo: «¡Ay! Señor, ¡qué mal habéis hecho, pues habéis matado a Lucán! » Al oírlo, el rey se sobresalta y mira alrededor, viendo a su copero muerto en el suelo; aumenta entonces su dolor y contesta a Girflete, con semblante de hombre entristecido: «Girflete, Fortuna, que me ha sido madre hasta aquí, se me ha convertido en madrastra y me obliga a pasar el resto de mi vida en medio del dolor, de la aflicción y de la tristeza.» Ordena entonces a Girflete que ponga los frenos ~— las sillas; y éste lo hace. El rey monta y cabalga hacia el mar hasta que llega allí a la hora de mediodía; se apea en la orilla, desciñe la espada y la desenvaina; después de contemplarla un buen rato, dice: «¡Ay! Excalibur, espada buena y rica, la mejor de este mundo después de la del Extraño Tahalí, ahora vas a perder a tu dueño; ¿dónde encontrarás un hombre por quien seas tan bien empleada como por mí, si no es en manos de Lanzarote? ¡Ay! Lanzarote, el más valioso del mundo y el mejor caballero, ¡ojalá quisiera Dios que vos la tuvieseis ahora y que yo lo supiera! Ciertamente, mi alma estaría más a gusto el resto de los días.» Entonces llama el rey a Girflete y le dice: «Id a aquella colina, en la que encontraréis un lago; tirad mi espada dentro, pues no quiero que se quede en este reino para que no se apoderen de ella los malvados herederos que perviven. —Señor, le responde, cumpliré vuestras órdenes, pero preferiría, si vos quisierais, que me la dierais. —No lo haré, contesta el rey, pues por vos no sería bien empleada.» Entonces subió Girflete a la colina y cuando llegó al lago, desenvainó la espada y comenzó a contemplarla; le parece tan buena y tan hermosa que cree que sería una gran desgracia tirarla al lago, tal como el rey le había ordenado, pues se perdería; será mejor que eche la suya y que diga al rey que la ha tirado; se desciñe la espada y la tira al lago y deja la otra entre la hierba; vuelve junto al rey y le dice: «Señor, he cumplido vuestra orden, pues he lanzado vuestra espada al lago. —¿Y qué has visto?, pregunta el rey. —Señor, le responde, no vi nada que no fuera normal. —¡Ay!, exclama el rey, me mientes; vuelve y tírala, pues aún no la has tirado.» Regresa al lago, desenvaina la espada, lamentándose con amargura sobre ella y diciendo que sería una gran desgracia si se perdiera así; decide entonces tirar la vaina y quedarse con la espada, pues la podría necesitar él o algún otro; toma la vaina y la arroja al instante; después vuelve a tomar la espada y. la coloca bajo un árbol; regresa junto al rey y dice: «Señor, ya he cumplido vuestra orden. —¿Qué has visto?, pregunta el rey. —Señor, le responde, no vi nada que no debiera. —¡Ay!, exclama el rey, aún no la has arrojado, ¿por qué me mientes? Ve, tírala y sabrás lo que va a suceder, pues no se va a perder sin grandes maravillas.» Cuando Girflete ve lo que tiene que hacer, vuelve a donde estaba la espada, la toma y la contempla con amargura, lamentándose: « ¡Buena y hermosa espada, es una gran pena para ti no caer en manos de algún hombre valeroso!» La lanza entonces al lago, a lo más profundo y lo más lejos que puede; y cuando se acercaba al agua, vio una mano que salía del lago y que apareció hasta el codo, pero no vio nada del cuerpo; la mano agarró la espada por el puño v la agitó tres o cuatro veces en alto.

193. Después de que Girflete viera esto con toda claridad, el brazo con la espada volvió a meterse en el agua. Girflete esperó allí un rato, por saber si se volvería a mostrar; cuando se dio cuenta de que lo hacía en vano, se alejó del lago y fue hacia el rey; le dijo que ha arrojado la espada al lago y le cuenta lo que había visto: «Por Dios, exclama el rey, estaba

seguro de que mi fin se acercaba.» Entonces empieza a pensar y, mientras meditaba, las lágrimas le acudieron a los ojos; después de estar un rato con estos pensamientos, le dice a Girflete: «Conviene que os marchéis y os alejéis de mí, de forma que, en el resto de vuestra vida, no me volveréis a ver. —Por tal motivo, responde Girflete, no me iré de ningún modo. —Sí que lo haréis, ordena el rey, pues si no os odiaré con odio mortal—. Señor, responde Girflete, ¿cómo os voy a dejar aquí solo y me voy a ir? Y además, me decís que no os volveré a ver. —Conviene, contesta el rey, que lo hagáis tal como os he ordenado. Marchaos inmediatamente, que no hay motivó para que os quedéis; os lo ruego por el amor que ha habido entre nosotros dos.» Cuando Girflete oye que el rey le suplica con tanta dulzura, responde: «Señor, sintiéndolo mucho, haré lo que mandáis, pero decidme si creéis que os volveré a ver. —No me veréis, estad seguro. —¿Y hacia dónde os dirigiréis, buen señor? —No os lo voy a decir, contesta el rey.>í Al ver Girflete que no le sacará más, monta y se aleja del rey; tan pronto como se marchó, empezó a llover con fuerza hasta que llegó a una colina que estaba a una media legua; allí, se detuvo bajo un árbol, hasta que pasó la lluvia; entonces miró hacia donde había dejado al rey y vio venir por el mar una nave llena de damas; cuando la nave llegó a la orilla, donde estaba el rey, se acercaron a la borda; la señora de todas ellas tenía por la mano a Morgana, hermana del rey Arturo, y comenzó a llamar al rey para que entrara en la nave; éste, tan pronto como vio a su hermana Morgana, se puso en pie, levantándose de donde estaba sentado, entró en la nave, con su caballo tras de sí, y tomó las armas. Cuando Girflete, que estaba en la colina, vio todo esto, volvió lo más deprisa que podía su caballo,, hasta llegar a la orilla, donde vio al rey Arturo entre las damas y reconoció al hada Morgana, pues la había visto muchas veces. En poco rato la nave se alejó de la orilla más de lo que una ballesta alcanza con ocho tiros. Cuando Girflete ve que ha perdido así al rey, descabalga en la orilla y hace el mayor duelo del mundo, quedándose en aquel lugar todo el día y toda la noche, sin beber ni comer como tampoco lo había hecho el día anterior.

194. Por la mañana, cuando apareció el día, salió el sol y los pájaros comenzaron su canto, Girflete estaba tan entristecido y afligido como nadie; triste como estaba, montó su caballo y se alejó de allí, cabalgando hasta llegar a un bosquecillo cercano, en el que había un eremita muy amigo suyo; fue allí y permaneció con él dos días, porque se sentía cansado por la gran tristeza que había tenido; contó al santo varón lo que vio del rey Arturo; al tercer día, se marchó de allí, pensando dirigirse a la Capilla Negra para saber si Lucán el Copero había sido enterrado; cuando llegó, alrededor de mediodía, descabalgó a la entrada, ató su caballo a un árbol y después entró; ante el altar halló dos tumbas muy hermosas y muy ricas, pero una de ellas lo era más que la otra. Sobre la menos bella había unas letras que decían: AQUÍ YACE LUCÁN EL COPERO, A QUIEN MATÓ EL REY ARTURO. Sobre la tumba que era tan admirable y rica había unas letras que decían: AQUÍ YACE EL REY ARTURO QUE DOMINÓ, POR SU VALOR, XII REINOS. Al ver esto, cae desmayado sobre la tumba; cuando volvió en sí, besó la tumba con gran dulzura y comenzó un gran duelo, que mantuvo hasta la noche, en que llegó el ermitaño que servía el altar; entonces, le pregunta Girflete: «Señor, ¿es verdad que aquí yace el rey Arturo? —Sí, buen amigo, así es; lo trajeron no sé qué damas.» Girflete piensa que son las que lo metieron en la nave; luego, dice que ya que su señor ha abandonado este siglo, él no permanecerá en el mundo. Ruega al ermitaño, hasta que lo recibe en su compañía.

195. Así se hizo eremita Girflete y sirvió en la Capilla Negra, pero no fue durante_ mucho tiempo, pues no vivió más que dieciocho días después de la muerte del rey Arturo. Mientras Girflete vivía en la ermita, los dos hijos de Mordrez, que se habían quedado en Wincester para guardar la ciudad, si fuera necesario, comenzaron a avanzar. Eran caballeros buenos y esforzados y tan pronto como se enteraron de la muerte de su padre, del rey Arturo y de los demás nobles que habían participado en el combate, tomaron a los de Wincester y fueron ocupando la tierra por todas partes; lo podían hacer porque no encontraban quien les llevara la contraria, pues todos los nobles y los buenos caballeros del país habían muerto en la batalla. Cuando la reina conoció la muerte del rey Arturo y le contaron que

aquéllos iban ocupando la tierra, temió que la mataran si podían dar con ella; entonces tomó los hábitos de religión.

196. Mientras ocurría esto, llegó hasta Lanzarote, que estaba en la ciudad de Gaunes, un mensajero del reino de Logres y le contó toda la verdad sobre el rey Arturo, cómo había muerto en la batalla y cómo los dos hijos de Mordrez habían tomado las tierras tras su muerte. Cuando Lanzarote oyó estas noticias se entristeció mucho, pues amaba al rey Arturo y también se afligieron los demás caballeros de Gaunes; Lanzarote toma consejo de los dos reyes acerca de lo que puede hacer en este asunto, pues no odiaba a nadie tanto como a Mordrez y a sus hijos. «Señor, dice Boores, os aconsejaré lo que debéis hacer: convocaremos a nuestros hombres de cerca y de lejos y cuando hayan venido y estén reunidos, nos iremos del reino de Gaunes y pasaremos a Gran Bretaña; si los hijos de Mordrez no huyen, pueden estar seguros de su muerte. —¿Queréis que lo hagamos así?, pregunta Lanzarote. —Señor, responde Boores, no veo otra forma de vengarnos.» Entonces convocan a sus hombres de todas las partes del reino de Benoic y del de Gaunes, de manera que en quince días han reunido más de veinte mil, de a pie y de a caballo. En la ciudad de Gaunes se reunieron, acudiendo a ella los caballeros de aquella tierra y los nobles. El rey Boores, el rey Lyón, Lanzarote y Héctor, con todos sus compañeros, partieron del reino de Gaunes y cabalgaron hasta llegar al mar; hallaron las naves dispuestas, embarcaron y tuvieron tan buen viento que. el mismo día llegaron a tierra de Bretaña. Al encontrarse en tierra sanos y salvos tuvieron una gran alegría, acamparon en la orilla y celebraron una fiesta; a la mañana siguiente llegó la noticia a los hijos de Mordrez de que Lanzarote había desembarcado llevando consigo mucha gente; al oír estas nuevas, se preocuparon mucho, pues no temían a nadie tanto como a Lanzarote; meditaron qué harían y decidieron tomar a sus hombres e ir a combatir a Lanzarote en batalla campal: a quien Dios le dé la victoria, que la tenga, porque prefieren morir en combate que huir por sus tierras. Tal como lo habían decidido, lo hicieron: convocaron con urgencia a sus hombres y los reunieron en Wincester; en tan poco tiempo se habían encumbrado tanto, que todos los nobles del reino les rindieron vasallaje. Después de reunirlos, tal como he contado, salieron de Wincester un martes por la mañana; al poco, un mensajero les dijo que Lanzarote venía contra ellos con toda su hueste, que estaba a unas cinco leguas inglesas de allí y que estuvieran seguros de que tendrían batalla antes de la hora de tercia.

197. Al oír estas noticias decidieron combatir allí y esperar a Lanzarote y a sus hombres, ya que no podrían hacer otra cosa sino luchar; descabalgan para dejar que los caballos descansen. Así se detuvieron los de Wincester; Lanzarote avanzaba con su compañía, pero estaba más triste y afligido que nadie, pues el mismo día que la batalla iba a darse, le llegaron nuevas de que la reina su señora había muerto y abandonado esta vida tres días antes; y ocurrió tal como le habían dicho, pues la reina había dejado esta vida recientemente; pero nunca una alta dama tuvo un fin más hermoso, ni mayor arrepentimiento, ni pidió misericordia a Nuestro Señor con tal dulzura como ella lo hizo. Al saber la verdad Lanzarote se quedó muy afligido y apenado por su muerte; entonces cabalgó hacia Wincester con rapidez y cuando le vieron llegar los que le esperaban, montaron sobre los caballos y les atacaron; podíais ver en el encuentro muchos caballeros derribar y morir y muchos caballos matar y errar, cuyos señores yacían en el suelo, con el alma alejada del cuerpo. El combate duró hasta la hora de nona, pues había mucha gente por ambas partes; alrededor de nona, el hijo mayor de Mordrez, que se llamaba Melehán, tomó una lanza corta y gruesa, de cortante hierro bien afilado, se dirige al galope de su caballo contra el rey Lyón y le hiere con toda su fuerza, de manera que ni el escudo, ni la cota impidieron que le metiera la lanza en medio del cuerpo; golpea al rey con toda su fuerza, derribándolo al suelo; al caer, se rompe la lanza, quedándole dentro del cuerpo todo el hierro y un gran trozo de asta. El rey Boores vio este golpe y se dio cuenta de que su hermano estaba herido de muerte; lo siente tanto que teme morir de dolor; ataca a Melehán con la espada desenvainada y le golpea en el yelmo —como quien había dado muchos tajos—, le rompe el yelmo y la cofia de hierro y lo hiende hasta los dientes; saca la espada

y lo tira muerto a tierra; entonces lo contempla y dice: «¡Traidor, desleal, ahora tengo una pobre restitución con tu muerte, del daño que me has causado! Me has metido en el corazón un dolor que nunca saldrá!» Ataca entonces á otros, allí donde ve mayor abundancia; derriba y mata a cuantos encuentra por delante: todos los que lo ven se admiran. Cuando los caballeros de Gaunes ven caer al rey Lyón desmontan ante él, lo toman, llevándoselo fuera del combate, bajo un olmo; al verlo tan gravemente herido, no hay quien no se aflija, pero no se atreven a manifestar su dolor, para que no se den cuenta los enemigos.

198. Así comenzó la dolorosa y cruel batalla, hasta la hora nona, tan equilibrada que con dificultad se podría reconocer la mejor parte. Después de nona, Lanzarote se metió en el combate; encontró al hijo más joven de Mordrez, reconociéndolo por la armadura; pues llevaba armas iguales a las que su padre solía llevar; Lanzarote, que lo odiaba a muerte, le ataca con la espada desenvainada: aquél no lo evita, sino que adelanta su escudo tan pronto como lo ve venir; Lanzarote le golpea con toda su fuerza, de forma que le hiende el escudo hasta la mitad, junto con el puño que lo sostenía. Al sentirse malherido, se da a la fuga, pero Lanzarote estaba tan cerca de él, que no le deja oportunidad ni ocasión de que se defienda: le da un tajo tan grande que hace que le vuele la cabeza con el yelmo a más de media lanza del tronco. Cuando los demás ven a éste, muerto después de su hermano, no saben dónde encontrar ayuda; se dan a la fuga como pueden para salvar sus vidas y se dirigen hacia un bosque que había cerca de allí, a menos de dos leguas inglesas; los persiguen y matan a todos los que pueden, pues los odian mortalmente; los matan como si fueran animales mudos. Lanzarote los derriba y mata tan abundantemente que podríais ver detrás de él el rastro de los que hacía caer al suelo. De tal forma ha dado con el conde de Gorre, a quien conoció como traidor y desleal, que había causado numerosos daños a muchos nobles ilustres; le grita nada más verlo: «¡Ay! Traidor, ahora os marchabais y habéis llegado a la muerte, que nada os puede salvar.» Este le mira y, al ver que es Lanzarote quien le amenaza y le persigue con la espada desenvainada, se da cuenta de que acabará si puede alcanzarle; pica al caballo con las espuelas y huye tan deprisa como puede. Estaba bien montado y Lanzarote también; comienza entonces la persecución que continuó más de media legua por dentro del bosque; entonces cae agotado el caballo del conde, muerto bajo él. Lanzarote, que lo seguía de cerca, lo vio en el suelo, le ataca, armado como estaba, y le da un golpe tan fuerte en medio del yelmo que le hunde la espada hasta los dientes y cae a tierra como quien es angustiado por la muerte. Lanzarote no lo mira más; se marcha muy deprisa y cuando piensa volver con sus hombres, se aleja más y más hacia el interior del bosque.

199. Según lo llevaba la ventura, fue de tal forma errando por todas partes, que llegó después de vísperas a una landa; entonces vio a un criado a pie que venía de Wincester; le pregunta de dónde viene. Cuando éste lo ve piensa que es del reino de Logres y que ha huido del combate; y le contesta: «Señor, vengo de la batalla que ha sido una dolorosa jornada para los nuestros, pues que yo sepa no ha escapado uno solo; sin embargo, los otros han quedado muy entristecidos por el rey Lyon, que ha muerto. —¿Cómo?, pregunta Lanzarote, ¿ha muerto? —Sí, señor, responde el criado, yo lo vi muerto. —Es una lástima, responde Lanzarote, pues era hombre gentil y buen caballero.» Empieza a llorar con amargura, de forma que se le mojan las mejillas dentro del yelmo; entonces dice el criado: «Señor, es tarde y vos estáis lejos de la gente y del campamento; ¿dónde pensáis descansar? —No lo sé, le responde, y no me importa dónde voy a dormir.» Cuando el criado oye que no conseguirá nada más, se aleja. Lanzarote continúa cabalgando por el bosque, con el mayor duelo del mundo y dice que ya no le queda nada, porque había perdido a su dama y a su primo.

200. En tal tristeza y duelo cabalgó durante toda la noche según le llevaba y traía la ventura, sin ir ninguna vez camino adelante. Por la mañana encontró una montaña de rocas en la que había una ermita, desconocida para la gente; tira de la brida hacia allí y decide ir a visitar aquel lugar, para saber quién vive en él; sube por un sendero hasta llegar

al sitio, que era muy pobre, en el que había una pequeña capilla antigua. Descabalga a la entrada, se quita el yelmo y penetra: ante el altar halla dos hombres vestidos con hábitos blancos, parecían sacerdotes; y lo eran. Los saluda; cuando lo oyen hablar, le devuelven el saludo y cuando lo ven, corren a él con los brazos tendidos y le besan, mostrándole una gran alegría. Entonces les pregunta Lanzarote quiénes son y le responden: «¿No nos reconocéis?» Los contempla y ve que uno es el arzobispo de Canterbury, el mismo que fue desterrado largo tiempo por buscar la paz entre el rey Arturo y la reina; el otro era Bleoblerís, primo de Lanzarote. Entonces se alegra mucho y les pregunta: «Buenos señores, ¿cuándo vinisteis aquí? Me agrada mucho haberos encontrado.» Le responden que llegaron el día doloroso en que tuvo lugar la batalla de Salisbury. «Os podemos decir que de todos, nuestros compañeros —que sepamos— sólo quedaron el rey Arturo, Girflete y Lucán el Copero, pero no sabemos qué fue de ellos. La ventura nos trajo aquí; encontramos un ermitaño que nos acogió a su lado; después, murió y nosotros nos hemos quedado; si Dios quiere, pasaremos el resto de nuestras vidas al servicio de Nuestro Señor Jesucristo y le suplicaremos que nos perdone los pecados. Y vos, señor, ¿qué vais a hacer, vos que habéis sido hasta aquí el mejor caballero del mundo? —Os diré, les contesta, lo que voy a hacer; habéis sido mis compañeros en los placeres del mundo; ahora os acompañaré en este lugar y en esta vida, y jamás mientras viva me moveré de aquí; si no me aceptáis, lo haré en otro sitio.» Cuando lo oyen, se alegran mucho; de todo corazón dan gracias a Dios y tienden sus manos hacia el cielo. Así se quedó Lanzarote allí con los ermitaños.

Deja ahora la historia de hablar de él y vuelve a sus primos.

201. Cuenta la historia que, cuando acabó la batalla de Wincester, se dieron a la fuga aquellos que pudieron de los hijos de Mordrez, y los demás fueron muertos; el rey Boores entró con toda su gente en Wincester, quisieran o no los de dentro. Al enterarse con certeza de que su hermano Lyón había muerto, tuvo una aflicción tan grande que apenas la podría contar. Hizo enterrar el cuerpo en la ciudad de Wincester, tal como merecía el cuerpo de un rey; después de enterrarlo ordenó que buscaran a Lanzarote por todas partes, lejos y cerca, pero nadie lo pudo encontrar. Entonces, dijo a Héctor: «Héctor, buen primo, ya que mi señor se ha perdido así, y no lo podemos encontrar, quiero volver a nuestro país; vendréis conmigo: cuando estemos allí tomad de los dos reinos el que más os agrade, pues lo tendréis a vuestra disposición.» Le contesta que no le apetece irse del reino de Logres y que aún se quedará en él algún tiempo; «cuando me vaya, iré directamente a vuestra presencia, pues sois el hombre del mundo al que yo más amo; y es justo que lo haga.» Así se marchó Boores del reino de Logres, volviéndose a su país con toda su gente. Héctor cabalgó errante por aquella tierra hasta que la ventura lo llevó a la ermita donde estaba Lanzarote, a quien el arzobispo había adoctrinado haciéndolo sacerdote, de manera que todos los días cantaba misa y guardaba gran abstinencia: no comía nada más que pan, agua y raíces que cogía en el monte; cuando se vieron los dos— hermanos derramaron abundantes lágrimas, pues se amaban mucho con buen amor. Héctor le dijo a Lanzarote: «Señor, ya que os he encontrado aquí en tan alto servicio como es el servicio de Jesucristo y como veo que os apetece quedaros, yo no me iré mientras viva, antes bien, os haré compañía el resto de mi vida.» Cuando los de allí lo oyeron, se alegran mucho de que tan buen caballero se ofrezca al servicio de Nuestro Señor; lo recibieron como compañero. Así se quedaron los dos hermanos juntos en la ermita, dedicándose todos los días al servicio de Jesucristo. Cuatro años permaneció Lanzarote de esta manera, que no había hombre que pudiera sufrir penas y trabajos como él soportaba ayunos y vigilias, oraciones y madrugar temprano. El cuarto año murió Héctor y abandonó este mundo, siendo enterrado en la misma ermita.

202. Quince días antes de mayo, Lanzarote cayó enfermo, y cuando notó que iba a morir, rogó al arzobispo y a Bleoblerís que, tan pronto como dejara la vida, llevaran su cuerpo a la Alegre Guarda y lo metieran en la misma tumba en la que fue enterrado el cuerpo de Galeholt, el señor de las Lejanas Islas. Le prometen como hermanos que harán todo esto. Lanzarote vivió cuatro días después de esta petición, y al quinto abandonó la vida. En el momento en que el alma se alejó del cuerpo no estaban con él ni el arzobispo ni Bleoblerís, pues dormían fuera, bajo un árbol. Bleoblerís se despertó primero y vio al arzobispo que estaba durmiendo a su lado y que en sueños debía tener alguna visión porque manifestaba la mayor alegría del mundo, diciendo: «¡Ay! ¡Dios, bendito seáis! Ahora veo cuanto deseaba ver.» Cuando Bleoblerís lo vio que dormía, reía y hablaba, se admiró mucho y temió que el enemigo se le hubiera metido dentro; entonces le despierta con mucha suavidad; al abrir los ojos y ver a Bleoblerís, dice: «¡Ay! Hermano, ¿por qué me habéis sacado de la gran alegría en la que estaba?». Le pregunta en qué alegría estaba. «Estaba en tan gran gozo y en tan gran compañía de ángeles que nunca vi tanta gente en ningún sitio donde estuve y llevaban al cielo el alma de nuestro hermano Lanzarote. Vayamos a ver si ha dejado la, vida. —Vamos», responde Bleoblerís. Fueron entonces al sitio donde estaba Lanzarote y se encontraron con que el alma se había ido. «¡Ay! ¡Dios, exclamó el arzobispo, bendito seáis! Ahora estoy seguro de que los ángeles hacían la gran fiesta que vi por el alma de éste; ahora sé que la penitencia vale sobre todas las cosas; mientras viva no dejaré de hacer penitencia. Conviene que nos llevemos ya su cuerpo a la Alegre Guarda, pues así se lo prometimos cuando vivía. —Es cierto», responde Bleoblerís. Entonces preparan unas parihuelas, colocan en ellas el cuerpo de Lanzarote y las toman cada uno por un lado, caminando con gran esfuerzo y trabajo hasta que llegaron a la Alegre Guarda. Cuando los de la Alegre Guarda supieron que era el cuerpo de Lanzarote fueron en su búsqueda y lo recibieron con llantos y lágrimas. Alrededor del cuerpo hubierais oído tan gran duelo y tales lamentaciones que apenas se oiría a Dios tronando. Lo bajaron a la iglesia mayor del castillo y le tributaron todo el honor que pudieron, tal como debían hacer a un hombre tan esforzado como él había sido.

203. El mismo día que llevaron el cuerpo, el rey Boores bajó al castillo con la pobre compañía de un solo caballero y un escudero; al saber que el cuerpo estaba en la iglesia, fue allí e hizo que lo descubrieran y lo contempló hasta que se dio cuenta de que era su señor. Al reconocerlo, se desmayó sobre el cuerpo y comenzó a mostrar un duelo tan grande que nadie vio uno mayor, y a lamentarse con amargura. Aquel día la aflicción fue grande en el castillo; por la noche hicieron abrir la tumba de Galeholt, que era más rica que ninguna. A la mañana siguiente hicieron meter en ella el cuerpo de Lanzarote y después pusieron unas letras que decían: AQUÍ YACE EL CUERPO DE GALEHOLT, SEÑOR DE LAS LEJANAS ISLAS Y CON ÉL DESCANSA_ LANZAROTE DEL LAGO, QUE FUE EL MEJOR CABALLERO QUE ENTRÓ EN EL REINO DE LOGRES, A EXCEPCIÓN DE SU HIJO GALAZ.

Cuando el cuerpo fue enterrado, podíais ver a los del castillo besando la tumba; entonces le preguntaron al rey Boores cómo había llegado tan a punto al entierro de Lanzarote; «Ciertamente, les responde Boores, un religioso ermitaño, que vive en el reino de Gaunes me dijo que si yo estaba el día de hoy en este castillo, que vería a Lanzarote, vivo o muerto; ha ocurrido tal como él me dijo. Pero, por Dios, si sabéis dónde ha vivido desde que no lo veo, decídmelo.» El arzobispo le cuenta con rapidez la vida de Lanzarote y su fin; después de escucharlo, el rey Boores dice: «Señor, ya que ha estado con vos hasta el final, yo os haré compañía en su lugar mientras viva; me iré con vos y pasaré el resto de mi vida en la ermita.» El arzobispo da gracias a Nuestro Señor con mucha dulzura.

204. A la mañana siguiente se fue Boores de la Alegre Guarda y despidió al caballero y al escudero, encargando a sus hombres que eligieran el rey que quisieran, pues él no volvería ya. Así se fue el rey Boores con el arzobispo y con Bleoblerís, y con ellos pasó el resto de su vida, por amor a Nuestro Señor.

Maestro Gautier Map aquí calla lo que concierne a *la Historia de Lanzarote*; pues—ha rematado todo según ocurrió y acaba así su libro, de manera que después de esto no se podrá contar nada sin mentir.

Apéndice

ÚLTIMA ENTREVISTA DE LANZAROTE Y GINEBRA

A continuación cuenta la historia que cuando Lanzarote se alejó de sus primos, después de vencer y destruir a los hijos de Mordrez, cabalgó errante hasta la hora de vísperas, en que llegó a un bosque grande y digno de admiración. Había caminado cuatro leguas en el bosque cuando oyó tañer una campana; se dirige hacia allí y, después de cabalgar un buen rato, ve ante sí una abadía muy hermosa y bien construida; va a la puerta y entra; salen dos criados: uno le toma el caballo y el otro le lleva a una habitación, muy hermosa y bien dispuesta, para desarmarlo. Después de quitarle las armas y haberse lavado la cara y las manos, se apoyó en una ventana de la habitación para mirar al patio; mientras estaba a la ventana, un criado fue a la abadesa y le dijo: «Señora, ha venido a alojarse el caballero más hermoso del mundo.» Al oírlo la abadesa llamó a la reina Ginebra que se había hecho religiosa allí. «Señora, vamos a ver a ese caballero, para saber si lo conocéis.» Ella responde: «Con gusto.» Y van a la sala. Cuando Lanzarote las ve venir, se pone en pie ante ellas. Tan pronto como la reina lo ve, se le enternece el corazón y cae al suelo desmayada. Al volver en sí, cuando puede hablar, dice: «¡Ay! Lanzarote, ¿cuándo habéis Regado?» Lanzarote, al oír que lo nombra de forma tan clara, reconoce a su señora la reina; entonces le entra gran compasión, al verla con el hábito, y cae a tierra, desmayado a sus pies. Cuando vuelve en sí, le dice: «¡Ay! Muy dulce señora, ¿desde cuándo vestís este hábito?» Ella le toma por la mano y lo lleva a que se siente a un lado, sobre una alfombra. La reina le cuenta cómo llegó a vestir el hábito por miedo a los dos hijos de Mordrez. Los dos lloraban con ternura.

«Señora, le responde Lanzarote, sabed que ya no debéis preocuparos de los dos hijos de Mordrez, pues los dos han muerto; pensad ahora qué vais a hacer. Si queréis y os agrada podéis ser señora y reina de todo el país, pues no encontraréis a nadie que os lo niegue. —¡Ay! ¡Ay! Buen y dulce amigo, he tenido tantos bienes y honores en esta vida, que ninguna dama de antes se me podría comparar, ni habrá ninguna comparable. Vos sabéis bien que yo y vos hemos hecho una cosa que no debíamos haber hecho; me parece que deberíamos emplear el resto de nuestras vidas en servir a Nuestro Señor. Tened por seguro que no volveré al siglo, pues he entrado aquí para servir a Dios.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, le contesta llorando: «Señora, pues así os place, a mí me agrada. Sabed que yo me iré a algún lugar donde encuentre a un santo hombre, en una ermita, que me reciba por compañero y serviré a Dios el resto de mi vida.» La reina le responde que le parece bien.

Así encuentra Lanzarote a la reina en la abadía en la que había entrado y permaneció dos días completos; al tercer día, tomó Lanzarote permiso de la reina llorando; ella lo encomendó a Nuestro Señor, para que lo proteja de todo mal y lo mantenga a su servicio. Lanzarote le suplica que le perdone todos los daños, y le responde ella que lo hace con mucho gusto; lo besa y abraza al despedirse; monta sobre su caballo y se marcha; la reina quedó al servicio de Nuestro Señor, con tan buen corazón que no se le escapó ni una misa, ni maitines, de noche ni de día y se ocupó de rogar por el alma del rey Arturo y de

Lanzarote; no vivió más que un año desde que Lanzarote se fue. Cuando murió fue enterrada de forma tan alta como correspondía a tan elevada dama.

Al salir de allí Lanzarote cabalgó errante, meditabundo y afligido, hasta que llegó a una montaña de rocas, en la que había una fuente y una ermita bastante alejada y oculta de las gentes; Lanzarote entró en aquella ermita y pasó el resto de su vida allí, por amor de Nuestro Señor.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar